



de

ASESINATO

EN EL

SENTIER

CARA BLACK

Una investigación
de Aimee Leduc
en París

«Cara Black, comparada con una escritora de la talla de Donna Leon, vuelve a recurrir a su personaje más popular, Almée Leduc, para dar muestras de su desparpajo a la hora de reflejar los bajos fondos de la

—Periódico

Lectulandia

El histórico distrito parisino del Sentier, antaño plagado de modernas mansiones, atraviesa actualmente tiempos difíciles. Aimée Leduc se ve arrastrada a la zona cuando una mujer recién salida de la cárcel le cuenta que ha conocido a su madre, quien lleva desaparecida mucho

tiempo. Aimée se sorprende al enterarse de que su madre fue miembro de una conocida banda terrorista durante los años setenta, pero antes de poder obtener más información, su contacto es asesinada.

Desesperada por encontrar a su madre, Aimée se ve envuelta en la renaciente organización, a la que ya no le motivan los ideales políticos,

sino la búsqueda implacable de un botín escondido, que también parece haber desaparecido sin dejar rastro&

Lectulandia

Cara Black

Asesinato en El Sentier

Aimée Leduc - 3

ePub r1.0

Titivillus 14.03.17

Título original: *Murder in the Sentier*

Cara Black, 2002

Traducción: Olga Usoz Chaparro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a los auténticos Romain,
Nina, mi padre, y a todos los fantasmas
del pasado y del presente.

«Todo capitalista tiene un terrorista en la familia».

—Anarquista entrevistado por Jean-Paul Sartre
en el periódico *Libération*.

París, Finales de julio de 1994

Sábado, por la tarde

Aimée Leduc abrió la gran ventana con vistas al Sena de su apartamento, el cual lindaba con el muelle bordeado de árboles, e inhaló el aroma de los limeros en flor. A pesar de la humedad, se sentía feliz de estar en casa.

Sabía que había llegado la hora de olvidarse del pasado, lo difícil era cómo hacerlo.

Se dejó caer en el sofá de estilo Luis XV, se alborotó su cabello, que llevaba de punta y cogió el ordenador portátil. Era el momento de concentrarse en los contratos de seguridad informática de la agencia de detectives Leduc Detective. Se acercaba el pago de la renta, al igual que el de otras facturas.

De repente, sonó el teléfono.

—Allô? —contestó irritada.

—¿Es usted Aimée Leduc? —preguntó una voz de mujer.

—¿Quién es?

Se hizo un silencio.

—¿Es la hija de Jean-Claude y Sydney Leduc?

A Aimée se le cayó el teléfono de la mano, pues llevaba años sin que nadie se dirigiera a ella de esa forma. Entonces se recuperó y volvió a ponerse el auricular en el oído.

—¿Estaba buscando información acerca de su padre, verdad? —preguntó la mujer con un marcado acento alemán.

¿Habrían logrado sus pesquisas dar con la persona indicada... por fin?

—¿Lo conocía?

Hubo otro largo silencio, y un atisbo de esperanza recorrió el pecho de Aimée. Durante dicho silencio, oyó el motor de un escúter que pasaba por el muelle.

—Nein, conocía a su madre.

¿A mi madre?, pensó Aimée.

—¿A Sydney Leduc?

—Tenía otro nombre —continuó diciendo—. Pero me habló de usted.

La última vez que Aimée había visto a su madre, llevaba puesto un antiguo kimono de seda mientras calentaba leche en el hornillo. Su larga melena, enrollada con un lápiz, le caía por debajo del cuello. La lluvia salpicaba las ventanas del patio, las cuales estaban empañadas por el calor. En la radio de la cocina se oía un tema de la película *Elvira Madigan*, el concierto para piano de Mozart.

—No olvides ponerte el impermeable —le había dicho su madre, antes de soltar por lo bajo «Mierda» cuando la leche hirvió y se derramó.

Esas fueron las últimas palabras que Aimée oyó decir a su madre cuando tenía ocho años. Ese mismo día, su madre salió del apartamento, mientras Aimée estaba en

la escuela, y nunca regresó.

—¿Sabe dónde está mi madre?

—Quizás debiéramos quedar para charlar —sugirió la voz.

—Sí, claro —dijo Aimée.

La duda la asaltó. ¿Podría ser esta mujer una lameculos de Internet, de las que buscan en los anuncios personales para dar falsas esperanzas a personas inocentes? ¿Alguien con una idea de la diversión bastante retorcida?

—Perdone mi cautela —dijo Aimée—, pero primero necesito saber...

—¿Si voy en serio? —preguntó la voz, interrumpiéndola—. Pasé un tiempo con su madre. Usted tiene una marca de nacimiento con forma de pez en el muslo izquierdo, ¿no es así?

De manera instintiva, Aimée se llevó la mano al muslo, era cierto.

—¿Cuándo podríamos vernos?

—¿Podría ir a su casa?

Aimée permaneció en silencio, recelosa.

—Podríamos quedar en una cafetería...

La voz volvió a interrumpirla.

—Me marchó esta noche de París. Vive en el número 7, en *quai* d'Anjou de la isla Saint Louis, ¿no es así? En un momento estoy allí.

—Dígame primero cómo conoció a mi madre.

De fondo se oyó cómo se cerraba de golpe la puerta de un coche.

—Éramos compañeras de celda.

¿Compañeras de celda? ¿Su madre en prisión? Su padre nunca le había vuelto a hablar de su madre después de que se marchara, ni tampoco sus abuelos, y en ese momento su curiosidad se vio mezclada con una sensación de miedo.

Dirigió su mirada al escritorio. La luz roja del contestador automático parpadeaba, por estar lleno de mensajes. Pulsó el botón de «*play*» y el primer mensaje fue de René, su compañero de la agencia Leduc Detective.

—¡Parece que va a funcionar! —gritó él—. ¡Estoy a punto de imprimir nuestro contrato de sistemas de seguridad con Media 9! Tengo que convencerles de que nos paguen un anticipo de nuestros honorarios.

¡Por fin! Su sensación de alivio se vio turbada por el sonido del timbre.

Miles Davis, su cachorro de bichón frisé, gruñó cuando Aimée abrió la puerta. La mujer alta y huesuda que se encontraba en la entrada la miraba. Su melena morena, a la altura de los hombros, estaba salpicada de cabellos grises, e iba vestida con una chaqueta y unos pantalones de *sport* marrones. Tenía una apariencia anodina; sin embargo, sus zuecos daneses proporcionaban una pista ambigua: o tenía los pies delicados o se trataba de una artista.

—¿Es usted Aimée Leduc? —Los ojos de la mujer, separados y de color gris, la estudiaron.

—Sí.

—Ja, el parecido es evidente.

—¿Quién es usted? —le preguntó Aimée, con un nudo en la garganta.

—Jutta Hald —dijo, al tiempo que se subía el bolso que le resbalaba por el hombro—. Deme cinco minutos y luego ya decidirá si creerme o no.

Aimée lo dudó un momento, antes de mostrarle el vestíbulo e invitarla a entrar al antiguo comedor con *boiserie*.

—¿Se marcha a alguna parte? —le preguntó Jutta Hald, mientras señalaba el equipaje que se encontraba esparcido por el suelo.

—¿Cómo ha dicho que había conocido a mi madre? —le preguntó Aimée, mientras le hacía señas para que tomara asiento.

Jutta Hald se dejó caer en el sofá. En el exterior, puntitos de luz se reflejaban desde las ventanas en la orilla de enfrente y el calor seguía cayendo como una húmeda manta sobre el murmullo del Sena.

—En la prisión de Fresnes, yo era la prisionera número 6509 —dijo ella—. Compartimos celda en 1976 y 1977.

Aimée agarró a Miles Davis con fuerza.

—¿Qué había hecho?

—Había cometido altos crímenes contra el Estado. Terrorismo.

—Terrorismo... —El corazón le dio un vuelco.

—¿No va a invitarme a un café o a tomar algo de beber? —preguntó Jutta Hald, mientras recorría con la mirada el apartamento. Despedía un ligero olor avinagrado.

—Pero eso fue hace años —dijo Aimée. Sus sospechas luchaban contra el deseo de obtener información acerca de su madre—. Quizás deba ir al grano.

La mujer apretó los labios, antes de abrir un bolso de cuero marrón que, por su aspecto, parecía una harapienta reliquia de los años setenta.

—Usted tiene treinta y pocos años, ¿no es así?

—Por ahí, sí —contestó Aimée—. Mire, necesito tener alguna prueba de que realmente conoció a mi madre y de que es cierto lo que dice.

—Ella escribía muchas cosas —dijo Jutta Hald, mientras sacaba un sobre—. El funcionario de prisiones lo confiscó durante un régimen de aislamiento. Échele un vistazo. —A continuación colocó el sobre encima de la mesa de mármol y con patas a modo de garras, antes de sacar un paquete de cigarrillos turcos sin filtro y encenderse uno.

A Aimée se le puso el vello de punta, mientras alargaba su mano para coger el sobre.

—¿Cómo consiguió esto? —preguntó Aimée.

—No sabe mucho de cárceles, ¿verdad? —contestó Jutta Hald, mientras daba una calada.

El amarillento y arrugado sobre con el membrete «Prisión de Fresnes» estampado parecía brillar bajo la luz del mediodía. Aimée lo cogió, tratando de controlar el temblor de sus manos. ¿Y si la madre que la había abandonado había sido realmente

una terrorista convicta? Su corazón latía con fuerza. ¿Y si eso no era cierto?

Aimée esperaba encontrarse un sobre de cierto peso con respuestas, motivos y excusas, pero curiosamente le pareció ligero mientras lo mantenía suspendido en el aire, bajo los rayos del sol.

Durante un momento, se le apareció la imagen del rostro de su madre. Sus labios de color rojo encendido y los ojos arrugados a causa de la risa. La calidez de sus largas manos y el ligero aroma de los lirios del valle (*muguets*) adherido a su ropa.

No quería abrir el sobre, deseaba que su madre continuara suspendida en el aire, a caballo entre la realidad y su fantasía de niña pequeña.

Lentamente, lo fue abriendo.

En su interior se encontraba la que una vez fuera una brillante hoja, arrancada de una revista de moda, desgastada y arrugada, y comenzó a desplegarla con cuidado.

En un lado, aparecía un anuncio de una lavadora y, en el otro, una madre que, con un suéter por encima de los hombros con las mangas anudadas por delante, paseaba de la mano de una niña en el jardín del Palais Royal. La leyenda decía: «¡Arpège para la mujer activa, para todos los momentos de su vida!».

Debajo de dicha leyenda, aparecía escrito en bolígrafo: «Al igual que a Amy y a nosotros... a ella le encantaba ese cajón de arena».

Debajo de esa frase, Aimée vio unas habilidosas viñetas de un ratón regordete con largos bigotes que bordeaban la parte inferior de la página.

Una daga le atravesó el corazón. ¡Su Emil, su ratón de peluche! El harapiento y pequeño *doudou* al que, durante años, se abrazaba para dormir todas las noches. ¿Qué otra persona podía saber eso sino su madre?

Aimée vació el sobre, pero no había nada más. Entonces volvió a mirarlo, y el nombre de B. de Chambly escrito a lápiz podía verse en la esquina inferior derecha.

—¿Qué es esto?

—El nombre de su madre —contestó Jutta Hald.

—¿Y a qué corresponde la B.?

—Se me ha olvidado —dijo la mujer.

No solo su forma de hablar, sino todo en ella parecía poco natural, forzado.

—Hábleme de mi madre —dijo Aimée, antes de tirar del cachorro para acercárselo.

—Me trasladaron de prisión, pero luego me enteré de que la habían puesto en libertad.

—¿Y qué ocurrió después de que la dejaran en libertad?

—Las pistas conducen hacia usted. —Jutta Hald cruzó sus larguiruchas piernas.

—¿Las pistas?

La exconvicta volvió a mirar a su alrededor, analizando los descoloridos murales del siglo XVIII que cubrían los techos de aproximadamente seis metros de altura.

—¿Cómo mantiene limpio este lugar? —No esperó una respuesta, sino que pasó la mano por la mesa—: No limpia.

Aparte de ser una mujer maleducada, había acudido allí por algún motivo, pero Aimée no sabía cuál era. ¿No tendría que ser al revés? ¿No se suponía que era ella quien debería proporcionarle información a Aimée?

—Lleva viviendo aquí mucho tiempo, ¿no es así?

A Aimée no le gustaban sus modales ni nada en ella.

—En lugar de proporcionarme información —dijo Aimée— parece que quiere algo, *madame* Hald. ¿De qué se trata?

El pálido rostro de la mujer esbozó una enorme y desconcertante sonrisa; entonces se humedeció los dedos, apretó con ellos el cigarro y se guardó la colilla en el bolsillo.

—Llevo años sin que nadie me llame *madame* Hald. —Jutta Hald movió la cabeza, sin abandonar la sonrisa.

Por un instante, Aimée creyó que parecía humana.

—Hábleme de ella —repitió Aimée.

—Ahora mismo ando algo escasa de dinero.

—Quizás sencillamente se haya encontrado este pedazo de papel o haya oído algunas historias...

—Fue puesta en libertad en 1977; debe de haber vuelto aquí o si no se habrá ido al cementerio.

Por entonces, Aimée estaba en el *lycée*. ¡No, era una estudiante de intercambio en Nueva York! Aimée se agarró al borde de la mesa y respiró profundamente. Esa mujer hablaba en clave.

—¿De qué está hablando?

Jutta Hald bajó la mirada y Aimée se preguntó si estaría calculando el precio de la moqueta.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Aimée.

—Ha visto la prueba —dijo la mujer—. Cincuenta mil francos.

¡Cincuenta mil francos! ¡Eso es lo que pagaba por seis meses de alquiler del despacho!

—¿Y qué me dará a cambio?

—Tengo más cosas —dijo Jutta—. Sus cosas.

—¿Como por ejemplo su foto? ¿O sabe de algún lugar en el que pueda encontrarla? —preguntó Aimée, con la esperanza de no mostrar lo desesperada que se sentía.

—Dibujos —dijo Jutta—. Y una tobillera y una agenda.

—¿La agenda de mi madre?

—Contiene numerosas direcciones extranjeras —dijo la mujer, mientras respiraba profundamente—. Ay, el aire libre tal y como lo recordaba. Me parece tan dulce después de veinte años.

—Pero yo no dispongo de ese dinero.

En teoría sí lo tenía, pero los activos de la agencia Leduc Detective equivalían a

un hinchado archivo de cuentas sin cobrar que René estaba intentando recaudar, pero había tenido problemas con los clientes corporativos más importantes, quienes tardaban meses en pagar sus deudas.

—Estoy segura de que, si quiere, podrá reunirlo —dijo Jutta Hald, mientras anotaba algo en su cuaderno y lo cerraba de golpe—. He venido directamente de la prisión solo para verla. —Miró por las puertas acristaladas que recorrían la pared desde el suelo hasta el techo y, a continuación, cogió el bolso y volvió a echar un vistazo alrededor de la habitación.

—¿Sabe una cosa? —añadió—, si quitara el polvo y limpiara un poco esta casa mejoraría bastante.

Aimée se mordió los labios y no dijo nada.

—Supongo que no le interesa, así que me marchó.

Aimée permaneció dubitativa.

—Non... —No quería que la mujer se fuera y sintió la necesidad de suplicarle que se quedara para preguntarle qué le había contado su madre acerca de ella.

Jutta Hald paseó la mirada por el apartamento, y sus largos dedos comenzaron a pellizcar y a jugar con el asa de su bolso de cuero, algo que hizo que Aimée se sintiera incómoda.

—Piénselo —dijo Jutta Hald—. ¿Resulta factible que al regresar su madre a su apartamento... dejara algo?

¿No se lo habría dicho su padre? ¿Sería posible que su madre hubiera regresado para volver a marcharse sin querer ver a su hija?

—Esto debería convencerla —dijo Jutta Hald, al mismo tiempo que sacaba una pequeña libreta de su bolso. Entonces Aimée vio una portada azul descolorida en la que se podía leer un título escrito con muy buena caligrafía: «Historias de la vida de Emil: un ratón de verdad en el Louvre».

El corazón le dio un vuelco.

A Aimée se le partió el alma, y esas lejanas tardes le vinieron a la memoria; tardes que había pasado junto a su madre inventando la historia de Emil, anotando los alimentos que comía, los juegos a los que jugaba y fingiendo que dormía en una caja de cerillas.

—Échele un vistazo —dijo Jutta Hald, colocando bruscamente la libreta en las húmedas palmas de Aimée.

A la chica le temblaban las manos mientras agarraba la anticuada portada. Con miedo a que se le cayera, se detuvo, respiró profundamente y entonces abrió la libreta lentamente.

En la primera página se podía leer: «Dedicado a Amy».

—¿Cómo ha conseguido esto?

—No me haga preguntas.

Durante un momento, Aimée volvió a ser la niña que, de puntillas, le tiraba a su madre de la camisa para ver lo que había dibujado, siempre fuera de su alcance.

Con el índice y el pulgar, pasó con cautela la primera página, la cual decía: «Capítulo uno: De cómo Emil vino a nacer en el trono del rey Enrique».

—Ya ha visto la prueba —dijo Jutta Hald—. Admítalo, ella me debe mi parte.

—¿Parte?... ¿A qué se refiere?

La alemana hizo una mueca y, para sorpresa de Aimée, le arrebató la libreta.

—Espere, por favor —suplicó Aimée—. Conseguiré el dinero, por favor, sea justa.

—La vida no es justa... y luego encima te mueres —dijo Jutta Hald—. Trate de recordar, ¿le envió su madre regalos en alguna ocasión? ¿Cajitas o llaves... quizás dibujos?

—Si lo hizo —Aimée se detuvo con tristeza—, yo nunca los vi. —Sabía que su padre los habría destruido, al igual que hizo con todo lo que tuviera algo que ver con su madre.

Jutta se frotó con suavidad el ligero brillo del sudor de su frente con un pañuelo.

—Son las pastillas —explicó—. Son horribles, hacen que siempre tenga ganas de mear. —Negó con la cabeza—. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Aimée se lo mostró, pero Jutta tardó mucho en volver a aparecer.

—Hábleme de mi madre —le pidió Aimée una vez más—. De sus actividades terroristas.

—Habla como si estuviera dispuesta a negociar, *ja*? Podemos compartir.

—*D'accord* —concedió Aimée. Dejemos que Jutta Hald piense que se sale con la suya.

—Ella era un correo —explicó Jutta Hald.

—¿Un correo?

—Ese es el término educado. Una mula del narcotráfico se ajusta mejor.

—¿Mi madre estaba relacionada con las drogas? —Aimée trató de controlar su sorpresa—. ¿Desde dónde y para quién?

—Sobre todo desde Marruecos —contestó Jutta, antes de encogerse de hombros—. Tenía algún tipo de contacto con el hachís. Pero la conocí antes de que nos enviaran a prisión.

—¿Cómo la conoció?

—Por entonces, todos formábamos parte de una organización poco rígida —explicó la mujer—. Corrían rumores de que su grupo traficaba con armas, montaba pisos francos e imprentas para la banda terrorista Haader-Rofmein.

Aimée se apoyó en la pared, era como si Jutta Hald le hubiera asestado un golpe. A lo largo de los años, se había imaginado varias situaciones, pero nunca una madre conchabada con los conocidos radicales de los años setenta de Haader-Rofmein, los cuales secuestraban a personas, colocaban bombas en prisiones y atracaban bancos.

¿Estarían las actividades terroristas de su madre conectadas con la bomba que mató a su padre? Aunque eso había ocurrido mucho tiempo después, las manos le temblaban.

—Esto tiene que ver con mi padre, ¿no es cierto? Así es como me ha encontrado.

—Ya ha hecho bastantes preguntas. —La voz de Jutta Hald se fue apagando—. No parece estar interesada en comprar la agenda. —Una fugaz expresión de remordimiento se dejó ver en el rostro de la mujer, entonces bajó la mirada, sintiéndose incapaz de mirar a Aimée a los ojos.

—Un día, después de salir de la escuela, me encontré una nota de mi madre pegada en la puerta en la que me decía que me quedara con mi vecina. —Le contó Aimée—. Y eso es lo último que supe de ella. Si la agenda me va a ayudar a dar con mi madre, conseguiré el dinero, pero necesito algo de tiempo.

—Tiene hasta esta noche —le dijo la mujer—. Después, me habré ido.

—Pero...

—Abandono el país —dijo Jutta Hald, al tiempo que consultaba su reloj, entonces se levantó y se dirigió al vestíbulo—. Luego me pondré en contacto con usted. ¿Tiene teléfono móvil?

Aimée le proporcionó el número, y la mujer se marchó dando un portazo.

Aimée suspiró. Su cuenta bancaria tenía menos de una cuarta parte de lo que Jutta Hald le pedía, y la agencia Leduc Detective tenía aún menos.

Entonces, se dirigió a toda prisa a las puertas acristaladas, las abrió de golpe y se asomó por encima de la barandilla metálica, pero no había nadie en el muelle que tenía enfrente.

Más arriba de la calle, apareció Jutta Hald desde debajo de un saliente, caminando a paso ligero. Aimée la llamó, pero el constante ruido de fondo de la bocina de una furgoneta amortiguó sus gritos. Al final del muelle, la mujer se detuvo, se dio la vuelta, levantó su mirada hacia Aimée, le dirigió una leve sonrisa y desapareció de su vista.

Aimée se puso su chaqueta vaquera. Se moría por un cigarro, se hurgó en los bolsillos para ver si tenía algún chicle Nicorette, pero lo único que encontró fue un manual de codificación de *software* y un envase tamaño viaje de Citron Vert. La semana anterior había dejado de fumar, por enésima vez.

El anhelo de ver a su madre, ese deseo insaciable latente durante años, había vuelto. Aun en el caso de que estuviera muerta, deseaba saber dónde había sido enterrada. Era un deseo constante y persistente, como una piedrecilla en el zapato.

En la desgastada cartera de cuero de Vuitton solo había cincuenta francos, lo suficiente para pagar un taxi hasta el despacho del amigo de René, Michel, a quien pediría un préstamo.

Encontró un taxi en *pont Marie* y le gorroneó un Gauloise sin filtro al taxista. A medida que recorrían el muelle a toda velocidad, inhaló el intenso y leñoso tabaco, disfrutando del fuerte mazazo.

Michel tenía un problema de liquidez diferente al de la mayoría de las personas: él tenía demasiada. Los patrocinadores de su firma de alta costura eran empresarios cibernéticos del Sentier, distrito al que la prensa había apodado «Siliconsentier». Sin

embargo, René y ella desconfiaban de la nueva economía y de las incipientes empresas de *software*, por lo que se limitaban a la seguridad corporativa.

El espacio se había abaratado en el Sentier, centro neurálgico del sector de la confección al por mayor y de la prostitución. En todo el distrito apenas existían zonas verdes. Seis árboles en la place du Caire, un frondoso platanero en la plaza Bidault y varios resistentes árboles en la place Sainte-Foy constituían las excepciones más notables.

El taxista la dejó en la atestada *rue* Saint Denis, la ruta medieval hacia las tumbas reales. El tráfico se había detenido con un gran chirrido de frenos. El ruido del motor calado de un camión de diesel y el humo de su tubo de escape invadían la angosta calle.

Los ruinosos *hôtels particuliers*, que una vez fueran morada de la marquesa de Pompadour, de Josefina Bonaparte y de *madame* du Barry, se habían convertido en almacenes de tejidos. Las fulanas conservaban sus alquileres de renta baja en las antiguas y tradicionales zonas frecuentadas por Irma la Dulce. Sin embargo, eso era precisamente lo que había atraído a las nuevas empresas. *La decadencia urbana ha cobrado un nuevo significado*, pensó Aimée.

Una densa calima impregnaba la tarde de finales de verano, iluminada por el sol que seguía brillando. Encontró el despacho de Michel en la *rue* du Sentier, entre Paris Hydro, una tienda de artículos de fontanería, y Tissus Arnaud, un establecimiento de tejidos. Un agradable fresquito emanaba de la piedra caliza. En el interior del *hôtel particulier* del siglo XVII, situado enfrente de la antigua residencia de Mozart, Aimée se frotó la piel de gallina de sus brazos.

El suelo despedía un olor a serrín y a moho.

Unas paredes con manchas de humedad sostenían un techo alto, y la pintura estaba descascarillada en el grande y tenebroso vestíbulo.

La gran puerta estaba entreabierta y, al mirar a través de ella, vio caros monitores de ordenador de última generación en improvisadas repisas. Apoyadas en la ventana, había cajas de cartón apiladas con la etiqueta *tissus en gros* y los restos de antiguas máquinas de coser industriales para punzar orificios en el cuero se encontraban junto a oxidados percheros metálicos.

Michel Mamou se encontraba en las alturas intentando llegar a la tubería de gas de la pared. Se mantenía en equilibrio sobre un caballete de serrar colocado a horcajadas sobre una mesa con tres patas y un banco, y casi se da en la cabeza con la vieja lámpara que colgaba del techo.

—Ça va, Michel? —preguntó Aimée.

—Cuando consiga tapar el conducto, seré feliz —dijo con una sonrisa.

—Michel, necesito que me hagas un favor.

Las gafas de montura negra debajo de su gorra de lana echada hacia abajo no ocultaban sus ojos rosáceos ni sus blanquecinas pestañas.

A menudo, presumía de ser el único albino judío de París, y quizás ese fuera el

motivo por el que su familia le había dado vía libre, en lugar de insistir en que trabajara en el negocio de prendas de ropa al por mayor.

Él y el socio de Aimée, René, un genio de la informática con enanismo, habían formado una pareja nefasta en la Sorbona, el albino y el enano o «los hermanos raros», como algunos los llamaban.

—¿Qué necesitas?

Antes de que pudiera contestar, se apoyó en el caballete de serrar.

—Detenme si ya te he contado este —dijo él, esbozando una sonrisa picara—. *Écoute*, aquí en el Sentier, un mayorista paga los estudios de su hijo. Primero, el chico invierte tres años en Derecho, luego estudia Empresariales durante otros tres años en la prestigiosa escuela de Hautes Études Commerciales y, a continuación, obtiene un máster en Administración de Empresas en Harvard. Más tarde, decide estudiar japonés, pero su padre le dice: «Mira, hijo mío, te he pagado todos estos años de estudios, pero es voluntad de Dios que al final elijas tu carrera: ya sea ropa para hombre o para mujer».

Michel se golpeó los muslos y comenzó a reírse a carcajadas. Entonces Aimée le devolvió una leve sonrisa, al tiempo que comprobaba los puertos de la terminal de un ordenador cercano.

—¡Exactamente igual que mi tío Nessim! —dijo Michel—. Es demasiado tacaño para arreglar este lugar, pero me permite utilizarlo. Yo diseño en la planta de arriba. Creen que van a hacer dinero conmigo y, si mis diseños no logran venderse, su inteligente hijo dice que pueden declarar el inmueble para deducir impuestos, ¡como una pérdida del valor de la propiedad!

Michel había quedado en un buen lugar en el *Concours de Haute Couture*, el prestigioso concurso de moda que organizaba el Ministerio de Cultura. Su talento no había pasado desapercibido, pero había rechazado una oferta de una firma de moda a fin de ser su propio jefe.

—El ministerio va a patrocinar nuestro desfile de moda en el Palais Royal —contó él—. Mi tío va a hacerse cargo del dinero, pero necesito que tú y René me ayudéis con el sistema informático.

—Michel, dudo que haya corriente para las conexiones de fibra óptica y de los cables —dijo Aimée, señalando la polvorienta caja de fusibles.

—*Pas grave* —dijo él—. Con la Bourse cerca y la agencia de noticias Reuters en el *hôtel particulier* del otro lado de la calle, disponemos de mucha potencia.

Sí, ¿y qué pasa con las ratas que roen los cables?, pensó Aimée.

—Michel, a propósito del favor...

—Yo lo denomino *couture contre couture*, costura al revés —dijo él—. Las ayudantes patinadoras, con los ordenadores portátiles amarrados al pecho con una correa, acompañan a las modelos hasta los clientes y toman notas de los pedidos y las tallas. Lo hacemos todo de una vez.

Así que ese era el motivo por el que necesitaba los ordenadores.

—Michel, necesito que me prestes cincuenta mil francos.

Pero le estaba hablando a los cuartos traseros cubiertos de tela vaquera de Michel, quien estaba de rodillas buscando una fuente de energía.

Ella se agachó y le tiró del brazo.

—Necesito un préstamo personal. Te lo devolveré.

Michel agitó su pálido brazo.

—De acuerdo, pero será mejor que lo canalicemos a través de la empresa.

—¿Qué quieres decir?

—Que la compañía de mi tío nos financia.

—Pensé que tus amigos de Siliconsentier te ayudaban.

—Mi tío me hizo una oferta mejor. —Él esbozó una sonrisa burlona—. Podríamos utilizar vuestra experiencia.

Un timbre de alarma sonó en la cabeza de Aimée. El Sentier era conocido por sus acuerdos pagados al contado en negro, sin facturas, y con unos pequeños sobornos aquí y allá. *Voilà!* Sin impuestos. ¿Resultaba inteligente para la agencia Leduc Detective involucrarse en un proyecto basado en un dinero poco fiable? ¿Tenían alguna posibilidad de elegir?

—Permíteme que lo discuta con René —dijo ella—. Pero estoy en apuros, Michel, necesito cincuenta mil francos ahora mismo.

—*Tiens*, ven arriba —dijo Michel. Él había gateado hasta el fondo de la habitación, donde un aplique de metal con filigranas colgaba de un cable pelado por encima de él.

Ella subió detrás de él las amplias escaleras de mármol, con profundos surcos en el centro. La barandilla serpenteaba, enrollándose cada vez más a medida que subían, como si fuera una serpiente a punto de atacar.

En el descansillo de baldosas negras y blancas había varias bicicletas apoyadas en la ornamentada cancela de hierro forjado, en la que pámpanos de vid se entrelazaban con racimos de uvas.

Sonó el teléfono móvil de Aimée.

—¿Está ya preparada para invitarme a tomar algo? —dijo Jutta Hald con un áspero tono de voz.

A Aimée le dio un vuelco el corazón, todavía no tenía el dinero.

—París está plagado de cafeterías, Jutta —dijo ella—. Es probable que ahora mismo tenga una enfrente. Estoy tratando de reunir el dinero.

De fondo, Aimée oyó el ruido de una sirena.

—Hay algo que debe saber acerca de su madre... —El resto de las palabras de Jutta Hald fueron amortiguadas por el estruendo de las sirenas.

—¿Qué debería saber? —gritó Aimée cuando el ruido cesó.

—Nos vemos en la *tour* de Jean-Sans-Peur en veinte minutos. —Eso fue todo lo que pudo oír.

—¿Sabe dónde está mi madre?

Se hizo un silencio, y Aimée oyó cómo Jutta Hald respiraba profundamente.

—En veinte minutos, y traiga el dinero —dijo Jutta Hald.

—Pero tengo que saber... —comenzó a decir Aimée.

Jutta Hald ya había colgado.

¡Esta era la primera oportunidad en años de saber algo de su madre! A pesar de sus recelos, decidió hablar con René y, agarrando con fuerza el cheque de Michel con valor de cincuenta mil francos, se colgó la mochila del hombro.

En la angosta calle de fuera, sintió cómo la invadía el anhelo. Durante años, en lo más profundo de su alma, había temido que su madre estuviera muerta; sin embargo, no podía ignorar el atisbo de esperanza que Jutta Hald le ofrecía, a un alto precio.

Cobró el cheque en el Banque Nationale de París que había en la esquina. Cuando la dobló para entrar en Montorgueil, la acera de baldosas estaba bordeada de *boucheries* exclusivas, algo que le traía más recuerdos de su madre, a quien imaginaba con un lapicero detrás de la oreja. Ella estaba siempre dibujando, hacía garabatos en cualquier cosa: servilletas de papel de *brasseries*, sobres, libros de tarifas de contadores de gas. Todo lo había quemado su padre, a excepción de la caja de cartón de la cadena Fric-Frac de su bicicleta, que estaba decorada con garabatos de su madre.

Aimée había dejado de utilizarla, ante la insistencia de su padre, después de que le quitaran las ruedecillas traseras para principiantes.

Aimée pasó por una zapatería y una pequeña *parfumerie*, antes de llegar a la torre del siglo xv que lindaba con la que una vez formara parte de la antigua muralla de París. Los habitantes medievales solían arrojar basura por encima de los muros. Después de que la población se duplicara, el siguiente monarca construyó una nueva muralla, y los desperdicios con siglos de antigüedad fueron pavimentados. El suelo iba siendo cada vez más elevado, lo que explica las cuestas y las sinuosas calles del Sentier.

La torre, un estrecho triángulo de cuatro plantas, construido en piedra de color caramelo y con un tejado en forma de cúpula, había sido parcialmente restaurada. La recordaba de un viaje de estudios que había hecho cuando estaba en primaria. Algún duque o marqués había estado escondido allí; eran tantos que los confundía.

La puerta de rejas de hierro se desarmó al abrirla. Enfrente de ella había un frondoso platanero en el patio de piedra cercado, protegido de la bulliciosa calle. Las sombras de las hojas adornaban el empedrado y el silencio de media tarde invadía la atmósfera. A su derecha, una *école maternelle* en forma de ele daba a la torre.

No había escolares, ni tampoco estaba Jutta Hald, solo nubes que amenazaban tormenta y una ráfaga de aire caliente.

Según el cartel, las visitas a la torre se habían suspendido hasta que estuviera restaurada. «Bienvenidos a la única torre feudal fortificada que ha sobrevivido en París», decía la inscripción. «Aquí, Juan sin Miedo, el duque de Borgoña, construyó un refugio tras asesinar a Luis de Orleans en la guerra de los Cien Años».

Debajo del árbol había herramientas, equipamiento para arrojar chorros de arena y una pequeña hormigonera, e imaginó que la jornada de trabajo había concluido.

Aimée maldijo por lo bajo cuando uno de sus zapatos se atascó entre las piedras; lo giró a ambos lados y el tacón de su sandalia Prada, que encontró en un mercadillo, salió rozado y cubierto de polvo. Entonces lo restregó encima del *décrottoir* que estaba clavado en las piedras. Las calles plagadas de barro habían sido una parte integrante de la vida medieval.

En el interior de la torre, los rayos de luz se filtraban por las ventanas y puertas. Había numerosas ventanas, algo extraño para ser una estructura medieval construida como defensa y enclavada en la antigua muralla fortificada. A su derecha, había un montón de fragmentos de barras de refuerzo.

Jutta continuaba sin aparecer, por lo que comenzó a subir las escaleras de caracol.

La piedra despedía un aire frío. Se frotó los brazos, alzó la vista y un sinuoso conjunto de bóvedas delicadamente talladas, con un diseño de ramas entrelazadas con hojas de roble y espino, y parras con lúpulos, se extendía por encima de ella. La escalera circular y las contrahuellas abiertas se encontraban aisladas en el aire. Pájaros de un color negro y brillante se posaban en la torrecilla y su agudo graznido le perforaba los oídos a Aimée.

¿Estaría Jutta Hald jugando con ella, tratando de confundirla? Aparentemente, ella pensaba que Aimée estaba ocultando algo, que tenía algún secreto.

Se oyeron pisadas en el patio de abajo, y Aimée miró por la ventana que iluminaba lo que una vez fuera una pequeña capilla. Cuervos tallados con dos figuras sobre una franja de crucería sostenían el antiguo emblema ducal.

Incluso entonces, ya estaban por allí los malditos pájaros.

Aimée arrastró los pies por el empedrado irregular. Debajo, en el patio, había un grupo de turistas.

A medida que iba bajando, oía cómo revolvían grava en el exterior, e imaginó que era probable que los obreros hubieran comenzado otro turno.

Se introdujo en la luz de color de queso Camembert claro, cavilando... temerosa de que lo que le había contado Jutta Hald acerca de su madre fuera cierto, y con temor de que tuviera algún tipo de conexión con la muerte de su padre.

Pero ¿dónde estaba Jutta?

En el exterior, un trío de turistas de habla portuguesa deambulaba y consultaba mapas al fondo del patio. Un obrero con un mono azul paleaba arena en la parte de atrás y, cuando levantó la pala del montón de arena, vio a Jutta Hald sentada, acurrucada sobre un banco verde cercano a la pared, y de espaldas a Aimée.

Qué extraño, pensó esta. Antes no estaba allí.

—Ça va... Jutta? —le preguntó, mientras se sentaba a su lado.

La mujer, apoyada en el mugriento muro de piedra, no dijo nada. Olía a cabello asoleado con un toque del singular tufillo avinagrado que despedía.

Aimée se aproximó para verla de cerca, y los ojos de Jutta Hald estaban abiertos

como platos.

—¿No me oye?

No hubo respuesta. ¿Qué le pasaba?

Aimée la agarró del brazo y comenzó a agitarla, pero la cabeza de la mujer se desplomó, y reveló en el muro de piedra un cartílago rosáceo y una sustancia rojiza coagulada que se deslizaban. En la parte posterior del cráneo podía verse el resto del cerebro, la parte que no había volado por los aires.

Aimée se echó hacia atrás, incapaz de hablar. Le costaba respirar. La sangre que emanaba de un orificio negro se filtraba por el enmarañado cabello de Jutta Hald.

Le habían pegado un tiro a corta distancia, hacía escasamente un minuto.

Aimée levantó la mirada y oyó una carcajada de los turistas, el chirrido de la puerta de hierro del patio y el graznido de los cuervos posados en las torretas.

Nadie se había percatado.

Aimée no había oído nada, ni tampoco ninguno de los demás allí presentes.

¿Seguiría allí el asesino?

Las manos de Jutta Hald estaban vacías, ya no llevaba el bolso ni la libreta que le había mostrado horas antes.

Aimée vio el frasco de pastillas, que se supone que Jutta iba a abrir, encima de sus rodillas; lo cogió con cuidado y se lo guardó en la mochila.

—*Veja, veja!* —gritó uno de los turistas. Entonces una mujer dio un chillido y señaló a Aimée y a Jutta Hald.

El obrero... ¿dónde estaba? Aimée miró a su alrededor, pero había desaparecido; entonces volvió a oír gritos en portugués.

A toda velocidad, se dirigió hacia uno de los turistas, una mujer de cabello negro y crespo que retrocedió unos pasos.

—¿Adónde se ha ido el obrero?

Fue recibida por unos ojos abiertos como platos a causa del terror. Aimée utilizó una pala para hacerse entender mediante mímica.

Entonces recibió una ráfaga verbal en portugués, pero solo comprendió la palabra *policía*. Ella trataba de no mirar al desplomado cadáver de Jutta Hald, mientras marcaba en su teléfono móvil el número uno siete del *Service d'Assistance Médicale Urgente*, el SAMU.

La mujer portuguesa se aproximó a la puerta y Aimée la siguió, examinando la *rue Etienne Marcel*, que estaba enfrente.

—Quiero informar de un asesinato —dijo ella por teléfono—. El que ha disparado podría estar haciéndose pasar por un turista o por un obrero.

—¿Desde dónde llama y quién es la víctima? —preguntó el operador.

A veinte metros de distancia, la mujer portuguesa se había encontrado con un *flic* y estaba señalando a Aimée.

—*Tour* de Jean-Sans-Peur en la *rue Etienne Marcel* —dijo ella—. Se trata de una prisionera de Fresnes que había salido en libertad, Jutta Hald.

El *flic* comenzó a caminar en su dirección.

—¿Cómo se llama? —preguntó el operador.

El *flic* aceleró el paso.

—Digamos que soy una ciudadana responsable —dijo ella, antes de colgar y doblar la esquina corriendo.

Sábado, por la tarde

En el interior de un taller mecánico encharcado de aceite, a las afueras de París, Stefan se ajustó su audífono para escuchar la radio. «Antigua radical de los años setenta» había captado su atención, a medida que se inclinaba sobre un Mercedes SL 320. «Jutta Hald, que había salido de prisión hoy después de un período de veinte años en la cárcel, ha aparecido asesinada...».

Stefan sintió un escalofrío. Dejó caer la llave inglesa y se apoyó en el capó. Trató de decir algo, pero no le salían las palabras.

El informe radiofónico continuó. Un inspector, a quien entrevistaba el periodista, contaba dónde había tenido lugar el homicidio y la huida de la escena por parte de una mujer.

El sonido se desvaneció y solo se oía un zumbido. Stefan toqueteó su audífono. *Scheisse...* nada, solo el leve zumbido. Sus problemas de oído eran el pago por una vida delictiva.

Y entonces, el boletín informativo terminó.

Stefan dirigió su mirada con nerviosismo al mecánico que estaba trabajando al otro lado del taller, pero el hombre del mono grasiento no había levantado la cabeza del capó y continuaba trabajando.

Jutta Hald asesinada... ¡el mismo día de salir de la cárcel! ¿Quién quedaba que pudiera haber dado con ella?

Stefan se irguió y recordó esos días, allá por el año 1972.

Visualizó los rostros helados de terror, cuando su banda Ejército Rojo irrumpía en los bancos gritando: «Arriba las manos, os vamos a despojar de vuestros triunfos capitalistas... ¡Larga vida al proletariado!».

Dejando a un lado la ideología, el poder lo embriagaba.

Siempre había odiado las reuniones de todas las noches, en las que redactaban *communiqués* y debatían manifiestos acerca de la resistencia armada organizada y la difusión de la lucha de clases.

No obstante, el atraco a bancos le había parecido divertido, pero todo se fue al traste cuando decidieron aspirar a lo más alto, cuando se convirtieron en personas con mayores ansias de poder, algo que resultó ser un error garrafal.

Así que, durante veinte años Stefan había permanecido en la clandestinidad. Su grupo Ejército Rojo se dispersó: Jutta estaba en la cárcel, Marcus e Ingrid recibieron un tiro en la cabeza, Ulrike se había ahorcado con las sábanas en su celda, Beate y Jules habían desaparecido y lo último que supo de ellos es que se habían convertido en mercenarios en Angola.

Y ahora Jutta estaba muerta.

Entonces bajó su mirada a sus encallecidos dedos manchados de aceite, había sido

una suerte que fuera bueno reparando motores.

—*Alors!* —dijo Antón, el propietario, de pecho fuerte y ancho, al tiempo que le agitaba una llave de cubo delante del rostro—. Vuelve a la Tierra, te espera un carburador.

Stefan asintió con la cabeza y se inclinó sobre el reluciente motor.

Antón seguía contando con él, a pesar de sus «ataques de soñador», como él los llamaba, porque si había algo que Stefan conocía bien eran los motores Mercedes.

Podía reparar un vástago desechado y convertirlo en algo tan suave como la piel de un cordero, o conseguir que una chirriante caja de cambios rugiera con normalidad en un periquete. Si Antón sospechaba de los asuntos turbios del pasado del mecánico, hacía caso omiso, pues estaba más interesado en el margen de un cuarenta por ciento de ganancias que obtenía de la instalación, por parte de Stefan, de las piezas fabricadas en Bulgaria en las que aparecía estampado: «Fabricado en Alemania».

—Se ajusta como la media de una mujer —dijo Antón en voz alta. Le gritaba a Stefan como si fuera imbécil y no solo parcialmente sordo.

Stefan se deslizó frente al inyector de combustible, mientras la llave de cubo emitía un chirriante ruido a medida que la traqueteaba de lado a lado. De repente, la pistola de aire comprimido de su compañero comenzó a lanzar tuercas a los neumáticos del enorme camión Mercedes situado enfrente.

Parecían balas.

Stefan dio un salto, siempre lo hacía. Sencillamente, no podía evitarlo.

—Esta pequeña damisela podría utilizar un poco de aceite, y entonces *voilà* —dijo Antón—. Ya sabes cómo hacer la factura, ¿verdad, Pascal? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Stefan asintió con la cabeza.

Odiaba el nombre de Pascal, pero debía conformarse. Llevaba veinte años apechugando, con sus gafas, su cabello teñido y su audífono. Había perdido gran parte de su audición en una explosión. En ese momento, su cabello se volvió gris de forma natural, y ahora ya no necesitaba retocarse las patillas ni su bigote todos los meses.

En el exterior del taller mecánico, la persiana metálica de una *boulangerie* se estaba cerrando, tira a tira. En la plaza, Stefan vio cómo parpadeaba la luz ámbar del semáforo en la penumbra. Todo el mundo se iba a su casa, o a casa de alguien.

La mente de Stefan comenzó a rebobinar, mientras recogía sus herramientas.

Después de cometer el robo y el secuestro, la banda se había reagrupado en su seguro piso franco, en el bosque. Aunque resultó no ser tan seguro, algún gusano había desvelado su escondite.

Stefan estaba en el garaje, atrás, reparando el coche, cuando percibió el humo, los gritos y el estruendo. Los *flics* estaban bombardeando la vieja granja. Salió corriendo del garaje en llamas y continuó campo a través, mientras los ruidosos disparos rasgaban los troncos de los alisos que iba dejando atrás. Corrió sin parar durante

kilómetros y, cuando salió del bosque, tenía el cuerpo plagado de arañazos y rasguños.

Al salir de la maleza, jadeaba y se sentía agotado; entonces cruzó la autopista, huyendo de las sirenas. Los neumáticos de un oxidado Opel 127 estaban torcidos, y la rueda delantera derecha atascada en la cuneta. Stefan ayudó al viejo cazador con chaqueta de cuadros que hacía patinar las ruedas para salir del barro. Lo ayudó a poner el coche en un terreno seco, y entonces le pidió que lo llevara. Satisfecho por su ayuda, el cazador aceptó de buen grado, e incluso compartió con él su pan integral y su *wurst*.

Entonces, se comenzó a oír en la radio el boletín informativo concerniente al tiroteo. Stefan nunca olvidará el rostro del cazador, cuando este cayó en la cuenta de su identidad. El hombre trató de ocultar su reacción, pero sus temblorosas manos lo delataban. En ese momento se dirigió a un puesto de emergencia de la autopista, y salió del vehículo alegando que no se encontraba bien.

Pero por el espejo retrovisor Stefan vio cómo el viejo corría a trompicones en dirección a la autopista, agitando los brazos frenéticamente para pedir ayuda. Invadido por el miedo y la confusión, cayó de cabeza entre el tráfico que venía en dirección contraria. Rápidas furgonetas y coches, que pasaban zumbando, golpearon su cuerpo como una bola de fútbol. Los vehículos trataban de frenar, chirriando y virando bruscamente. Stefan agarró el volante del Opel, pisó el acelerador y se alejó. La última imagen que recordaba era la del cuerpo del hombre tirado en la carretera como una muñeca de trapo, a medida que los coches se apiñaban a su alrededor.

Cerca de Fráncfort, Stefan salió a toda velocidad de la autopista y se dirigió a una pedregosa zona de maleza, pero no sin antes haber cogido la cartera del anciano, haber quitado raspando los números de serie del chasis y haber enterrado las matrículas debajo de un pino. Entonces se dirigió andando a la estación de tren.

La policía pensaría que había escapado pero él continuaría huyendo durante el resto de su vida, aunque su vinculación con la banda terrorista Haader-Rofmeim hubiera sido simplemente por casualidad.

No. Afróntalo. Se había unido a la banda para impresionar a la chica de larga melena que pasaba completamente de él, y entonces la consigna «Muerte a las tendencias capitalistas» cuando la invitaba a una cerveza. Habría hecho cualquier cosa por ella, y aquel fatídico día, acabó conduciendo el coche que emplearían para la huida.

Stefan apartó sus recuerdos a un lado, mientras se dirigía a su casa.

Hacia varios años, había comenzado una terapia en Poissy, una localidad cercana a su pueblo. ¿Por qué no? Todo el mundo tenía secretos, y los suyos le pesaban mucho, sobre todo el del viejo cazador, quien no pudo tener un funeral en condiciones, además del de Beate y Ulrike. Continuaba deseando haberlos ayudado, en lugar de haber huido.

En 1989, estuvo a punto de confesar, porque corrían rumores de una posible

amnistía, pero entonces cayó el Muro y aparecieron los archivos de la Stasi, unos repugnantes archivos de Alemania Oriental que estaba claro que serían definitivos para declararlo culpable, así que, se mantuvo en silencio.

En la actualidad, no había la más mínima esperanza de indulto ni de amnistía por parte de la presidencia. Llegó a la conclusión de que Jutta estaba buscando el resto del alijo de Laborde que habían robado: los bonos y los cuadros, entre otras cosas. Ella sabía dónde se ocultaba parte de dicho alijo y él tendría que encontrarlo antes de que lo hiciera su asesino.

Sábado, por la tarde

«Tatouage» se podía leer en el cartel de neón rosa situado a la vuelta de la esquina de la torre, en la *rue* Tiquetonne. La zona estaba plagada de tiendas y apartamentos, atravesada por angostos callejones y patios, y las sirenas ululaban en la distancia. Desde la entrada del negocio, Aimée vio al *flic* a la vuelta de la esquina, quien detuvo a una mujer con bolsas de la compra para preguntarle algo. Entonces Aimée entró en la tienda de tatuajes sin ser vista.

Las polvorientas cortinas de terciopelo habían conocido tiempos mejores. Un aire de bochorno, con tintes a sudor y vino añejo, rezumaba en los rincones. Un insistente y leve zumbido se mezclaba con una cinta de los Gypsy Kings.

En la gran sala, una mujer con una bata violeta, que estaba de espaldas a Aimée, rellenaba frascos con una gran variedad de sombras de maquillaje. Aimée entró en una larga cabina con cortinas.

Sentada frente al espejo, una mujer bronceada y en toples se abanicaba con una revista *París Match*. Desde el borde de su hombro izquierdo hasta la parte superior de la columna, el intrincado diseño de un lagarto aparecía tatuado en azul verdoso. Finas gotas de sangre emanaban de los bordes. Encorvado detrás de ella, un hombre con un ruidoso instrumento miraba fijamente su espalda.

Aimée hizo un gesto de dolor, el precio del adorno era mínimo para algunos.

Pero no para ella.

Un hombre musculoso y con una camiseta ceñida de color blanco entró rápidamente. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes y su cabeza calva brillaba bajo las rojas luces de las lámparas de calor. Entonces dirigió una sonrisa a Aimée, mostrando una fila de dientes con fundas de oro.

—¿Has elegido ya? —El tipo señaló lo que parecía una silla de dentista, rígida y metálica.

—¿Que si he elegido? —dijo ella, mientras retrocedía lentamente hacia la cortina.

—Tu diseño —dijo él, señalando las paredes cubiertas de fotografías con tatuajes.

El olor a cobre de la sangre hizo que se sintiera incómoda.

Al otro lado de la cortina, oyó cómo el *flic* le hacía preguntas a la maquilladora en la habitación de al lado, por lo que en ese momento no podía ni plantearse salir de allí.

El tipo que se encargaba de hacer los tatuajes tamborileaba con los dedos sobre una mesa de formica cubierta de instrumentos.

—¿Qué te gustaría entonces?

Nada, era lo que quería decir.

—Prueba con los diseños de los antiguos gánsteres de Pigalle —dijo él—. Un gallo que simboliza la esperanza, la mariposa con un cuchillo que gotea sangre, la

joie de vivre...

—Quiero el de ella —susurró, señalando a la bronceada mujer en toples.

Se levantó la camisa y colocó el dedo en la parte izquierda de su columna, a mitad de la espalda.

—Aquí. No quiero ver cómo lo haces.

—Ah, un lagarto de las islas Marquesas —dijo él—. El símbolo del cambio. ¿Lo quieres con la tortuga sagrada en su interior?

—*Oui, discreto y très petit.*

La sonrisa del hombre se desvaneció y arrugó los labios.

—Ese dibujo no queda bien en un formato inferior a seis milímetros.

Las pisadas se aproximaban.

—Adelante. —Ella asintió, antes de bajar la cabeza. Entonces se tapó el rostro con una toalla y se colocó una sábana por encima de su falda de cuero, rezando para que terminara pronto, y para que el *flic* se marchara.

—Aprendí con Rataru en Tahití —dijo él, como si Aimée lo conociera—. No cabe duda de que es el maestro de las islas Marquesas.

No solo le iba a doler, sino que René no le permitiría nunca olvidarse de aquello.

El tipo le limpió la espalda con alcohol, frío y hormigante, y se restregó las manos, probablemente con regodeo.

—*Tout va bien, Nico?*

Así que el tatuador se llamaba Nico.

—No me puedo quejar, teniente Mercier —dijo él.

Por la orientación de la conversación, Aimée supuso que el *flic* se encontraba a un metro de distancia. Continúa, no te detengas, pensó.

—¿Alguna novedad... ha entrado alguien aquí corriendo?

El corazón de Aimée latía con fuerza. Entonces algo hizo ruido en la bandeja metálica que tenía junto a la oreja. Si salía disparada, la máquina de tatuajes saldría por los aires, pero no lograría llegar a la puerta.

—Hemos mandado a los mensajeros para que vayan corriendo a por café —dijo Nico—, pero todavía no han vuelto.

Así que el teniente Mercier era de los maderos amables, que controlaba el estado de su *quartier*. Es probable que allí contactara con sus confidentes, o que estuviera buscándola.

La aguja de tatuajes desgarró su piel como una sierra de finos dientes. Con veinte perforaciones, con suma precisión, punzantes y exactas, la aguja realizó diminutos orificios en su piel. Ella parpadeaba para enjugarse las lágrimas, apretaba los dientes y rezaba para que terminara pronto.

Después de lo que le había parecido una eternidad, Aimée oyó cómo se alejaba Mercier. Mucho tiempo después, el tatuador apagó la máquina de tortura.

Aimée se levantó lentamente y cogió su cartera.

—Por si el servicio no está incluido —dijo ella, mientras le entregaba

discretamente un billete extra de cien francos.

—¿Como por ejemplo un maquillaje complementario? —preguntó una voz femenina—. Te va a encantar.

Aimée se dio la vuelta y vio a una mujer sonriente y menuda que se encontraba de pie junto a la silla. Al otro lado de la cortina, otro *flic* se había reunido con Mercier.

—Parece que ya es hora de un cambio de imagen —dijo Aimée, apretando los labios.

—¿Arqueadas... te gustan? —le preguntó la maquilladora, mientras trazaba el arco de la ceja de Aimée con un fino pincel de maquillaje—. Hace maravillas con esas arrugas.

Aimée apretaba los hombros de dolor, el tatuaje le escocía. En la habitación de fuera, la voz de Mercier se mezclaba con el zumbido de la aguja.

—Prueba también con esto —dijo la mujer, mientras le ofrecía algodones impregnados de colorete en polvo en tono melocotón—. Esto ilumina el tono de tu piel y te hace brillar, pero brillar de verdad. —La maquilladora pinceló un brillo aterciopelado por encima de los brazos, los hombros y el cuello de Aimée—. Estoy escribiendo un libro —dijo ella, que hablaba sin parar—, se llama *Cómo parecer una diosa cuando te sientes como un perro*. Está llenito de consejos para las personas de vida agitada que tienen que tener buen aspecto en sitios como los aeropuertos, incluso en épocas de mucho estrés. —La mujer esbozó una sonrisa burlona—. Ya sabes, como llevar gafas de sol grandes, cuellos de piel animal para tener un aspecto delicado y exótico, ese tipo de cosas.

Cuando Aimée salió del salón de *tatouage*, le dolía la espalda y brillaba de verdad. Los *flics* se habían marchado y ella se había inscrito para solicitar una copia del libro.

El malestar acompañó a Aimée durante todo el camino de vuelta a casa. Se estremecía al pensar en Jutta Hald, la patética y desesperada Jutta. Aunque, a pesar de lo avariciosa y evasiva que se había mostrado, la mujer no se merecía que su cerebro hubiera quedado desparramado en un muro de piedra. Nadie merecía algo así. Además, después de veinte años en prisión, ya había cumplido su castigo.

Por una parte, Aimée deseaba olvidarse por completo de haber conocido a Jutta, pero por otra pensaba que su asesino podría llevarla hasta su madre.

Entonces sacó de su mochila el frasco de pastillas de Jutta, en cuyo interior había un pedazo de papel hecho una bola con un esbozo de la torre, junto con una foto arrancada de una revista, en la que un hombre con cabello oscuro teñido sujetaba un premio. En el pie de la fotografía, se podía leer: «Romain Figeac».

Ella conocía ese nombre. Romain Figeac, el *monstre sacré*, autor ganador del Prix Goncourt, y radical de los años sesenta. En los años setenta había sido la *ruine du jour* y en los ochenta, *passé*. En la actualidad, el anciano continuaba siendo un puñetero liberal, de acuerdo con su propia autobiografía. O eso lo era su mujer, una actriz... no podía recordarlo.

Recorrió con los dedos los suaves azulejos azules del lavabo. ¿Sería cierto lo que Jutta Hald le había contado... al menos en parte? Aimée se preguntaba si la agenda de direcciones que la mujer había agitado junto a ella sería realmente la de su madre.

Abrió el grifo y metió la cabeza debajo del agua fría. Tras estrujar el bote de champú de lavanda, se lavó el cabello para quitarse el olor del salón de tatuajes, antes de agitar sus húmedos mechones como si fuera un perro. Pero eso no consiguió despejar su mente, que iba a mil revoluciones.

Las palabras de Jutta Hald continuaban viniéndole a la memoria. Le había preguntado si su madre le había enviado algo, y entonces notó que uno de los cajones del cuarto de baño estaba medio abierto, que las toallas habían sido dobladas apresuradamente y que el botiquín estaba entreabierto. No faltaba nada, pero ¿qué habría estado buscando Jutta?

De repente, lo comprendió todo: si alguien había asesinado a Jutta, ¡ella podría ser la siguiente!

Nada tenía sentido, sin embargo, todo estaba vinculado con su madre.

Desde el día en que su madre se marchó, Aimée había estado desesperada por saber qué le habría ocurrido y, en este momento, tenía posibilidades de averiguarlo y, aunque en el mejor de los casos estas fueran escasas, eran mayores que antes; así que tenía que seguir adelante.

Se fue a la cocina y enchufó el pequeño frigorífico. Estaba vacío y emitía el silbido del freón a medida que goteaba lentamente. Llenó el cuenco desconchado de Limoges de Miles Davis con las sobras de *steak tartar* de su viaje en tren. El perro lo olfateó y ladeó la cabeza como diciendo: «¿Qué es esto?».

—Lo siento, bolita de pelo —dijo ella—. Luego me pasaré por la *charcuterie*.

Su apartamento del siglo XVII necesitaba una puesta a punto: cambiar los radiadores de vapor de escasa potencia por calefacción central para los gélidos inviernos, modernizar las cañerías, que databan del siglo XIX, aumentar la corriente eléctrica para poder conectar al mismo tiempo la lámpara de araña, el ordenador, el fax, el escáner, la línea ADSL y un secador de pelo. Además necesitaba también tener acceso a la *cave* del sótano para guardar cosas, la cual, por desgracia, había sido declarada como un tesoro histórico por haber constituido para la nobleza una ruta de escape subterránea hacia el Sena durante la revolución, y se había cerrado a fin de ser reparada, de hecho, llevaba así desde que tenía uso de razón.

Ella continuaba comprando décimos de lotería. Algún día, se decía a sí misma, su casa recibiría la visita de la revista *Architectural Digest*, aunque era probable que eso ocurriera después de muerta.

Entonces recordó a su madre llamándola Ey-mii con un soso y monótono acento americano, a diferencia del Emeé con acento francés de su padre, cuyas sílabas caían al principio. ¿Se habría negado a hablar de su madre por la vergüenza de que él, un *flic*, tuviera a su esposa en la cárcel?

Aimée consultó el servicio Minitel, pero Romain Figeac no figuraba en los

listines telefónicos; entonces probó con su editorial, Tallimard.

—¿Podría ayudarme a contactar con Romain Figeac?

—*Tiens*, se trata de una broma, ¿verdad? —dijo el recepcionista.

Sorprendida, Aimée se quedó en silencio.

—Querría saber si podría proporcionarme su número, dirección...

—Es una broma de muy mal gusto —dijo el recepcionista, interrumpiéndola.

—Mire, necesito hablar con él —dijo Aimée.

—¿Es que no se ha enterado? —preguntó el recepcionista.

—Infórmeme.

—Su funeral se celebró ayer.

Domíngo, por la mañana

Aimée inspeccionó el Café d'Or de la ajetreada *rue* d'Aboukir y tamborileó con sus desconchadas uñas rojas sobre la barra. Una mosca se posó en las pinzas del cuenco de azúcar y ella la espantó. En aquel soleado día, se encontraban en el local algunos clientes, de los cuales la mayoría estaban sentados debajo del toldo de la *terrasse*. Las sombras de los escasos árboles podados de *place du Caire* salpicaban la acera.

Christian Figeac, el hijo del autor fallecido, llegó veinte minutos tarde al café que había elegido para reunirse con Aimée, quien se había puesto en contacto con él a través de la editorial de su padre, alegando que se trataba de un asunto policial. Después de llegar de su despacho en bicicleta, había pedido un expreso y estaba esperando.

Entonces entró un hombre con greñas de color rubio rojizo. Tenía alrededor de treinta años, por lo que era unos años más joven que ella, y llevaba una chaqueta de cuero sintético, plateada y ceñida, encima de una camisa negra. Sus profundos ojos grises la buscaron y se clavaron en ella, por lo que supo que se trataba de él.

—Christian Figeac —es todo lo que dijo, antes de estrecharle la mano. Tenía las palmas húmedas y cálidas. Miró a su alrededor con recelo, y entonces dijo:

—Sentémonos allí. —Señaló hacia a un anticuado banco tapizado en cuero.

—*Merci* por reunirse conmigo —dijo ella, llevándose el expreso—. Le pido disculpas por el momento tan inoportuno...

—He aceptado solo porque puede ayudarme —dijo él.

¿Ayudarlo?

—Es probable que su padre conociera a mi madre —dijo ella—. Por eso...

—Conocía a muchas personas —dijo Christian Figeac interrumpiéndola y mostrando un aparente desinterés.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Sydney Leduc o de una mujer llamada de Chambly? —Recordaba el nombre B. de Chambly del sobre de la prisión de Fresnes.

Christian Figeac negó con la cabeza y se frotó la nariz con la manga.

—¿Y de Jutta Hald? —preguntó Aimée—. ¿Lo llamó o visitó en alguna ocasión?

Él restó importancia a la pregunta con un ademán. Tenía un frecuente tic nervioso en la mandíbula.

—Mire, ya no puedo entrar allí.

—¿Entrar dónde? —Ella sentía lástima por él, pero por el momento la conversación no estaba llegando a ninguna parte.

Entonces sacó un grueso puro, por lo que parecía cubano, y lo encendió, pero le temblaban las manos con un constante temblor.

—Verá, es el *atelier* de mi padre —dijo él, mirándola fijamente—. Parece que no se vende. La inmobiliaria me ha dicho que lo arregle, ya sabe, que le dé un lavado de

cara, pero está situado en el segundo distrito de la margen derecha del Sena, debería venderse solo.

—Estoy segura de que tiene razón —dijo ella—. Perdona que retome el asunto de Jutta Hald, pero creo que ella estaba buscando a su padre.

—Pues ahora lo puede encontrar bajo tierra con los gusanos.

Parecía resentido, y que no tenía ninguna pista.

—Verá, son los fantasmas. —Se inclinó hacia delante, y un sentimiento de aflicción se dejó ver en su rostro—. Siempre me perseguirán.

Puede que estuviera loco, y que la conversación no llevara a ninguna parte.

Ella buscó un billete de diez francos y lo tiró encima de la mesa.

—Mire —dijo Aimée, mientras abría su mochila—, está atravesando una época difícil, y le deseo lo mejor, pero...

—Espere, por favor. —Él la agarró del brazo. El sudor salpicó su labio inferior. Aimée no lo había visto pedir nada, pero apareció un camarero con un delantal blanco y un expreso, lo colocó sobre la mesa para Figeac y retiró el billete de diez francos a toda prisa.

—Pensaré en los nombres que me ha mencionado. ¿Signe? ¿Y el otro?

—*Tiens*, tengo que marcharme —dijo ella, mientras se deslizaba para levantarse del banco, pero su falda de cuero se quedó atascada en el asiento, provocando un ruido de succión y que esta se le subiera por los muslos.

—Escúcheme hasta que haya dicho todo lo que quiero decirle. —La volvió a agarrar del brazo, para impedir que se marchara. El humo del puro le dio a Aimée en la cara.

Ella mantuvo un tono cortés.

—He venido aquí para averiguar si había algún tipo de conexión entre su padre, Jutta Hald y mi madre...

—Mi padre se suicidó la semana pasada —dijo interrumpiéndola—. Diez años después del día en que mi madre hiciera lo mismo. —Dio una calada al puro.

En ese momento Aimée recordó la historia. En los años setenta, se rumoreaba que la madre de Christian, una actriz americana, se había quedado embarazada de un terrorista francés, pero perdió al bebé, sufrió una crisis nerviosa y su trayectoria profesional llegó a su fin. Varios años después, en el día del aniversario de su aborto espontáneo, hallaron su cuerpo en el interior de su coche, en el parque Bois de Vincennes. Había tomado muchas pastillas.

—Mi padre quería limpiar la reputación de mi madre —dijo Christian Figeac—. Revelar que su esposa había sido un objetivo de la Interpol.

—¿Eso no fue antes? —Aimée recordaba que había sido entrevistado en televisión, donde soltó una diatriba en contra de la «clase dirigente». Tenía unos peculiares ojos azules y el rostro alargado. Un potente cóctel de talento literario y equivocados ideales liberales.

—Mi padre afirmaba que existían documentos —dijo él—. Creo que estaba

trabajando en algo relacionado con eso, y dicha investigación había sido el motivo de su existencia. Después de aquello, se quitó la vida.

—¿Está seguro de que el libro era acerca de la Interpol... y no sobre los terroristas? —¿Qué pasaría si hubiera estado investigando a la banda Haader-Rofmein, o algo relacionado con Jutta o con su madre? Ella se inclinó hacia delante, mostrándose interesada—. ¿Mencionó su padre a la banda Haader-Rofmein?

—¿Haader-Rofmein? Es posible, pero no estoy seguro. Mi padre había atravesado una época de vacas flacas —dijo Christian Figeac, bajando la mirada, antes de tirar la ceniza del puro en el cenicero de Ricard, pero la ceniza le cayó en los pantalones—. Y entonces, lo oí trabajar.

—¿Trabajar en qué?

—Él nunca hablaba de lo que escribía. Era tabú, y decía que le traía mala suerte.

Aimée creyó ver tristeza en los ojos del chico, y una especie de expresión de derrota. ¿Se habría sentido ninguneado al crecer a la sombra de unos padres famosos que habían estado obsesionados por el bebé que perdieron? Aimée sintió lástima por ese hombre.

—¿Por qué querría su padre quitarse la vida?

En lugar de contestar a la pregunta, Christian Figeac se encogió de hombros.

—A altas horas de la noche —dijo él, abriendo y cerrando sus largas pestañas—, era el momento en que mi padre solía trabajar en la habitación de desayuno, aún creo que lo sigo oyendo teclear la máquina de escribir, algo extraño, porque primero lo escribía todo a mano. Abro la habitación y evidentemente está vacía, pero es como si él estuviera tratando de decirme algo.

—Desde un punto de vista racional, algo así quedaría descartado, *monsieur* Figeac —dijo ella.

Christian Figeac deliraba, algo de lo que ella podría aprovecharse a fin de descubrir cuál era el vínculo con su madre y averiguar lo que Jutta Hald quería realmente.

—Si usted es el albacea literario del legado de su padre —dijo ella—, ¿podría echar un vistazo a sus documentos?

Christian Figeac se sacó un papel arrugado del bolsillo de la chaqueta y lo estiró sobre la mesita de mármol de la cafetería.

—¿Por qué valor? —preguntó él, mientras escribía el nombre de ella en un cheque.

—¿Para qué es ese cheque? Me dedico al campo de la seguridad informática, a la recuperación de datos de empresas y de sociedades anónimas.

—Alguien me está siguiendo los pasos —dijo él, con los ojos abiertos como platos—. ¿Le bastan veinte mil como anticipo?

—¿Un anticipo para qué?

—Para averiguar quién me está espiando.

Eso llamó la atención de Aimée, quien se reclinó en el asiento. Si aceptaba el

cheque, quizás pudiera pagar el alquiler, así como averiguar algo acerca de su madre.

Al otro lado de la ventana de la cafetería, un tipo paquistaní con una carretilla llena de ropa le entornó los ojos a un hombre corpulento que hacía repartos, y cuyo camión estaba bloqueando la calle.

—Acepto el trabajo con la condición de que pueda tener acceso a los documentos de su padre —dijo ella—. Es probable que contengan información acerca de mi madre o de Jutta Hald.

—*Désolé*, pero nunca he oído hablar de ellas.

—Trate de recordar. ¿No acudió una señora mayor, Jutta Hald, a su...?

—Aunque es algo propio de mi padre —dijo él, interrumpiéndola—. He oído incluso los ruidos.

—¿Qué ruidos? —A Aimée le dieron ganas de levantarse—. ¿Son los ruidos el motivo por el que cree que alguien le está siguiendo los pasos?

—Lo realmente extraño es que, cuando he ido a mirar esta mañana, he notado que alguien había estado hurgando por la habitación. Discretamente, pero era evidente.

—¿Y cómo lo ha notado?

—Por el polvo, claro. —Él dirigió su mirada a Aimée—. Había pisadas en el polvo.

Aimée y Christian Figeac llegaron a la puerta del 107 de la *rue* de Cléry, situada a varias calles de distancia. El edificio ocupaba la esquina de la angosta vía que confluía con la *rue* des Petits Carreaux. El patio interior, con fachadas cubiertas de hiedra y profundos balcones, parecía de otro mundo, un oasis alejado de las putas de Saint Denis, del *métro* y de los tubos de escape de los autobuses.

En el interior del apartamento de techos altos, el que una vez fuera un taller industrial, imaginó Aimée, había algunas sillas de mimbre, similares a las de las cafeterías. Aparte de un comedor de diseño formal, con una mesa alargada, el lugar tenía escasos muebles. En la parte de delante del *atelier* había enormes ventanas de época revestidas de hierro de color verde oscuro, que daban a los tejados de la estrecha calle.

Christian Figeac trataba de ocultar sus sentimientos, sin embargo su ansiedad era evidente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Aimée.

Él salió apresuradamente de la habitación en dirección al vestíbulo.

Aimée fue tras él.

—Idrissa, Idrissa, ya he vuelto —gritó.

Para cuando ella lo alcanzó, él estaba apoyado en la pared de la cocina enmaderada en tono oscuro.

—¿No me iba a mostrar...?

—Se ha marchado —dijo él, interrumpiéndola.

—¿Quién se ha marchado? —preguntó Aimée, mientras miraba a su alrededor. Un horno de La Cornue de hierro azul ocupaba un tercio de la cocina.

—Mi novia, Idrissa. Idrissa Diaffa —dijo él—. No están sus bolsos ni sus cosas, ni tampoco sus grabados en las paredes.

Montones de platos, con comida reseca incrustada, llenaban el fregadero y, encima de los fogones, había una cazuela de guiso con olor a cacahuets y a azafrán.

—Lo siento, pero es importante que continuemos hablando del trabajo de su padre.

—Después de que vendiera el apartamento, teníamos pensado invertir en Gouée, esa isla de Senegal —dijo él, con un tono de tristeza—. Mi novia es de allí.

Entonces, se sorbió la nariz y bajó la cabeza. Parece un perro apaleado, pensó Aimée. Se limpió los mocos de la nariz en la manga de la chaqueta.

—Bueno, tengo que librarme de este museo —dijo Christian Figeac—. Venderlo.

Entonces pareció recuperar la compostura, y Aimée se preguntó si ya le habría ocurrido antes o si estaría acostumbrado a que lo abandonaran; entonces vio a la derecha una habitación con una *boiserie*. La habitación estaba precintada con cristal, protegida de los intrusos. Sobre la cama, había prendas femeninas desparramadas, petos de leopardo y chalecos con flecos. Él seguía la mirada de Aimée.

—Esa era la habitación de mi madre. Yo la llamo *Le Palais de Nostalgie*, es como un santuario. Mi padre no permitía que la tocaran.

El factor macabro, pensó ella. Cualquiera querría ese apartamento solo por eso... por no hablar de su ubicación.

Ella notó que la carpintería estaba en mal estado y que los rincones estaban plagados de telarañas.

—¿Vive aquí?

—La mayor parte del tiempo —dijo él, rascándose el brazo en el anticuado apartamento, sin quitarse la chaqueta—. Pero no había vuelto desde que oí la máquina de escribir.

—¿La máquina de escribir?

—Mi padre tenía una.

¿Qué estaba ocurriendo? Él sabía que su padre estaba muerto. Hacía un calor pegajoso, y Aimée se sentía de mal humor.

—¿Por qué no me muestra la habitación de su padre y me habla acerca de su trabajo? —dijo ella, sin levantar el tono de voz.

—No hay nada que ver —dijo él—. Le doy mi palabra.

Christian parecía tener la intención de mostrarse contradictorio, pero un halo de tristeza lo cubría como una mortaja.

—Lo siento, todo esto debe de ser muy difícil —dijo ella—. Y entiendo que le resulte doloroso, pero no podré ayudarlo si no me permite verla.

—La habitación no se ha limpiado. —Él se mantenía de pie, dubitativo.

—No hay ningún problema. —Mejor todavía, pero ella no dijo nada.

En el vestíbulo de entrada, Christian Figeac cogió de un gancho un llavero con llaves antiguas y probó con varias, antes de que una chirriara dentro de la cerradura. Se abrió con un estruendoso clic que retumbó en la entrada de suelo de parqué.

Las puertas dobles de unos seis metros de altura se abrieron para mostrar una habitación rectangular, espaciosa e iluminada por unas ventanas que iban desde el suelo hasta el techo.

—No parece que se haya utilizado mucho.

—No he entrado desde que... —Se detuvo—. Las limpiadoras deberían venir pronto.

—Quizás lo haya hecho su novia...

—Nunca —dijo él—. A ella no le gustan las habitaciones en las que se quedan los espíritus rezagados.

—¿Espíritus rezagados?

—Por eso lo maldigo —dijo Christian Figeac, hablando despacio—. Le contamos a la prensa que mi padre se quitó la vida en la cama, pero en realidad se pegó un tiro aquí. —Señaló al largo panel de un escritorio situado en medio de la habitación; unas manchas que parecían de chocolate cubrían el papel pintado de detrás de la silla.

Pobre Christian Figeac. ¿Por qué permitiría un padre que un hijo descubriera algo así?

—Exactamente en su escritorio —dijo él—. No se molestó en hacerlo en el parque, y dejó los sesos en la pared para que yo los encontrara.

Igual que Jutta Hald.

—¿Dejó alguna nota en la que explicara el motivo de su suicidio?

—Solo escribió un «Adiós» y un poema de Mallarmé con la máquina de escribir, un poema que a mi madre le encantaba.

Todo poema contiene versos no escritos y, en ese caso, se trataba de uno trágico, pensó Aimée.

Entonces se acordó de Jutta Hald.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿tenía el arma en la mano? —Tenía que haberse tratado de un arma de gran calibre para que una bala provocara esa salpicadura.

—Creo que sí... no, se había caído al suelo.

—¿Se había caído al suelo? —dijo ella. Había algo que no le cuadraba.

—La habitación estaba a oscuras y mi padre estaba desplomado.

¿Era posible que la conmoción hubiera provocado que Christian Figeac se sintiera confuso?

—¿Sobre su escritorio?

A Christian Figeac se le contrajo el rostro.

—Quizás se cayera cuando traté de levantarlo.

El escritorio y la silla se encontraban en medio de la habitación, y la pared a aproximadamente un metro de distancia.

—¿Se trataba de un arma corta?

Él asintió con la cabeza y añadió:

—Mi padre bebía, y mucho. Limpiamos la mayor parte del *whisky*.

Y las pruebas de un juego sucio, si es que había existido alguno.

—¿Hubo alguna sospecha por parte de los *flics*?

—No se implicaron, lo consideraron un suicidio. Mi padre siempre decía que los verdaderos escritores daban la vida por su arte.

—¿Y eso?

—Molière, por ejemplo, murió en escena sentado en su asiento en el teatro La Comédie-Française.

Ella pasó junto al escritorio.

—¿Dónde estaba el manuscrito en el que estaba trabajando, así como las anotaciones de su investigación?

Los ojos de Figeac se inundaron de lágrimas.

—Idrissa dijo que había cosas en cajas. No lo sé.

Se sorbió la nariz y se frotó los ojos con su sucia manga.

Aimée se agachó y entonces se detuvo. Había rastro de pisadas en el polvo.

O bien alguien había caminado hacia atrás sobre sus propios pasos o bien había subido flotando hasta el techo, aunque no estaba del todo convencida de que no hubiera sido lo segundo. Una atmósfera viciada y de muerte impregnaba la habitación y el calendario estaba abierto en la página de julio...

—¿Y dónde está ahora el arma? —preguntó ella.

Christian Figeac pareció sorprendido, como si se le hubiera quedado la mente en blanco.

—Fueron tantas cosas a la vez... —Su voz se apagó.

—¿De qué tipo de arma se trataba?

—La posesión más preciada de mi padre era un arma con una empuñadura con filigranas, un regalo de Hemingway, su autor favorito. Solían tomar copas juntos en el bar del Ritz después de la guerra. La guardaba allí.

Aimée miró hacia el lugar, y en una placa en la parte inferior de una vitrina vacía se podía leer: «Calibre 25. Diseñada por Tocher para Hemingway». En un fondo amarillento, se podía ver el contorno de una pequeña pistola que había estado guardada allí.

—¿Y qué hay de los resultados de la autopsia?

—No hubo ni *flics* ni autopsia. Nuestra familia está cansada de los circos mediáticos.

Ella sabía que, en casos de suicidio, las familias tenían derecho a negarse a una autopsia y a exigir un entierro inmediato. Para la policía sería un placer declararlo como suicidio si el cadáver pertenecía a un vejete borrachín y, más aún, si había dejado una nota, o si se trataba de un escritor deprimido que sufría un bloqueo mental.

Sin embargo, en opinión de su hijo, Romain Figeac no se ajustaba al segundo supuesto, además las manchas de la pared la preocupaban.

No obstante, estaba allí para averiguar algo acerca de su madre. Además, Christian Figeac no le estaba pidiendo que investigara la muerte de su padre, sino solo a sus fantasmas.

—El mayor temor de mi padre era que cuando muriera alguien le hiciera fotografías y las vendiera. —Él apartó la vista—. Como hicieron con mi madre.

No era solo una cuestión de mal gusto, sino algo repugnante, pensó Aimée.

—¿Dónde habría guardado su padre sus archivos?

No hubo respuesta.

Aimée se dio la vuelta.

Christian Figeac había desaparecido.

Aimée se dirigió a la cocina. Deseaba echar un vistazo a los documentos de Romain Figeac, a fin de encontrar algún tipo de conexión con su madre, Jutta o la banda Haader-Rofmein. La similitud entre las muertes de Jutta y Figeac resultaba evidente.

—¿*Monsieur Figeac*?

No hubo respuesta.

Ella caminó lentamente hasta el vestíbulo y miró dentro del comedor. En una polvorienta vitrina de cristal, había una placa del Prix Goncourt, falta de lustre, y una *médaille d'honneur*; en una de la paredes, se podía ver un recorte amarillento de periódico enmarcado acerca de la nominación de su madre en el Festival de Cine de Cannes.

Ella estaba de acuerdo con Christian Figeac en que el lugar parecía un museo. Entonces un *frisson* de aprensión le recorrió todo el cuerpo y, durante una fracción de segundo, se preguntó si seguiría los pasos de sus padres... Abandonado por su novia y con un ataque de pánico, puede que fuera capaz de hacer algo así, y ella sería la única testigo.

Quizás el aura de esas fuertes personalidades la estaba perturbando. Apartó ese pensamiento y entró en la habitación de techos altos.

Montones de discos compactos de *heavy metal*, junto con los del cantante senegalés Youssou D’Nour, abarrotaban una mesa de estilo español con pesadas patas. Extractos bancarios, junto con cartas encabezadas con el logotipo de Tallimard Presse, estaban esparcidos entre los discos compactos.

De fondo se oyó una cisterna, y entonces apareció Christian Figeac en el vestíbulo por una puerta con estarcidos florales, con las pupilas dilatadas y el rostro enrojecido.

Aimée negó con la cabeza. Tratar con drogas auguraba problemas.

—¿Sabe el editor de su padre lo que está haciendo?

—Nadie se lo impide —dijo Christian Figeac, antes de estirar el cuello hacia delante, como si fuera un pájaro desmañado, y extender ampliamente los brazos. En

ese momento, irradiaba un aura de confianza en sí mismo.

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo Aimée. El hombre estaba hecho una pena—. ¿Obtiene su coraje de una aguja?

—Xanax —dijo él—. Estoy trabajando mi equilibrio.

Genial.

Quizás Aimée le había dado demasiado crédito, cuando era probable que sus alucinaciones fueran producto de las drogas, y que su novia se hubiera dado cuenta.

Aimée notó que algo crujía bajo su sandalia, y comprobó que se trataba de una brillante pluma amarilla. La cogió y vio que la puntiaguda pluma tenía cuentas y un fragmento de un espejo roto atado a ella.

—¿Qué es esto?

—Algún talismán de mierda de esos de Senegal —dijo Christian Figeac suspirando—. Le dije a Idrissa que se olvidara de estas cosas. Las consigue del que la acompaña tocando la *kora*, Ousmane. Es tan supersticioso.

Aimée le dio la vuelta, y lo que parecía sangre reseca incrustada cubría el plumaje. A continuación, con sumo cuidado, colocó el talismán sobre una silla.

Entonces decidió que más le valdría abandonar la atmósfera de muerte del apartamento, el talismán y a Christian Figeac.

De repente sonó el timbre de la puerta.

—¿Idrissa? —preguntó él, mientras se apresuraba hacia la puerta.

Aimée no pudo ver la expresión de su rostro, pero percibió que se le agarrotaron los hombros. Una fresca brisa se coló por la entrada, la cual olía a cera para pulir madera.

—¿Es usted *monsieur* Christian Figeac, el hijo de Romain Figeac? —oyó ella desde el vestíbulo de entrada.

Él asintió con la cabeza, agarrándose a la jamba de la puerta.

Y entonces oyó un tintineo metálico... algo que le resultaba tan familiar como cortar rebanadas de pan. Era el sonido de unas esposas, como las que tenía su padre.

—Nos gustaría que nos contestara a algunas preguntas —dijo una voz—. En relación a la cuenta de su padre en el *Crédit Industriel et Commercial* de la place des Victoires.

—Pero ahora mismo estoy muy ocupado.

—En el *commissariat*.

Aimée avanzó unos pasos y permaneció de pie junto a la puerta, entonces reconoció al *flic*, se trataba de Loïc Bellan.

Se quedó helada.

Bellan había sido un policía de las nuevas generaciones cuando su padre se jubiló, reclutado para luchar contra la corrupción.

Los pies de Aimée parecían estar clavados al suelo, deseaba esconderse, pero estaba atrapada y se sentía indefensa. Salir huyendo de la escena de un crimen no se veía con buenos ojos, pero ¿y si la policía había hecho circular su descripción por

estar relacionada con el asesinato de Jutta Hald? Aunque, ¿habría podido Bellan reunir la información necesaria para vincularla?

—*Monsieur Figeac*, nos gustaría que cooperara con nosotros —dijo Bellan, mientras le lanzaba a Aimée una rápida mirada.

—Han cometido un error. —Christian Figeac negó con la cabeza desdeñosamente—. Mi padre no tenía ninguna cuenta allí.

Bellan asintió con la cabeza. Había cambiado, su cabello oscuro estaba salpicado de canas y, el que una vez tuviera un cuerpo esbelto y delgado, se había convertido en un tipo de mediana edad, bajito y fornido. Si él la había reconocido, no dijo nada, pero ella sabía que los *flics* estaban entrenados para eso. Primero dejaban que el culpable sudara y luego jugaban con él, como hace un gato con un ratón.

—Solo mantendremos una charla para aclarar todo esto —dijo Bellan—. Usted primero, *monsieur Figeac*.

Él pasó rápidamente junto a Bellan, con tan mala fortuna que tropezó con los pies del *flic* y cayó estrepitosamente al suelo. Desde el descansillo, se oyó el ruido de correteos y patadas, y después el chasquido metálico de las esposas al cerrarse.

—Si no tiene cargos contra *monsieur Figeac*, necesita una *interpellation* para exigir su colaboración —dijo Aimée, avanzando unos pasos de mala gana—. Las esposas no son necesarias, es más, son ilegales.

—Dejaremos las sutilezas para la policía *judiciaire*, ¿de acuerdo, *mademoiselle Leduc*? —dijo Bellan. Entonces hizo un gesto con la cabeza a su compañero, otro *flic* de rostro alargado y cetrino que permanecía de pie en el vestíbulo.

A Aimée le dio un vuelco el corazón. A Bellan no se le escapaba nada; la había reconocido, pero si hubiera encontrado evidencias de un delito, habría buscado por el lugar.

—*Monsieur Figeac* y yo nos conocemos... —Bellan dejó sus palabras suspendidas en el aire—. Digamos que bastante bien, y no me gustaría tener que acusarlo por posesión de sustancias ilegales —Bellan esbozó una sonrisa—, aunque podría hacerlo.

A Christian Figeac se le había rajado la camisa, y Aimée vio marcas de agujas en sus muñecas, antiguas y de color marrón violáceo.

—Llame a este número —dijo Christian Figeac, mientras sacaba una tarjeta del bolsillo delantero de su pantalón con las manos esposadas—. Dígale que se reúna conmigo en el *commissariat*. Estaré fuera en una hora.

En la tarjeta se podía leer: «Etienne Mabry, n.º 28 del *boulevard* de Sébastopol».

Figuraba también una oficina en la Bourse, la bolsa de valores de París.

—¿Es la tarjeta de su abogado? —preguntó ella.

—No, es el asesor financiero de mis acciones en bolsa.

En las escaleras, se detuvieron dos señoras mayores, que hablaban en algún dialecto eslavo, y que llevaban en las manos fregonas y cubos.

—Nos envía la *agence immobilière*, el agente inmobiliario quiere que limpiemos

el lugar para enseñarlo.

Debajo de las escaleras, los *flics* trasladaron a Figeac a un Peugeot que aguardaba. Aimée no sabía si sentirse aliviada porque Bellan no le había pedido que lo acompañara, o si sospechar algo.

Bellan se alejó en el vehículo. Después de lanzar otra mirada, en cuanto el coche dobló la esquina, volvió corriendo al apartamento de Christian Figeac.

Domingo, por la mañana

Preparado para dirigirse en coche a París, Stefan avanzó lentamente con el viejo Mercedes hacia la *périphérique* y se ajustó el auricular de su oído izquierdo, el único que tenía bueno y que era capaz de oír sutilmente tonos diferentes y sonidos de baja frecuencia.

Entonces comenzó a oír el murmullo de los primeros acordes del tema *Dark Side of the Moon* de Pink Floyd. Las notas lo tranquilizaban y lo transportaban a la comuna, al fresco día de otoño en el que el disco de Pink Floyd sonaba sin cesar como una cortina musical, al día en el que Ulrike le arrancó el porro de la mano y le puso en ella una Mauser.

—Ha llegado la hora de que te unas a la revolución —había dicho entonces, mientras lanzaba un cargador con munición sobre las sábanas situadas junto a una chica de melena larga—. No duermas con él.

O hacías eso o abandonabas la comuna. Había llegado la hora de recorrer la *distanz*. La chica de pelo largo, su tutora maoísta, no solo olía a vainilla, sino que sus besos sabían igual. Allí, había logrado sentirse cómodo.

Los ojos de Ulrike, oscuros y anodinos, se escondían detrás de las gafas de sol que siempre llevaba para ocultar su intelecto, percibió él, o el hecho de haber sido cofundadora y editora del periódico radical alemán *Die social*. Ella no daba pista alguna de su inteligente disección de la política de la época ni de la influencia que ejercía en ella.

Siendo torpe y poquita cosa, y en ocasiones extremadamente tímida cuando estaba enfrente del grupo, Ulrike, con su inconfundible aroma a pachuli, guardaba las distancias con Ingrid y Marcus, los revolucionarios roqueros.

No obstante, Ulrike necesitaba sus travesuras terroristas y provocativas, y la frescura de sus estilos de vida, para dar a conocer la revolución; y ellos necesitaban su cerebro y prominencia mediática para obtener credibilidad. En lo único en lo que estaban de acuerdo era en la necesidad de crear guerrillas urbanas para luchar por la causa.

Los interminables conflictos ideológicos, mientras estudiaban las doctrinas de Marx y Mao, las peleas acerca de quién se acostaba con quién, el despotriquerío de Marcus si no podía conseguir sus drogas, el mal humor de Jutta, todas esas cosas estaban consumiendo a Ulrike, algo que Stefan notó enseguida.

Él la admiraba. Ella lo tenía cautivado después de una manifestación en Colmar. «Tienes potencial», le había dicho entonces. «La revolución necesita gente como tú». Él tenía dieciocho años y ella veintiocho, una madre de gemelos que había abandonado a sus hijos y daba su vida por la causa. Al igual que Ingrid, aunque Ingrid era diferente, fría como un témpano y calculadora.

—Ve a la planta de abajo, Stefan, ayuda a cargar la furgoneta —le había dicho ella aquel día—. Vamos a visitar a nuestros hermanos.

—¿Hermanos? —le había preguntado él, mientras se ponía con dificultad sus vaqueros desgastados y plagados de parches. El glamur estaba desapareciendo de su revolución.

—Action-Réaction —dijo ella—. Nuestros hermanos y hermanas franceses.

Stefan se encogió de hombros. Había atravesado una época muy difícil, tratando de mantenerse a la altura de diversos radicales.

—¿Has estado alguna vez en París?

Stefan negó con la cabeza.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Únete al Ejército Rojo y conoce mundo.

Stefan recordaba su visita a París en 1972, plagada de interminables expresos y hachís marroquí, mientras dormía en el suelo del moderno apartamento de un escritor intelectual. Qué contraste con la cercana *rue Saint Denis*, donde toda clase de prostitutas esperaba en las desmoronadas entradas, pensó él.

Habían sido alojados por la esposa del escritor, una actriz americana y aspirante a revolucionaria, que los surtía de vino y champán, jugueteaba con sus armas y engullía pastillas.

Su hijo pequeño, que llevaba petos sucios y rasgados, la seguía a todas partes. En ocasiones, ella prestaba atención al pequeño, echándole en la cara el humo del hachís para mantenerlo tranquilo. Stefan recordaba el rostro de dolor de Ulrike cuando la veía hacerlo, pero ella no decía nada. La actriz había extendido cheques por altas sumas de dinero para su causa, les había buscado un hogar seguro y se acostaba con algunos de ellos.

La organización del movimiento Action-Réaction resultó ser poco rigurosa, pero eran apasionados y tenían un auténtico estilo galo. El dogma es para los *boches*, decían, y la discusión y la dialéctica para nosotros.

A Stefan le gustaba eso.

También le gustaba Beate, una parásita americana de larga melena que, al igual que Ulrike, mostraba un cierto *élan*, además entendía su entrecortado francés, o al menos lo parecía. A él le gustaban las charlas a medianoche hablando sobre el *vin rouge*, en las que compartían sueños bajo las lámparas de araña. Se trataba de una subversión con estilo.

Había conocido a estudiantes izquierdistas en Action-Réaction. Ellos eran los que habían reactivado la causa mediante el terrorismo, pero una década más tarde se habían convertido en la fuerza principal del Partido Verde. Años después, había reconocido incluso a un maoísta en las noticias; se había moderado, se había comprado un traje y se había unido al ministerio.

Sin embargo, él nunca le había contado a Beate ni a Ulrike los planes que Marcus había trazado para él.

—¿Te apetece tomar una copa? —le había preguntado Marcus una tarde.

Habían ido a una cafetería cercana en la que los carretilleros permanecían de pie bebiendo *panaché*, cerveza mezclada con limonada.

—Aquí tienes a tu futura guerrilla urbana —le había dicho él, mientras le presentaba a un *mec* que se encontraba en la barra—. Te presento a Jules.

Jules olía a Gitanes. Su greñado cabello, cortado con estilo, le llegaba a la altura de los hombros, y una camiseta del Che Guevara asomaba por debajo de su ajustada chaqueta. Se trataba de otro *intello* francés, vestido con ropa cara, que flirteaba con la revolución.

—Marcus me ha hablado de ti. —Jules le estrechó la mano y luego tiró de él para acercarlo—. Ya me caes bien.

La mirada radiactiva de los ojos de Jules se clavó en él. Unos ojos inquietos y letales.

—Estamos haciendo algo gordo —dijo Jules, mientras daba golpecitos con el dedo en el vaso, y el insistente tintineo retumbaba en la silenciosa cafetería—. Necesitamos organizar cada una de las piezas, matizarlas con precisión, y ningún detalle resulta insignificante. —Jules señaló al camarero que se encontraba limpiando la barra de cinc—. *Encore*. —Se giró hacia Stefan—. Y tú eres la pieza primordial.

El desconcierto en el rostro de Stefan y una mirada de advertencia de Marcus hicieron que Jules fuera al grano.

—He oído que eres bastante bueno con los motores, así que tú conducirás el coche que utilizaremos para la huida. —Guiñó un ojo y levantó su empañado vaso de color ámbar—. *Santé*.

Sin embargo, cuando se dirigía en coche a París, Stefan cayó en la cuenta de que sus suposiciones eran erróneas. Jules era un *arnaqueur*, un estafador que utilizaba la causa en beneficio propio; sin embargo, lo estuvo reflexionando y se preguntó: ¿no lo hacían todos... de una manera o de otra?

Con el paso de los años, París ha cambiado, pensó, pero todavía lo ponía nervioso. Se estremeció, mientras conducía lentamente el viejo Mercedes a la zona de aparcamiento. Había llegado la hora de su visita trimestral, el momento de recoger algunos frutos; pero cuanto más viejo se hacía, más crecía su cautela, por lo que no se trataría de grandes cantidades que llamaran la atención, sino de poco en poco.

Se ajustó su chapela, se puso unas gafas oscuras y un chubasquero marrón. Ya fuera del coche, comenzó a caminar deprisa, con las manos balanceándose a los lados.

Que él supiera, algún *flic* fuera de servicio podría reconocerlo por la antigua lista de delincuentes buscados de la Interpol, a la que entonces denominaban Europol, aunque la nomenclatura daba lo mismo, lo seguían buscando igualmente. Los buscaban a todos y, aunque después de tanto tiempo las posibilidades de que dieran con ellos fueran escasas, algunas noches el miedo le helaba la sangre.

Como de costumbre, compró un ramo de flores variadas. Dentro del cementerio,

respiró profundamente. No hay de qué preocuparse, se dijo a sí mismo, mientras daba palmaditas a las herramientas que llevaba en el bolsillo. Eso no llevaría mucho tiempo.

Los plátanos en floración eran mecidos por la suave brisa. En la distancia, el ruido del tráfico y los gritos de los niños que jugaban en un parque cercano zumbaban en su oído bueno.

Recorrió el camino hasta el mausoleo y abrió la puerta enrejada. Allí estaba el féretro. Levantó la tapa, pero estaba vacío.

Se quedó paralizado, sintiéndose invadido por el pánico.

¿Dónde?

Se desplomó en la arenosa gravilla.

¿Quién? ¿Se lo habría llevado Jules?

Domingo, por la tarde

Aimée llamó con los nudillos a la puerta del apartamento de Figeac y la limpiadora polaca que le abrió la escudriñó con los ojos entrecerrados. Tenía un rostro curtido, unos pómulos muy marcados y llevaba puesta una falda corta de color azul, unos calcetines bajados a la altura de los tobillos y sandalias. De fondo se oía un programa de entrevistas en la radio.

—*Pardon* —dijo Aimée—. Se acuerda de mí, ¿no? He venido a llevarme las pertenencias del propietario.

La mujer se apoyó en su fregona, y se volvió a meter los mechones de pelo debajo de su pañuelo.

—La *immobilière* no quiere que entre nadie —dijo la mujer, mientras negaba con la cabeza.

—*Bien sûr*, el agente inmobiliario tiene toda la razón —dijo Aimée, mientras trataba de pensar deprisa—. Pero él ha olvidado coger su *carte d'identité*.

—Se supone que nosotras no... algo relacionado con el seguro —dijo la mujer, negando con la cabeza.

—Solo tardaré un momento. —Aimée esbozó una sonrisa, con la esperanza de mostrar más autoridad de la que sentía, y avanzó lentamente hasta la entrada.

—¡Tanya! —gritó la otra limpiadora desde el interior del apartamento, pero el resto de sus palabras fueron en polaco.

—Continúe con su trabajo —dijo Aimée—, yo me paso un segundo por el estudio y me marcho.

La mujer consultó su reloj de pulsera, dubitativa.

—Vamos con retraso —dijo ella—. Hoy tenemos que limpiar dos casas más.

—Lo haré rápido —dijo Aimée, mientras entraba—. *Merci* por su ayuda.

La mujer retrocedió unos pasos de mala gana.

Por suerte, aún no habían comenzado a limpiar la habitación en la que escribía Romain Figeac.

Aimée entró en la estancia con largas ventanas, cerró la puerta y echó la llave que Christian había utilizado. Mientras se ponía unos guantes de látex que llevaba en la mochila, buscó su navaja suiza y comenzó a explorar la habitación.

No había repisas cubiertas de libros, ni fotos, ni tampoco anuncios clavados en la pared, ni siquiera había correo antiguo ni sobres rotos, solo un *secrétaire* con patas de cabriolé en el centro de la habitación. El silencio y el aire viciado de la habitación la inquietaban. No obstante, ella sabía que había personas que se habían pegado un tiro con un arma del calibre veinticinco y habían logrado sobrevivir; había algo que no le cuadraba.

Entonces abrió el único cajón del escritorio, el cual estaba plagado de papel de

vitela de color hueso.

Pero no había nada escrito.

Encima del escritorio había un bolígrafo de madera y varias plumas cerca de un frasco con varias más, situado junto a un bote de tinta Waterman *bleu des mers du sud*. La máquina de escribir, una resplandeciente Olivetti roja, era una joya y, debajo de esta, había una hoja de papel, una página de referencias en la que aparecían una serie de números de páginas y símbolos de errores tipográficos, algo que imaginó que se trataría de una copia de los comentarios del editor.

Entonces la observó más de cerca y, debajo del logotipo de Tallimard, se podía leer la frase: «Del escritorio de Alain Vigot, *éditeur*». En la esquina inferior derecha, ponía: «agit888... Fresnes» escrito con tinta azul, que emborronaba el papel.

¡Fresnes era la prisión en la que había estado su madre, de acuerdo con lo que Jutta le había contado!

No sabía qué significaba, pero plegó el papel y se lo guardó en la mochila.

Si Romain Figeac escribía con tinta y luego lo transcribía a máquina, ¿dónde estaban las cajas con su trabajo, así como los recortes de periódicos, las fotografías y las notas de su investigación? ¿Dónde los habría puesto Idrissa?

Aimée se puso a cuatro patas y recorrió el inclinado suelo de madera en busca de una caja fuerte.

Pero en el parqué de color miel solo había polvo y grietas.

El suelo crujía cada vez que se movía, por lo que no era de sorprender que Christian Figeac oyera ruidos, o los creyera oír.

Las motas de polvo parpadeaban en los tenues haces de luz que se filtraban a través de las ventanas. Estaba segura de que se le estaba pasando algo por alto, pero no sabía qué.

Se sentó en la vieja silla de cuero del escritorio, colocó la cabeza encima de él y entonces midió la distancia entre el lugar en el que se encontraba y las manchas de sangre de color marrón rojizo del papel pintado, la cual era de al menos un metro y medio.

Se arrodilló y, con su navaja suiza, cortó un largo rectángulo del papel pintado de flores manchado de sangre del hueco que bordeaba el marco de la puerta. Lo despegó hasta el rodapié y apareció otra capa de papel pintado manchado, más antiguo y con un diseño a rayas de un color azul descolorido. La mancha de sangre era más tenue.

Rasgó las descoloridas rayas, despegó una sección y encontró una capa más antigua con espesos ramos de rosas. Algo pintoresco del cambio de siglo.

Las salpicaduras de sangre de color rojo oscuro se habían filtrado incluso en ese anticuado papel pintado con rosas. No solo era algo horripilante, sino además extraño, pensó ella.

Con cuidado, tiró del papel pintado hasta el rodapié y le arrancó el borde. Un coágulo de sangre rojo oscuro se había filtrado. Entonces volvió a sentarse; en realidad no quería hacer eso. De repente, se le apareció el rostro de Jutta Hald.

La sangre reseca e incrustada despedía un ligero olor metálico. Raspó para tomar una muestra, cogió una barra de pegamento de su mochila, la frotó por encima del papel pintado y volvió a pegar todas las capas, excepto la de las anticuadas rosas, y alisó la superficie.

Todavía de rodillas, comprobó el chirriante suelo de parqué. En la gran ventana alargada, los tejados del Sentier se extendían enfrente de ella, junto a achaparradas chimeneas, contornos de casas con ángulos imposibles y ventanas tapiadas.

Era dudoso que alguien pudiera ver el interior.

Con los guantes puestos, recorrió con los dedos los fríos paneles de la ventana de vidrio. Hurgó en las ranuras donde el cristal estaba enmarcado por el metal y descubrió que había algo duro atascado entre el cristal y el metal.

Lo extrajo y comenzó a toquetearlo.

Se trataba de un pequeño fragmento de hueso de color marfil.

Entonces le dio la vuelta al fragmento en la palma de la mano. Tenía curvas y líneas irregulares, parecía un río visto desde arriba.

Ella continuó palpando y, cerca del lugar en el que el metal se unía con el suelo, había otro pedazo de hueso.

Se sintió invadida por un sentimiento de aprensión. ¿Qué arma tenía la suficiente fuerza para arrojar un hueso a tal distancia?

Había acudido allí para buscar pistas acerca de su madre, y tenían que estar por algún lado, pero si Romain Figeac era un suicida, ella era su antigua vecina *madame* du Barry.

La puerta vibraba a medida que el pomo se giraba.

—¡*Mademoiselle*, tenemos que limpiar aquí!

Aimée volvió a explorar la habitación, preguntándose dónde podrían estar guardados los archivos del escritor.

—¡Abra de una vez o llamo al agente inmobiliario!

Se guardó los fragmentos de hueso, la muestra de papel pintado y los guantes en una bolsa de plástico con cierre hermético. Había llegado el momento de salir de allí.

La limpiadora la amenazó con el puño, pero Aimée ya había salido de la habitación y estaba diciendo *adieu*, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar.

—Así que ahora te has unido a los grandes, ¿eh, Serge? ¿Qué haces trabajando un domingo? —le preguntó Aimée, mientras tiraba la bolsa hermética en el mostrador de acero inoxidable del Institut Médico-Légal—. ¡Enhorabuena!

Serge Leaud, con sus sonrosadas mejillas y barba recortada, tenía un aspecto demasiado pulcro para ser un patólogo. Él levantó la mirada del microscopio.

—¡Al menos no tengo que ir corriendo desde Belleville hasta el *Quai* des Orfèvres! Me endilgan las investigaciones sanguíneas.

Desde la ventana de Leaud, se podían ver en la distancia los finos rayos de luz

centelleando sobre el muelle. El apagado traqueteo del *métro*, a medida que atravesaba *pont d'Austerlitz*, llegaba a oírse en el laboratorio de baldosas blancas. El frío ártico del aire acondicionado le puso a Aimée la piel de gallina en los brazos.

—Parece que nunca podré borrar del pasado aquel caso de luminol en el Marais —dijo él.

—En la actualidad, eres toda una autoridad mundial acerca del compuesto químico... ¿por qué tendrías que olvidarlo? —le preguntó ella, señalando el contenido del laboratorio. Los potentes microscopios y microtomos para la sección de tejidos eran impresionantes.

—Me gustaría ver a mis gemelos de vez en cuando. Mi esposa dice que se han olvidado de cómo decir papá. —Él esbozó una sonrisa burlona, mientras colocaba unas pinzas con asas alargadas—. Algo me dice que la tuya no va a ser una visita de cortesía.

Aimée estaba a punto de contestarle cuando un grupo de personas entró a toda prisa en la sala de espera contigua; eran tres hombres anchos de hombros y vestidos con trajes negros.

Aimée agarró una bata de laboratorio del médico, se la puso y colocó el contenido de la bolsa de plástico en una bandeja de cristal para especímenes.

—Necesito tu ayuda, Serge.

Entonces los hombres irrumpieron en el laboratorio, pero solo los del Renseignements Généraux, una sección del servicio de inteligencia del Ministerio del Interior vinculada con la policía; entraban así en el laboratorio del depósito de cadáveres.

—Caballeros, estamos ultimando un pequeño detalle antes de finalizar su informe...

—Esperaremos, doctor Leaud —le interrumpió el más corpulento. Tenía la cabeza cubierta por una buena mata de cabello rizado y rojizo, y sus gruesos labios esbozaron una leve sonrisa—. Sin presiones, por supuesto. Nuestro informe debe ir al *Quai des Orfèvres*. —Su sonrisa se hizo más amplia y consultó deliberadamente su reloj de pulsera—. Antes de una hora. Ya sabe, prioridades, pero no se apresure por nuestra culpa.

Las prioridades son mi *derrière*, pensó Aimée. Deja que el RG actúe como si el resto de las autoridades competentes no existieran.

—Doctor Leaud, este detalle me desconcierta —dijo ella, antes de colocar la bandeja de cristal enfrente de Serge, deslizar el espécimen del microscopio e ignorar su mirada de sorpresa—. Estas líneas, esas estriaciones. Supongo que se verán mejor aumentadas.

Uno de los hombres del RG carraspeaba y otro daba golpecitos con sus toscos dedos en el alféizar de la ventana.

Ella vació el contenido de la bolsa de plástico sobre una placa de Petri limpia, y la colocó debajo del microscopio.

—No se complique la vida, solo necesito su ayuda para salir del paso, doctor, y entonces lo dejaré con estos caballeros.

—No hace falta ampliarlo para ver el biselado —dijo Serge—. Es evidente, aunque ver los residuos de polvo resulta útil.

Ella dirigió una sonrisa al más corpulento.

—Perdóñenme, pero la amplia experiencia del doctor Leaud en patología forense ahorra tanto tiempo...

Serge Leaud colocó el ojo en las lentes, pero ella no estaba segura de si lo hacía para evitar reírse o para ocultar su temor.

—Interesante —dijo él pausadamente—. Proporcióneme una breve descripción de la escena en la que ha recopilado las pruebas.

Ella lo hizo, mencionando el suicidio y el calibre del arma.

—Es un buen fragmento del hueso occipital —dijo él un minuto más tarde.

Una parte del cráneo, ella lo recordaba de su curso previo a los estudios de medicina en la École de Médecine.

—Esas líneas forman parte de la sutura lambdoidea —dijo Serge Leaud.

—¿Qué es la sutura lambdoidea?

—Es la unión entre el hueso occipital y los parietales del cráneo —dijo él—. ¿Qué es esto? —Señaló el resto de objetos.

—Una muestra de papel pintado que he obtenido —dijo ella—. Es de una pared que se encontraba a metro y medio de distancia de la víctima.

Serge Leaud giró un botón, ajustó la luz del microscopio y comenzó a analizar una porción de la muestra.

—Aquí hay una fina salpicadura de sangre provocada por la explosión, una salpicadura notable y una mancha más oscura, seguida de partículas más gruesas.

Él levantó su mirada hacia ella.

—¿Me ha dicho que se trató de un suicidio con un arma del calibre 25 que perforó el cráneo?

Aimée asintió con la cabeza.

—¿Me está diciendo que un arma del calibre 25 perforó el cráneo y arrojó tejido a la pared?

Aimée se encogió de hombros, mientras observaba cómo el doctor fruncía el ceño.

—Parece una contradicción, ¿eh, doctor Leaud? —dijo el hombre pelirrojo del RG. Sus pies golpeaban rítmicamente el suelo de linóleo.

—Parece más probable que se tratara de un arma con un calibre 357 o 44.

Mentalmente, ella le dio la razón.

—*Attends* —dijo Serge—. Hay un biselado interno en el hueso.

—¿Un biselado interno?

Ella advirtió que los hombres del RG habían dejado de parecer aburridos, y que el interés se advertía en sus ojos.

—Cuando una bala se introduce en el cráneo provoca una fractura más ancha, biselándolo —explicó Leaud—. Y justo aquí hay una prueba muy evidente. Se puede ver a simple vista. —Él señaló una línea curvada—. Pero eso no es todo.

¿Podía obtener más información a partir de un pequeño fragmento de hueso?

—Observe esos trazos de hollín, los residuos de la pólvora depositada en el hueso —dijo él— justo ahí. Eso ayuda a determinar a qué distancia se produjo el disparo. Obviamente, no lo puedo determinar con exactitud sin más pruebas, pero fue a corta distancia.

—¿Cómo de cerca?

—Me atrevería a decir que a escasos centímetros.

Igual que Jutta Hald.

—¿Hay algo de lo que pueda estar seguro?

—Si un arma de calibre 25 hizo esto, entonces lloverán bolitas de chocolate blanco en *Noel* —dijo Serge Leaud, volviendo a colocar los fragmentos en la bolsa de plástico para ella—. A mis gemelos les gustaría.

Aimée pudo oír cómo se reían los tipos del RG, mientras colgaba la bata de laboratorio. El somero análisis de Serge confirmaba sus sospechas. Mientras salía de allí, le hizo señas al doctor para que la siguiera. Él pidió disculpas y se reunió con ella en la entrada de baldosas.

—¿Sabes, Aimée?, tendré que redactar un informe acerca de esto —dijo él en voz baja—. Es un procedimiento con descubrimientos sospechosos, pero necesitaré una información más detallada.

Genial, ella quería que Serge redactara un informe, a fin de lograr que la policía investigara la muerte de Figeac.

—Serge, pide los resultados de la autopsia de Jutta Hald, una mujer que fue asesinada en la *tour* Jean-Sans-Peur. Deberías encontrar una equivalencia con el biselado del hueso y el hollín de la pólvora. Si no se trata de la misma arma, haré que nieven bolitas de chocolate blanco en la habitación de tus gemelos. Te lo prometo.

Fuera de la morgue, las parejas paseaban por el muelle, perfiladas bajo la tenue luz del atardecer. Aimée dirigió su mirada a un *bateau-mouche* situado sobre el ondulante Sena, oscuro y espeso como un pudín, mientras se preguntaba qué tendrían que ver esas muertes con su madre.

Desde place Mazas, tomó el *pont* Morland y pasó junto a las oscilantes *péniches* que estaban amarradas en el canal situado frente a la Bastilla. Coloridas prendas de ropa colgaban de las cuerdas de tender, y en las cubiertas de las barcazas había triciclos y macetas con geranios. Un pescador solitario estaba sentado, con una linterna de *camping*, con las piernas colgando por encima de la piedra.

Un calor bochornoso continuaba invadiendo las angostas calles, en ausencia de una sola bocanada de aire. Durante todo el camino de vuelta a su apartamento, a un puente de distancia de la isla de Saint Louis, su inquietud iba en aumento.

Trató de telefonar a Etienne Mabry, pero no pudo contactar con él, así que se

llevó a Miles Davis de paseo, después de comprar una baguete y *pâté*, antes de que las tiendas cerrasen. Tras compartir el *pâté* con el cachorro, entreabrió las grandes y largas ventanas y apoyó los pies encima de las rejas del balcón, mientras divisaba el Sena a través de los dedos de sus pies, y comenzó a trabajar con su ordenador portátil. El perro se hizo un ovillo junto a ella.

Una vez conectada a Internet, sus dedos comenzaron a moverse rápidamente por el teclado y, en cuestión de minutos, había encontrado el sitio web de la banda terrorista de los años setenta Haader-Rofmein. Se trataba de una página con fotografías de jóvenes que se encontraban en círculo alrededor de una pipa turca. Entonces se acordó de que su primo Sebastian tenía un abrigo *hippie* de Estambul igual que el de uno de ellos, el cual probablemente continuara en su armario.

Aimée se inclinó hacia adelante e hizo clic para pasar a la siguiente página web.

Entonces vio a hombres y mujeres con largas melenas que llevaban en las manos Mausers y bazucas rusas. Se encontraban de pie junto a un bloque de hormigón. En la distancia, aparecían dianas en lo que parecía ser la desolación del desierto. Algunos llevaban puestos cascos de El Fateh y uniformes militares, y ninguno parecía ser mucho mayor de veinte años.

Aimée se atusó el cabello con las uñas. Algunos de los miembros habían muerto en tiroteos. Los líderes, unos roqueros, se habían ahorcado en la cárcel, aunque, de acuerdo con la página, el tema de los supuestos suicidios continuaba siendo controvertido, ya que solo contaban con la declaración del guardia.

El nombre de J. Hald aparecía en un artículo, en la antigua lista de activistas. ¿Cuál habría sido su función, aparte de la de ser joven y estúpida?

A continuación, entró en una página alemana de registros judiciales y, de acuerdo con lo que pudo entender de las transcripciones de los procesos judiciales de la Alemania Oriental, Jutta había sido acusada de múltiples cargos: incendios provocados, atracos a mano armada, robo de vehículos... ¡Menuda pieza!

Tras continuar leyendo, comprobó que en Francia Jutta había sido acusada de ser cómplice del atraco a un banco y de un asesinato, por lo que le habían caído veinte años.

Aimée se levantó y cogió a Miles Davis.

¡Pero seguía sin saber por qué Jutta le había dicho que su madre estaba en deuda con ella!

Lunes, por la mañana

Aimée se despertó pensando que tenía que ponerse en contacto con Etienne Mabry y encontrar a la novia de Christian Figeac, Idrissa.

En el Minitel, encontró el número de dos locales con música senegalesa, uno en Montmartre y el otro, llamado club Exe, en el Sentier. En el de Montmartre no habían oído hablar nunca de Idrissa.

—¿Idrissa Diaffa, la que canta con Ousmane? —le preguntó una mujer con un tono de voz chillón en el club Exe.

—Sí, ¿dónde podría encontrarla?

—Ha dejado el trabajo.

Perfecto.

—Su novio, Christian, está en la cárcel —dijo Aimée—. Por favor, tengo que encontrarla.

—Me gustaría poder ayudarla —dijo la mujer—, pero yo solo soy una cajera a tiempo parcial. Lo siento.

Aimée estaba a punto de colgar.

—¿Y qué hay de sus amistades... quiénes eran sus mejores amigos en el local?

—*Bien sûr*, a todo el mundo le caía bien Idrissa —dijo la mujer—, pero salía por ahí con Mala, la lavaplatos, otra estudiante.

—¿Y dónde puedo encontrar a Mala?

—A la vuelta de la esquina.

—¿Dónde exactamente?

—En el número 7 de la *rue* Jeûneurs. Por cierto, ¿podría decirle que la necesitamos para que haga hoy turno doble?

Aimée le dio las gracias, por lo menos ya tenía algo con lo que poder seguir adelante.

Cogió el *métro* en dirección al Sentier, y subió las escaleras para volver a salir al calor.

Las oscuras ventanas, como ojos mortecinos, observaban por encima de los amplios peldaños de mármol del número 7 de la *rue* Jeûneurs. El antiguo edificio, anteriormente propiedad de un ropero, algo que se hacía evidente por el descolorido cartel de un *drapier*, era típico del distrito de Sentier. Los balcones metálicos con filigranas, los muros de piedra caliza, a los que les hacía falta una limpieza al vapor y el patio adoquinado irradiaban un triste encanto.

A la izquierda, se encontraba el descolorido rótulo de una portería, y las luces brillaban detrás de las cortinas con encajes que cubrían la puerta de cristal.

Aimée llamó con los nudillos.

—*Bonsoir* —dijo un hombre, mientras asomaba su alargado rostro. Movía sus

dientes de caballo mientras masticaba un pedazo de pan, y despedía un olor a cebolla frita.

Ella imaginó que no habría muchos edificios en el Sentier que tuvieran portero. Desde el interior del *logement* se oyó cómo alguien practicaba una escala de piano, fallando siempre en la misma nota.

—*Monsieur*, ¿podría decirme cuál es el apartamento de Mala?

El portero se rascó el cuello.

—Ella no me ha dicho que esperara a nadie —dijo él, pronunciando las sílabas con acento español.

—Tiene que ver con...

—*Tiens*, no me interesan las vidas de los inquilinos —dijo él, interrumpiéndola.

Debía de tratarse de un portero poco habitual.

—¿En qué planta vive, *monsieur*?

Él negó con la cabeza.

—¿Quién es usted, *mademoiselle*?

Una miga de baguete integral se había quedado alojada en su bigote y Aimée sintió el deseo de quitársela.

—Aimée Leduc —dijo ella.

—¿Ha quedado con ella?

—Le pido disculpas por interrumpir su comida, *monsieur* —dijo ella, esbozando una sonrisa—, es que en el club Exe necesitan que hoy haga turno doble, pero tiene el teléfono descolgado, así que le agradecería mucho su ayuda.

La miga subía y bajaba, a medida que el hombre masticaba. Él se lo estuvo pensando durante un buen rato.

—Diríjase a las escaleras de atrás a la izquierda y suba hasta la tercera planta, vive en la puerta de la izquierda.

Ella notó cómo la observaba mientras atravesaba el patio.

Por su apariencia, el edificio era del siglo XVII, al igual que el suyo. Sin embargo, gran parte del patio trasero y de la primera planta de este *hôtel particulier* se había transformado en almacenes, que se habían ido repartiendo entre los pequeños fabricantes a lo largo de los siglos. Entonces, oyó el chirrido de máquinas de coser.

Tras una empinada subida, llegó a la puerta de color verde oscuro. En el descansillo con dibujos de diamantes blancos y negros, había otra enorme puerta. La suciedad cubría la única y pequeña ventana circular.

Llamó con los nudillos varias veces, pero no abrió nadie, así que lo intentó en la otra puerta. En la pared cubierta de pátina y suciedad, había una pequeña placa de bronce con un rótulo que decía: «CLICK.MANGO».

¿Habría allí una compañía de Internet? Sintiéndose frustrada por no poder encontrar ni a Mala ni a Idrissa, Aimée se apoyó en la pared y comenzó a pensar.

Entonces levantó la mirada y vio que una chica joven, delgada y con la piel del color del caramelo, estaba subiendo las escaleras. Tenía veintitantos años y una figura

varonil, y llevaba una gorra rastafari roja, amarilla y verde, de la que escapaba una trenza errante, una camiseta sin mangas y pantalones militares.

—*Bonjour*, ¿sabe dónde podría encontrar a Idrissa Diaffa?

La mujer entrecerró los ojos.

—¿Quién es usted? —dijo ella con un acento cantarín del oeste de África.

—Me llamo Aimée Leduc —dijo—. Christian Figeac está en la cárcel. Usted era su novia, ¿no es cierto? ¿Podríamos hablar un momento?

Los almendrados ojos de Idrissa lanzaron una mirada alrededor del descansillo. Ella se movía nerviosamente con sus sandalias.

—¿Puedo pasar?

Idrissa se quedó quieta. En la oscura y fría entrada, parecía estar dispuesta a salir pitando escaleras abajo.

—Lo siento, esta no es mi casa —dijo Idrissa—. Y tengo prisa.

—Christian tiene problemas —dijo Aimée.

Idrissa suspiró.

—¡Siempre igual, él y sus geniales ideas!

—La última vez que lo vi, se lo estaban llevando al *commissariat* para interrogarlo.

Idrissa hizo un gesto con la mano, como si ya estuviera acostumbrada a que le ocurrieran ese tipo de cosas. Extraño.

Un revoltijo de cuentas rojas y amarillas tableteaban en su muñeca, y Aimée percibió un olorcillo a aceite de coco.

—De hecho, estoy buscando a su asesor financiero para que lo saque del *commissariat* —dijo Aimée.

—Christian me llama su novia... pero en realidad solo somos amigos —dijo Idrissa—. No pienso volver al apartamento, *vous comprenez*?

Las palabras de Idrissa no se correspondían con la expresión de su rostro. La mayoría de las chicas jóvenes del *quartier* habrían empleado la forma informal *tu* para dirigirse a alguien, y no el formal *vous*. ¿Era una estudiante de la Sorbona? Llevaba colgada al hombro una pesada bolsa vaquera, que hundía su delgado cuerpo.

—Christian no puede encontrar unas cajas con el trabajo de su padre —dijo Aimée—, y pensó que quizás supiera dónde están.

—¿Me está acusando de ladrona?

¿Por qué no lo habría expresado de otra forma? ¡Había puesto a Idrissa a la defensiva! Como René solía decirle, el tacto no era su fuerte.

—En realidad —dijo Aimée, tratando de esbozar una halagadora sonrisa—, Christian está siendo muy generoso conmigo, al intentar ayudarme a encontrar un trabajo de investigación de su padre acerca de un grupo terrorista —dijo ella—. Mi madre estaba involucrada.

Idrissa se encogió de hombros.

—De la música, solo saco para pagar la mitad del alquiler —dijo ella, con un

acento más marcado—. Así que trabajaba para su padre, escribiendo a máquina y transcribiendo.

Aimée dio un paso hacia adelante.

—¿Para el libro del padre de Christian?

Idrissa asintió con la cabeza.

—Qué interesante —dijo Aimée—. ¿Se trataba de sus memorias, o quizás de historias acerca de las personas involucradas en movimientos radicales?

—No prestaba atención —dijo Idrissa, sin mirar a los ojos a Aimée.

—¿Mencionó él algo acerca de la banda Haader-Rofmein?

—Nada tenía mucho sentido para mí —admitió Idrissa—. Parecía mezclarlo todo.

—¿Mezclarlo... en qué sentido?

Idrissa se encogió de hombros.

—Divagaba, hablaba acerca del pasado durante un minuto y, de repente, volvía al presente.

—Entonces, ¿le dictaba o le proporcionaba las cintas para que las transcribiera?

Idrissa se apoyó en la pared.

—¿Y qué importa eso?

—¿Conserva alguna de esas cintas?

—Mire, solo era un trabajo. Las devolví —dijo ella—. ¡Y las cajas también! — Idrissa consultó su reloj Swatch—. Llego tarde.

—Christian se siente tan triste. No sabe por qué su padre se suicidó —dijo Aimée, acercándose lentamente a ella.

Idrissa se estremeció.

—Perdone —dijo ella, mientras abría la puerta—, tengo que marcharme.

Aimée quería que ella continuara hablando, pero Idrissa le cerró la puerta en las narices.

Mientras pasaba junto a la portería, las escalas del piano se habían convertido en una agonizante marcha.

Lunes, a mediodía

Aimée llamó por teléfono al commissaire Morbier, un antiguo colega de su padre en el *commissariat*.

—No se encuentra aquí —dijo un aburrido recepcionista—. Se ha marchado.

Ella sabía que se jubilaría pronto, pero no sería algo propio de él marcharse sin decirle nada.

—¿Hay algún otro lugar en el que pueda localizarlo?

—¿Quién es?

—Aimée Leduc, su ahijada.

Ella aguardaba, mientras el recepcionista realizaba sus comprobaciones.

—Da la casualidad, *mademoiselle* Leduc, que los lunes remitimos sus llamadas a la *préfecture* del *Quai* des Orfèvres.

—¿*Quai* des Orfèvres? —El hecho de que Morbier estuviera en la jefatura de policía de la isla de la Cité cogió a Aimée por sorpresa.

—Está a cargo de una unidad allí —dijo el recepcionista.

—¿Desde cuándo?

Pero el hombre ya había redirigido su llamada y, después de varios clics y de un zumbido constante, cogieron el teléfono.

—*Groupe R* —dijo la voz de Morbier.

¿Qué hacía Morbier en el cuerpo especial?

—¿Has conseguido otro trabajo?

—Es un destino provisional, Leduc —dijo Morbier, en un áspero tono de voz.

De fondo, pudo oír que el murmullo de voces y el ruido de un anticuado teletipo, todavía en uso en esta era de la informática, retumbaba en las paredes de piedra.

—¿Y no pensabas contármelo, Morbier? —ella no esperó una respuesta—. Ponme al tanto de los *secrets d'État*.

Hubo una leve pausa.

—Tengo otra llamada —dijo Morbier.

Parecía empeñado en ponerle trabas. Él tapó el auricular con la mano, por lo que ella no pudo oír la conversación con claridad, entonces reconoció su tos seca. Fumaba prácticamente dos paquetes al día.

—Leduc, estoy ocupado.

—En París, todo el mundo trabaja frenéticamente o cobra una *aide* —dijo ella—. ¿Acaso es algo nuevo?

Él volvió a tapar el auricular con la mano.

—Vamos a quedar para almorzar y así me cuentas todo acerca de tu nuevo trabajo —dijo ella.

—Tengo una agenda apretada...

—Creo que te interesará lo que tengo que decirte —dijo ella—. Estoy en el Sentier, pero tú eliges el sitio.

—Espero que tengas una buena excusa, Leduc —dijo Morbier por encima del manoseado menú—. No dispongo de mucho tiempo.

En el exterior, las prostitutas se exhibían junto a la ventana abierta de la *brasserie*.

—¿Te parece suficiente un asesinato?

—Primero las cosas importantes: vamos a pedir.

Una respuesta verdaderamente gala. Sus calcetines desparejados (uno de color habano y el otro marrón), sus tirantes y la chaqueta arrugada eran habituales en él, aunque parecía diferente.

—Pide la *formule* —dijo Morbier, sin levantar la mirada, pero señalando hacia una pizarra, en la que aparecía «59 francos» escrito con tiza.

—Es el menú especial de los carretilleros, pero merece la pena.

Un prometedor aroma a ajo y a romero procedía del oscuro agujero de la cocina.

—El jefe de cocina es de Marsella —dijo él—. Su hijo está en libertad condicional.

Aimée odiaba ese tipo de cosas, pues implicaba comer gratis y un trato de favor por parte del personal con menos recursos. Pidieron la *formule* a una chica joven y desdentada, que llevaba puesto un mandil por encima de unos vaqueros.

La *brasserie* bullía con una multitud de personas que acudían tarde a Almorzar: mecánicos de automóviles; señoras de cabello blanco, con bolsas de la compra del *marché* al aire libre llenas a sus pies; guardias jurados africanos con *bières* en las manos; y corredores de la Bourse cercana.

—*Tant pis*, a mi hija Marie le están saliendo los dientes —oyó Aimée decir por casualidad a una prostituta con peluca de espumillón que hablaba a su compañera de acera, una mujer de mediana edad, embutida en una minifalda de látex de color naranja, que no les quitaba ojo a los viandantes—. Y mi canguro se está quejando —prosiguió la mujer—, ¡*alors*, eso es lo único que sabe hacer esa!

¿Por qué habría elegido Morbier ese lugar?

—Jean Jaurès fue apuñalado en esa mesa, Leduc —dijo Morbier—. Las manchas de sangre continúan allí.

Aimée dirigió su mirada al lugar, y una macabra mancha marrón oscura, con forma de mariposa, se extendía por encima de la vieja mesa.

—Como de costumbre, Morbier, eliges lo pintoresco e instructivo. —Ella colocó el menú sobre la mesa—. ¿Hay algo bueno de comer?

¿Se trataría de su lección socialista del día? Cuando estaba en la escuela secundaria, él insistía en que leyera la transcripción del proceso judicial de Julius y Ethel Rosenberg, incluso le hacía preguntas acerca del mismo.

Desde la mesa de al lado llegaba el aroma de un Gauloise y el acre humo le

fastidiaba, ya que, por desgracia, había dejado de fumar por segunda vez en esa semana.

Y entonces cayó en la cuenta.

—¿Has dejado de fumar, Morbier?

Él señaló el parche que llevaba en el brazo.

—Hoy soy una caja de sorpresas, ¿eh, Leduc?

La camarera colocó delante de ellos dos cuencos de *soupe au pistou provençal* con gotas de *crème* de albahaca en el centro.

—Mi visita a Berlín ha generado cierto interés.

—¿Y estás orgullosa de ello, Leduc?

—Yo no diría eso. —Ella dio un gran trago al vino *rosé*, que era de color claro y con un aroma similar al del melocotón, y luego tomó uno más. No estaba malo, y lo probó nuevamente.

—Háblame del asesinato mientras como —dijo Morbier.

Le relató lo de Jutta Hald.

—Ella me contó que había estado en la cárcel con mi madre y que me entregaría sus cosas, pero quería dinero a cambio —dijo Aimée—. Más tarde, me llamó por teléfono para decirme que había algo que debía saber acerca de mi madre, pero llegué a mi cita demasiado tarde. Los sesos de Jutta estaban desparramados en el muro de la torre. —Ella observaba mientras Morbier se limpiaba la boca con una servilleta, y luego partía un mondadientes con los dedos separados.

—No suena nada bien.

Entonces, le habló acerca de la foto que tenía Jutta de Romain Figeac, del comportamiento de Christian y de la pared manchada de sangre.

—Figeac no se suicidó, Morbier, fue asesinado.

—¿Y puedes demostrarlo?

—Serge, el patólogo que trabaja en la morgue coincide conmigo —dijo ella, con la esperanza de que Morbier no averiguara que estaba exagerando la verdad—. Tanto Figeac como Jutta Hald fueron asesinados con disparos efectuados con un arma de gran calibre. Serge tiene una bolsa hermética con las pruebas para analizarlas, pero estoy segura de que se trata de la misma arma.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —dijo Morbier suspirando.

—Sé que esas muertes están relacionadas con mi madre.

—Leduc, ya no puedo seguir ayudándote.

—*Attention, c'est chaud* —interrumpió la camarera, mientras colocaba como podía dos platos colmados de *rougets* asados delante de ellos, la brillante piel del pescado continuaba chisporroteando y el aroma a tomillo y a aceite de oliva impregnaba el aire.

Ella estaba convencida de que su viaje a Berlín, lugar al que había ido a investigar las pistas acerca de la muerte de su padre, y del que acababa de regresar, había provocado que Jutta tratara de ponerse en contacto con ella. Entonces sacó el papel

que había cogido del escritorio de Romain Figeac.

—Figeac escribió «agit888» y «Fresnes», la prisión en la que estuvieron Jutta y mi madre —dijo ella—. ¿Sabes algo de eso?

Él frunció el ceño, mientras se concentraba.

—¿Cuántos años tienes? —Él debería saberlo. Aimée tenía nueve años cuando él y su padre le montaron la bicicleta, acompañados por una botella de vino, una Nochebuena de hacía muchos años, mientras ella observaba por detrás de la puerta. La bicicleta siempre se había bamboleado.

—Sabes que una mujer nunca revela su edad.

—¿Vas a dejarme comer en paz?

Ella asintió con la cabeza.

Morbier se metió la servilleta en el cuello de la camisa y la extendió por encima de sus tirantes.

—Todo lo que sé, que no es mucho, es que en algún momento de principios de los años ochenta algunos miembros de la DEJ...

—¿DEJ? —preguntó Aimée, interrumpiéndolo.

—La División del Ejército Rojo —explicó él—. Algunos terroristas fugitivos alemanes querían abandonar la clandestinidad, y se les ofreció la oportunidad de empezar una nueva vida en la Alemania Oriental con otro nombre.

—Entonces, ¿con División del Ejército Rojo —preguntó ella, mientras mojaba el pan en la salsa, haciendo un gran esfuerzo porque no le temblara la mano—, te refieres a la banda Haader-Rofmein de los años setenta que colocaba bombas en bancos y secuestraba a personas?

—Así los denominaba la prensa. —Morbier dio un prolongado trago de *rosé*, antes de levantar sus espesas cejas—. Ellos se hacían llamar la DEJ, y sus compañeros franceses eran los miembros del movimiento Action-Réaction.

Eso encajaba con lo que Jutta le había contado.

—Esto salió a la luz a finales de los años ochenta, cuando algunos de los exterroristas que vivían en la Alemania Oriental fueron arrestados, pero entonces cayó el Muro.

—¿Cuál es la conexión con agit888?

—Eso debes agradecérselo a Jean-Paul Sartre —dijo Morbier, al tiempo que atacaba un *rouget* con avidez.

—¿Sartre?

—El estúpido marxista entrevistó a Haader en su celda —dijo él—. Y después dio una infame conferencia de prensa acerca del terrorismo, por la que Sartre estuvo bajo vigilancia por parte del Ministerio del Interior hasta el final de sus días. —Morbier hizo un *moue* de disgusto—. En eso se gastan nuestros impuestos.

—Me parece muy enrevesado.

—Agit888 es el nombre que dieron a la brigada de vigilancia de Sartre.

Aimée pensó que el viejo Sartre se habría sentido complacido en secreto, por ser

una espina existencial para la clase dirigente hasta el final de sus días.

—¿Qué ocurrió con la banda DEJ?

—La mayoría de ellos testificaron en contra de sus antiguos camaradas, y sus condenas fueron bastante leves.

—¿Y qué hay de...?

—Algunos cumplieron condena en Fresnes, pero imagino que ahora habrán soltado a la mayoría.

Aimée se quedó callada. El hecho de que Jutta Hald la hubiera visitado justo después de que la dejaran en libertad era muy significativo. Entonces respiró profundamente.

—¿Era mi madre una de ellos?

El tenedor de Morbier se quedó suspendido en el aire, pero no miró a Aimée.

—Te he hecho una pregunta, Morbier —dijo ella, tratando de no levantar la voz.

—Hay asuntos en la vida que deberían permanecer enterrados —dijo él.

Aimée perdió el apetito.

—Solo quiero saber si continúa con vida.

—Corrían rumores —dijo él.

—¿Qué clase de rumores?

—Decían que era una *moucharde*, una soplona —explicó él—. Que jugaba a dos bandas.

—¿Una soplona? —Ella se agarró con fuerza al borde de la mesa—. ¿Para quién?

—Los disturbios de la Sorbona del año 1968 conmocionaron a todo el mundo —comentó él—. Eran tiempos revueltos.

—¿A qué te refieres?

—Metió las narices donde no debía.

Morbier hizo un gesto a la camarera y señaló su vaso vacío.

—Se lo pregunté a tu padre en una ocasión, pero él evitaba el tema.

—Pero...

—*C'est fini*, Leduc —cortó Morbier.

A Aimée le dio un vuelco el corazón.

Su padre también se había negado a hablar del tema con ella, en realidad, toda la familia.

Ella no sabía qué pensar ni cómo averiguar qué había hecho su madre y qué no.

—Tú conocías a mi madre, ¿no, Morbier?

Él se encogió de hombros.

—No muy bien.

—¿Cómo era? —Con tristeza, cayó en la cuenta de que había hablado en pasado.

—Un elemento, como tú —dijo él.

El ajetreo de la hora del almuerzo se había calmado y, desde la calle, se oían gritos y bocinas.

Y allí estaba ella, sentada con un hombre que conocía a su padre y a su madre,

pero que no quería hablar de ellos. ¿Por qué no podía cooperar?

—Jutta Hald ha muerto —dijo Morbier, después de un prolongado silencio—. Esos radicales tienen ganas de morir, siempre las han tenido. —Dio vueltas al vino y olfateó su vaso—. Sigue mi consejo, ¿eh?, cambia de tercio.

Aimée recordaba que lo único bueno que se podía hacer con los consejos era, como decía Oscar Wilde, dárselos a otra persona.

Ella forzó una leve sonrisa.

—Lo intentaré.

—*Tiens*, dílo de verdad, Leduc —le pidió Morbier.

—Lleva a cabo una investigación acerca de Jutta Hald, eso es lo único que te pido.

Morbier se reclinó en su asiento, mientras negaba con la cabeza. Su dura mollera con cabello entrecano necesitaba un lavado, pensó Aimée. Parecía que no se había acostado en toda la noche.

—Tú conoces bastante bien el sistema legal francés, Leduc.

—Pero hay muchas cosas que desconozco.

—Existe una ley que prohíbe consultar el dossier de un prisionero durante un período de ciento cincuenta años —dijo él. Entonces frunció sus gruesas cejas, ocultando sus ojos—. Para que lo entiendas, tienen que pasar ciento cincuenta años desde la fecha de nacimiento, así que, aunque lo quisiera, no podría averiguar nada acerca de tu madre.

—Pero, Morbier, si estás trabajando en un caso y necesitas información...

—Tengo las manos atadas —dijo él—. Eso se hace para proteger al prisionero.

Ella trató de ocultar su decepción.

Si no podía ver el archivo acerca de su madre, no podría seguirle la pista.

—¿Tienes alguna idea de cómo burlar esa ley? —preguntó ella.

Morbier se encogió de hombros, de una forma típicamente gala.

—Tienes amigos influyentes. Presenta una queja al ministerio.

Al menos dos ministros del Ministerio del Interior no estaban muy contentos con ella, después de los incidentes en Belleville, aunque Martine, cuñada de uno de ellos, continuaba siendo su mejor amiga.

Pensó en Fresnes, la antigua prisión de ladrillo de las afueras de París en la que Jutta había estado encarcelada. Sin calefacción y la peor del sistema. De repente, recordó algo.

—Ninguna celda alberga solo a dos prisioneras —dijo ella—. Por lo general, meten a tres o a cuatro... por ejemplo Jutta y mi madre...

—¿Pero eso no fue hace años? —interrumpió Morbier.

Ella asintió con la cabeza y las palabras se le atragantaron. Entonces se esforzó por continuar, inclinándose hacia delante, con sus ojos clavados en los de Morbier.

—Pero a Jutta la acababan de dejar en libertad, debería resultar sencillo averiguar quiénes eran sus compañeras de celda.

Morbier frunció el ceño.

—Puede que su última compañera de celda no sea la misma persona.

—Eso es verdad. —Morbier tenía razón—. Pero si Jutta estaba emocionada por su salida de la cárcel, es posible que hablara con una compañera de celda acerca de su pasado, que le contara sus planes. Ella me dijo que vino a mi apartamento directamente desde la prisión.

Ella sabía que en Fresnes se realizaban las evaluaciones del CNO, el Centre National d'Observation, para los prisioneros que requerían exámenes físicos y psiquiátricos, antes de salir en libertad condicional, o para aquellos bajo vigilancia por mal comportamiento.

Las evaluaciones del CNO podían tardar hasta seis semanas. Todos los prisioneros las odiaban, pero durante el período de su condena, tenían que soportarlas varias veces, unos con mayor frecuencia que otros. Resultaba mucho más sencillo localizar a los prisioneros que se encontraban en ese período de tránsito que en otros puntos del sistema penal.

—Morbier, hazme un favor —dijo ella—. Descubre quién compartía la celda con Jutta en Fresnes antes de que la soltaran. Quizás ella pueda ayudarme a averiguar algo acerca de mi madre.

—Estás fantaseando, Leduc. —Morbier resopló—. Perdiendo el tiempo.

En la mesa que tenían detrás había varios clientes sentados, fumando y bebiendo expreso. ¡Qué final tan perfecto para una comida! Aimée casi podía saborear el tabaco, sentir cómo entraba el humo en sus pulmones, pero en lugar de darse la vuelta y pedir un cigarro se metió en la boca un chicle Nicorette e hizo un esfuerzo por continuar.

—Muchos de los *flics* retirados forman parte de la directiva que concede la libertad condicional —dijo ella, mientras masticaba deprisa—. ¿No puedes hacer una o dos llamadas de teléfono?

—Los favores cuestan —dijo él—. Si comienzo a fisgonear acerca de Fresnes, esperarán algo a cambio por mi parte.

Ahora Aimée estaba logrando razonar con él. Él siempre quería un favor a cambio, y negociaría hasta conseguirlo. El hecho de ser su ahijada no implicaba que fuera una excepción.

—Pero tú lo haces tan bien, Morbier —dijo ella—, y siempre sales victorioso.

Morbier se metió la mano en el bolsillo, encontró un paquete de cigarrillos vacío, hizo una bola con él y lo dejó encima de la mesa. A continuación, volvió a meter la mano y sacó un paquete medio lleno.

—Lo habías dejado, ¿te acuerdas?

Él asintió con la cabeza, tiró el paquete sobre la mesa y cogió otro palillo. En su rostro se vislumbró una leve sonrisa.

—Inclúyete en mi lista, Leduc —dijo él—. Para cuando llegue el momento de la venganza.

Morbier continuaba comportándose de la forma que lo caracterizaba, no hacía nada sin recibir algo a cambio.

—Haré algunas llamadas, pero no puedo prometerte nada —dijo él, subiéndose los tirantes.

Había perdido mucho peso.

—Has adelgazado —observó ella—. ¿Has ido a tu revisión médica anual, Morbier?

—Ignoraré la última parte y me lo tomaré como un cumplido.

Ella lo dudaba, pero se lo preguntó de todas formas.

—¿Estás a dieta?

—¡Tomo cápsulas de pasas, pomelos y algas marinas! —dijo él—. Eliminan las toxinas, los lípidos grasos y la celulitis.

¿Morbier... hablando de celulitis?

—Deberías probarlas —dijo él.

Esa mañana, a ella le había costado mucho subirse la cremallera de su falda de cuero.

—Mi nueva portera, *madame* Guegnon, me lo dijo. Ella las compra a granel en el Carrefour.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él se levantó.

—Tengo que comprar los billetes de tren; me llevo a Marc a Bretaña para *les vacances*.

¿Un abuelo que adora a su nieto? Sin duda Morbier era una caja de sorpresas.

De repente, se sintió invadida por un sentimiento de culpa. La hija de Morbier, Samia, una joven prostituta medio argelina, había sido asesinada junto al metro, antes de que Aimée pudiera protegerla. En un instante, tuvo una visión de los ojos de Samia abiertos bajo la lluvia en un callejón de Belleville, y del orificio de bala ensangrentado de color melocotón. Marc, su hijo de rostro dulce, estaba en un internado católico y había hecho la primera comunión ante la orgullosa mirada de su abuelo, Morbier.

El rostro de Aimée se enrojeció y, con decisión, apartó su sentimiento de culpa a un lado.

—Tendré el móvil conectado —dijo ella—. Ya sabes cuál es mi número.

De vuelta en el despacho de Leduc Detective, trató de llamar a Etienne Mabry de nuevo.

Nada, seguía sin contestar, y tampoco había nadie en el apartamento de Christian Figeac. Preocupada, se preguntó si continuaría aún bajo custodia.

Cuando entró René, que llevaba un traje entallado de lino de color paja y se limpiaba el sudor de su amplia frente, ella levantó la mirada del terminal de su ordenador.

—¡Son los diuréticos! —dijo él—. ¡La humedad tiene ahora mismo idéntico valor que la temperatura, pero el médico me receta diuréticos! —Se desabotonó la chaqueta de lino, adaptada a su altura de un metro veinte—. ¡Necesito otro vaso de Evian!

Ella le pasó una botella de agua mineral y uno de los vasos de cristal Baccarat, los únicos que habían quedado de los tiempos de su abuelo.

—Me he enterado de que le has pedido dinero prestado a Michel, pero me han dicho que su tío Nessim necesita un servicio de lavandería extra —dijo él, entornando los ojos—. Tenemos que ir sobre seguro.

—¿Qué quieres decir?

—El negocio de tejidos al por mayor de Nessim necesita puntos de venta, además de los casinos de Deauville, en los que poder blanquear el dinero negro. —René se encogió de hombros—. Y el taller de costura de Michel es uno de ellos.

—Pero yo quiero ayudar a Michel.

—Yo también —dijo él—. En el Sentier, se declaran numerosas y discutibles bancarrotas. No me gustaría que Michel fuera una víctima de su tío. Deberíamos comprobar qué seguridad requiere su sistema informático.

René se remangó las mangas de la camisa.

—La cuenta de la Société Générale ha vencido. Nos deben dinero, pero el director continúa dándome largas.

Las compa n as de seguros eran de lo peor a la hora de abonar los servicios contratados.

—Hacen falta dos semanas para autorizar la expedición de un cheque. —René se tiró de la perilla, algo que hacía cuando estaba preocupado. Se subió a su silla ortopédica y se giró para ponerse de frente a la pantalla de su ordenador.

Ella recogió los documentos y los guardó en su mochila de cuero negro.

—Mientras tanto, debemos el alquiler —comentó René, al tiempo que dirigía su mirada al montón de facturas del escritorio de Aimée—.  Cu l es el estado de nuestro contrato con Media 9?

—Continúa pendiente —dijo ella, señalando la gruesa carpeta con la etiqueta «Media 9» que tenía sobre su escritorio.

—Attends, déjame echarle un vistazo a la estructura empresarial de Nessim —dijo él.

—Hay toneladas de argot legal, tendr  que descifrarlo cuando vuelva.

— Te vas? — l observó las notas adhesivas con fechas pegadas al montón de papeles—. Eso se tenía que haber hecho ayer.

Ella se quedó en silencio, sintiéndose culpable.

—Désolée, René, pero estas cosas...

 l se tiró de la perilla.

—No es solo eso, es también lo de tu padre, Aimée. Todo ese tiempo husmeando en los departamentos gubernamentales, luego el viaje a Berlín. Creía que me echar as un cable a tu regreso, y ahora vas y te embarcas en otra misión imposible...

—René, sé que debería estar más aquí ayudándote.

Se sintió invadida por el remordimiento, pero no podía posponer la investigación acerca de esa pista que podía llevarla hasta a su madre.

Ella se levantó y se dirigió a la ventana del despacho que daba a la *rue* du Louvre. Debajo, frondosos limeros eran mecidos por una árida brisa, arrojando sombras por encima de un grupo de trabajadores viales. Le temblaban las manos, pero no quería que René lo viera.

Sin embargo, lo hizo.

—¿Te ocurre algo malo?

Aimée permanecía dubitativa.

—Es peor que malo. —Ella le habló de Jutta Hald, de su madre y de sus sospechas con respecto al suicidio de Romain Figeac—. No puedo detenerme ahora, René. Esa mujer fue asesinada prácticamente en mis narices, además hay noticias acerca de mi madre. Después de todos estos años, tengo la oportunidad de averiguar qué le ocurrió.

—Lo entiendo, pero... —Él apartó la mirada—. ¡Pero le pediste dinero prestado a Michel y lo necesitamos!

—Sí, claro que sí —dijo ella indecisa. Ahora que Jutta había muerto, podía emplear el dinero, considerarlo como un préstamo comercial temporal—. Y lo vamos a emplear para la empresa. Saldremos adelante, siempre lo hacemos. —De los cincuenta mil francos que le había prestado Michel, sacó cuarenta y cinco mil y se quedó con cinco mil—. Toma, esto debería servir de ayuda. —Guardó su ordenador portátil en la mochila y se dirigió hacia la puerta, pero necesitaba que él la entendiera, así que se dio la vuelta—. René, sabes que lo he dado todo por la empresa, pero por una vez, esto tiene prioridad.

Los ojos de René comenzaron a brillar.

—Las compañías que realizan sus operaciones a través de Internet me quieren, Aimée —dijo él—. Me ofrecen continuamente atractivos paquetes de inscripción, opciones sobre las acciones, todo incluido.

Sorprendida, ella se sentó. No tenía ni idea, y se sintió estúpida. Por supuesto que lo harían, pero había estado demasiado distraída para darse cuenta.

—¿Qué me estás diciendo, René?

Él abrió la boca para hablar, pero luego la cerró, le temblaba la perilla. Entonces se bajó de su silla ortopédica, cogió su chaqueta y salió por la puerta del despacho. Aimée nunca lo había visto tan triste.

—¡René!

No hubo respuesta. Ella corrió hacia la entrada tras él, pero la caja de alambre del antiguo ascensor ya retumbaba y crujía por debajo de ella. Bajó corriendo las escaleras de caracol, haciendo ruido con sus sandalias de tacón, y se encontró a René, justo cuando abría la puerta metálica con florituras.

—Mira, René —dijo ella—. Estamos juntos en esto, te necesito. Por favor,

entiéndelo... —Ella no estaba dispuesta a decirle que sencillamente no podía concentrarse en ninguna otra cosa.

—Se trata de un compromiso de honor entre los amigos, es así de simple —dijo René entre resoplidos—. Has tenido la cabeza en otro sitio.

Así que lo había notado.

Ella estaba obsesionada con su madre, con Jutta y con los terroristas. Sin embargo, René siempre había estado allí para ayudarla, nunca le había fallado, y Aimée sabía que estaba poniendo en peligro su relación.

Bajó la cabeza.

—Tienes razón, y lo siento. —Aimée se balanceaba sobre sus tacones—. Me pondré a tu altura, lo prometo. ¿Me perdonas, socio?

Los ojos verdes de René se movían con nerviosismo, y entonces se sacudió una pelusa invisible de los pantalones.

—Pasarme todo el día escribiendo códigos me aburre, pero me gustaría poder pagar el alquiler y salir a comer fuera de vez en cuando.

—Tenemos cuentas que cobrar. Como has dicho antes, ¡nos deben dinero! Les he enviado avisos, y el siguiente paso es acudir a la compañía de cobros. Apoquinan cuando les llega esa notificación con ribete rojo.

Ella respiró profundamente.

—¿Tienes hambre?

René dirigió su mirada al local de *sushi* que había enfrente en la *rue* du Louvre.

—¿Invitas tú?

Ella asintió con la cabeza.

—Más tarde —dijo él, consultando su reloj de bolsillo—. Tengo que encontrarme con el director de nuestro banco para hablar de un préstamo.

—¿Un préstamo?

—Para salir de este aprieto hasta que nos paguen.

René era inteligente. En ese momento, ella debería quitarse de encima una buena parte del montón de trabajo que tenía sobre el escritorio. En la planta de arriba, rellenó el cuenco de agua de Miles Davis y volvió a llamar al número de Etienne Mabry, pero seguía sin contestar.

La puerta se abrió.

—Se me había olvidado el maletín —dijo René, mirando deliberadamente a los documentos que había sobre el escritorio de Aimée.

Aimée le devolvió la mirada, mientras guardaba un detallado plano de París en su mochila de cuero.

—¿Te vas otra vez?

—Tengo que encontrar a Etienne Mabry para que Christian Figeac pueda salir de la cárcel.

Lunes, por la tarde

Por debajo del nivel de la calle, encajado en la cavidad de una cantera, el cementerio era una maraña de árboles y pomposos mausoleos. Stefan parpadeaba, a medida que los crujidos sonaban a sus espaldas. Cerró el puño y se dio la vuelta.

Pero solo era un enterrador que estaba arrojando con una pala brillantes piedras blancas en el interior de una carretilla. Junto a una estatua de mármol de la Virgen María, una ardilla roía en un viejo y frondoso castaño.

Stefan se irguió.

El miedo helaba sus pensamientos.

¿Sería el siguiente en ser asesinado?

A excepción de un viejo bolso, el ataúd, forrado de mugrientas telarañas, estaba vacío.

Jutta se había llevado el alijo de Laborde y todos los bonos, lo que lo dejó hecho polvo.

Pero quienquiera que la hubiera asesinado, lo tendría... ¿no es así?

Sus pensamientos se arremolinaban en su mente. ¿Habría Jutta aunado fuerzas con fanáticos terroristas para planear atacar de nuevo? ¿Le habría soplado algo a alguien de la prisión? ¿O la habría perseguido algún superviviente de la banda?

Stefan se puso tenso por el terror. Mientras se frotaba la barba gris de su barbilla, su mente iba a mil revoluciones. Todo se había ido al traste, y ya no le quedaba ningún futuro. Recordó lo codiciosa que era Jutta, y no había cambiado.

Se sentía invadido por la desesperación a medida que se ponía de rodillas entre las lápidas. Junto a su codo, había un grupo de plumas grises que un pájaro había mudado. Continuaba huyendo, lo seguían buscando y ahora encima no tenía dinero.

No se mantenía con la paga de mecánico, solo había cogido ese trabajo porque le encantaban los motores Mercedes, pero ahora no podía volver al taller.

Esa era una de las reglas que le habían inculcado los palestinos con respecto al hecho de pasar a la clandestinidad: si alguien comete un error, tienes que asumir que te quedas con el culo al aire, algo que ocurría nueve veces de cada diez. Ve sobre seguro y no recuperes nunca tu antigua identidad, ya que es probable que la policía te esté esperando.

Tendría que desaparecer de nuevo, una y otra vez.

En París figuraban más de doscientos bancos en la guía telefónica, y el triple de esa cantidad si se incluían las sucursales de los más importantes. Con el antiguo documento de identidad del cazador, Stefan había abierto cuentas en numerosos de ellos a lo largo de los años, pero siempre en París, porque si lo hacía en las zonas rurales, la gente lo recordaría. París lo ponía nervioso, pero al menos podía permanecer en el anonimato. Cada cuenta contenía el saldo mínimo, y solo las

mantenía para poder canjear los bonos y enviarle dinero a su madre.

Había esperado años antes de comenzar a canjear los antiguos bonos, hasta que imaginó que, aunque estuvieran numerados y al final pudieran ser fáciles de encontrar por parte de la Europol, no ocupaban el lugar más alto de ninguna lista de prioridades. Él los canjeaba cada pocos meses en un distrito diferente, teniendo cuidado de no seguir nunca un mismo patrón. Este dinero era complementado con las ganancias de las partidas de póquer, aunque últimamente había estado perdiendo mucho dinero con Antón y otros miembros del taller.

Entonces cogió una piedra, tratando de ignorar el temblor de su mano. Durante un instante, pensó en la habitación en la que había estado viviendo durante los últimos siete años. Tenía pocos muebles, se trataba de una estancia utilitaria. Los libros de referencia acerca de los motores Mercedes eran lo único que echaría de menos. No guardaba nada en su apartamento, pues recordaba lo rigurosa que era la Stasi... La Stasi ya no existía, pero sí su equivalente francés, la DST^[1], y en algún lugar, también lo hacía el *flic* que les guardaba un rencor especial a los miembros de la banda.

Entonces se acordó de su Mercedes, el cual estaba aparcado a varias manzanas de distancia, y cayó en la cuenta de que tendría que cambiar las placas de la matrícula. Las palmas de su mano, impregnadas de grasa incrustada, la lacra de un mecánico, recorrieron la rugosa corteza de un platanero.

En la lápida que tenía enfrente, se podía leer «Alphonsine Plessis» más conocida como La Dama de las Camelias de Dumas. El relato de Dumas acerca de su condenada relación amorosa con esta cortesana era el único libro que Stefan recordaba de sus años en la universidad. Y allí yacía la mujer, la que una vez fuera el objeto del deseo y del amor de un hombre había quedado reducida a polvo bajo unas flores reseca.

Pensó en las tumbas de Ulrike, Marcus e Ingrid, quienes, por motivos de seguridad, habían sido enterrados al triple de profundidad. Él solo había echado un vistazo a las fotografías del *Ici París*, el tabloide sensacionalista semanal que había publicado las fotos prohibidas del funeral, en las que aparecía el pañuelo de El Fateh de Ulrike colocado formando pliegues sobre su ataúd.

Ella había permanecido desafiante hasta el final.

Stefan recordaba ese pañuelo, el rojo y blanco que le regaló un instructor de tiro con rifle en el campamento de Yemen del Sur. A ella le gustaba protegerse su negra melena de la tierra y el cortante viento, llevar sus oscuras gafas y posar para las fotos con el Uzi. Era su única vanidad... ¿la haría sentir auténtica?

A Stefan le había gustado el campamento de instrucción de Yemen, y había soportado los dormitorios, similares a los del ejército, las prácticas de tiro diarias y la comida picante de Oriente Medio. Ni siquiera le prestaba atención a Marcus ni a sus diatribas políticas y sus concienzudas declaraciones de hermandad con el servicio secreto de Yemen del Sur y la OLP, alrededor de las hogueras.

Se acordó del Golfo Pérsico, un punto negro en la distancia, y de cómo aullaba el viento en el desierto por las noches, como si fuera un lobo. Se sentía atraído por la extraña y salvaje belleza. Stefan nunca imaginó que tantas estrellas tachonaran el universo. Todas las noches se recostaba en el Jeep, mientras observaba embelesado un cielo de color azul marino, cubierto por miles y miles de centelleantes puntitos que parecían polvo de diamante.

Unos mees simpáticos, los de la OLP, pensaba entonces. Habían soportado a su grupo, y tampoco se habían comido demasiado con los ojos a las mujeres. La verdadera diferencia era su seriedad y determinación. La lucha era una realidad para esos hombres del desierto.

Cuanto más presenciaba Stefan, más caía en la cuenta de cómo ellos (un puñado desaliñado y consentido de alemanes que soltaban peroratas acerca de la revolución, atracaban bancos y robaban coches BMW) se burlaban de la verdadera lucha de sus anfitriones.

Sin embargo, cuando trató de hablar con Ulrike acerca de eso, ella le paró los pies.

—Aprendemos con la práctica y contraatacamos a nuestra manera; de no ser así, el sistema triunfa —le había dicho ella entonces.

Pero el sistema había triunfado y los sucesos demostraron que ella tenía razón.

Los billetes de avión a Yemen fueron cortesía de la policía secreta de Alemania Oriental, la Stasi. Esta había agasajado a la banda Haader-Rofmein a modo de una especie de retorcida venganza en contra de Alemania Federal, pero todo eso ocurrió antes de la caída del Muro. La Stasi había expuesto a la OLP, retratando a sus miembros como salvajes civilizados que tenían armas, en una foto que constituía la oportunidad ideal. Todo el mundo estaba siendo utilizado... sin ninguna excepción, y Stefan era consciente de que todo se hacía para promover la agenda política de los alemanes orientales.

Justo después de eso, la OLP los echó a patadas.

A su vuelta a Alemania, fueron protegidos en los campamentos de instrucción de la Stasi, situados cerca de Berlín, Estrella I y Estrella II. Allí sus profesionales aprendían el uso de explosivos y varias armas: la ametralladora 9 mm de Heckler & Koch, el fusil automático G-3, el revólver de calibre 357 Magnum de Smith & Wesson, el fusil de asalto Kalashnikov AK-74 y el lanzador de proyectiles antiataque soviético RPG-7. Los expertos en explosivos hacían demostraciones de dispositivos disparadores de bombas que se componían de haces de luz fotoeléctricos activados por baterías, y que podían utilizarse contra objetivos móviles. La interrupción del haz de luz haría detonar la bomba, una técnica que utilizaban bastante a menudo.

Más tarde, la Stasi ayudó a los terroristas a «jubilarse» en Alemania Oriental, pero Jutta había sido encarcelada en Francia. ¿Habrían continuado vigilándola los antiguos miembros de la Stasi? ¿O la habría asesinado el furibundo *flic* que llevaba

deseando desde hacía mucho tiempo que todos ellos murieran y desaparecieran para siempre? Teynard, el *flic* que había infiltrado al soplón.

En ese momento, Stefan tenía que escapar, porque si alguien había dado con Jutta, podría encontrarlo también a él.

Comenzó a caminar preocupado de un lado a otro debajo del árbol, ignorando el crujido de la pala del enterrador. Solo cuatro de ellos conocían ese lugar.

Pero ahora solo quedaban tres. Tenía que marcharse, escapar. ¿Y si el asesino era uno de ellos?

Stefan se bajó la boina y avanzó lentamente entre las lápidas. Inspeccionó el cementerio, pero, aparte del enterrador, solo había una señora mayor, inclinada y vestida de negro, que barría el camino.

Entonces supo a quién tenía que ver.

Lunes, a última hora de la tarde

Aimée deseaba concentrarse en descubrir la conexión entre Figeac y su madre. Sin embargo, cuando pensó en que Christian permanecía en una celda del *commissariat*, se sintió culpable.

Al menos había averiguado a través de Idrissa que Romain Figeac había grabado cintas, así que, si conseguía sacar a Christian de la cárcel, podría ayudarla a encontrarlas.

La otra dirección de Etienne Mabry, aparte de la de su apartamento, era la de la Bourse, el mercado de valores. Mientras atravesaba caminando el Sentier, el zumbido de las máquinas de coser escapaba de las ventanas que tenía por encima. En la esquina, se encontraba un hombre pakistaní de pie, y las chaquetas que colgaban de su brazo llamaron su atención. «*La veste á la mode!*», decía a todos los viandantes que pasaban por allí. Por cien francos, se marchó con una chaqueta y una camisa de lino, que tenían las etiquetas arrancadas. Probablemente se tratara de artículos de marca con defectos de fábrica del taller clandestino situado por encima de ella, en el que explotaban a trabajadores ilegales. Cuando un camión se detuvo enfrente, el hombre plegó rápidamente la mercancía debajo de su largo abrigo y se marchó sigilosamente doblando la esquina.

A una calle de distancia, Aimée se metió en un patio desierto, colocó su mochila en el suelo y se puso a trabajar. Permaneció de pie sobre los adoquines, mientras se volvía a aplicar el pintalabios de color rojo de Chanel mirándose en el reflejo de una ventana. Después, ayudándose del espejo retrovisor de un alto camión, volvió a ponerse rímel, se alisó su cabello de punta con gel fijador y, a continuación, se puso los tacones que llevaba en el fondo de su mochila, junto con un manual nuevo de criptografía, galletas de calcio para Miles Davis y ropa interior de seda negra apretujada. Nunca se sabe.

La *agence* France-Pressé surgía imponente más allá del entramado de columnas de la Bourse. Menos mal que he dejado mi Beretta en el cajón del despacho, pensó al ver los detectores de metales del edificio de la Bourse, similar a un templo griego, y que antes había sido el *hôtel* Bronignart.

Cerca de allí, se encontraba la casa ocupa de un artista, en un edificio de la época de Haussmann, cuyas seis plantas estaban cubiertas de grafiti fluorescente. Un inesperado lugar lleno de vida en medio del distrito financiero.

Aimée se detuvo en el recinto central de la Bourse. Una paloma con motas grises se había colado en su interior y, desorientada, picoteaba las *tommettes*, las baldosas hexagonales de barro rojo del suelo. Ella sabía cómo se sentía, lejos del entorno familiar y en busca de migas de pan.

Una circunstancia más o menos similar a la suya.

Pasaron varios hombres con trajes elegantes y deseó haberse puesto algo más glamuroso que la almidonada chaqueta de lino encima de unos vaqueros.

El edificio cubierto de antenas de enfrente, perteneciente a la agence France-Press irradiaba una mayor actividad y rendimiento que los desiertos y amplios pasillos de mármol de la Bourse, pensó ella. Tras doblar una esquina, se dirigió a grandes zancadas al salón de operaciones.

—Las operaciones bursátiles han finalizado por hoy, *mademoiselle* —le dijo un guardia de paisano que llevaba puestos unos auriculares, antes de que sus enormes hombros le cerraran el paso—. No se permite la entrada a visitantes sin autorización. ¿Tiene alguna cita?

—Pues claro —dijo ella, mientras trataba de analizar el directorio de comerciantes en busca del nombre de Mabry. Tenía que estar segura de que se encontraba incluido en la lista, así como del lugar en el que podía encontrarlo.

Antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que iba a decir a continuación, el guardia esbozó una amplia sonrisa.

—Otra conversa bautizada —dijo él.

—¿Bautizada?

La enorme mano del guardia señaló hacia la mancha de color amarillo verdoso que llevaba Aimée en el hombro. Una mancha grande y esparcida.

—Usted debe de ser especial. —Él le guiñó un ojo—. Nuestros amigos con alas no conceden ese honor a cualquiera.

Genial, justo lo que necesitaba, pensó. No tengo forma de entrar y encima un pájaro se me caga en la chaqueta.

Sobre el escritorio del guardia, el haz de luz de una lámpara halógena iluminaba el registro de visitas, pero por desgracia ella no había aprendido a leer del revés.

—¿Por casualidad tiene un pañuelo de papel?

Él sacó una toallita húmeda.

—Pruebe con esto.

—*Merci*. —Entonces vio una botella de Evian en el suelo—. ¿Le importa que coja un poco de agua también?

—Adelante —dijo él con un ademán. A toda prisa, se frotó la chaqueta de lino.

—Me está siguiendo —dijo ella—. ¡Mire!

Cuando el guardia se giró, Aimée se inclinó para ver el registro de arrendatarios. Entonces escudriñó las entradas y encontró el nombre de Etienne Mabry.

—¿Quién?

Ella sonrió burlonamente, señalando a la paloma que apareció volando.

—Si no tiene cuidado, será el siguiente —dijo ella—. Por favor, dígame a Etienne Mabry que estoy en camino y que le pido disculpas por llegar tarde.

Aimée no sabía lo que se iba encontrar arriba. La extraña y estrecha escalera de

mármol retumbaba con el clic de sus tacones. Pero antes de llegar allí, ya había rebuscado en su bolso y se había puesto un pañuelo de seda alrededor del cuello y unos vistosos pendientes de plata.

En la placa del rellano se podía leer: «Mabry — *Yl Burobourse réception, salle A “2IÈME ÉTAGE”*».

La pequeña sala no albergaba a más de quince personas, todas ellas hombres, y con la misma variedad étnica que la salsa *béchamel*. Sobre la mesa del *directoire* había gruesas carpetas y prospectos. Algunos de los hombres, bronceados y de aspecto distinguido, parecían salidos de un anuncio de Armani.

—Estoy buscando a *monsieur* Mabry —le dijo a un hombre que llevaba en la mano una copa de champán—. ¿Podría indicarme quién es?

—*Désolé, mademoiselle* —dijo él.

De repente, apareció otro hombre a su lado. Bronceado y canoso, se inclinó hacia delante con complicidad.

—Buscamos a la misma persona.

Aimée levantó la mirada, sorprendida de ser la receptora de un posible e importante bombardeo de piropos, pero no le importaba demasiado, porque el tipo no estaba mal, pero que nada mal. Ella había mantenido una relación con un hombre mayor de su vecindario con el que coincidía cuando paseaba a su perro. Un aristócrata y rico heredero con «de la» delante de su apellido, que le había ofrecido una vida de *luxe, calme et volupté...* pero lo había rechazado, pues solo ella podía llevar el timón de su vida, y nadie más.

—Avíseme si lo encuentra.

—¿Y con qué motivo?

—Soy su tío —dijo él—. Jean Buisson.

—Me llamo Aimée Leduc —se presentó ella, pero cuando se dio la vuelta él la agarró del brazo.

—Por si no lo encontramos, venga conmigo a la recepción. —Él señaló con la cabeza hacia la sala de enfrente, en cuya entrada se encontraba un grupo de hombres vestidos de esmoquin.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—¡Porque el champán es mejor!

Ella esbozó una sonrisa, el tipo tenía razón.

Aimée pasó disimuladamente junto a la multitud de hombres con trajes negros, y le preguntó a varios de ellos, pero lo único que recibió como respuesta fueron miradas socarronas. Por encima de ella, había una lámpara de araña *de fin de siècle*, cuyos adornos de cristal captaban la luz. ¿Se habría puesto en contacto Christian con Mabry de alguna forma? ¿Lo habría liberado ya de la policía?

Será mejor que cambie de tercio, pensó. Probar el champán, y luego desaparecer. Abandonó la sala y, mientras recorría el vestíbulo, vio la puerta de otra sala y miró en su interior. Un grupo de adolescentes, en su mayoría chicas con gran variedad de

tonos de piel, se encontraban sentados junto a la terminal de un ordenador, y un hombre esbelto y delgado de treinta y pocos años se inclinaba hacia él y señalaba cosas en la pantalla.

—*Monsieur* Mabry, las acciones de las conexiones de redes y de los aparatos ópticos indican un riesgo elevado —dijo una de las chicas.

Su piel ligeramente tostada es similar a la de Idrissa, pensó Aimée.

—*Mademoiselle* Scalbert, ¿puede respaldar su opinión? —dijo él—. Creo que va por buen camino, pero explíquenos el motivo.

Aimée se coló dentro, justo en el momento en el que él levantaba la mirada.

Mabry se metió su largo cabello marrón rojizo detrás de las orejas. El tipo, con un metro ochenta y tantos de altura, estaba buenísimo de los pies a la cabeza con su traje de raya diplomática, de eso no había duda alguna.

—¿Se ha perdido, *mademoiselle*? —le preguntó él, con una voz tan densa como la *crème fraîche*. Sus grandes ojos de color gris mostraron sorpresa, y entonces sus labios esbozaron una sonrisa.

Tenía una sonrisa preciosa.

Le recordaba a Yves, su antiguo novio, un corresponsal en Oriente Medio. Los labios de Etienne Mabry se curvaban de la misma forma.

Yves y ella mantuvieron una relación intermitente, un desastre que prácticamente había acabado el año anterior en una esquina de una antigua zona de El Cairo, con pirámides secadas al sol y moscas zumbadoras como telón de fondo.

—Perdone que le moleste —se disculpó ella, sintiendo el deseo de fundirse con un pilar cercano para poder mirarlo solamente—. Esperaré a que haya terminado.

Etienne Mabry miró su reloj y negó con la cabeza.

—Se nos ha vuelto a pasar la hora —dijo él—. En nuestra siguiente reunión, «Jóvenes inversores», abordaremos el razonamiento de *mademoiselle* Scalbert con relación a lo que constituye un riesgo excesivo y lo que resultaría la medida más inteligente.

Los jóvenes inversores recogieron sus cosas, y algunos lanzaron prolongadas miradas a Aimée al salir. Mabry habló con uno de los estudiantes, antes de ponerse la chaqueta.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Me llamo Aimée Leduc —dijo ella, mientras le entregaba su tarjeta—. Su tío también lo está buscando.

Él colocó en el suelo su maletín de cuero marrón desgastado.

—¿Agencia de detectives Leduc Detective? —preguntó él, mientras leía la tarjeta—. ¿Hay algún problema?

—Han retenido a Christian Figeac en comisaría para hacerle un interrogatorio —dijo ella— y quiere que lo saque de allí.

Etienne Mabry frunció el ceño mostrando preocupación.

—Otra vez no.

Así que no era la primera vez que Mabry lo rescataba de la cárcel.

—Llevo un tiempo tratando de localizarlo —dijo ella.

Él se dio unos golpecitos en el bolsillo delantero de su camisa de cuadritos azules. Llevaba incluso la corbata roja *de rigueur* para un hombre de negocios.

—Ha sido por mi culpa... se me ha olvidado el móvil, ¡así que le pido disculpas por haberla hecho venir hasta aquí a buscarme! Me encargo de promover a los inversores jóvenes del *lycée* local, el instituto en el que mi socio y yo trabajamos como voluntarios.

Para su alivio, cayó en la cuenta de que no era el tipo de chico malo que solía gustarle.

—¿Qué le ha ocurrido a Christian? —le preguntó él.

—Los *flics* se lo han llevado al *commissariat* —dijo Aimée—. Es por algo relacionado con el Crédit Bank.

Etienne Mabry parecía desconcertado.

—¿En qué comisaría se encuentra? —le preguntó, mientras se giraba para cerrar la puerta con llave.

—En la que hay cerca del SPQ^[2] en la *rue d'Amboise* —dijo ella—. Estoy segura de que esto *no es nada* nuevo para usted, pero me parece que tiene... —entonces se detuvo en las escaleras. Mabry la observaba atentamente, a la espera de que continuara hablando, pero sin ayudarla a que terminara la frase. Él la guió hasta la planta de abajo, agarrándola del brazo con su cálida mano, y ella percibió un olor a cítricos en su colonia— problemas de consumo de drogas —concluyó ella.

—Crónicos —dijo Mabry, con el ceño todavía fruncido, cuando salieron a la calle—. Si no le importa que se lo pregunte, ¿qué tiene usted que ver en esto?

—Es por algo que ocurrió en el pasado y que está relacionado con su padre y con mi madre. —Ella se estremeció. ¿Lo había soltado en voz alta?

—¿Ha dicho Crédit Industriel et Commercial?

Ella asintió con la cabeza.

—Es extraño que los dos Figeac depositaran su dinero en Barclays. —Sacó un casco y se montó en la Harley-Davidson negra y cromada que estaba aparcada delante.

Después de todo, quizás tuviera algo de chico malo.

Aimée estaba desconcertada. Mientras se dirigía a su despacho, trataba de encontrarle sentido al comentario de Mabry acerca de la cuenta bancaria de Christian.

Entonces comenzó a preguntarse por qué Romain Figeac vivía en el Sentier entre talleres clandestinos de confección, mayoristas de tejidos y prostitutas: el mercado de los trapos y del puterío. No estaba de moda ni albergaba obras de arte como la margen izquierda del Sena, aunque recordó vagamente que Balzac había inspirado algunos de sus dramas en el Sentier y que Zola había nacido allí. ¿Habría sido

Romain Figeac un antihéroe que se oponía a las figuras consagradas del mundo literario?

Se apoyó en una columna, sacó su teléfono móvil y marcó el número privado de Martine, su amiga del *lycée* y actual editora de *Madame Figaro*, la revista femenina de la derecha moderada.

—*Allô, Jérôme?* —susurró Martine después del primer tono.

—Ni de cerca —dijo Aimée—. ¿Te llamo en otro momento?

—Solo me estaba haciendo ilusiones, Aimée —dijo Martine—. Jérôme se ha llevado a su hijo *en vacances*, pero el hecho de que me haya mudado a vivir con él no implica que me vaya de vacaciones *en famille*.

A Aimée no le había sorprendido demasiado que, después de un año prácticamente al timón del diario de derechas *Le Figaro*, Martine se hubiera trasladado a la revista femenina, y que se hubiera ido a vivir con Jérôme, el director de publicidad, un *divorcé* con un hijo. La custodia compartida era algo que la ex de Jérôme reivindicaba, e insistía en compartir las vacaciones.

Para Martine suponía un calvario hasta que regresaban. Un novio de vacaciones con su ex le molestaría también a Aimée.

—¿Te importa que te saque información?

—¿Acaso no lo haces siempre? —dijo Martine, con la voz ronca—. Llévame al nuevo restaurante de Alain Duchase, y podrás pedirme lo que quieras.

Eso le costaría el alquiler del siguiente mes. Martine parecía aburrida y tensa.

—¿Es que *Madame Figaro* tiene problemas?

—Es posible que la *madame* y yo pronto aceptemos nuestras diferencias —dijo Martine—. *Tiens*, no me tires de la lengua. ¿Qué necesitas?

—Muchas cosas. Quiero información acerca de las conexiones entre las bandas Haader-Rofmein y Action-Réaction.

—¿Estás viajando en el tiempo? ¿Recordando el pasado?

—Más o menos, tiene que ver con mi madre.

—Déjame ver. —Aimée oyó el sonido de las teclas mientras las largas uñas de Martine pulsaban el teclado a toda velocidad. Entonces se oyó un clic en la línea telefónica—. Espera —dijo.

—¿Hay algún hombre en tu vida? —le preguntó Martine, suspirando al volver con Aimée—. Aunque claro, no soy como tú, yo en tu lugar me estaría subiendo por las paredes.

—Bueno, he conocido a un tipo trajeado —dijo Aimée dubitativa—. Un niño bonito de la Bourse, pero dudo que se haya fijado en mí. —Le daba vergüenza mencionar tan siquiera que su tío era también una posibilidad.

—¿Es que no has, lo que se dice... evolucionado? —dijo Martine entre suspiros al teléfono—. Llámalo.

—Parece demasiado buen chico, pero tiene una Harley.

—Impresionante —dijo Martine—. Ya sabes que los capitalistas tienen algunas

cosas buenas.

—Nos conocimos en condiciones adversas —dijo Aimée.

—Eso no importa... ¿os habéis conocido!

Se oyó otro clic en la línea.

—Es Jérôme, tengo que dejarte —dijo Martine—. En cuanto a tu madre, buscaré información.

Sonó el teléfono móvil de Aimée.

—Allô?

—Christian Figeac ha llamado —dijo René—. Su asesor financiero lo ha sacado del *commissariat*. Parecía arrepentido, me ha dicho que su padre solía guardar las cintas en alguna pared falsa.

—¿En alguna pared falsa... dónde?

¿Por qué Christian no se lo había dicho antes?

Irritada, se detuvo frente a un *tabac* muy concurrido, mientras se empapaba de los titulares de los periódicos vespertinos: «Protesta contra la Organización Mundial del Comercio» y «Los terroristas amenazan con gas tóxico», con fotografías que mostraban cómo se llevaban a los manifestantes del Palais des Congrès. Cuando vio la imagen de un hombre con el pie de foto «Portavoz de Action-Réaction», le pasó con disimulo cuatro francos al vendedor, plegó el periódico y se lo guardó debajo del brazo.

—Las cintas están detrás del escritorio del estudio de su padre, pero se ha marchado y volverá más tarde —le estaba diciendo René—. Me ha dicho que se había olvidado de ellas, porque su padre guardaba la mayoría de sus cosas en el banco o en su editorial.

Era probable que esas cintas contuvieran información acerca de su madre... ¿por qué no lo habría recordado antes?

—Me paso por el apartamento de Romain Figeac y voy para el despacho.

—Estoy en el coche de camino a Media 9 —dijo él—. Es por un tema de la negociación, y como no estabas aquí...

Ella notó el tono de queja en su voz.

—Insiste en las ofertas exclusivas —le interrumpió ella—. No vamos a diseñar e implementar un sistema de seguridad con nuestra sangre, sudor y lágrimas, para que contraten un servidor de mantenimiento barato a fin de que continuemos nuestro trabajo... y acabar viendo cómo se cae.

—Eso es verdad —dijo René—. Pero podía contar con un poco más de ayuda.

—*Bien sûr*, no te preocupes, estaré pronto en mi escritorio —dijo ella—. Pero ten cuidado, René, que no pase como la última vez con Euroworld, ¿eh? Ya hemos aprendido la lección.

Aimée necesitaba entrar en el *atelier* de Christian Figeac, pero no quería esperarlo.

En su apartamento, abrió el armario agujereado por la carcoma y sacó sus herramientas. Encontraría el escondite de las cintas sin que nadie se enterara, esa era la táctica favorita de su padre, y tenía la esperanza de que a Christian no le molestara.

Colgó la chaqueta de lino y se puso una chaqueta militar azul y una gorra con el logotipo «L'eau de France» del Sena, formando ondas en la parte frontal. Le costó mucho ponerse los pantalones de sarga azules. Quizás debiera probar las píldoras de Morbier. ¡Cada vez que dejaba de fumar, lo notaba en sus caderas!

—*Oui?* —respondió un hombre delgado como un palo que llevaba puesto un mandil con botonadura doble alrededor de la cintura y que permanecía de pie en la puerta del portero. Un aroma a vainilla quemada emanaba del interior.

—*Bonsoir, monsieur*, le pido disculpas por interrumpir su cena —dijo ella, colocando en el suelo su bolsa con las herramientas, antes de entregarle una tarjeta que decía: «*Plomberie Delincourt service 2417*».

Desde el interior del vestíbulo se oía en la televisión a todo volumen *Questions pour un Champion*, el programa concurso de la cadena France3.

—*Monsieur* Figeac me ha llamado por un atasco en las tuberías, y le preocupa que le pongan una demanda de cumplimiento. —Ella le ofreció una amplia sonrisa, se echó la gorra hacia atrás y sacó un sujetapapeles de su bolsa—. *Tenez*, él no está en casa.

—Es la segunda persona esta noche.

—Ah, ¿se refiere a las limpiadoras?

—No para de entrar y salir gente, ¡parece la Gare de Lyon! —El hombre se desabotonó el mandil y dirigió su mirada al sujetapapeles como si estuviera sucio—. Venga mañana por la mañana.

—Lo siento, *monsieur* —dijo ella—, pero si pudiera abrirme el apartamento, yo podría cerrarlo después.

El rostro del hombre mostró su indignación.

Aimée se encogió de hombros.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, *monsieur*. No se enfade conmigo, ¿de acuerdo? Arreglo las tuberías rápidamente y me voy.

Lo único que Aimée quería era entrar en la habitación en la que escribía Romain Figeac para buscar las cintas en las paredes falsas. ¿Por qué no se habría dado cuenta antes?

Ella deseaba que él se diera prisa.

Pero el hombre permanecía de pie, sin moverse.

Desde el vestíbulo, los gritos de los concursantes se habían convertido en una locura, y el portero se debatía entre ver el final de su programa concurso o acompañarla al apartamento de Figeac.

—Termine rápido —dijo él, mirando el reloj, y ella pudo notar que él no iba a permitirle que lo olvidara.

—¿Hay algo cocinándose en el horno?

Él echó mano de un gran llavero.

—He quemado el azúcar en lugar de caramelizarla. —Él negó con la cabeza—. ¡Una catástrofe para la *crème brûlée*!

Aimée cogió su bolsa de *plomberie* del suelo, lo siguió hasta el vestíbulo, y más tarde en dirección a la escalera que conducía al apartamento de Figeac. El portero encendió la luz.

Y entonces ella vio que salía mucho humo negro.

—Llame a los *pompieri*.

Él permanecía de pie paralizado.

—Dese prisa, ¡hay un incendio! —dijo ella, haciendo un esfuerzo por evitar mostrar pánico en su tono de voz—. Deme las llaves. *Vite*, ¡vaya a buscar ayuda!

Él se dirigió a su piso provocando un gran estruendo sobre el parqué.

Ella subió a la siguiente planta y se puso en cuclillas en el vestíbulo, entonces sacó su pañuelo de la bolsa, lo roció con un aerosol de Evian y, tapándose la nariz y la boca, se lo anudó detrás de la cabeza.

Mientras rogaba que no fuera demasiado tarde para encontrar las paredes falsas, abrió la puerta con llave del apartamento de los Figeac y entró en él a gatas, pero no pudo llegar muy lejos.

El calor infernal, las llamas y el humo la envolvieron con rapidez y furia, cegándola, mientras sentía un agudo dolor recorriéndole las manos.

Ella retrocedió con brusquedad, pero se le quedó atascado el pie en una silla en llamas y tropezó. Las brasas del techo incendiado comenzaron a caer sobre su ropa, provocando que su camisa de trabajo se prendiera y que las lenguas de fuego le llegaran hasta los oídos. Tras arrancarse la camisa, agarró su bolsa de *plomberie* y comenzó a rodar por el suelo, apagando las llamas a su paso.

Tenía que salir de allí. Avanzando a gatas, llegó a la puerta, se levantó con gran esfuerzo, se dio la vuelta y luego se tiró hacia atrás con fuerza.

Cayó en el vestíbulo, golpeándose el hombro contra las rejas, pero no había tiempo para ocuparse de eso, el calor y el humo eran asfixiantes.

Continuó gateando, tratando de ignorar sus quemaduras, a través del calor abrasador. Las llamas de color rojo anaranjado eran cada vez más altas y un denso humo negro inundaba el vestíbulo. Le dolían los pulmones, pero ella respiraba todo lo profundo que podía. Tenía que salir del edificio.

Tosiendo, con escozor en los ojos y a ciegas, bajó las escaleras y se chocó con el portero, que estaba hecho un ovillo contra la barandilla.

Espantada, lo agarró. ¿Lo habrían atacado? A toda velocidad, inspeccionó las escaleras, pero no pudo ver nada debido al humo.

Ella lo ayudó a sentarse, agarrándolo con las muñecas por las axilas, por suerte

estaba delgado. Le quemaban los pulmones, y tuvo que detenerse en las agrietadas escaleras de mármol para respirar, a pesar de que cada vez que tomaba aire sentía dolor. Entonces oyó cómo los cristales reventaban y se hacían añicos, mientras unas llamas de color blanco amarillento salían despedidas de las ventanas.

Este incendio ha sido provocado, pensó ella, mientras se le nublaba la mente cada vez más. Alguien ha incendiado el apartamento... ¿Habría sido Christian Figeac? No, pensó. Saldría ganando si vendiera el lugar.

Junto a ella, el portero se revolvió. Aimée oyó sirenas en la calle. ¿Quién habría llamado a los *pompier*s? ¿El portero? Entonces oyó hachazos, vio cómo los chorros de agua formaban arcos en la oscuridad de la noche y sintió que una llovizna de agua pulverizada la rociaba a través de la ventana. Más tarde, recibió un fuerte golpe en la cabeza.

Y a continuación, se hizo la oscuridad.

Lunes, a última hora de la tarde

El antiguo *commissaire* de policía Marius Teynard, un hombre de sesenta y muchos años con el cabello blanco como la nieve, observaba cómo la luz de la farola formaba círculos sobre la carpeta de su escritorio. Por la ventana, en la *rue* de Turbigo, los autobuses pasaban zumbando y el reflejo de la cúpula del Conservatoire des Arts et Métiers, iluminada por reflectores, brillaba en su ventana.

Suspirando, hizo una bola con los controvertidos faxes.

—«Programadores chapuceros, correos electrónicos candentes, judíos a favor de Java»... *Zut alors!* ¿Qué clase de idioma es este?

Indignado, echó hacia atrás su sillón de cuero burdeos y se levantó. Delito cibernético, correo electrónico cifrado... ¿ya eso lo llamaban descubrir?

Todo viajaba por el aire como las ondas de radio. A través del éter. No comprendía la web.

Ni tenía intenciones de hacerlo.

Su sobrino le repetía insistentemente «ponte al día», pero prefería dejar que fuera él quien se encargara de los nuevos ordenadores y de los complicados procedimientos de inicio de sesión. Cuando Teynard era *commissaire*, lo único que tenía que hacer era teclear, y bastaba hacerlo con dos dedos en la comisaría del *Quai* des Orfèvres, le contaba a menudo Teynard a su sobrino, quien sonreía, aunque también lo había visto entornar los ojos.

La máquina de fax continuaba escupiendo, y él se quejó. ¡Lo que le faltaba, más galimatías cibernético!

Pero después de que Marius Teynard arrancara el fax, se sentó sorprendido. Un hormigueo le recorrió la piel de sus gruesos brazos, hasta las puntas de los dedos. Llevaba mucho tiempo sin experimentar la que una vez fuera una sensación conocida. Como en los viejos tiempos, cuando su cuerpo de policía podía ocuparse de los indeseables de la forma en que debían ser tratados, rápida y permanentemente.

¿Cuánto tiempo había pasado... cinco o seis años desde su último informe? ¿Más? Entonces lo recordó: fue cuando el Muro cayó y los archivos de la Stasi acerca de las bandas Haader-Rofmeim y Action-Réaction salieron a la luz.

Sin embargo, en ese momento comprobó que el terrorista Jules Bourdon continuaba con vida. En África. Tan pancho.

Marius Teynard continuó leyendo, a medida que la máquina de fax expulsaba más hojas.

Cayó en la cuenta de un error: Jules Bourdon había abandonado África... Los informes de los embarques desde el aeropuerto de Dakar se cuadraban una vez por semana.

Teynard deseaba romper en pedazos la máquina de fax de una patada, y saltar

sobre ellos. ¿De qué servía tanta tecnología cuando Jules Bourdon, ese indeseable, podía llevar ya en París una semana?

Lunes, por la noche

Aimée volvió en sí en la ambulancia que estaba aparcada delante del apartamento de Christian Figeac.

—Necesita tratamiento por inhalación de humo y ha sufrido quemaduras en las palmas de las manos —decía junto a ella un hombre bajito y fornido, vestido con un traje azul y con la cabeza rapada al cero.

Ella notó que tenía algo duro sobre la boca y miró a su alrededor, pero tardó un minuto en caer en la cuenta de que se encontraba en una ambulancia, inhalando oxígeno. Aimée observaba, a medida que la bolsa se llenaba y luego se vaciaba, como si estuviera respirando bocanadas de aire. Entonces recordó haber vivido eso antes en el interior de una ambulancia, después de que su padre muriera en el atentado terrorista.

Aimée se arrancó la mascarilla y se agarró con fuerza la garganta, incapaz de coger aire. El *pompier* volvió a colocarle la mascarilla sobre la boca y la nariz y, mediante mímica, le indicó que respirara profundamente varias veces.

—¿Ya ha vuelto en sí? —le preguntó él, amablemente—. Apuesto a que nunca creyó que ser fontanera pudiera resultar tan peligroso, ¿a que no?

Ella bajó la mirada; seguía vestida con el uniforme de Plomberie Delincourt.

Entonces volvió a quitarse la mascarilla.

—Estoy perfectamente —dijo entre jadeos, todavía falta de aliento.

—*Voilà*, relájese —dijo él—. Para disipar el monóxido de carbono, necesita un elevado caudal de oxígeno.

Ella le permitió que le volviera a poner la mascarilla e inhaló con ansiedad.

—Así —dijo él mientras asentía con la cabeza para animarla, hasta que hubo inhalado el oxígeno durante cinco minutos sin detenerse.

—*Ça va?*

Ella hizo un gesto afirmativo y él le quitó la mascarilla. Le dolía la cabeza, y lo último que recordaba era que había recibido un porrazo desde atrás.

—¿Dónde está el portero? —preguntó ella. El *pompier*, que llevaba puesta una placa en la que se podía leer «Hervé Picard», señaló al otro lado del vehículo. El portero, que llevaba un vendaje de mariposa sobre la ceja, la saludó con la mano, mientras masticaba un bocadillo de baguete.

—¿Tiene hambre?

Sentía rigidez en el pecho, pero contestó que sí.

—Tenemos bocadillos de sobra de la cantina —dijo el *pompier*, mientras le entregaba uno envuelto en papel encerado de color blanco—. Pero cómaselo despacio.

—*Merci* —dijo ella. No podía respirar sin notar un gran dolor, pero se sintió

agradecida por tener algo para comer.

—Permanecerán en observación esta noche —dijo él—. Solo por precaución.

—No es necesario —dijo ella, mientras se levantaba apoyándose en el codo. El hombro le ardía de dolor y se estremeció, pero no lo tenía dislocado, sabía reconocer algo así. Era su tatuaje nuevo, que parecía estar en carne viva. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a pasar la noche en el hospital como el portero—. ¿Qué es eso? —preguntó, mientras miraba la cajita de color grafito que tenía en la punta del dedo.

—Este oxímetro de pulso nos indica los niveles de glóbulos rojos —dijo él, mientras comprobaba la lectura de algo similar a una cinta de teleimpresora—. Su nivel de carboxihemoglobina era de un sesenta y cinco por ciento. Ha estado a punto de estirar la pata.

A Aimée se le hizo un nudo en la garganta.

—El incendio solo ha afectado a ese apartamento —dijo él.

—¿Solo a ese? —Ella se sentó con mayor lentitud que antes, envolvió su bocadillo de nuevo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Entonces volvió a sentir rigidez en el pecho.

Sin embargo, había algo que le molestaba aún más, había recibido un golpe desde atrás, y un enorme verdugón que tenía en la cabeza le causaba un punzante dolor.

—Vaya despacio —dijo Hervé—. Puede reclamarle a su sindicato una baja y una indemnización. Le entregaré algunos formularios. Con el tiempo a los pacientes siempre se les olvida.

Ella no quería menospreciar su consejo; sus cálidos ojos azules y su amplia sonrisa parecían sinceros, pero su mayor deseo era entrar corriendo en el edificio para comprobar si había quedado algo.

—*Merci*, pero necesito mi bolsa —dijo ella—. Además tengo que volver a casa.

Hervé le envolvió el brazo con un tensiómetro, insertó un frío estetoscopio en él y comenzó a bombear.

—¿Puede decirme quién es, qué día es hoy, dónde estamos y qué ha ocurrido?

—Me llamo Aimée Leduc, es lunes por la noche, me encuentro en una ambulancia en el Sentier y estaba tratando de arreglar un problema de tuberías en el interior del apartamento.

—A y O parecen correctos —dijo él—. Alerta y *orientée*, pero el capitán quería hablar con usted cuando volviera en sí para ver cómo se sentía.

Ella se encogió de hombros.

—Entretanto, vaya dándome su dirección.

Caramba. Si admitía que estaba tratando de tener acceso al apartamento con una excusa falsa, tendría problemas, y serios.

En el exterior de la ambulancia, oyó que hablaban a gritos. Una de las voces le resultó familiar, y entonces reconoció que se trataba de la de Christian Figeac.

—Por supuesto, pero tengo que hablar con el propietario, es mi amigo.

—*Bien sûr*, pero quitémonos de encima el papeleo —dijo Hervé con una amable

insistencia.

Para cuando Aimée logró salir de la ambulancia, había aceptado una bolsa de hielo para la cabeza, proporcionado su dirección, firmado un formulario de alta y acordado encontrarse con Hervé más tarde para tomar un café. Por desgracia, no tenía intención alguna de cumplir ese compromiso.

Cuando llegó al patio cayó en la cuenta de la ironía: lo habría dado todo por encontrar en el apartamento los documentos relativos a su madre, pero el hacerlo le habría costado la vida.

Unos *pompieri* de paisano pasaron corriendo junto a ella con más mangueras mientras humedecían las paredes en llamas, y otro grupo con hachas los seguía. Christian Figeac permanecía de pie hablando con un hombre en vaqueros que tomaba notas. Se trataba o de un periodista o de un liquidador de seguros.

Con la tez pálida y manchas de hollín en las mejillas y en las manos, Christian parecía trastornado. Llevaba la misma chaqueta plateada de cuero sintético, y su cabello estaba más greñudo y grasiento que antes. Pero ella no podía notar si la estaba reconociendo. Entonces el tipo le entregó a Christian una tarjeta.

—¿Ha sido un incendio provocado? —preguntó Aimée, mientras se unía a ellos.

—*Mademoiselle*, tras la investigación, la brigada de incendios nos lo notificará —dijo el hombre, cerrando su cuaderno de golpe—. Pero no es lo que podemos llamar un incendio típico del Sentier. Póngase en contacto conmigo mañana, *monsieur* Figeac.

Y tras decir eso, se marchó.

—¿Ve? —dijo Christian, dirigiéndose a ella, con los ojos hundidos—. Es una maldición.

—¿Una maldición?

—Como los fantasmas —dijo él.

Los potentes reflectores halógenos montados por los bomberos iluminaban el empapado vestíbulo del edificio. Los *pompieri* corrían de un lado al otro, mientras indicaban a gritos las órdenes y liberaban la presión de las mangueras.

Los fantasmas no provocan incendios.

Ella lo agarró del brazo y lo llevó a un rincón del humedecido y apagado patio, en el que los oscuros charcos reflejaban una luna creciente con forma de uña.

—Contésteme a una cosa, y no le contaré a nadie lo que me responda —le susurró Aimée, mientras tiraba de él hacia ella—. ¿Provocó usted el incendio?

A Christian Figeac no le cambió la expresión.

—¿Cree que me hace falta el dinero?

Ella imaginó que se trataba de una pregunta retórica, y permaneció en silencio.

—Dinero... hay mucho —dijo él, como si estuviera hablando consigo mismo, mientras se retorció las manos, provocando que su reseca piel hiciera un ruido rasposo—. Cuentas que nunca supe que existieran.

No tendría sentido incendiar el lugar para cobrar el seguro, si dispone de dinero.

—¿Qué ha querido decir ese hombre con lo de un incendio típico del Sentier?

—En el negocio de los trapos —dijo Christian—, digamos por ejemplo que un comerciante no puede vender los restos de la última temporada. Incendiar el lugar y cobrar el seguro probablemente también le ofrezca beneficios.

Era evidente que el caso era diferente, pero ¿quién podría haber sido el responsable?

—¿Podría haber provocado el incendio Idrissa?

—¿Idrissa? Tiene miedo a los espíritus, ya se lo he dicho. —Entonces se soltó del brazo de Aimée. Sus enormes ojos reflejaban su miedo.

—La he conocido —dijo Aimée—. Ha admitido que había trabajado para su padre, pero estaba ocultando algo.

Christian Figeac, vestido con su fina chaqueta y con las mangas empapadas, temblaba bajo la escasa luz de la luna. Lo más seguro es que acabara de salir de la comisaría para llegar y encontrarse con el apartamento de su padre en llamas.

Aimée sintió lástima por él. Después de que su madre se marchara, el padre de Aimée había hecho todo lo posible por compensar su ausencia, al igual que habían hecho sus abuelos, pero ¿habría hecho lo mismo Romain Figeac por Christian?

—Tengo un sofá de sobra —dijo ella—. Y está invitado a dormir en él.

Él parpadeó y agitó la cabeza como si estuviera volviendo en sí.

—¿Qué uniforme lleva puesto... uno de fontanero?

—Traté de colarme en su apartamento para buscar esa pared falsa en la que estaban escondidas las cintas —dijo ella—. ¿Hay más?

—Probablemente en el banco —respondió.

—Lo primero que tiene que hacer mañana es ir a por ellas. Mire, esto tiene que ver con su padre. Tenemos que hablar.

Él la siguió hasta el exterior del patio.

Bordearon la ambulancia y pasaron junto a los vehículos aparcados de los bomberos. En la *rue Réaumur*, ella levantó la mano para detener a un taxi.

—No, cogeremos mi coche —dijo él, señalando hacia un Jaguar XKE de color aceituna, abollado y con la pintura arañada. En definitiva, una joya maltratada.

Christian Figeac se dejó caer en el asiento tapizado en cuero y encendió el motor.

—¿De qué tenemos que hablar?

Parecía más calmado, y ella tenía la esperanza de poder arreglárselas para soltarle lo que le tenía que decir. Los viandantes de las últimas horas de la noche cruzaban por delante de ellos, pálidos y desprevenidos, como ciervos asustados, al ser sorprendidos por los faros del Jaguar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Christian.

—A la isla de Saint Louis, *quai d'Anjou* —dijo ella—. Mi apartamento.

Él aceleró y se dirigió hacia el *boulevard* de Sébastopol.

Ella no sabía de qué otra forma podía decirlo.

—Siento decirle esto, pero su padre recibió el disparo de un arma de gran calibre,

y no de la que me dijo que había empleado.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó él sorprendido.

—Por los residuos de la pared. Existe una incoherencia con... —Permaneció dubitativa—. Un arma de calibre 25 tiene un buen retroceso, pero no desintegra. Ayer llevé al laboratorio una muestra extraída de la pared. —Por suerte, había seguido su instinto, ya que todo se había esfumado. Y de repente, cayó en la cuenta—. ¿Sabe qué?, eso era lo que el asesino quería... hacer desaparecer todas las pruebas.

Él redujo la velocidad.

—¿Asesino... por qué? —preguntó.

—Eso debe decírmelo usted —dijo ella—. ¿Tenía su padre enemigos, alguien que no...?

Su frase se perdió en un estruendo de bocinazos. Christian pisó el acelerador y tomó la curva hacia la *rue* de Palestro. El Jaguar respondía, avanzando con un rugido de motor por la angosta calle medieval.

—Pero dejó una nota en la que explicaba el motivo del suicidio —dijo Christian—. ¿Cómo iba a ser asesinado?

—Trate de recordar el momento en el que lo encontró y dígame lo que vio.

Christian se encogió de hombros.

—Estaba oscuro, y mi padre se encontraba desplomado sobre el escritorio... de la misma forma que cuando había estado bebiendo.

—Lo siento —dijo ella—, pero en realidad fue asesinado.

—Para mi padre, escribir era lo más importante de su vida —dijo él—. Todo lo demás estaba por debajo.

—Usted mismo lo está demostrando —dijo ella—. Él nunca se habría suicidado.

Recorrieron a toda velocidad las calles vacías del Sentier. Los oscuros edificios incrustados de mugre e iluminados por las farolas globulares se alzaban por encima de ellos. Los callejones y los pasadizos se intercalaban como los vasos capilares de un centro neurálgico, calcificados por las antiguas posadas.

—Christian, si puedo llamarte así, en el caso de un suicidio, el arma normalmente permanece en el lugar. La de calibre 25... —Ella se detuvo, tratando de decirlo con mucho tacto.

—No presté demasiada atención, pero era la suya —dijo él—. Los *flics* se la llevaron.

—Ve al despacho del juez de instrucción y pregunta dónde está —dijo ella—. El juez está elaborando un informe y abrirán una investigación.

—*Non* —gritó él—. Mi padre está muerto. Ya me harté de esos informes después del suicidio de mi madre. Imprimieron unas fotos horribles, las de sus restos mortales en el interior del coche. Lo único que harán será acosarme y remover la mierda del pasado.

—Sé que te resulta doloroso, y lo siento —dijo ella. Por supuesto, tenía razón y era una situación muy triste, pero Aimée lo reflexionó, y eso no cambiaba el hecho de

que su padre había sido asesinado.

Aimée hubiera deseado que su asiento tuviera cinturón de seguridad, porque Christian Figeac parecía estar dispuesto a cruzar París en diez minutos.

—¿Por qué el pasado no me deja en paz? —dijo él, antes de atusarse el pelo hacia atrás con sus dedos regordetes, cuyas uñas estaban completamente mordidas.

—¿No te das cuenta? —le preguntó ella—. Alguien ha asesinado a tu padre, y ahora van a por ti.

Él pisó los frenos con un chirrido en el muelle frente al apartamento de Aimée, y el coche se detuvo bruscamente.

—Pero... pensé que era por mi culpa. —Se desplomó sobre el volante de madera y dio un golpe al salpicadero de cuero.

—Christian, ¿por qué pensaste que era culpa tuya?

—Porque siempre estuve por debajo de la media y nunca cumplí sus expectativas... —dijo entre dientes, antes de que su rostro se ensombreciera.

Durante toda su vida había estado sufriendo por crecer a la sombra de unos padres prominentes; un padre y una madre de renombre, y una serie de tragedias públicas. Resultaba triste pensar en el daño psicológico que había sufrido.

—Tú no lo asesinaste, lo hizo otra persona —dijo ella, antes de contarle cómo había aparecido Jutta Hald en su vida—. Por eso me puse en contacto contigo. Trata de recordar —dijo ella—. ¿Es probable que ella te visitara?

Él negó con la cabeza.

Una vez más, se colocó con los dedos su grasiento y mugriento cabello detrás de las orejas. Era como si se hubiera vuelto insensible, como si se negara a afrontar lo que ella le estaba diciendo. ¿A quién le agradaría saber que habían asesinado a su padre?

A ella no, desde luego.

Aimée salió del coche y cerró la abollada puerta de golpe, pero permaneció sobre los adoquines, incapaz de moverse. Necesitaba que él la comprendiera.

—¿Qué habría pasado si hubieras estado en el apartamento cuando se incendió? Tienes que caer en la cuenta de que corres peligro, y yo también. Alguien derribó al portero y me golpeó por detrás.

Ella se dio la vuelta para que viera bajo la luz del muelle el doloroso verdugón que tenía en la cabeza.

En ese momento, él parecía asustado y perdido.

—¿Y qué puedo hacer yo? —Christian negó con la cabeza—. Incluso en el caso de que tengas razón, todo se ha esfumado.

Eso era cierto.

—Me has dicho que guardaba cosas en el banco o en su editorial —dijo ella—. Idrissa transcribía el trabajo de tu padre, necesito volver a hablar con ella, quizás aún podamos encontrar algo.

—Adelante, ella no hablará conmigo.

—¿Cuál es su número?

—01 75 98 72 02.

Ella sacó lo primero que encontró en su bolso, un perfilador de labios, y se apuntó el número en el dorso de la mano.

—Me pediste que te ayudara, ¿te acuerdas? —dijo ella—. Pues yo en tu lugar tendría miedo.

—¿Acaso he dicho que no lo tenga? —preguntó él—. Muy bien, señorita detective, ¿crees que averiguarás quién asesinó a mi padre?

Ella asintió con la cabeza; y también daría con el asesino de Jutta.

Él le expidió otro cheque, y se lo sacó por la ventana.

Sorprendida, ella permaneció mirándolo.

—¿No es suficiente? —gritó él, mientras lo volvía a coger para añadir más ceros.

—¿Crees que derrochando dinero vas a solucionar el problema? —René la mataría si no lo aceptaba.

Así que lo cogió. El préstamo de Michel no había sido suficiente para cubrir todos los gastos.

Un cuervo pasó volando, descendió en picado y se posó en el muro del muelle. Su oscura silueta se recortó contra el iluminado Sena.

—Echemos un vistazo a las cosas que guardaba tu padre en el banco —dijo ella—. El rastro de mi madre me ha llevado hasta tu padre.

—Siempre hablando de tu madre —dijo él—. Yo apenas conocí a la mía.

—Igual que yo, además la mía era también americana.

Christian apartó la mirada. Giró la llave y arrancó el coche.

—Me quedaré con Etienne —dijo él con brusquedad—. Encontrémonos mañana a las dos en el Crédit Industriel et Commercial de la place des Victoires. —Y tras decir eso, se alejó con un bramido del motor a través del oscuro muelle.

Sorprendida por sus continuos cambios de humor, Aimée subió las escaleras. Miles Davis la olfateó con su húmedo hocico al entrar al apartamento. Ella sacó lo que le había quedado del bocadillo que Hervé, el bombero, le había dado y lo puso en el cuenco del perro, en el suelo de la cocina. Entonces recorrió a trompicones el vestíbulo que conducía a su dormitorio y se dejó caer sobre su edredón de plumas.

Horas más tarde, se despertó con el rostro mojado y vestida aún con el uniforme de fontanera cubierto de hollín. El reloj de baquelita de los años treinta de su mesilla mostraba números borrosos en color verde; se frotó los ojos.

Eran las tres y cuatro minutos de la madrugada.

De repente, se acordó de que todo se había esfumado.

Y entonces cayó en la cuenta de que había estado llorando en sueños, algo que llevaba años sin hacer. Su almohada estaba humedecida por las lágrimas.

Más tarde, le vinieron a la memoria los fragmentos de un antiguo sueño... en el que iba corriendo, tratando de entregarle algo a su madre. Jugaban al «pilla pilla», como siempre, pero su madre estaba tan lejos... tan distante, que Aimée solo podía

ver cómo su manga se agitaba en el viento, para después desaparecer.

¿Por qué su madre los había abandonado?

Aimée sabía la respuesta. En lo más profundo de su ser, sabía que había supuesto una carga para su madre. Entonces recordó sus iracundas miradas, y cómo había clavado su pincel en el tarro de mermelada lleno de aguarrás turbio, indignada por la conferencia anual de sus profesores. «¡Amy, esos loros institucionales no te enseñan a expresarte con creatividad!». Aimée se había sentido confusa. ¿Quería eso decir que ella era aburrida y lenta o que lo era su profesora? ¿O las dos? De lo único que estaba segura era de no haber estado a la altura de las exigencias de su madre, lo mismo que sentía Christian.

Su estricta profesora era justa, a pesar de su gracioso y pequeño moño y la grave curvatura de su columna. «Escoliosis», lo llamaba su padre, y su madre añadía: «Nunca te fijes en las deformidades de las personas, míralas a los ojos».

El dolor la quemaba por dentro, de la misma forma que cuando tenía ocho años. Se quitó los pantalones y la camisa, y los tiró al suelo de una patada; entonces se puso cómoda con una vieja camisa de su padre, suave y desgastada.

Levantó la mirada hacia la lechosa lámpara de araña, a la que le faltaban numerosos cristallitos, la cual colgaba del techo, que tenía incrustaciones ovaladas de yesería. Un repentino destello de luz de las barcas nocturnas que pasaban por el río se reflejó en los cristales. Junto a ella, Miles Davis se revolvía en su sueño y la acariciaba con el hocico. Por la ventana, entraba la aromática y fría brisa del Sena.

Era incapaz de conciliar el sueño, para lo que solo había un remedio.

Se sentó en la cama, cogió su ordenador portátil y entró en Internet. Entonces comenzó una búsqueda más profunda que la que había llevado a cabo la noche anterior, y encontró más páginas acerca de la banda Haader-Rofmein. Habían existido hasta 1992, año en el que algunos de sus miembros de primera generación se entregaron. Había incluso un grupo musical homónimo, cuyo nombre había sido elegido en honor a la banda, el cual logró una enorme popularidad con el tema *Mi abuelo era un nazi y mi y adre un rojo, ¡Dios mío!*

Debido a que Alemania llevó a cabo el proceso de *desnazificación*, y la integración de un estado comunista en menos de dos generaciones, los antecedentes y la identidad de Haader-Rofmein adquirieron unas complejas implicaciones.

Cayó en la cuenta de que los terroristas simbolizaban otra época en la que los jóvenes se rebelaban en contra del conformismo de la posguerra y aborrecían a su gobierno, el cual estaba plagado de los antiguos nazis, además de los industriales y financieros que habían sido miembros del Wehrmacht.

Ellos tomaron acciones políticas violentas, deseaban derrocar lo que los aliados habían creado: una Alemania dividida entre el comunismo y un enérgico capitalismo.

Encontró los antiguos pósteres de los buscados por la Interpol. En Europa, eran muchos los fugitivos que habían huido.

Haader-Rofmein había secuestrado a un adinerado industrial francés, Paul

Laborde, cerca de la frontera alemana, quien había muerto a consecuencia de las heridas sufridas durante un tiroteo. Después de eso, los miembros de la banda escaparon o fueron encarcelados.

Aimée escudriñó las fotografías: radicales en un atraco a un banco captados por la cámara de seguridad, casas bombardeadas, coches BMW plagados de orificios de bala volcados en la autopista, siluetas que eran cacheadas por la policía con gafas oscuras y las manos en alto, celdas manchadas de sangre en las que los escuálidos líderes de la DEJ yacían muertos sobre el cemento con los ojos abiertos.

Ninguno de ellos se parecía a su madre, y una sensación de alivio le recorrió todo el cuerpo.

Encontró la banda Action-Réaction, que se proclamaba como el homólogo francés de la lucha alemana.

Aparte de eslóganes que incitaban a sus miembros a comerse al Estado y unirse a la lucha de clases, Action-Réaction se jactaba de que sus ideas revolucionarias estaban en consonancia con la revolución francesa de 1789, con tintes de maoísmo y anarquismo.

Buscó su sede o alguna dirección, pero aparte de un artículo acerca de los derechos de los trabajadores de los talleres clandestinos del Sentier y una dirección de una oficina de información en el número 7 de la *rue* Beauregard, no había nada más, y por fin cayó dormida.

Martes, por la mañana

Tienes que ser responsable, se dijo Aimée a sí misma al despertar. Tenía que actuar de una forma más responsable, sin permitir que la obsesión se apoderara de ella.

Llamó por teléfono a Action-Réaction, pero saltó un contestador automático y dejó un mensaje, utilizando el nombre de Marie y diciendo que quería concertar una cita lo antes posible.

Después de sacar de paseo a Miles Davis por el muelle, lo llevó a la peluquería canina, pues le hacía mucha falta un corte de pelo, y luego se pasó por la *charcuterie* para comprarle su *steak tartar* preferido. Para las once, ya había terminado las pruebas de la barrera de control de accesos de seguridad de Media 9, y se las había enviado por correo electrónico a René.

Había llegado la hora de visitar a la persona que conocía la obra de Romain Figeac más que su propio hijo: Alain Vigot, su editor.

Después de bajar las escaleras de mármol de su apartamento, empujó la abollada Vespa que René le había prestado por las baldosas con motivos de *losanges*, ya que le habían robado el ciclomotor el año anterior. A medida que conducía a través del desierto *pont* Marie, un leve brillo se reflejaba desde el Sena en ausencia de la bruma provocada por la contaminación, y cayó en la cuenta de que la mayoría de los parisinos habían comenzado sus vacaciones anuales.

En la margen izquierda del Sena, Aimée colocó la Vespa en el aparcamiento para ciclomotores situado frente a Tallimard Presse. Lo que una vez fuera un claustro, ese edificio de piedra medieval con ornamentos de estilo barroco e imperial, continuaba proyectando un aura que invitaba a la meditación.

—Alain Vigot, por favor —dijo Aimée a la recepcionista de mediana edad.

—Se encuentra en una conferencia —le respondió ella tras consultar una agenda.

Una luz amarillenta entraba en forma de espiral por las ventanas en forma de cúpula, difuminando las fotografías enmarcadas de los autores de Tallimard e iluminando los huecos arqueados de la gruesa pared. El pequeño vestíbulo de la recepción se encontraba repleto de mensajeros entregando paquetes y secretarías que salían a almorzar.

—Esperaré.

La recepcionista se bajó las gafas de montura de carey.

—Será mejor que concierte una cita.

—*D'accord* —respondió Aimée—. ¿Podría ser esta misma tarde?

—No hay ningún hueco hasta... déjeme ver, hasta después de que vuelva de Milán... —Ella levantó la mirada.

—Laure, esto es para *monsieur* Vigot.

Una joven vestida con una minifalda gris y una casaca tiró un archivador sobre el

escritorio de la recepcionista y cogió un gran sobre en el que aparecía escrito: «Alain Vigot, *éditeur de fiction*».

—Laure, ¿cuándo regresa *monsieur* Vigot de Milán?

—A finales de septiembre —contestó Laure, mientras se dirigía hacia la puerta, con una prisa evidente.

—¿Existe alguna forma de que me pueda hacer un huequito para hoy? —Aimée le entregó a Laure una tarjeta de visita.

—*Monsieur* Vigot se encuentra en un almuerzo de trabajo.

—Christian Figeac me ha pedido que hable con él.

—Le entregaré su tarjeta —dijo Laure, apretando los labios.

—*Merci*, es importante.

—Ya le he dicho que se la entregaré.

No era una gran garantía, pensó Aimée.

Aimée salió del edificio y esperó en la entrada de Tallimard hasta que Laure apareció, entonces la siguió, a cierta distancia, a lo largo de dos manzanas, hasta llegar a la Brasserie Lipp de Saint Germain des Prés. Laure saludó con la cabeza a varios tipos de la editorial, que bebían y fumaban en las mesas de la acera. Las personas de moda, que deseaban ver y ser vistas, se acicalaban debajo del toldo.

A Aimée le sorprendió que Laure continuara caminando varias manzanas por Saint Germain hasta llegar a un pasadizo cubierto, cour du Commerce Saint-André, y luego girara a la izquierda. ¿No almorzaba Alain Vigot con las personalidades de moda del sector editorial francés?

Laure entró en un pequeño café situado en medio del pasadizo con techo de cristal, junto a una *crêperie*. A Aimée se le hizo la boca agua al oler las *crêpes* de Nutella, sus preferidas, ya que esa mañana solo había tomado una *brioche* con el café.

Aimée se escondió en un *tabac* situado enfrente, hojeó una copia de *L'Événement* y se preparó para una larga espera. Las fachadas de madera pintada de las tiendas mostraban el aburguesamiento del pasadizo, y entonces apareció Laure con las manos vacías, escasos minutos después.

Aimée permaneció dubitativa y luego abrió la puerta del café. Las cortinas con encajes de la puerta se balancearon y las campanillas que colgaban tintinearón. Algunas cabezas, todas ellas masculinas, levantaron la mirada de la barra de cinc.

La clientela se encontraba de pie, tomando copas, mientras veían una carrera de motos en la televisión. Las revoluciones de los motores y los gritos de los comentaristas, elevados ya a frenéticos chillidos, inundaban el aire.

La única mesa ocupada era una redonda que estaba situada en la parte trasera del oscuro café, en la que un hombre de cabello fino y gafas redondas de montura negra se encontraba sentado leyendo, ajeno a los ruidos. Una chaqueta de lino blanca colgaba del respaldo de su silla, y llevaba la camisa desabrochada. Los puños de su camisa estaban manchados de tinta azul, y tenía en la mano una gran *bière* y una copia de *Le Figaro*.

Ella observó para ver si estaba esperando a alguien, pero solo había un juego de cubiertos, una cesta de pan y un cenicero muy lleno.

Al parecer, tenía su propia versión de lo que era un almuerzo de trabajo.

—¿*Monsieur Vigot*? —preguntó ella.

Sus ojos, tras las gafas redondas, parecían pequeños y cansados.

—*Oui* —afirmó con un seco movimiento de cabeza—. ¿Quién es usted?

—Aimée Leduc. Le pido disculpas por interrumpir su almuerzo.

Él no dijo nada.

—¿Puedo robarle algunos minutos de su tiempo?

—¿De qué se trata? —Él levantó la mirada, se inclinó hacia atrás y cruzó las piernas.

—De Romain Figeac.

—No concedo entrevistas acerca de *monsieur Figeac* —dijo Vigot—. Ya lo he dejado claro...

—Lo entiendo, pero soy detective —dijo ella—. Christian Figeac me ha contratado.

Quizás ahora Vigot la escuchara.

—¿Por qué? —se interesó, mientras cogía su vaso. En esta ocasión la observó con mayor detenimiento.

—¿Podría sentarme, por favor? —preguntó la joven con una amplia sonrisa—. Quizás pueda ayudarme, no acabo de comprender a Christian.

El rostro de Vigot dejó ver una expresión de regocijo.

—Tómese una *bière brûlée* conmigo. Le garantizó que eso la ayudará. —Hizo señas al camarero, el cual llevaba un datáfono portátil metido en la cinturilla—. *Encore... deux bières brûlées*.

El camarero asintió con la cabeza.

Aimée tomó asiento, y colocó el cuenco de mostaza y la cesta de pan a un lado. No le gustó la forma en que los ojos de Vigot recorrieron sus piernas.

Casi de inmediato, llegaron los vasos de *bière flameada*, en los que todavía quedaba bastante alcohol.

—*Santé* —dijo Vigot, al tiempo que brindaba.

Unos gases afrutados y un ácido lúpulo recorrieron su garganta a gran velocidad. Si las bebidas emplearan señales luminosas, imaginó que la de esta serían destellos de color fucsia.

—¿Sigue Christian desvariando acerca de los fantasmas? —le preguntó Vigot.

Aimée lo observó mientras daba un trago. Parecía relajado y su mirada era tranquila, no vidriosa. Lo que sí le ocurriría a ella si seguía bebiendo de esa cerveza.

—*Monsieur Vigot*, ¿en qué estaba trabajando Romain Figeac cuando murió?

Las hinchadas y blancas manos de Alain Vigot permanecieron firmes en su vaso.

—¿Continúa Christian con eso en mente?

—En realidad, *monsieur* —dijo ella—, se trata de algo personal.

Si a Vigot le sorprendió su respuesta, no lo dejó ver.

—Se conocían desde hace mucho tiempo, ¿no es así?

—Cuarenta años de amistad, y una relación laboral —dijo Vigot, mientras daba un gran trago—. Con nuestros buenos y malos momentos.

Aimée recorrió con el dedo la condensación de su vaso.

—La prosa de Figeac era suave como el terciopelo, como la piel de un bebé, pero su mente era más mordaz que una sierra de arco. En literatura lo denominamos el sello distintivo de una mente civilizada.

—¿Y qué puede decirme de sus últimos días?

—*Mademoiselle* Leduc —dijo él—. Siento decirle esto, pero llevaba años sin escribir. Estaba en dique seco.

Ella no lo creyó, ni le gustó su condescendencia. Los voceríos de la barra iban en aumento, y una densa nube de humo reinaba sobre las mesas.

—Christian me ha dicho que había vuelto a escribir —dijo ella—. Frenéticamente, como si estuviera poseído.

Vigot negó con la cabeza.

—Yo lo único que vi fue a un viejo asustado. —Él suspiró—. Debería haberle prestado más atención, haberme dado cuenta antes.

—Pero usted era su amigo.

—¡Un buen amigo! —Los ojos de Vigot se iluminaron—. Me he responsabilizado de él durante años. —Frunció el ceño—. He recopilado antologías y reeditado obras para que no se olvidaran de él. Esa *pute* americana... ella lo mató en vida.

¿Se estará refiriendo a la madre de Christian, la actriz?

—Pero ella se suicidó hace diez años —dijo Aimée.

—Él nunca superó su pérdida —dijo él—. Jamás volvió a escribir como antes. Algo en su interior había muerto.

Aimée hubiera preferido no estar en ese oscuro bar plagado de forofos del deporte con ese hombre de aspecto triste.

—¿Por qué no almuerza en la Brasserie Lipp?

Él esbozó una sonrisa burlona.

—¿Con esas sofisticadas personalidades del mundo literario? —Él volvió a mirarle las piernas, dio otro trago y apuró el vaso—. Romain y yo teníamos reservada una mesa dentro; estuvimos almorzando allí durante años. Me molesta ir allí.

Hizo de nuevo un gesto con la cabeza al camarero y señaló su vaso.

Entonces se giró hacia ella con una leve sonrisa.

—Y ahora, si me disculpa...

—Pero no le he dicho por qué he venido aquí —dijo ella.

—Dígamelo, entonces.

—El apartamento de Figeac sufrió un incendio anoche —le informó ella.

Vigot entrecerró los ojos.

—¿Christian se encuentra bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Estoy segura de que, aparte de otros radicales de izquierdas con los que mantenía amistad, Romain Figeac conocía a mi madre. Por eso me interesa personalmente, quiero encontrarla, o al menos saber algo de ella.

—No me diga que el viejo estilo radical se ha vuelto a poner de moda.

—Como amigo y editor de Figeac, mantenía con él una relación muy estrecha —dijo ella—. Hace años, estuvo involucrado con la banda Action-Réaction, ¿no es así? —Ella no esperó a que le contestara—. ¿Dónde están las cintas y las cajas con sus obras?

Vigot retrocedió como si Aimée le hubiera dado una bofetada.

—Eso no es asunto suyo.

—Todo pertenece a Christian Figeac en su calidad de ejecutor literario —dijo ella.

—No meta a Christian en esto.

—No me está siendo de gran ayuda. —Ella negó con la cabeza.

—Es por el bien de Christian —dijo Vigot.

—El nombre de mi madre era Sydney Leduc, y era americana.

—Lo dice como si tuviera que sonarme de algo.

—No me irá hasta que me explique esto. —Cogió la hoja que había birlado del escritorio de Figeac en su primera visita no oficial al *atelier*, la que estaba metida debajo de la máquina de escribir con el logotipo de Tallimard, el nombre de Alain Vigot en la parte superior, los símbolos tipográficos y «agit888» escritos en ella, y se lo puso delante.

Vigot la analizaba y parecía estar sopesando sus posibilidades.

—No sé gran cosa. Había una americana que hablaba perfectamente francés y alemán, pero no me acuerdo de su nombre —dijo él—. Ella ayudó a Jean-Paul Sartre a entrevistar a Haader en la prisión, porque él no hablaba francés.

Aimée se volvió a sentar, falta de aliento.

—¡Es probable que la traductora fuera mi madre!

—No estoy seguro. —Vigot se encogió de hombros—. Algunos de ellos utilizaban seudónimos, pero estuvo un día en el apartamento de Romain. Romain quería publicar la entrevista de Sartre en una revista de izquierdas que estaba creando, pero todo quedó en agua de borrajas y la revista nunca cuajó.

—Cuénteme más cosas de esa americana. —Ella se inclinó para acercarse más a él.

—Me está preguntando algo que ocurrió una tarde de hace más de veinte años y por una mujer de la que solo guardo un vago recuerdo. —Él se alejó.

—Sin embargo, se acuerda de que era americana. —Ella le concedió algo de tiempo, temerosa de parecer demasiado desesperada.

—El motivo por el que me acuerdo es que, justo después de eso, Ulrike Rofmein ayudó a Haader a escapar de la cárcel, y no fueron capturados hasta años más tarde.

—Él se había vuelto a relajar.

—¿Por qué Figeac escribió las letras «agit888»?

Vigot negó con la cabeza.

—Eso es todo lo que sé. Romain siempre decía que si hubiera publicado el artículo, la revista habría visto la luz.

—¿Qué pasó con el artículo?

—Sartre lo publicó, para lo que le hizo falta valor, teniendo en cuenta el clima político de la época. Tenía cara de sapo, ¿sabía eso? «No creáis que soy cruel», decía el mismo Sartre —comentó Vigot—. Deje a Christian en paz, ha atravesado un momento muy difícil. —Vigot le hizo un gesto al camarero para que le sirviera otra cerveza y se levantó—. Me voy al aseo y, cuando vuelva, usted se habrá marchado, ¿de acuerdo?

Él caminaba con paso vacilante, al pasar junto a la mesa, entonces se giró y la miró, con unos ojos desenfocados y muy cansados.

—Déjeme solo, me gusta emborracharme en paz.

Ella abandonó el café y a los tipos de la barra que, a coro, la invitaban a unirse a ellos para beber más *bière brûlée*. ¿Qué implicaría que su madre hubiera ayudado a traducir una entrevista a Haader? Sin embargo, tenía la sensación de que Vigot no se lo había contado todo, además, existían cajas con el trabajo de Figeac que continuaban sin aparecer.

Todavía desconcertada, atravesó a toda prisa el *boulevard* Saint Germain. De vuelta a Tallimard, pisó el pedal de arranque del escúter y aceleró el motor. Ella había contado con que Vigot le aclarara la conexión entre Figeac y su madre.

Sin embargo, pensaba que él sabía más de lo que decía.

Llamó a René con su teléfono móvil.

—*Allô?* —Oyó de fondo cómo los dedos de René pulsaban el teclado y luego un leve e insistente zumbido.

—Etienne Mabry quiere que lo llames.

Ella sintió un ligero escalofrío de emoción, que más tarde desapareció. Era evidente que sería a propósito de Christian Figeac.

Aimée sujetaba el teléfono entre la oreja y el cuello, a medida que recorría el *pont* Royal. La brisa del Sena le levantó la falda e hizo dispersarse a las palomas que estaban posadas en la enorme letra que había sido colocada en el puente por orden de Napoleón.

—Necesita tu ayuda para... —leves interferencias, clics— antes de que nos vayamos.

Había algo extraño. La línea telefónica estaba pinchada.

—Espérame, René, llegaré pronto. —Aimée colgó.

El despacho estaba a cinco minutos de distancia, pero ella no quería contarle ni a

René ni a los que estaban escuchándola que se iba a reunir con Christian en el banco. Más tarde, se guardó el teléfono en el bolsillo.

Recorrió a toda velocidad el *quai* des Tulleries, giró hacia la izquierda bajo los soportales del Louvre y cambió de dirección en la rotonda de Carousel pasada la Pirámide.

Le molestaba que le hubieran pinchado el teléfono, y mucho.

Aimée pisó los frenos antes de que el autobús 39 se abriera paso por los estrechos arcos oscurecidos por la mugre para cruzar la *rue* de Rivoli, prácticamente pegada al pórtico de la entrada del Louvre. Inhaló una buena cantidad de los gases de su tubo de escape.

Martes, por la tarde

Alain Vigot abrió con llave la puerta de su despacho y colocó su petaca plateada sobre el pulido escritorio de madera de cerezo, pero la levantó rápidamente al comprobar que esta había dejado una mancha ovalada del *whisky* escocés derramado y la limpió con la manga.

Junto a la ventana que daba al patio de la editorial cercana a Saint Germain, sobrecubiertas de libros enmarcados cubrían la pared de Vigot. En un lugar de honor, se encontraba la fotografía de Figeac recibiendo el Prix Goncourt. Figeac, ajeno a su propio talento, lo había subestimado.

Sin embargo, para Alain, en calidad de su editor, había sido un triunfo total ver cómo el escritor (al que había descubierto y cultivado, cuidado durante sus borracheras, con quien había vivido el nacimiento de su hijo, sus desastrosas opciones políticas, el fracaso de su matrimonio y su amargo divorcio) recibía tales honores.

Entonces dirigió su mirada a la caja en la que se encontraba la obra de Romain Figeac, la cual contenía manuscritos sin acabar y fotos manoseadas y arrugadas de los banquetes de Tallimard celebrados en su honor, de los cuales el último había sido memorable.

Jana, la estrella de cine y esposa de Figeac, la que una vez fuera la niña mimada de Godard y del cine de la nueva ola francesa, aparecía junto a su séquito de radicales.

Jana había pasado de ser la musa del escritor a orquestar su ruina, así como la suya propia.

Se sentía aburrida y nerviosa cuando no estaba trabajando. Jana trataba a su hijo como a un cachorro sin adiestrar, eso cuando se acordaba de que existía. Su estilo de vida plagado de excesos, cocaína y champán había pasado factura a su aspecto, aunque continuaba siendo una mujer seductora que volvía loco a Figeac, quien estaba absolutamente enamorado de ella. El aborto espontáneo y su suicidio cinco años después, en el día de su macabro aniversario, habían provocado que el hombre dejara de escribir, según tenía entendido.

Alain reconocía que había tenido celos de ella... esa zorra egocéntrica. Figeac incluso había depositado en el banco la pasta de su amante terrorista, por ella; la pasta del supuesto padre del hijo que él siempre había reclamado como suyo.

Con anterioridad, ese mismo día, Alain había presentado su dimisión a Tallimard. Sabía que había llegado la hora de retirarse del mundo editorial, el cual estaba siendo transformado por los libros electrónicos y las publicaciones por encargo. ¿Quién sabía qué más podrían inventar? Ya no era el mundo de Figeac ni el suyo... el resultado final era lo que valía. Eso no era ni saber ni literatura. ¿Quién seguía

utilizando pluma y tinta para escribir?

Se encargaría personalmente de quemar el contenido de la caja, a fin de lograr que Figeac fuera recordado como el gran escritor que una vez fue, y no como el alcohólico escritor de poca monta que había llegado a obsesionarse con el amante terrorista de su esposa, pero primero leería el contenido del sobre de papel Manila que Figeac le había enviado antes de suicidarse.

Martes, por la tarde

René levantó la mirada cuando Aimée entró en el despacho.

—Christian Figeac ha cancelado la cita —dijo él.

Decepcionada, se dirigió a su escritorio. Christian le había entregado cheques por valor de altas sumas de dinero, pero no cumplía lo que habían acordado. ¿Tendría más problemas?

René llevaba puestos unos auriculares, mientras trabajaba en su terminal, y señaló el teléfono del escritorio de Aimée. La luz roja parpadeaba, y ella lo cogió.

—*Oui?* —dijo ella.

—Las horas de visita del centro penitenciario de Fresnes comienzan a las dos de la tarde —dijo Morbier—. Te he concertado una cita con la prisionera número 3978 para hoy.

Aimée miró su reloj.

—Pero son...

—Haz lo que quieras —la interrumpió Morbier—, pero van a trasladarla y mi contacto se jubila mañana.

—Vuélveme a dar los números —le pidió ella, antes de coger un bolígrafo y escribírselos en la palma de la mano.

—Me voy con Marc —dijo él—. Nos vamos a Bretaña *en vacances*.

—*Merci* —dijo ella, pero Morbier ya había colgado.

Inquieta, miró a René por encima de los documentos que tenía sobre su escritorio.

—El zumbido del teléfono me preocupa, René.

—Quizás haya llegado la hora de comprobar si hay micrófonos ocultos, de los inalámbricos —dijo él, al tiempo que dejaba de teclear—. Me llaman el exterminador.

Ella cogió su chaqueta, se la probó y luego la lanzó a la silla.

René entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos rayas verdes.

—¿Tienes algún problema?

—¿Cómo se viste uno para ir a la cárcel?

—Depende del tiempo que vayas a quedarte —dijo René—. Si es poco, el lino está bien, pero si es para una temporada más larga, entonces un mono a rayas, ¿por qué?

—Voy a visitar a la antigua compañera de celda de Jutta Hald —dijo ella, mientras examinaba los faxes—. Luego me quito esto de encima.

René señaló hacia la chaqueta de lino de Aimée.

—¿Me estás diciendo que dejamos lo del *sushi* para más tarde?

—*Désolé!* —Ella se golpeó la mejilla. A veces se olvidaba de que tenía que comer, o de que el resto de las personas también tenían que hacerlo.

—Toma el cheque que me ha dado Christian por valor de cincuenta mil francos

—dijo ella—. Debería bastarnos para salir del apuro.

René comenzó a silbar.

Ese dinero lo tranquilizaría y serviría para pagar algunas facturas.

—No te olvides de ingresarlo.

—Supongo que me estarás eternamente agradecida —dijo René, mientras se quitaba los auriculares.

—Y te invitaré a *sushi* todas las semanas.

Aimée se subió a la línea de color rosa oscuro del *métro* en dirección a Porte d'Orleans. No había tenido tiempo de preguntarle a Morbier quién era esa prisionera ni por qué estaba allí.

Cogió la salida del lado *péripherique* y encontró el autobús número 187, el único transporte público que había para llegar al centro penitenciario de Fresnes.

La mayoría de los pasajeros del autobús eran de ascendencia africana o árabe, y mujeres. Una anciana francesa, demacrada y con los ojos empañados de lágrimas, golpeó las puertas plegables del autobús, a medida que se cerraban y, encogiéndose de hombros, el conductor la dejó subir. Las mujeres llevaban bebés y bolsas con la colada de los prisioneros, y trataban de colocar los carritos plegables.

El trayecto serpenteaba junto a casas de una sola planta intercaladas con viviendas baratas, todas ellas sosas y uniformadas. La cercanía de París para ir al trabajo era la única ventaja que Aimée pudo encontrar.

Por el camino se preguntaba por qué su madre había llegado a enamorarse de la causa de los radicales y se había unido a ellos. ¿Llevaría huyendo todos esos años? Ella se estremeció, al preguntarse si su madre habría participado en atentados con bombas y si habría asesinado a gente inocente.

Por fin apareció Fresnes. La mugrienta estructura de ladrillo con un siglo de antigüedad intimidaba, y se encontraba encerrada entre múltiples muros. Cuando bajó del autobús, los pájaros gorjeaban en los setos y las hojas de las tomateras, y los tulipanes de colores suaves eran mecidos por la brisa junto a la casa del vigilante.

Ella avanzó caminando hacia las puertas vigiladas junto a mujeres que llevaban a rastras a niños pequeños y empujaban carritos llenos de bolsas con la compra.

Sintió lástima por las mujeres con niños que estaban recorriendo ese largo trayecto, y podía imaginarse cómo sería hacerlo bajo la lluvia.

Huertos de verduras en miniatura bordeaban los caminos de los alojamientos de las funcionarias de la prisión. La comida de la prisión era conocida por su alto contenido en féculas y carbohidratos; así que la mayoría de las presas estaban hinchadas, debido a la dieta y a la falta de ejercicio.

Fresnes era una prisión polivalente que albergaba en su mayoría a internas que cumplían condenas inferiores a cinco años, o a las que estaban a la espera de sentencia. Aimée había oído decir que el setenta y ocho por ciento de las prisioneras

no eran de raza blanca.

Los visitantes entraban arrastrando los pies a la *salle d'attente* central, una gran habitación con baldosas grises y paredes de color amarillo claro, cubiertas de consignas automáticas que podían alquilarse por un franco. Rellenó el formulario de solicitud de visitas y se sentó en uno de los duros bancos.

En la pared había una lista de los artículos que estaban prohibidos para las prisioneras: libros de tapa dura, gorros, bufandas, corbatas, uniformes de trabajo y prendas de color azul, ya que era el color de los uniformes de las funcionarias de la prisión. Tampoco se permitían guantes de cuero, e imaginó que sería para evitar los intentos de huida a través de la alambrada con púas. Estaban también prohibidos los pasamontañas, los uniformes militares, los albornoces y las toallas o *peignoirs*, y se preguntó a qué se debería. Nada de *djellabas*, *kumaros* ni *boubous*, los coloridos trajes africanos, ni parkas, ropa de esquí ni zapatos, ya que la factoría de la prisión los fabricaba.

En la lista de artículos permitidos, leyó: bolsos con asas, ropa y bolsas de plástico.

De repente, su grupo formó una cola para recibir los permisos de visita. Dado que era un día laborable, solo se permitían visitas de cuarenta y cinco minutos. Cada visitante entregó a la funcionaria de prisiones un carné de identidad con foto.

Uno a uno, fueron pasando por un detector de metales y, cuando todos lo hubieron hecho, atravesaron otra puerta de color amarillo y se sentaron a esperar en una sucia sala de color plátano, en esta ocasión durante veinte minutos, hasta que las funcionarias de prisiones los llamaron para conducirlos a un túnel subterráneo, cuyo aire le recordó al sótano de su abuela, con corrientes de aire y cubierto de moho.

El túnel, pintado parcialmente con un mural realizado por las prisioneras, era frío y estaba desconchado debido a la humedad.

Aimée temblaba, pero no solo de frío. Se preguntaba cómo debería dirigirse a la número 3978, la mujer que había compartido celda con Jutta Hald antes de que la dejaran en libertad.

Había tenido suerte de que Morbier hubiera actuado con rapidez. El permiso decía que la número 3978 continuaba aún en el Centre National d'Observation, pero que estaba pendiente de ser trasladada de vuelta a la instalación denominada Clairvaux esa misma noche. Aimée desconocía cuál había sido su delito, lo único que sabía era que Clairvaux albergaba a las presas que cumplían largas condenas y a las que habían sido condenadas a cadena perpetua.

La llevaron hacia la sección del CNO y la dejaron en un oscuro reservado para las visitas. A sus espaldas, los tubos fluorescentes del vestíbulo constituían la única fuente de luz. Se sentó en un frío taburete que había junto a una pequeña mesa de madera y cuya superficie estaba perforada y tallada por el tacto que tenía. La puerta se cerró, dejándola en un espacio de aproximadamente un metro de ancho y tres de largo.

Se quedó sin respiración, cuando la llave giró en la cerradura, un sonido intenso

que no presagiaba nada bueno.

La habían informado de que su visita era en contacto con la prisionera, en ausencia de cristales o barreras, lo normal desde que las normas cambiaran en 1980.

Una fila de mujeres con ropa de diario, escoltadas por funcionarías vestidas con uniformes azules, pasaron por allí. Sus siluetas podían verse en la entrada que había más adelante. Una mujer de huesos grandes y con la cabeza rapada al cero se detuvo y miró dentro.

Aimée respiró profundamente y sintió un hormiguelo en la columna.

La mujer era un armario.

—*Non*, Costa Oeste, la puerta siguiente —dijo una funcionaria.

—Qué pena —dijo la mujer—. Una visita suya justificaría el *mitard*, este agujero solitario.

La funcionaría hizo que la mujerona siguiera adelante.

Aimée se sintió aliviada, pero no por mucho tiempo. El taburete se le clavaba en los muslos, y no llevaba sentada más de dos minutos.

Pasaron más siluetas. Desde un reservado cercano llegaban risas apagadas y, en la distancia, oyó cómo lloraban. Lo que le pareció una oscura eternidad terminó, y entró una figura ágil vestida con un chándal muy desgastado.

La mujer, de menor estatura que Aimée, la miró en la penumbra y luego lanzó una carpeta arrugada sobre la mesa.

—*Tiens*, si va a continuar insistiendo con lo de la tumba de mi madre, le mostraré los justificantes de haberla pagado.

Sorprendida, Aimée se levantó, pero se le enganchó el pie en el taburete, provocando que este cayera al suelo de cemento.

—*Pardon*, me llamo Aimée Leduc —se presentó, antes de ofrecerle su mano—. ¿Cómo se llama usted?

—Liane Barolet —dijo la mujer, y Aimée sintió que la agarraba de una forma extraña.

—Como ya le he dicho, el dinero fue abonado. Aquí tengo los documentos.

¿A qué se refería esa mujer?

—Debe de haberme confundido con otra persona, *madame* Barolet. No estoy segura...

—*Mademoiselle* sería lo técnicamente correcto —dijo la mujer.

Ella permaneció de pie, mientras Aimée levantaba el taburete del suelo.

—Permítame que le explique el motivo de mi visita, *mademoiselle* Barolet —dijo Aimée—. No tiene nada que ver con su madre, sino conmigo.

—Yo no la conozco de nada —dijo la prisionera, al tiempo que se dirigía a la puerta cerrada con llave—. Además, la reunión del grupo socialista va a comenzar enseguida.

—Lo siento, pero nosotras también tenemos que hablar —dijo Aimée—. Además, no abrirán esa puerta hasta que termine la hora de visita.

Era difícil notar si Liane Barolet se había encogido de hombros; la ropa le quedaba demasiado grande.

—No recibo muchas visitas —dijo ella, mientras se acercaba y tomaba asiento.

En ese momento, Aimée pudo ver el rostro de Liane con mayor claridad. Ha tenido que ser una mujer muy guapa, pensó Aimée. Sus pómulos continuaban siendo prominentes, sus labios, gruesos, aunque unas profundas arrugas rodeaban sus ojos azules claros y surcaban su frente. Tenía el mismo aspecto que Jutta Hald: *pálida* y huesuda.

La vida en las prisiones.

—Jutta Hald me contó...

—¿Esa seudomarxista? —resopló Liane.

—¿No pertenecía a la banda Haader-Rofmein?

—¿Ha venido aquí a preguntarme eso? —Liane dio un manotazo encima de la mesa.

—Jutta Hald ha sido asesinada. —Aimée bajó la mirada, entonces se dio cuenta de que la mano de Liane Barolet solo tenía dedo pulgar, índice y meñique, el dedo corazón y el anular los tenía cortados.

—¿Cuándo? —le preguntó Liane, mientras se inclinaba hacia atrás en la penumbra.

—El día que salió de prisión.

Aimée no pudo ver su reacción y decidió ir al grano.

Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra.

—Justo antes de morir, Jutta vino a mi apartamento, y me contó que había compartido celda con mi madre —dijo Aimée—, pero quería dinero antes de contarme más cosas. Entonces la mataron de un disparo. —Tenía la esperanza de que no se notara el temblor de sus labios—. Mi madre se llamaba Sydney Leduc. ¿La conocía?

Los ojos de Liane Barolet se arrugaron de risa.

—*Mon petit*, ¿sabe una cosa? La vida es dura, y luego encima te mueres.

—Jutta decía lo mismo.

—Y es cierto.

—No le estoy pidiendo compasión —dijo Aimée.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

La cosa no iba bien.

—Mire, siento que esto sea algo confuso —dijo Aimée, antes de tamborilear con los dedos debajo de la mesa de madera. Cuando los sacó, los tenía pringosos—. Lo único que quiero saber es si Jutta hablaba de mi madre durante su estancia en la prisión.

—¿Y por qué me lo pregunta a mí?

—Usted compartió celda con Jutta, y ella estaría emocionada con su salida. Es probable que le contara algo. Usted está dentro y es posible que haya oído algo o sepa

de alguien que tenga información, entonces podré descansar en paz.

—Lo dudo —dijo Liane.

Sobresaltada, Aimée levantó la mirada.

—¿Qué quiere decir?

—Si quisiera olvidarse de su madre, habría ignorado a Jutta.

Su astuta observación le dolió, posiblemente por ser la verdad.

—¿Hay algo de malo en querer saber qué le ocurrió?

Liane Barolet negó con la cabeza.

—Lo único malo puede ser la respuesta —dijo ella—. ¿Cómo era ese refrán... mejor no remover las brasas?

—Mire, la recompensaré —dijo Aimée, y se dio cuenta de que había dado en el blanco.

—¿Cómo podría conseguir recompensarme... acostándose con el guardia en Clairvaux? —Liane esbozó una sonrisa sarcástica antes de negar con la cabeza—. *Non, mon petit*, eso no se lo deseo ni a mi peor enemigo.

La forma en que lo dijo le provocó a Aimée un escalofrío.

—Sin embargo, podría ayudarme, me han amenazado con desenterrarla —prosiguió Liane—. Aunque me acabo de enterar. ¡Lo pagué inmediatamente!

Aimée cayó en la cuenta de que estaba hablando de un cementerio. Cuando no se abonaban las tasas de enterramiento, desenterraban los cadáveres, por lo que no era de sorprender que estuviera triste.

—*Parloir terminé!* —gritó una de las funcionarias, a fin de indicar que había terminado la hora de la visita.

Aimée se puso en pie.

—Ayúdeme y la ayudaré. —Si Liane estaba lo suficientemente desesperada, hablaría—. ¿Conoció a mi madre? ¿Oyó alguna vez hablar de ella?

—Había una mujer de poco peso, una americana. —Liane hizo un gesto de desdén con la mano.

Las esperanzas de Aimée se dispararon, antes de que su miedo aumentara.

—¿Cuál era el nombre de esa americana?

—¿Quién sabe? Solo me acuerdo de que decía cosas como: «Si no puedo bailar, no es mi revolución».

¿Sería su madre?

—¿Puede averiguar su nombre?... ¿Qué ocurrió?

—No estuvo aquí mucho tiempo —dijo Liane—. Bueno, comparada conmigo, ¿eh?

—¿Cuánto tiempo fue?

—El sistema traslada a las prisioneras —dijo Liane—. Pero yo no les sigo la pista.

—Pero puede proporcionarme información más importante que esa —dijo Aimée—. ¿Por qué la encarcelaron?

—Esa es la cuestión. —Liane se inclinó hacia adelante—. La retenían por cometer algún atraco con Jutta, pero solo Jutta fue condenada.

—Pero todos los acusados comparecen...

Liane negó con la cabeza.

—Retienen a las personas durante meses y, en ocasiones, durante años, antes de la lectura de los cargos. Al menos eso solían hacer, y ese era su caso.

—¿Entonces utilizaban Fresnes a modo de prisión?

—Solo para los casos especiales —dijo Liane—. Lo que le jodía mucho a Jutta.

—¿Escribió mi madre a Jutta mientras estuvo en prisión?

Se hizo un silencio. Se oyó el segundo y último timbre de aviso, y las sillas y los taburetes comenzaron a chirriar sobre el suelo de cemento.

—Las cartas están en mi celda —dijo Liane.

—¿Las cartas de mi madre?

—Aquí no hay mucho material de lectura —dijo Liane—. Jutta me dejó sus libros, y solía guardar las cartas dentro de ellos.

Las esperanzas de Aimée se reavivaron, pero trató de mantener un tono de voz tranquilo.

—¿Qué dicen esas cartas?

Se abrió la puerta del cubículo.

—¡Barolet! Se ha terminado la hora de visita —informó la funcionaria.

—Ayúdeme a mantener los restos de mi madre junto a los de mi padre —dijo Liane—. Mi abogado está en contacto conmigo. Le entregaré las cartas a él, si consigue un justificante de pago del cementerio por el dinero que dicen que se debe.

—*D'accord*. Aquí tiene mi dirección —dijo Aimée, al tiempo que dirigía su mirada al documento que ella le había entregado—. De hecho, iré allí ahora mismo. La fecha límite ha pasado, pero me encargaré de ello y le enviaré el recibo.

Liane se levantó lentamente.

—¿Sabe por qué estoy presa?

Aimée negó con la cabeza.

—Sea lo que sea lo que haya hecho, ya está cumpliendo su castigo.

—Debería saberlo —dijo la convicta—. Así no podrá pensar que le estoy ocultando algo.

—Como ya le he dicho...

—Atentados con bomba en bancos, terrorismo —le cortó Liane, con sus ojos brillando bajo la luz—. Estoy orgullosa de ello. Nadie ha dicho nunca que la revolución fuera algo delicado. Mi ideología no ha cambiado ni lo hará nunca. —Dirigió su mirada a Aimée—. Lo consideramos actos de guerra, aunque no me siento orgullosa de los daños colaterales, como los niños pequeños que por casualidad se encontraban cerca.

Aimée se estremeció, y se preguntó si los explosivos serían los responsables de que le faltaran los dedos de la mano o lo sería la prisión.

Aimée dijo:

—Cumpla su parte del trato y yo cumpliré la mía.

Sus pensamientos se arremolinaban durante el camino de vuelta a París. ¿Tendría Liane las cartas que su madre escribió a Jutta? ¿Estaría su madre viva? Durante el largo trayecto, Aimée efectuó varias llamadas.

Cuando llegó al cementerio de Montmartre, situado en la *rue Rachel*, recordó que su profesora del colegio decía que, durante la revolución francesa, habían arrojado los cadáveres al interior de una antigua cantera de yeso, la cual se había convertido en el cementerio actual, y que los viñedos de la zona habían producido un vino astringente con tales propiedades diuréticas que una antigua cancioncilla decía: «Este es el vino de Montmartre: bebes medio litro y meas uno».

El enterrador, con el que había dado por fin, le dio un golpecito a su pala.

—Esa vieja era pesada —dijo él—. De eso no hay duda.

Aimée se lamentó por dentro, tendría que darle una buena propina.

El hombre consultó su reloj deliberadamente, y entonces dijo:

—Ya es demasiado tarde para volverla a enterrar, pero puede verla usted misma.

Anduvieron serpenteando por la gravilla y el polvo, pasaron junto a las tumbas de Zola y Degas y, a mitad de camino, el enterrador se detuvo y se limpió la frente.

—Allí.

La puerta del mausoleo de mármol estaba abierta y en su interior había polvorientos ramos de flores de plástico desparramados, moscas muertas y abejas fosilizadas.

—¿No es la familia Barolet la propietaria de esto?

—Hicieron un contrato de arrendamiento para cien años —dijo él, con toda naturalidad.

—Seguramente sea más problemático deshacerse de...

—*Mademoiselle*, hay una larga lista de espera de gente ansiosa por acceder a este espacio. —Consultó su reloj por segunda vez.

—Su hija ha pagado las tasas —dijo Aimée—. Aquí están las facturas.

—Entonces se lo han notificado. De acuerdo con mi *patrón*, no llevaba los pagos al día —dijo él—. En caso de que ella no esté de acuerdo, podrá hablar con él cuando vuelva el sábado.

Eso iba a servir de mucho con Liane en prisión.

—¿Y que pasará mientras tanto?

—Llevamos los restos al osario.

—¡Al osario!

El enterrador se encogió de hombros.

—Ese es el procedimiento estándar. —Su mono azul estaba manchado y cubierto de barro.

¿Y si el tipo estaba mintiendo en un intento por conseguir más dinero?

—Permítame ver su ataúd.

Él señaló hacia la derecha.

—Allí, detrás de François Truffaut.

Aimée se dirigió a la parte trasera del mausoleo y vio dos ataúdes, uno más nuevo y con asas de latón faltas de lustre y el otro de madera y con manchas de humedad.

—¿Cuál es?

—El modelo más moderno —dijo él—. Considérelo como un desahucio, es lo que le digo a la gente.

—¿Desahuciar a los muertos?

—¿Y qué quiere que haga, eh? —dijo en un tono despectivo—. ¡Algún día usted estará aquí también, distinguida *mademoiselle*!

Prefiero que me incineren, estuvo a punto de decir. Que esparzan mis cenizas desde mi balcón al Sena, antes de que un mugriento vejestorio estúpido como tú pueda toquetear mis huesos.

Era evidente que todo se reducía al dinero.

—¿Cuánto?

—Eso tiene que hablarlo con la administración —dijo él—. Yo me limito a extraer con una pala los restos y se los dejo a los que se encargan del osario.

Aimée tenía la esperanza de que él no viera cómo se estremecía.

La oficina del cementerio estaba cerrada y las sombras se extendían sobre las moradas de piedra de los muertos.

—¿No podría colocarla en el interior del mausoleo hasta que este malentendido se aclare? —le preguntó, poniéndole en la mano un billete de cien francos.

Él se frotó los brazos.

—¡Esa era pesada!

—Le recompensaré —dijo ella, odiando tener que sonreír e intentar convencerlo para que le hiciera el favor.

En respuesta, el enterrador comenzó a empujar un elevador hidráulico que se encontraba en una caseta cercana. Ella miraba el ataúd, mientras las imágenes de su madre en color sepia descolorido se apiñaban en su mente. ¿Estaría su madre descomponiéndose en un ataúd en alguna otra parte?

—Si no se efectúa el pago en el plazo de tres días, la sacaremos del mausoleo para siempre —dijo él—. No estoy dispuesto a hacer esto dos veces. —El enterrador movió el elevador de arriba abajo y empujó el ataúd hacia el mausoleo.

Aimée lo observaba mientras permanecía de pie sudando por el calor, pero por el contrario, él no sudaba ni gota.

—Creía que me dijo que pesaba mucho.

—¡*Mais* pesaba!

—No me diga que ha perdido peso desde que la trasladó.

Él le lanzó una mirada asesina.

—El otro día pesaba... ¿cree que estoy mintiendo?

—Pero escuche, ¿no se supone que los ataúdes están precintados?

Ella señaló hacia las astillas blancas resquebrajadas que había a lo largo de la tapa del ataúd.

—Yo no he hecho eso.

—¿Por qué se pone a la defensiva de repente?

—Son esos bichos raros —dijo él, encogiéndose de hombros—. Los que adoran a Satán. —Él miró hacia atrás y bajó el tono de voz—. No se lo decimos a las familias, pero las sectas se cuelan aquí algunas noches. He encontrado velas consumidas sobre las lápidas, ¡en una ocasión, me encontré incluso un pollo muerto!

—¿Asaltan los ataúdes?

Él no la miró a los ojos, pero se golpeó los labios con un mugriento dedo, y ella interpretó que no estaba dispuesto a responder a su pregunta.

—Ábralo —dijo ella—. Si no lo hace no pagaré, y además montaré un escándalo ante su jefe.

Era lo último que le apetecía ver, pero Liane Barolet debía saber si la estaban timando con un ataúd que ya había sido profanado.

Él le entregó la palanca.

—No es asunto mío.

Y se alejó arrastrando los pies por la gravilla.

La tapa se movió con demasiada facilidad.

A medida que los últimos rayos de sol de la tarde se filtraban por entre las hojas, un pájaro alzó el vuelo en dirección al plumizo cielo azul.

Ella se armó de valor para mirar en el oscuro interior con olor a tierra, pero en lugar de un cadáver en descomposición amortajado, lo único que encontró fue un ataúd vacío.

Continuó retirando la tapa, pero dentro solo había una bolsa de plástico marrón arrugada con «Neufarama» escrito en ella y hojas secas que crujían a medida que las tocaba. Entonces recordó haberse comprado un suéter de una tienda de Neufarama, pero esa marca había dejado de comercializarse en los años setenta.

Martes, por la tarde

Ousmane Sada, el intérprete de *kora*, deseaba ayudar a Idrissa, pero primero tenía que recibir instrucciones, y solo el derviche, el adivino, podía mostrarle el camino.

Ousmane subió los desgastados escalones de madera del *hôtel* Sentier. Por desgracia, Idrissa no lo había acompañado, pero al menos se encontraba a salvo en su casa. Él llamó con los nudillos dos veces a la puerta del *hôtel* que tenía el número 5 estarcido en ella. Desde el interior, oyó un apagado «*Entrez*».

Se quitó su gorro bordado, respiró profundamente y abrió la puerta.

—*Bonjour* —dijo él—. Necesito orientación.

El derviche asintió con la cabeza.

En la barata habitación de *hôtel* de la *rue* Beauregard, mapas de constelaciones estelares se encontraban esparcidos por encima de una harapienta cama cubierta por una colcha de felpilla. Ousmane colocó un sobre en el cuenco de calabaza del derviche. Este, un adivino de rostro anodino, hizo caso omiso de su acción. Un derviche nunca agradecía los *hadiya*, los obsequios de sus *taalibe*, sus seguidores. En la aldea de Ousmane, situada a las afueras de Dakar en Senegal, el pago se efectuaba con pollos.

Los *taalibe* del derviche aumentarían su riqueza en el camino a la salvación. Un duro trabajo y numerosos *hadiyas* mejoraban las posibilidades de alcanzar el paraíso. Economía espiritual, la denominaba su padre.

Sin embargo, el derviche del padre de Ousmane, de quien llevaba una foto en el talismán que colgaba de su cuello, desaprobaba esa visita, pues la lealtad al derviche de cada persona era de vital importancia y, aunque Senegal estuviera a miles de kilómetros de distancia, el corazón le latía con fuerza.

Ousmane inhaló el conocido aroma de corteza de sauce y canela de los conos prendidos. Vio la buenaventura del día en letras árabes pegadas con chinchetas en la pared de yeso agujereado. Se movía nerviosamente, llevaba días sintiéndose destemplado, debía de tener la *grippe*. Sudoroso y afiebrado, tenía sed.

El derviche arrojaría las conchas, colocaría las cuentas e interpretaría las señales, a fin de decirle si su prometida, Cheike, lo seguía esperando para casarse con él. En ese caso, volvería a su hogar, que era lo que su corazón le decía. Además las señales le mostrarían cómo mantener a Idrissa a salvo.

Le pediría prestado el dinero para el billete a su primo Khalifa, un ingeniero de saneamiento, a fin de evitar que se lo puliera todo en alcohol. Khalifa era diferente, le gustaba estar allí, por el alimento espesado con excremento de vaca al que llamaban mantequilla, la carne de caballo cruda, que en su país solo los jaguares y los tigres consumían, y las mujeres muy maquilladas que se acicalaban y vendían sus cuerpos en las calles, como si fueran faisanes en un mercado.

Desde su infancia, Ousmane había encordado cañas de pescar, y remendado y tejido las redes, para afrontar otro día en el tibio océano. Recordaba cómo agarraba las batientes aletas y las brillantes escamas de los peces que su familia pescaba en las aguas turquesas. Al principio, su puesto de trabajo en la fábrica de costura del Sentier le había parecido soportable. Dormía junto a otros trabajadores en colchones colocados en el suelo de la fábrica, al igual que había hecho en su país, en el que se acostaba sobre esterillas junto a sus hermanos; sin embargo, la fría humedad del suelo de piedra le calaba hasta los huesos. Desde que estaba allí, la crujiente arena de color vainilla no cubría sus pantorrillas, ni había cálidas y anaranjadas puestas de sol acompañadas del aroma de los cacahuetes asados.

Idrissa lo había notado, su música lo sufría. Algunas noches, se sentía muy cansado de planchar prendas en la fábrica, tanto que no podía puntear las cuerdas de su *kora* para acompañar las canciones de Idrissa.

—Formula una pregunta —dijo el derviche.

La brisa que se colaba a través de la ventana abierta mecía una sucia cortina de flores amarillas. Dubitativo al principio, Ousmane se limpió la frente, y entonces se armó de valor y comenzó a hablar.

El derviche arrojó las conchas, y el sonido de estas al chocar se mezcló con los gritos de los carretilleros de la calle de abajo. El derviche frunció el ceño.

—No has formulado tu pregunta con el corazón puro —recitó, antes de señalar la colocación de las conchas—. No seas mezquino con la verdad. —Los largos y oscuros dedos del derviche serpenteaban por encima de las conchas. Él aguardaba, ensimismado en sus pensamientos.

—Dígame qué dicen las conchas —le pidió Ousmane temblando, en su dialecto senegalés, el wolof.

—*Tiens!* —dijo el derviche, negándose a hablar en su lengua natal—. Se está ignorando tu petición. ¿Es que no conoces lo que es el respeto?

—Me siento confuso.

El derviche alargó la mano, tiró del cuello de la camisa de Ousmane y señaló el talismán que llevaba Ousmane alrededor del cuello.

—Las conchas lo confirman, eres seguidor de otro derviche.

Ousmane sintió vergüenza.

—Está prohibido, ya lo sabes —dijo el derviche—. Ahora una maldición te morderá los talones, como los perros salvajes vigilan una aldea.

Ousmane se sintió invadido por un sentimiento de culpa. ¿Podría la maldición del derviche recaer sobre él o Idrissa?

Miércoles, por la tarde

Aimée entró corriendo al despacho de Leduc Detective y lanzó su mochila de cuero sobre el sofá.

—Necesito ir a Fresnes mañana, ¿me prestas tu coche?

—¿Qué ha pasado?

—Algo extraño. —Ella le contó lo de la visita a Liane Barolet en Fresnes y lo del ataúd vacío en el cementerio de Montmartre.

—¿Y Liane lleva pagando más de veinte años? —preguntó él.

Aimée agitó la bolsa de plástico de Neufarama.

—Demasiado caro solo para guardar una bolsa de plástico —dijo él—. Yo exigiría que le devolvieran el dinero.

En ese momento pensó en Jutta, y recordó que había comentado que su madre debió de volver al apartamento de Aimée o al cementerio. Entonces, ella había pensado que Jutta estaba siendo incoherente, pero en ese momento su comentario cobraba sentido.

—¿No le habría pedido Liane a Jutta que pagara por ella? —preguntó René.

—Pero ella lo había averiguado justo después de que Jutta se marchara —dijo Aimée—. ¿Y si Jutta estaba buscando algo que se encontraba guardado en el ataúd?

René pestañeó, y sus dedos se detuvieron sobre el teclado.

—Eso es un gran paso.

Ella se apoyó en su escritorio.

—Si lo piensas, en realidad no lo es. Era accesible a cualquiera que pudiera saltar por encima de los muros y abrir el ataúd con una palanqueta, sin necesidad de buscar unas llaves ni de eludir a los guardias por la noche. Además, podría contener algo grande. Las posibilidades son innumerables —dijo ella—. ¿Encontraría Jutta el ataúd vacío... y por eso acudió a mí? ¿O encontró algo, lo cogió y lo escondió?

—Eso no tiene sentido, a no ser que Jutta lo estuviera ocultando frente a otra persona —dijo René—. Sin embargo, tú dijiste que ella había insinuado que tu madre te había enviado algo, u ocultado para que lo encontraras, durante tu estancia en el extranjero como estudiante de intercambio.

La antigua sensación de frustración volvió, así como el dolor de no saber.

—Mi padre destruyó todas las pertenencias de mi madre —dijo ella—. No queda nada, pero Liane Barolet insinuó que Jutta había recibido una carta de mi madre —dijo ella—. ¡Tiene que estar viva!

—¿Y cómo lo sabes? Es posible que esa mujer estuviera tan desesperada que te mintiera solo para que te encargaras de las tasas del ataúd. —René negó con la cabeza—. Afróntalo, Aimée, persigues un rastro que lleva congelado más de veinte años. —Él se bajó de su silla, lentamente y con gran esfuerzo, y se puso de pie—. Tu

madre se marchó, nunca volvió, ni lo hará nunca.

—Está viva, René —dijo ella—. Tiene que estarlo, y voy a encontrarla.

René se dirigió al perchero, cogió su bastón y descolgó con él su chaqueta de la percha, pero ella no pudo verle la cara.

—Dime algo, René.

En lugar de mostrarse comprensivo, René parecía resentido.

—Me voy a mi clase de taekwondo —dijo él, antes de coger su bolsa con la etiqueta de Yuan Dojo y detenerse en la puerta—. ¿Has pensado alguna vez, Aimée —dijo él desde la puerta— que si está viva es probable que no quiera que la encuentren?

Las palabras de René la hirieron profundamente, y se sentía incapaz de trabajar. Le parecía incluso que las paredes se estaban burlando de ella. Entonces se dirigió al montón de cartas, hojeó las facturas y encontró un grueso sobre de color marrón en el que se podía leer: «A. Leduc. Personal».

Ella abrió el grueso sobre rajándolo y, en su interior, encontró, junto a otras páginas, una hoja de la pequeña libreta encuadernada de su madre en la que aparecían escritas, en gruesas letras de imprenta, seis palabras: «Coopere y lo que quede será suyo».

Durante un instante, se sintió invadida por la alegría, pero luego llegó a la horrible conclusión de que el asesino de Jutta le había enviado eso a modo de regla básica de negociación. Se puso unos guantes, cogió el kit del cajón inferior de su escritorio y espolvoreó la superficie a fin de comprobar si había huellas dactilares, solo por si acaso.

Aimée miró el matasellos «Hôtel des Postes de la *rue* Etienne Marcel», que se encontraba situado a dos manzanas de distancia del lugar donde habían asesinado a Jutta.

Retiró los documentos de su escritorio y, a continuación, con sumo cuidado colocó sobre él las páginas de la libreta, pero eran diferentes a las que Jutta le había mostrado. Habían dividido la libreta en dos o en cuatro partes y el lomo estaba rajado. Debajo de un dibujo de Emil con tirantes rojos se podía ver lo que parecía ser el diagrama de una ratonera con plataformas diminutas y ruedas, así como una escalera de caracol, un cuadro diminuto y una flecha.

Aimée se agachó para observarlo más de cerca y, debajo del dibujo de Emil, había otro, con un bosquejo de líneas horizontales ladeadas e inclinadas. Volvió a eruirse. ¿Se trataría de algún tipo de diseño?

Se dirigió con ello hacia la ventana, y la suave y cálida brisa del Sena la acarició, para más tarde disiparse, pero incluso a esa distancia no podía distinguir el dibujo.

Con cuidado, escaneó las ocho páginas para pasarlas a su ordenador y luego levantó las huellas, las cuales, borrosas y poco definidas... pertenecían a los cientos

de dedos que habían manipulado el sobre, pero en la libreta no pudo encontrar ninguna, las habían borrado.

Lógico.

Mientras lanzaba una mirada furtiva a su despacho, levantó las hojas de la libreta y las presionó contra sus labios. Entonces inhaló el aroma a papel antiguo. Un comportamiento estúpido, ya que nadie podía verla. Más tarde, se sentó en su terminal e intentó encontrarle sentido a las líneas.

Ejecutó el Viva-1, un programa de artes industriales. Jugeteó con las líneas, ensanchándolas, inclinándolas y curvándolas, pero al incrementar su tamaño, lo único que consiguió fueron bandas de colores psicodélicos.

Claro, pensó. Las amplió y luego las reduzo.

I n a i l g i d o m

¿Sería un anagrama?

Comenzó de nuevo a jugar, tratando de formar palabras con las letras, sustituyéndolas.

Entonces, sencillamente cambió el orden de las letras.

m o d i g l i a n i

Amedeo Modigliani era un escultor, pintor y amigo de Picasso. Un italiano, procedente de un gueto judío, que se había trasladado a París a desperdiciar o a mejorar su talento, según se mire.

¿Admiraba su madre a Modigliani? Al observarlo más de cerca, vio figuras alargadas en las líneas... un extraño ajuste complementario. En cada esquina del tejado del diagrama de la ratonera había gárgolas alargadas.

Aimée se conectó a Internet y llevó a cabo una búsqueda acerca de Modigliani. Algunas de sus obras se encontraban en museos, aunque la mayoría pertenecían a colecciones privadas. Continuó ahondando y descubrió que una subasta de Sotheby's, celebrada hacía algunos años, se había embolsado cientos de miles de francos. Sin embargo, faltaban algunos cuadros desde la guerra... de los cuales varios pertenecían a la colección de Laborde.

De repente se acordó de algo.

Laborde... Laborde... ¿dónde había oído ese nombre?

Claro, lo habían secuestrado los de Haader-Rofmein. Encontró una botella de Badoit, vertió el agua con gas en su taza de expreso y se puso manos a la obra.

Buscó en las bases de datos de los periódicos, a fin de obtener información acerca del industrial Paul Laborde. Nacido en Mulhouse, en la frontera franco-alemana, de padre francés y madre alemana, había amasado una enorme fortuna después de la guerra mediante la reconstrucción de fundiciones de acero a lo largo del Rin. Hizo dinero a espaldas, pero olía a chamusquina, como solía decir su padre.

Haader-Rofmein le tenía una especial antipatía tanto a él como a su negocio,

sobre todo después de que su empresa adquiriera varias fundiciones de acero y, más tarde, minas en África. Su compañía se convirtió en el blanco de la banda terrorista, quienes alegaban que su acero, evidentemente modificado, acababa convirtiéndose en bayonetas en Vietnam.

Sin embargo, Laborde no era el único objetivo. Las familias Krupp y Thyssen sufrieron también intentos de secuestro y extorsión. Haader-Rofmein descubrió la dirección de una de las casas de Laborde, la asaltaron y secuestraron a Laborde, pero, a partir de un tiroteo en el bosque y la muerte del industrial, no había más cobertura informativa.

De repente, se le encendió la bombilla. Su madre, los cuadros de Modigliani, Laborde y los radicales que lo habían secuestrado estaban todos vinculados de alguna forma.

Allí tenía la conexión entre Laborde y Haader-Rofmein y, de acuerdo con lo que Jutta le había dicho, las bandas Action-Réaction y Haader-Rofmein se habían fusionado, pero no sabía de qué forma se podía vincular el manuscrito de Romain Figeac con la antigua entrevista realizada por Sartre a Haader acerca de agit888, ¿habría sido su madre la intérprete?

Llamó por teléfono a Martine para contarle lo que había descubierto y el tipo de vínculo que sospechaba.

—Laborde no se acostaba con terroristas, Aimée —dijo Martine—. Sino todo lo contrario. En su turbio pasado, se incluye una colaboración con Vichy y el empleo de mercenarios para sus inversiones en África.

—Pero, asaltaron su casa...

—Espera —dijo Martine—. Tienes razón. Lo secuestraron y luego sufrió el síndrome de Estocolmo.

—¿El síndrome de Estocolmo?

—Muchos rehenes llegan a identificarse con sus raptores transcurrido un tiempo, un fenómeno que tomó su nombre a partir del incidente en la embajada de Estocolmo.

—Sin embargo, no pudo sentirse identificado durante demasiado tiempo —dijo Aimée—. La banda lo asesinó, ¿no es así?

—Nunca se pudo demostrar, y nadie fue acusado —dijo Martine.

Qué extraño, pensó Aimée.

—¿Y qué hay de la colección de arte de Laborde?

—Dame un poco de tiempo —dijo Martine antes de colgar.

Mientras Aimée descargaba más información, pasó las páginas de la libreta y el corazón le dio un vuelco, pero lo único que encontró fue otro dibujo de Emil, con los bigotes saliéndose de la página.

Deseaba que el libro no hubiera sido descuajeringado y destrozado. Se agarró las rodillas y comenzó a balancearse de atrás hacia adelante, ensimismada en sus recuerdos. Allí estaba ella, una mujer adulta con un próspero negocio y un socio; sin embargo, continuaba obsesionada con su madre. Tenía que admitirlo, su vida se

limitaba a René, Miles Davis, su ordenador y su obsesión.

Era probable que René tuviera razón y que Liane Barolet pudiera estar engañándola, pero eso no la detendría hasta descubrir la verdad o encontrar a su madre.

Pero ¿qué quería Jutta... qué quería su asesino... y qué le había dejado u ocultado su madre?

Sonó el teléfono.

—*Allô?*

—Menos mal que la pillo en su despacho, *mademoiselle* Leduc.

Esa densa y espesa voz.

—¿Hay alguna novedad con respecto a Christian, *monsieur* Mabry?

—Han surgido algunos asuntos —dijo él—. ¿Podríamos vernos esta noche?

—¿Se trata de una consulta?

—Se podría llamar así.

—¿A qué hora?

—A las ocho de la noche.

Ella permaneció en silencio un tiempo, con la esperanza de que fuera el suficiente como para parecer ocupada.

—Le encontraré un hueco.

—Podemos vernos frente a la Bourse, en el colectivo de artistas Yabon. Christian se reunirá con nosotros.

—¿Christian está bien? —preguntó ella—. Llevo un tiempo preocupada.

—No ha sido más que una de sus habituales crisis —dijo Etienne Mabry—. Nos veremos en la tercera planta, en el salón de Hubert.

Primero se sintió complacida, pero enseguida se sintió invadida por el pánico al no saber qué ropa ponerse, entonces Aimée colgó.

Tenía que arreglar las cosas con René y ponerse al día con el sistema informático de Michel. Después de encargarse del montón de documentos que tenía en su escritorio, comprobó la base de datos de Michel y se sorprendió ante el volumen de pedidos que figuraban como impagados, de los cuales muchos tenían fecha de principios de la primavera.

¿Cómo podía Michel, un nuevo diseñador que luchaba por hacerse un hueco, obtener esa clase de crédito? Comenzó a investigar y descubrió que una de las compañías de su tío Nessim, Kookie Mode, había garantizado su línea de crédito y recibido las facturas de sus materiales: cueros, tejidos y artículos de costura.

Continuó ahondando y lo que le puso los pelos de punta fue descubrir que Kookie Mode había solicitado protección a sus acreedores. ¿No era ese el primer paso antes de la bancarrota? Tomó nota para recordar que debía seguir investigándolo.

Miércoles, por la tarde

Stefan desatornilló las matrículas de un antiguo Renault que estaba aparcado junto al cementerio. El coche que una vez había sido granate, en ese momento tenía el color apagado de una mancha de vino. Optó por unas matrículas del distrito parisino que acababan en setenta y cinco, pensando que podría pasar desapercibido en un bullicioso *quartier* como el Sentier y mezclarse con la multitud de obreros, inmigrantes y negocios del tráfico de sexo y prendas de vestir.

Al igual que hacía siempre, más tarde se encargaría de enviarle dinero a su madre, la pobre, con su pierna enferma. Pero no podía permitir que el pánico lo invadiera, lo primero era lo primero.

Stefan condujo con precaución a través de la place de Clichy, pasó junto a las mesas de la terraza del Café Wepler, y entonces se acordó de Jules, a quien le encantaba hacer de guía turístico. Le había contado que, en los años treinta, Henry Miller había tenido allí un expreso en las manos durante cuatro horas, así como que durante la ocupación había sido una Kantine y un Soldatenheim para el Wehrmacht.

Siguió la ruta del autobús, pasó por la *gare* Saint-Lazare, por el que una vez fuera el espléndido *boulevard* Haussmann, construido sobre las antiguas murallas de París, y por detrás de la cúpula dorada de la Opera Garnier en dirección al Sentier. Stefan aparcó en la *rue* de Cléry, detrás de una amplia furgoneta azul que tenía los faros traseros rotos.

Se desabrochó la gabardina con la sensación de que estaba llamando la atención, pues con ese calor la mayoría de las personas llevaba manga corta. La calle de un único sentido se encontraba atestada de coches aparcados que estaban más apretujados que sardinas en lata. Los inclinados edificios de piedra que bordeaban la calle en pendiente emanaban un delicioso frescor.

Pasó por el andén *hôtel* de Noisy, que era un elegante edificio a pesar de que la planta baja estuviera ocupada por establecimientos de venta de ropa barata al por mayor. Su destino, el edificio de la *rue* de Cléry, continuaba prácticamente igual que como Stefan lo recordaba, con la excepción de las ventanas ennegrecidas y el olor a humo, y se preguntó qué habría sucedido. Stefan pasó junto al edificio.

Permaneció esperando hasta que el anochecer tiñó los tejados de algunos edificios, hasta que los compradores de última hora regresaron, subiendo las angostas escaleras del Sentier, hasta que percibió el olor a ajo frito en aceite de oliva que emanaba desde las ventanas abiertas y hasta que oyó el ruido de platos en las mesas puestas para la cena.

Se oían fragmentos de conversaciones en hebreo en la *rue* d'Aboukir, mientras un hombre vestido con una *yarmulke* sacaba la basura. En la estrecha calle, las *putes* se arremolinaban en las entradas, justo como lo recordaba, solo que ahora llevaban

teléfonos móviles y había más de origen africano o árabe, aunque el negocio de harapos y sexo continuaba siendo bastante parecido al de antes.

Stefan permaneció inmóvil hasta que las farolas se cubrieron de un denso brillo, y entonces abrió empujando la gran puerta de color verde del edificio donde vivía Romain Figeac. En el patio empedrado, oscuras sombras se perfilaban en las paredes. La puerta con paneles de cristal que conducía a la escalera principal estaba entreabierta. Cuando llegó a la tercera planta, el olor a quemado lo alertó. La madera ennegrecida y una cinta amarilla le impidieron atravesar la carbonizada entrada del apartamento de Figeac.

Demasiado tarde. ¿Por qué llegaba siempre demasiado tarde?

Ya fuera porque los veinte años que llevaba escapando lo habían convertido en una persona más previsora o porque, de manera instintiva, olía el peligro, a Stefan se le erizaron los pelos de la nuca y se estremeció. Un ruido metálico, similar al que provoca un cartucho al cargarse, retumbó en la piedra.

O al menos podría jurar haberlo oído.

Sabía que tenía que salir pitando, y así lo hizo, sin volver la vista atrás ni detenerse para comprobar si sus sospechas eran ciertas.

Aunque de haberlo sido, tendría que haber escuchado el silbido de la bala y visto un gran orificio en el yeso en el lugar en el que acababa de estar, del que saldrían despedidos al suelo de parqué fragmentos de arena y argamasa.

Miércoles, por la tarde

Aimée marcó el código del portal de René en su casa de la *rue* de la Reynie, subió las chirriantes escaleras, que olían a cera para suelos, y entró silenciosamente, para no perturbar el sueño del vecino, un travestí que trabajaba en Les Halles.

—¡Maldito colectivo de piratas cibernéticos! —fue el saludo de René a Aimée, cuando entró en su apartamento. Sus ojos se movían a toda velocidad por la pantalla, casi con la misma rapidez con la que lo hacían sus dedos en el teclado—. Hemos registrado *click.mango.fr* como nombre de dominio antes de que lo hicieran ellos.

—¿Los vas a echar a patadas? —preguntó ella.

Él asintió con la cabeza, mientras se tiraba de la perilla.

—No será agradable.

—Hablando de colectivos —dijo ella—, nos han invitado al *collectif* Yabon d'Arts. —Ella quería que René la acompañara para conocer a Christian.

René pulsó la tecla «guardar» y giró la cabeza.

—Vaya, parece que por fin me prestas atención. Venga, vístete.

Después de bajarse del Citroën gris metalizado de René, adaptado a su metro veinte de altura, Aimée miró a su alrededor.

—¿Hay algún modernillo aquí? —preguntó ella.

—Encajarás a la perfección —dijo René con una sonrisa burlona, mientras se abrochaba su levita negra, y señaló al colectivo de artistas—. Los marimachos con encajes están en *vogue*.

Ella se metió los puños con volantes debajo de las mangas de su chaqueta de motorista de cuero, se pellizcó las mejillas para darles color y trató de parecer tranquila.

Frente a ellos, se alzaba el edificio de la época de Haussmann. Vibrantes grafitis de color lima, violeta y plateado se burlaban del sobrio distrito financiero en el que se encontraba la Bourse. Las caricaturas ocupaban la altura de una planta y las rejas de los balcones de hierro afiligranado contenían carteles en los que se podía leer: «Convierte el espacio vacío en arte y lucha contra lo políticamente correcto — Una nueva forma de terrorismo para el mundo del arte».

—¡Menuda agresión visual! —dijo René—. Las seis plantas están cubiertas de eslóganes.

Aimée ocultó su sonrisa.

—Este *collectif* ocupaba incluso un local frente al Musée Picasso —dijo ella—. Reclamaban «espacio libre para los artistas en París» y lo bautizaron la Galerie Socapi, Picasso en *verlan* —dijo ella—. Hoy en día, nadie puede permitirse disponer

de *ateliers* como los que Picasso y los cubistas encontraron en el Bateau-Lavoir de Montmartre. Se adueñaron de los edificios abandonados por las entidades financieras y las compañías de seguros que habían dejado París para trasladarse a los barrios de las afueras que resultaban más económicos.

René resopló con desdén.

—Artistas arrogantes.

—Puedes contarles lo que piensas durante la cena.

Este era el París en el que Aimée había crecido... mugriento y plagado de *caractère*. Un lugar en el que los tenderetes de los estivales melocotones blancos de Montreuil perfumaban las fachadas de piedra ennegrecidas, en el que las porteras se sentaban y se abanicaban en los portales al tiempo que intercambiaban sus cotilleos, mientras los gatos se movían sigilosamente entre sus piernas, y en el que todo el mundo decía «*bonjour*» en la calle. Un lugar en el que podía percibir el aroma a *pissoirs* y Gauloises en la esquina cuando volvía del colegio, en el que los clientes de los cafés hablaban acerca de filosofía y en el que los únicos teléfonos eran los del café, que funcionaban con *jetons*. Un lugar en el que las personas expresaban sus ideas, ideas que eran escuchadas.

Ella y René pasaron por encima del ladrillo, que crujía bajo sus pies, hasta un socavón perforado en el extremo del edificio. Por encima de ellos, el *pignon* plano, el frontón, de corte parisino, tenía el papel pintado despegado, los rastros de los tiros de las chimeneas serpenteaban hasta el techo y, junto a él, se podía ver una caricatura de Barbarella con una sonrisa burlona, la cual ocupaba tres plantas.

En las desgastadas escaleras de mármol de su interior, avanzaban lentamente hombres muy delgados y jóvenes rubias. La frase «Desmitificar el arte» aparecía escrita en las baldosas multicolores.

A René se le abrieron los ojos como platos.

—Parecen yonquis y debutantes —le susurró él al oído.

—Como en los viejos tiempos —dijo ella con una sonrisa picara—, cuando la Sorbona era interesante.

—Te gustaban esas fiestas —dijo René.

—Pero fuiste tú el que tuvo suerte. —Aimée se inclinó hacia adelante y vio que René forzaba una leve sonrisa.

Algunos niños mimados, los operadores diurnos de la Bourse, permanecían de pie con aspecto de sentirse violentos, con los maletines en las manos y aflojándose las corbatas.

Comprobaron que el antiguo ascensor, similar a una jaula de pájaros, se había quedado atascado entre dos plantas, y Aimée se quejó. ¿Por qué se habría puesto las sandalias de tacón con estampado de leopardo en lugar de sus zapatillas rojas Converse?

René levantó el dedo pulgar. En las esquinas de los escalones había jeringuillas y palomas muertas.

—Yo no tengo hambre —dijo él.

Al llegar con dificultad a la tercera planta, vieron que allí la multitud era más ecléctica. En todas las habitaciones había cuadros, esculturas metálicas e instalaciones. El zumbido de un generador eléctrico alimentaba la tenue iluminación y el martilleo de los ritmos de la música electrónica. Desde la enorme y tenebrosa entrada, llegaba el chisporroteo de los alimentos al fuego y un olor a ajo.

Un grupo de modelos esqueléticas, proletarios y aristócratas estaban sentados bebiendo vino juntos en una larga mesa iluminada por velas, y el zumbido de las conversaciones se mezclaba con el tintineo de los vasos de vino. Entonces apareció un tipo con unos ceñidos vaqueros negros y una camisa del mismo color, con una iguana de ojos rasgados colgada del brazo.

—Somos amigos de Etienne —dijo Aimée, incapaz de apartar la vista del parpadeo de la luz de las velas sobre las iridiscentes escamas de la iguana.

—Bienvenidos, me llamo Hubert —dijo él, al tiempo que les plantaba *bisous* en las mejillas, tanto a ella como a René—. *Ç a va?* —Hubert movía nerviosamente sus delgados hombros, y ella tenía la esperanza de que lo hiciera para seguir el ritmo de la música, y no porque tuviera el mono.

A ella se le cayó el pañuelo y, al agacharse para cogerlo, se le levantó la camisa, haciendo que el lagarto tatuado en su espalda quedara al descubierto.

—¡Bonito tatuaje! ¿Es de Nico? —le preguntó Hubert.

Aimée asintió con la cabeza, y vio cómo René se quedaba boquiabierto.

—Sentaos allí; justo a tiempo —dijo él, mientras los llevaba hacia un banco. Ella tenía la sensación de haberse ganado varios puntos con respecto a la opinión de Hubert sobre ella.

Un hombre de cabello negro y espeso, que llevaba una chaqueta de pana con coderas de cuero, les hizo un hueco, entonces señaló, con la boca llena, hacia un vaso de vino y se sirvió un tinto de una garrafa para después levantar el vaso.

—*Salut, mes amis* —consiguió por fin decirles, antes de atacar una *salade frisée* aderezada con una brillante vinagreta de aguacate.

De repente, apareció Etienne en la entrada. Llevaba una camiseta negra ajustada y unos vaqueros deshilachados, y se retiraba su pelambarrera castaña rojiza de la frente. Con ropa de diario, se parecía más a los chicos malos que le gustaban a Aimée, pero ella no veía a Christian.

—*Bonsoir* —dijo ella, cuando Etienne se unió a ellos—. Le presento a René, mi socio.

—Encantado. —Le estrechó la mano a René y luego a ella, y sus largos dedos envolvieron los suyos con una suave y cálida presión, al tiempo que sus labios esbozaban una sonrisa.

Esa maravillosa sonrisa. Los dedos de Aimée retuvieron su calidez, después de que le soltara la mano.

Lo más probable era que Etienne disfrutara de un sueldo fijo y visitara a sus

padres en el campo durante los fines de semana y las vacaciones más señaladas.

Sin embargo, en ese momento, no parecía un tipo aburrido.

Frente a ellos, su compañero de cena estaba discutiendo con la mujer que tenía sentada a su lado.

—¿Cinco mil francos... tengo aspecto de estar forrado, *madame*? Pídemelos cuando gane el jueves al *keno*.

—¿No venía Christian con usted? —le preguntó Aimée.

Etienne se encogió de hombros.

—Tenía la esperanza de que estuviera esperándome aquí. —Se sentó junto a Aimée—. Es muy propio de él llegar tarde.

Ella fue consciente del tenue aroma a cítricos de Etienne, de sus largas pestañas y sus musculosos brazos.

—Estoy preocupada —dijo ella—. Christian ha sufrido mucho. ¿Se quedó anoche en su casa?

Etienne negó con la cabeza.

—Nunca apareció. Yo también estoy preocupado. Tiene problemas financieros.

—¿Problemas financieros?

René cogió la garrafa y le sirvió un vaso a Etienne.

—*Merci* —dijo Etienne—. Sinceramente, está fuera de mi alcance. Yo solo me encargo de las inversiones, pero los embargos y los impuestos atrasados de las propiedades de su padre se han ido acumulando. Es algo horrible.

Qué extraño, pensó Aimée. Christian le había contado que había dinero, mucho dinero.

—¿Es posible que se encuentre retenido de nuevo en el *commissariat*? —preguntó René.

—Lo dudo, pero tiene que proporcionarles el lunes los extractos de sus cuentas. —Cuando Etienne giró su copa de vino, los destellos de la luz de las velas danzaron en su superficie—. Estoy preocupado. Su padre debió haber guardado los registros. Se suponía que Christian tenía que encontrarse conmigo en el banco, pero luego llamó para que me avisaran de que nos encontrábamos aquí.

Ella estuvo a punto de decir que Christian se había burlado de ellos de la misma forma. Dirigió su mirada a René, pero sus ojos estaban puestos en las mujeres que estaban bailando en el vestíbulo, cuyas sombras, distorsionadas en la pared con manchas de humedad, se movían y saltaban frenéticamente al ritmo de la música electrónica.

—¿No tenían los Figeac un contable? —Ella sintió la presión de la pierna de Etienne, algo que le agradó, a medida que se iban uniendo más personas a su mesa.

—Perdonadme —se disculpó René, mientras se ponía en pie. Le guiñó un ojo a Aimée e hizo un gesto con la cabeza en dirección al vestíbulo.

—Nuestras transacciones eran simples —dijo Etienne—. Él extendía los cheques.

—Pero Christian lo llamó su asesor financiero. —¿Habría sido esta otra de las

geniales ideas de Christian, como Idrissa las llamaba?

—No exactamente. —Los ojos de color gris humo de Etienne se clavaron en los suyos, como si estuvieran sondeando su mente. De los hombres que conocía, pocos eran tan directos. Se trataba de una sensación perturbadora, a la par que agradable—. Lo siento, desconozco lo que le habrá contado.

—¿Dónde podría estar?

Etienne bajó la mirada.

—Con Christian, bueno... es muy típico, él hace los planes y luego no aparece.

Entonces, sonó el teléfono de Aimée.

—*Allô?* —Pero la música evitó que pudiera oír la respuesta.

Era imposible oír nada. Aimée intentó ver quién la llamaba, pero no reconoció el número. Entonces se acordó.

—*Pardonnez-moi*, tengo que responder a esta llamada —dijo ella, alejándose apresuradamente de Etienne.

En la habitación de al lado, Hubert, que se encontraba junto a grandes cubos de plexiglás de color pastel, era el centro de atención. Ella pulsó el botón de devolución de llamada y oyó un áspero «*Oui!*»:

—¿Quién es? —preguntó ella.

—¿De qué se trata? Una tal Marie dejó un mensaje, yo soy Georges.

¡Por fin... una llamada de Action-Réaction!

—¿Qué quiere? —Georges no esperó la respuesta—. Nos vamos a Estrasburgo esta noche.

—Tengo que hablar con usted —dijo ella—. Concédame quince minutos, estoy en camino.

O Christian era un bicho raro o tenía problemas, pero en ese momento no podía encontrar la respuesta al misterio. De vuelta a la mesa, unos recién llegados habían ocupado el asiento que René dejó libre.

—René se ha encontrado con un amigo —le dijo Etienne—. Me ha dicho que lo entendería.

Aimée se sintió algo incómoda. ¿Se habría marchado a propósito para dejarla a solas con Etienne? El volumen de la música y la voz del DJ habían aumentado tanto que resultaba difícil poder oír.

—*Désolée*, pero tengo que marcharme. Me ha surgido algo —dijo ella.

Etienne consultó su reloj.

—Contaba con que pudiéramos ir a *tomar* algo a algún sitio.

Entristecida, ella imaginó que Christian llegaría tarde o que ni siquiera aparecería y que Martine pensaría que era una chiflada por haberse marchado, pero tenía que reunirse con ese tal Georges para averiguar algo más acerca de su madre.

—Asuntos de la empresa, *je le regrette* —dijo ella.

El rostro de Etienne mostró su sorpresa, y ella imaginó que algo así no debía ocurrirle a menudo. Pocas mujeres lo dejarían plantado, si eran listas, pero eran el

lugar y el momento equivocados.

—¿Por qué no nos vemos más tarde? —le preguntó—. En Rouge. Llevaré a Christian si aparece.

¿Pensaría él que estaba jugando a hacerse la dura?

—Me parece bien —dijo ella, tratando de parecer tranquila.

—¿Cómo la localizo?

Ella sacó el perfilador de labios y le escribió en el brazo su número de teléfono móvil.

—*À bientôt*. —Etienne tiró de ella para acercársela y le plantó un *bisou*. Su cálida respiración le quemó la mejilla, y casi vuelve a sentarse.

Pero por el contrario, pasó por entre la apretujada multitud que estaba bailando en el vestíbulo. *Sigue adelante*, se dijo a sí misma; no tenía tiempo para Etienne, y no había ni rastro de René. En el exterior del edificio, en la *rue Feydeau*, vio su coche, es posible que hubiera tenido suerte con alguna de las chicas.

Después de atravesar apresuradamente las tranquilas calles del Sentier, llegó a Action-Réaction, transcurridos diez minutos. El edificio de la *rue Beauregards*, un achaparrado superviviente del siglo XVI, había sido sometido a un lavado de cara, sin éxito a juzgar por su apariencia. Los rótulos oxidados de neón anunciaban «Textile Vasseur» en la pared que tenía detrás y, a ambos lados, los edificios del siglo XVII y XVIII se inclinaban sobre él, con los cañones de arcilla de sus chimeneas torcidos sobre sus inclinados tejados.

En la esquina, varios hombres paquistaníes se encontraban de pie jugando sobre cajas de cartón y, más allá de ellos, Aimée oyó el gorgoteo de las tuberías, a medida que el agua fresca recorría los canalones. Los contenedores de basura, altos y verdes, típicos del Sentier, bordeaban la entrada de la calle.

En el patio, un hombre empujaba un perchero de alambre, plagado de oscilantes chaquetas con cuellos de piel y lana, que avanzaba entre traqueteos por el camino adoquinado. La ventana de una oficina, que tenía un estarcido en el que se podía leer «Cómete al Estado», daba al patio cubierto de mugre que comunicaba con un muro de ventanas tapiadas.

El fresco penetraba en los oscuros recovecos del patio. Ella llamó con los nudillos a la puerta en la que se podía leer en letras apagadas «AR».

Aimée esperaba encontrarse con una guarida de antiguos radicales o un antro de subversivos furiosos movilizándose para las manifestaciones contra el comercio mundial en la place de la Concorde.

Sin embargo, tuvo que llamar varias veces a la gruesa puerta de madera. Solo la estrecha media luna de julio iluminaba el oscuro patio. Por fin, la puerta se abrió con gran esfuerzo y un hombre, con tirabuzones canosos y apretados y la nariz partida, se asomó tras ella.

—¿Georges? —preguntó ella.

—Tenemos prisa, *entrez* —dijo él, mirando por detrás de ella.

Ella entró en la *cochambrosa* oficina de Action-Réaction. Pósteres y antiguos panfletos maoístas cubrían el techo y las paredes como si fueran papel pintado. Había un hundido sofá cubierto con una raída tela africana, y la imagen del Che Guevara aparecía sonriente detrás del único escritorio de cartón. El único privilegio del presente era una reluciente máquina de fax.

Los rincones despedían olor a humedad, algo típico en estos edificios, debido a la putrefacción y al moho acumulados durante siglos. Sin embargo, el Che permanecía siendo por siempre el magnífico revolucionario que fue martirizado en Bolivia, mientras el movimiento sufría su declive. Faltaban fragmentos de yeso, por donde se podían ver los listones, y una fina capa de polvo cubría el suelo.

Algunos hombres se iban pasando entre ellos una botella de Pernod, el licor de regaliz.

—Mire, lo siento, pero quizás pueda ayudarme. Necesito hablarle acerca de...

Georges reaccionó de forma tardía.

—¿No la conozco? —Él le lanzó a Aimée una dura y prolongada mirada.

—¡No me lo puedo creer! —dijo al tiempo que se aproximaba a ella—. ¡Frédo, mira, mira!

Un hombre delgado con el cabello blanco como el papel se giró para mirarla.

—*Nom de Dieu* —dijo él.

Bajo la luz de una bombilla pelada, ella vio pancartas plegadas que se encontraban apiladas contra la fría y húmeda pared. Entonces, sintió el rostro de Georges junto al suyo y vio su nariz roja y amoratada.

—¡Se parece tanto a ella... el parecido es sorprendente!

Un escalofrío le recorrió a Aimée todo el cuerpo.

—¿Qué quiere decir?

Frédo se unió a ellos.

—¿Eres su hija, non?

—¿La hija de quién? —A Aimée le temblaban las manos, no podía evitarlo.

—*Tiens!* ¡Tú eres la hija de Sydney! —Sorprendida, percibió que sus miradas eran de bienvenida, y no acusatorias. ¡Por fin había encontrado una conexión con su madre, y además positiva!

—¡Sorprendente! —Frédo se puso de pie, dirigiéndole una radiante sonrisa—. Ese aspecto, tan inocente y salvaje... tú también lo tienes, pero claro es normal que lo reconozca, ¿eh? Éramos íntimos.

Miércoles, por la noche

Aimée dio un gran trago y luego le pasó la botella verde de Pernod a Frédo, quien estaba sentado junto a ella en el sofá. El olor del licor ya ni siquiera la molestaba, aunque por lo general le reseca las papilas gustativas.

¿Se encontraba en otro planeta? Por fin estaba sentada junto a personas que habían conocido a su madre, la querían y hablaban de ella.

—¡Ha sido una suerte que nuestros caminos se cruzaran! —dijo Frédo—. Así que te dedicas a coordinar las sesiones fotográficas de las revistas, ¿eh?

Aimée tenía la esperanza de no mostrar su estremecimiento.

—Una locura de trabajo. Estos directores artísticos son... tan inconstantes, que cambiaron de idea. Encontré otro sitio en el *boulevard* de Sébastopol.

—¡Pero te hemos encontrado! —dijo Georges, mientras se inclinaba hacia adelante desde su posición privilegiada en el barato escritorio. Tenía una bolsa de plástico con hielo sobre su hinchada nariz—. ¡Es asombroso! ¡Te pareces tanto a tu madre!

¿Por qué nadie se lo habría dicho antes?

Aimée alargó la mano para dar otro sorbo; en ese momento ya podía controlar su temblor, y dio varios y prolongados tragos. En la pared, había una nota con fecha de diciembre de 1981 titulada *Nuestra iniciativa en el Sentier*:

«Action-Réaction organizará la ocupación de numerosos *ateliers* o talleres clandestinos a fin de ayudar a realojar a un mínimo de un centenar de extranjeros: familias turcas, senegaleses y los refugiados que han huido del imperialismo norteamericano».

—Fue una gran inspiración, ¿sabes? —dijo Georges—. Nos sorprendió a todos. Pensábamos que era blanda, pero pasaba a la acción. A su forma, estaba tan entregada a la causa...

Mientras se moría por averiguar más cosas, imaginó que sería más recomendable no parecer demasiado ansiosa.

—Llevamos tiempo sin mantener contacto —dijo ella—, pero estoy tratando de encontrarla.

—Vamos a ver, se fue a España...

—No, a Grecia con Jules —dijo Georges interrumpiéndolo—. Pero eso fue en los setenta.

El ritmo cardíaco de Aimée disminuyó. Esos hombres no estaban actualizados, llevaban años de desfase.

—¿Jules?

—Jules Bourdon.

De fondo, en una radio se oía una lastimera aria de Mozart que Aimée reconocía de *La flauta mágica*. La voz de la madre de Pamina vibraba, mientras lloraba por la desaparición de su hija, la hija a quien había tratado de coaccionar para que asesinara al monarca rival.

El abuelo de Aimée ponía el disco de vinilo los sábados por la mañana y, cuando ella oía la melodía, al volver a casa después de su clase de piano, se quedaba esperando en las escaleras con la bolsa de *brioche*s calientes en los brazos, hasta que el aria hubiera finalizado. Como no sabía hablar alemán, pasaron años hasta que comprendió la historia y averiguó por qué su abuelo cambiaba el disco cuando ella regresaba. La maléfica madre sacrifica a su hija... es posible que el relato se pareciera demasiado al suyo.

—Estás equivocado, Georges —dijo Frédo—. Pasó un tiempo en Fresnes. —Apretó los labios—. Todos lo hicimos. ¿No estuvo involucrada en las casas ocupadas que organizamos en los ochenta?

—¿Me lo estás preguntando? —Georges no esperó a que le contestara—. ¡Frédo, en los ochenta, estuvimos todos juntos en Fresnes!

Discuten como los matrimonios que llevan muchos años casados, pensó ella.

—Sydney revoloteaba como una mariposa... de una cosa a otra —dijo Frédo—. Era encantadora y escurridiza, uno nunca llegaba a conocerla de verdad.

—Pero tengo entendido que estuvo involucrada en la banda Haader-Rofmein —dijo Aimée.

—¿No lo sabías, Marie?

—¿Saber qué? —¿Le habría mentido Liane?

Se hizo el silencio, y Georges dio un gran trago.

Frédo bajó la mirada.

—¿Qué importancia tiene eso ahora?

El corazón de Aimée empezó a latir con fuerza ante su siniestro tono.

—Decídmelo... ¿está muerta?

—Corrían rumores de que se marchó en busca de Jules, quien se había convertido en un mercenario en *Afrique*.

—*Afrique*?

—Los viejos revolucionarios nunca mueren —dijo Frédo—. Solo desaparecen, aunque algunos cambien de color.

La atmósfera de la habitación, bochornosa y viciada, la luz de la bombilla que colgaba del techo, el tufo a Pernod y el chirriante violín le provocaban a Aimée una sensación de claustrofobia.

Ella se levantó del hundido sofá. Las personas cambiaban, avanzaban, evolucionaban. Era probable que la mayoría de los antiguos radicales hubieran liquidado sus hipotecas y tuvieran nietos, pero no esos hombres, quienes parecían

estar atrapados en el túnel del tiempo.

—Mira los antiguos maoístas y anarquistas convertidos en miembros del Partido Verde o algunos incluso con puestos en el ministerio —dijo Aimée—. ¡Hasta Daniel Cohn-Bendit, Danny el Rojo, ahora es ministro en el Parlamento Europeo!

Frédo se puso de pie.

—Tenemos que preparar esto para el *congrès* de Estrasburgo —afirmó él, mientras amontonaba las listas de peticiones firmadas en el interior de las cajas.

—¿Cuál fue la última vez que visteis a mi madre?

En lugar de responder, Georges le hizo una señal para que saliera de la habitación, y en el oscuro patio el fresquito era muy agradable. Caía agua de un grifo lleno de musgo en el interior de una urna acanalada de mármol. Probablemente se tratara del suministro de agua original, pensó Aimée.

—Él estaba bastante enamorado de ella —dijo Georges—. Todos lo estábamos.

Los celos se la comían por dentro. ¿Qué derecho tenían esos viejos radicales, esos fracasados, a decir algo así? ¿Acaso alguno de ellos había conocido realmente a su madre? Las palabras de Aimée se le atragantaron, y se sintió invadida por un sentimiento de amargura. A pesar de ser la hija de Sydney, no la conocía.

—Lo siento, Georges, lo único que quiero es enterarme de todo lo que pueda —dijo Aimée—. Mi madre nos abandonó cuando yo era pequeña.

—Algunas mujeres disponen de los recursos, pero no están hechas para ser madres —dijo él, antes de alejarse de ella.

Ella no pudo ver su rostro.

—Si tienes eso en cuenta, te sentirás mejor.

Aimée trataba de captar su expresión.

—¿Era mi madre una mula del narcotráfico?

—Estamos hablando de los años setenta, ¿quién no estaba metido en drogas, eh? —dijo Georges, levantando los brazos—. La gente se politizaba en la cárcel, y su conciencia se intensificaba. Se concentraba en los asuntos del movimiento. Actualmente, hay dos miembros de Action-Réaction que permanecen incomunicados desde 1987. Se casaron el año pasado. ¡*Alors*, el gobierno les concedió media hora completa!

Georges resopló, antes de entrecerrar los ojos al tiempo que se ponía la bolsa de hielo en la nariz.

—Se trata de una flagrante violación de los derechos humanos. Vamos a protestar a la puerta de la prisión de Estrasburgo y a presentar una petición al Tribunal Internacional de La Haya.

Quizás no fueran los fracasados que ella había pensado. Llevaban más de veinte años dedicados y comprometidos con el cambio social.

—¿Y qué hay de las protestas en contra de la Organización Mundial del Comercio en el Palais des Congrès? —preguntó Aimée.

—¡¿Qué me dices de esto, eh?! —Georges señaló su nariz—. Este moratón fue

cortesía de la brigada antidisturbios de las CRS^[3] —dijo él, mientras se volvía a colocar la bolsa de hielo—. Me estoy haciendo demasiado mayor para esto.

Ella se acordó de un titular de periódico acerca del gas nervioso sarín.

—¿Y qué me dices de los rumores acerca de un ataque con gas nervioso en el *métro*, parecido al de la secta japonesa?

—Action-Réaction no fue responsable —dijo Georges—. Estábamos a favor del cambio político, no del terrorismo; esa facción se escindió en los años ochenta.

El hombre señaló los edificios que se encontraban alrededor del patio.

—Pero es una tradición en mi familia. Hemos sido socialistas durante dos generaciones, había incluso uno o dos anarquistas. Durante la ocupación, la resistencia instaló aquí una fortaleza, cortesía de la imprenta de mi tío. Resulta gracioso, al fondo del patio había una oficina central alemana.

Georges se irguió y comenzó a reírse burlescamente.

—Mi tío me contó una vez que, antes de la guerra, el Sentier albergaba oficinas de periódicos y era un enjambre de pequeñas imprentas y que, durante los cortes de luz, imprimían *Combat*, el periódico clandestino de la resistencia, así como documentos de identificación falsos, pedaleando en bicicletas enganchadas a las imprentas. En los ochenta, ocupábamos los edificios abandonados y en ruinas que salpicaban el Sentier y hacíamos campaña a favor del realojo de los *sans-papiers*.

Aimée tocó la fría y desgastada piedra y se preguntó por qué su madre se habría involucrado en algo así.

—Dejaron en el sótano algunas de las máquinas antiguas —continuó Georges, antes de frotarse sus cansados ojos—. Las seguimos utilizando. Mantenemos la misma lucha contra la tiranía y la opresión.

Él resopló, y se encogió de hombros.

—*Alors*, es tradición en este barrio obrero. La revolución ha sido fomentada aquí desde la Bastilla. En el centro de París, uno tiene que trabajar mucho para mantenerse a flote: propietarios de tiendas, imprentas, el negocio de los harapos y del sexo, pegado a las casas de alta costura y la Bourse. Sin embargo, ahora que se han trasladado a él las empresas con sede en Internet, es probable que las cosas cambien.

Ella había visto la frenética actividad de sus calles, y había sentido el pulso.

Las personas que trabajaban y vivían allí constituían un vestigio del antiguo París.

Todo eso era cierto, pero nada la acercaba a su madre ni al vínculo que esta tenía con Jutta. Entonces, le vino algo a la mente. Romain Figeac había sido un antiguo radical, había vivido a algunas manzanas de distancia y se rumoreaba que su esposa se había quedado preñada de un terrorista.

—Pero debes haber conocido a Romain Figeac... ¿no estaba involucrado en Action-Réaction?

Georges frunció el ceño.

—Figeac nos guardaba rencor, después de que su esposa lo abandonara. Nos culpaba de ello, y nunca logró superarlo —dijo él—. Al igual que yo, era un *titi*

adulto del *quartier* que, al principio, apoyaba el movimiento y, cuando este estuvo de moda, nos dio alojamiento a todos.

Por fin ella estaba llegando a algún sitio.

—¿Conocía Figeac a mi madre? Me han contado que ayudó a Sartre con su entrevista a Haader acerca de la agit888. ¿Sabes algo de eso?

—¿Un artículo? —Él se encogió de hombros—. Había fiestas en el apartamento de Figeac a las que iba todo el mundo, pero tu madre y Jana, la esposa de Figeac, nunca se llevaron bien.

—¿A qué te refieres?

—Tu madre pensaba que Jana era demasiado incondicional, demasiado irracional, y que tomaba demasiadas drogas —dijo él—. Pero eso es lo único que recuerdo.

—Georges, ¿conocías a Jutta Hald?

Una expresión de tristeza recorrió el rostro de Georges.

—Los radicales pasaban por aquí continuamente, pero yo no estoy a favor de la violencia. Nuestro grupo nunca la defendió... como ya te he contado, nos separamos de los terroristas.

—Jutta acababa de salir en libertad, ¿la viste?

—Mi nieto me dijo que se había pasado por mi casa, pero yo estaba en la *manif*, la manifestación.

—¿Te dejó ella algún mensaje?

Georges negó con la cabeza.

—¿Qué razones habría para asesinarla?

Antes de que tuviera tiempo de contar que se había visto con Jutta, él comenzó a hablar.

—¿Por qué no nos ayudas? —le preguntó él—. Como hacía tu madre.

Sorprendida, ella se apoyó en la fría y húmeda pared.

—¿A qué te refieres?

—Podías proporcionar lugares en los que poder alojar a las personas que han pasado a la clandestinidad —dijo él—. En los setenta, teníamos un objetivo, y lo continuamos conservando.

—Pero yo no...

—Hay una persona. Si quieres saber algo de Jules, debes preguntarle a él —le dijo Georges interrumpiéndola.

—¿Quién?

—No puedo darte nombres.

Él tenía razón, era mejor no saberlo.

—¿Y mi madre...? —Ella tenía la sensación de que Georges había omitido algunas cosas deliberadamente, de que le había ocultado información.

—Su vida era la revolución y el arte —dijo él—. ¿Nos ayudarás entonces?

Ella bajó la mirada y asintió con la cabeza. Tenía que averiguar el paradero de Jules.

—Llámame —dijo ella, antes de darle su número de teléfono móvil.

—¿Te llamas Marie?

—*Non*.

—Eso creía —dijo él, esbozando una torcida y burlona sonrisa—. De tal palo, tal astilla.

Aimée comprobó si tenía algún mensaje, pero solo había uno de Etienne para que se reunieran en el Rouge.

El gorila de la puerta, un tipo descomunal, calvo, con la piel de color ébano, pendiente y chaleco de cuero, vigilaba el acceso. Una fila de personas a la moda, que esperaban para entrar al club privado, daba la vuelta a la esquina.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó el gorila, mientras la agarraba del brazo.

—Aimée, soy la invitada de Etienne Mabry.

—Déjeme ver —dijo él, antes de hablar por un radioteléfono portátil.

Fuera del club, las apagadas letras azules del rótulo de un viejo *hôtel* dejaban su estela en la piedra cubierta de líquen.

—Se acaba de marchar en su Harley —dijo él, con un marcado acento de Guadalupe.

—¿Solo?

El gorila entrecerró los ojos.

—Solo quiero saber si se ha marchado con un hombre o con una mujer —dijo Aimée, mientras se preguntaba si se habría encontrado con Christian—. Habíamos quedado unos cuantos.

—Con una mujer muy femenina.

—*Merci* por su ayuda. —Aimée esbozó una sonrisa. Era evidente que Etienne atraería a las mujeres como el velero. Se podía decir que había tenido una oportunidad, pero había llegado tarde.

El gorila le hizo un guiño, antes de darse la vuelta para abrir la puerta de una limusina Mercedes que acababa de detenerse.

Aimée quería volver a casa para llevar a cabo una investigación acerca de Jules, pero algo la acuciaba. En el camino de vuelta, se detuvo en el apartamento de Romain Figeac de la *rue* de Cléry. A pesar de la oscuridad, intentaría de nuevo encontrar las cintas, o cualquier otra cosa que pudiera habersele pasado por alto.

Aimée pasó por encima del precinto policial. Con la ayuda de su linterna y de la única lámpara que permanecía encendida, se puso unos guantes de látex que llevaba en la mochila y atravesó, arrastrando los pies, los restos chamuscados. La húmeda ceniza, la mugre y el humo inundaban las destrozadas habitaciones. La silla de cuero de Romain Figeac estaba colocada del revés. Sacó su navaja suiza, colocó la silla

derecha y comprobó las costuras, pero alguien se le había adelantado, pues había una corte limpio en el cuero. Ella introdujo la mano, pero solo pudo tocar cutí y muelles de alambre empapados.

Qué desperdicio, pensó ella. La obra de Figeac desaparecida o destruida. Todo se había esfumado y estaba fuera de su alcance, además ni siquiera se sentía segura de lo que estaba buscando.

Aimée no podía encontrarle sentido al incendio... Si alguien estaba buscando objetos de valor en el apartamento, ¿por qué le prendería fuego?

Volvió a colocar la silla del revés, se apoyó en las patas de madera y comenzó a pensar en lo que Georges le había contado. Su conversación había reforzado unos sentimientos que ella mantenía enterrados, o al menos trataba de hacerlo.

Su madre había estado por encima de una vida mundana plagada de preocupaciones domésticas, así como del cuidado de los hijos, para dedicar su tiempo a luchar contra la injusticia, empapándose de la embriagadora existencia de los años setenta, teniendo amantes, viviendo en una comuna y creando arte.

Su madre no era inocente, había sido una mula del narcotráfico, de acuerdo con Jutta. Una terrorista.

¿Sería una adicta a las drogas?

Jutta había tocado solo la punta del iceberg. Por desgracia, sus sesos quedaron desparramados en las piedras de la *tour* Jean-Sans-Peur, antes de que Aimée pudiera averiguar lo que sabía.

No tenía ninguna respuesta, solo recuerdos de su madre, una mujer esquelética con un ligero y persistente olor a *muguets* que, en ese momento, podía estar deambulando por los barrios pobres de África.

Entonces encontró una escoba en un armario y, lentamente, amontonó con ella la mugre, antes de escudriñarla con los guantes puestos.

Pero lo único que encontró fueron jirones de jacquard calcinados y junquillo ennegrecido, que estaban plagados de moho y eran morada de un nido de ratones.

Pero ¿y si el incendiario tampoco había encontrado el trabajo de Romain Figeac?

Trató de ponerse en la piel de Figeac... de conectar con un escritor venido a menos, que una vez fue un radical, y que abrigaba deseos de venganza contra aquellos que habían destrozado a su esposa. Durante la hora siguiente, Aimée estuvo rastreando todos los chisporroteados cajones, los chamuscados armarios y las grietas abombadas del papel pintado, incluso apiló unas sillas, se subió a ellas para desatornillar el plafón del que colgaba una lámpara de araña cubierta de polvo.

Nada.

En la cocina, comprobó el fondo de todos los platos y fuentes, miró por detrás de los armarios, por detrás del frigorífico y hasta en el tarro de harina que había en la despensa.

Pero lo único que logró fue cubrirse de blanco sus ennegrecidos guantes de látex llenos de grasa.

Los *pompieri* habían roto el cristal de la habitación de la madre de Christian; sus pelucas afro y petos de los años setenta se habían estropeado debido al agua y al humo. Poco quedaba en la húmeda habitación, aparte de las manchadas sábanas de satén de color melocotón apagado que cubrían la cama con dosel. A pesar de los años, Aimée sintió una perturbadora sensación de cercanía con esa mujer.

Con olor a hollín y partículas negras debajo de sus partidas uñas, Aimée salió del apartamento. Cansada y desanimada, se dirigió a las conocidas escaleras de mármol. Ya había estado allí tres veces y no había descubierto nada nuevo.

Estaba convencida de que se le estaba pasando algo por alto. Christian la había pagado para que encontrara al asesino de su padre, así como su manuscrito, pero parecía que el incendio lo había provocado alguien que tampoco pudo encontrar la obra.

Además, tampoco se sentía más cerca de su madre. Durante la mayor parte de su vida, la había estado persiguiendo el recuerdo de esa mujer que, cada vez resultaba más evidente, no quería tener nada que ver con ella. De no ser así, ¿por qué no había regresado?

Lo mejor era librarse de ese olor a humo y sumergirse en un prolongado y caliente baño para templarse los huesos.

A los pies de la escalera, junto a la puerta del sótano, una mujer encorvada transportaba con gran esfuerzo una caja de botellas de champán vacías.

Aimée no podía saber si su encorvamiento se debía al peso de las botellas o si era producto de la osteoporosis.

—*Je n'en peux plus!* —farfulló la anciana entre dientes.

—Permítame que le abra la puerta —dijo Aimée.

—*Commes vous—êtes gentille* —dijo la mujer, feliz de que la ayudaran. Su cabello, recogido hacia atrás en un apretado moño, era blanco como la nieve, y llevaba sobre sus hundidos hombros una pañoleta, a pesar del calor—. Si fuera tan amable de abrirla con esta llave.

Aimée giró la enorme llave, abrió la puerta del sótano de un empujón y pulsó el interruptor de la luz.

—*Madame*, por favor, permítame ayudarla a bajarlas.

—No le diré que no, *mademoiselle*. Son de la fiesta del bautizo de mi nieto —dijo ella, como si las botellas necesitaran una explicación—. Tengo que bajarlas, ¡ya no las soporto en mi apartamento!

Aimée levantó la caja y comenzó a avanzar lentamente por los sombríos y empinados peldaños, mientras se preguntaba cómo esa frágil y anciana mujer podía haberlas movido. El tintineo de las botellas, el húmedo hedor a moho y las trampas para ratas en el mugriento y gastado suelo hicieron que se arrepintiera de su ofrecimiento. Entonces vio los trasteros cerrados de los inquilinos con números en las puertas de madera carcomida.

Claro... ¿cómo no había caído en eso?

—*Voilà*. —Ella colocó la caja de botellas en el suelo. Una bombilla de escasa potencia iluminaba un extremo del sótano, proyectando sombras sobre la abovedada piedra.

—*Merci* —dijo la señora.

—¿Esos números se corresponden con los de los apartamentos? —preguntó Aimée, mientras miraba a sus alrededores y se sacudía el polvo de las manos.

—Déjeme ver, llevo tanto tiempo sin venir aquí abajo. —La mujer se puso unas gafas, que llevaba colgadas de una cadena alrededor del cuello, y entrecerró los ojos para mirar.

Aimée sacó su linterna e iluminó la zona con el fino haz de luz. Un agradable fresco le subía por las piernas.

—Así está mejor —dijo la anciana, mientras avanzaba arrastrando los pies y dejando una ligera fragancia a violetas a su paso—. Tengo la llave del mío en el llavero.

Las telas de araña, pegajosas y plagadas de insectos, se le adherían a Aimée en la manga, y le costó tanto quitárselas que le parecieron su propia piel.

—¿Cuál es el de Romain Figeac? —preguntó ella.

—El número 311, ese era el suyo —dijo la anciana, mientras doblaba la esquina del oscuro túnel—. Justo aquí.

Aimée iluminó con su linterna.

Entonces vio el brillo de la cerradura, la cual colgaba de las bisagras.

Se le habían adelantado. ¡Una vez más! Comenzó a perder la esperanza.

Al tocar la puerta, esta se combó y se abrió y, tras ella, había periódicos hechos una bola sobre la mugre acumulada. Un contrachapado con manchas de humedad bloqueaba el acceso a la antigua pared de piedra.

Se le adelantaban a cada paso que daba.

—Mi trastero está allí —dijo la mujer señalando el lugar—, junto a la antigua salida. ¿Le importaría ayudarme?

—¿La antigua salida?

—*Bien sûr* —dijo la anciana, mientras se agarraba la pañoleta que llevaba encima de los hombros—. «París está enclavado en un gran queso suizo», eso era lo que solía decir mi padre.

Aimée sonrió abiertamente, nunca había oído que se refirieran a París de esa forma.

—¿Cómo las catacumbas en el Marais?

—Más antiguo. Aquí abajo, hay piedra caliza salpicada de agujeros. La mayoría del *quartier* está construido sobre piedra caliza, al igual que Montmartre.

Es posible que ese fuera el motivo por el que París había permanecido igual durante siglos, los cimientos no soportarían nuevas construcciones. Algo fascinante, pero Aimée no comprendía la conexión.

—¿Cómo hace eso que haya otra salida?

La anciana se frotó los brazos por el húmedo fresco.

—Una vez, todos los agujeros estuvieron conectados, es probable que algunos continúen así. Corrían rumores de que había una colonia de personas en la clandestinidad. —Ella se encogió de hombros—. Qué historias, ¿eh? Sin embargo, en tiempos de guerra, la gente bajaba aquí durante los ataques aéreos, cuando les daba demasiada pereza ir al *métro* para refugiarse.

Aimée dirigió su mirada a las letras borradas de la madera.

—Parece peligroso. —Ella se acercó a mirar con mayor atención—. ¿Comunica con la place du Caire?

—No me sorprendería —dijo la señora. Dentro del trastero de la mujer, que tenía forma de u, había cajas de plástico apiladas—. ¿Qué será eso? —dijo ella—. Llevo años sin guardar nada aquí abajo.

Sintiendo curiosidad, Aimée se aproximó. El interior del borroso plástico estaba lleno de documentos. ¿Habría Figeac ocultado allí su trabajo?

—¿Qué le parece si abrimos una, solo para comprobar qué hay? —le preguntó Aimée.

Antes de que la mujer tuviera tiempo de negarse, ella se metió en un charco repugnante de color marrón y se puso de rodillas. La tapa de plástico estaba atascada. Manteniendo el pulso firme, Aimée tiró con tal fuerza que, cuando la tapa se soltó, se cayó hacia atrás en la mugre.

Ansiosa, encendió su pequeña linterna, pero solo encontró los restos de un amarillento certificado de licenciamiento y medallas de guerra que colgaban de despedazadas cintas de color azul, blanco y rojo.

—¿Qué pone?

—Yvon Edelman, medalla al mérito militar —dijo Aimée.

—Era mi tío —dijo la señora mayor—. Claro, se me había olvidado que le pedí a mi nieto que trajera eso aquí abajo. Transporta las cosas de poco peso, pero siempre se olvida de las pesadas.

Decepcionada, Aimée las volvió a colocar en su sitio.

—*Madame*, ¿conocía a Romain Figeac?

A Aimée le sorprendió que la señora frunciera sus labios en señal de desaprobación.

—¡Claro! El gran *monsieur* Figeac, como se hacía llamar. *Alors*, llámelo mejor *monsieur* Finkelstein, ¡su verdadero nombre! Es posible que no se adaptara bien a las portadas de sus libros. Su padre era sastre, como el mío. ¡Incluso eran de la misma calle de Lodz! —Ella entornó los ojos—. Aunque nadie entendía su manera de actuar. Sin embargo, el viejo que se las daba de interesante ha fallecido, y no debería hablar mal de los difuntos... —Su voz se fue apagando.

Ese era el motivo por el que Figeac vivía en el Sentier, había nacido allí.

—Estaba interesado en la política, ¿no es así? —le preguntó Aimée—. ¿No estaba casado con una actriz?

—Sí, así era él —la anciana asintió con la cabeza. Había recobrado energías, y se irguió bajo el fino haz de luz de la linterna—. Él no se tomaba la vida en serio. Nunca leí ninguno de sus libros, así que no sé de lo que trataban, pero podía coser rápidamente una entropierna a la perfección, como su padre le había enseñado. El joven, su hijo, ¡parece tan desdichado! —Ella negó con la cabeza—. De pequeño, era como un corderito descarriado, y nunca ha logrado encauzar su vida.

Pobre Christian, Aimée entendía a lo que se estaba refiriendo la señora. Delante de ellas, había colgada una escalera de cuerda. Aimée se agarró a la cuerda, húmeda y deshinchada por los bordes, y trepó por ella, pero se golpeó la cabeza con algo duro. Entonces, entrecerró los ojos para mirar hacia arriba y vio una trampilla de madera, pero no pudo moverla.

Descendió por la escalera, se sacudió el polvo de las piernas y acompañó a la señora a subir a la planta de arriba.

—¿Ha visto a alguien merodeando por aquí, alguien desconocido? —preguntó Aimée.

—¿Se refiere a alguien como usted? —La señora negó con la cabeza.

—Trabajo con los investigadores de los incendios provocados —dijo Aimée, exagerando la realidad—. Por si se acuerda de algo, tome mi tarjeta. Por favor, llámeme.

La anciana se alejó lentamente hacia su apartamento.

Y entonces lo vio. Un orificio de bala en la pared, que era similar a una flor de grafito con salpicaduras. Lo olfateó. Se trataba de pólvora... fresca o al menos muy reciente.

Si habían empleado un silenciador, al igual que hicieron con Jutta, ¿habría podido la anciana oír el disparo?

A ella le hubiera gustado disponer de un hacha de bombero con la que poder extraer el fragmento de la pared, pues sabía que un arma con calibre 25 no podía provocar un cráter de tales características.

Buscó en su mochila la lima de uñas metálica, la navaja suiza y el cortaúñas, y se puso manos a la obra. Tratando de abrir el agujero, introdujo sus herramientas y, haciendo palanca, consiguió raspar la pared hasta llegar a algo metálico. Cinco minutos después, logró colocar el borde curvado de la lima de uñas debajo de la bala y sacarla haciendo palanca.

Pertenecía a un arma de calibre 357. La metió en una bolsa de plástico hermética, la guardó en su mochila y se marchó.

Cansada, sin taxis a la vista y con solo unos cuantos francos en su cartera Vuitton de segunda mano, cogió el *métro*, cambió de línea en Châtelet y salió en *pont Marie*. Del oscuro Sena emanaba la suave brisa de la noche estival. Las luces azules de los *bateau-mouches* planeaban por debajo de Aimée.

Vaya una noche, pensó a medida que cruzaba el puente, primero la reunión con Etienne en el colectivo, sin que Christian apareciese; luego Georges y Frédo rememorando cosas de mi madre; el descubrimiento de los antiguos sótanos subterráneos del edificio de Romain Figeac y después el orificio reciente de bala en la pared. Sus interrogantes habían aumentado, y aún no había encontrado nada que la acercara a su madre.

Avanzó a grandes zancadas por el borde del puente y, al darle una patada a una piedrecilla que chocó contra el bajo muro de piedra, vio que había luces encendidas en su apartamento. Durante un momento, el tiempo se detuvo... alguien estaba esperándola en casa... como su padre... o Yves en una ocasión... pero su padre yacía en el cementerio e Yves le había devuelto la llave... ¿Se trataría de René? *Non*, él siempre llamaba antes.

—*Maman?* —dejó escapar de sus labios.

Una mujer que paseaba a su perro en el *quai* se giró para mirarla, mientras ella cruzaba corriendo el suelo adoquinado a una velocidad de vértigo. Pulsó los números del código digital y entró como un bólido en el edificio. Subió a saltos los peldaños de mármol, agrietados y desgastados desde hacía siglos.

En la entrada de baldosas, negras y blancas y con forma de diamante, comprobó que la puerta de su apartamento estaba abierta y que desde el vestíbulo se oía el soniquete de una conversación y las interferencias de una radio de la policía.

Nom de Dieu!

Era evidente que su madre no estaba allí... ¿Cómo había podido pensar en esa posibilidad?

Se dirigió a la puerta, pero alguien la agarró del brazo y no la soltaba. Se giró y vio a un *flic* de mediana edad con un uniforme azul y una radio en el oído.

—¿Dónde cree que va a esa velocidad?

Aimée inspeccionó el vestíbulo.

—Vivo aquí.

—¿Puede demostrarlo?

Sacó su *carte d'identité* y mostró a toda prisa su placa de detective.

—*Merci, mademoiselle* Leduc —dijo él—. Al parecer, ha sido víctima de un robo.

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿Un robo... quién ha llamado a la policía?

—Un vecino que estaba preocupado —dijo él—. Pero nadie mejor que usted para que nos diga qué se han llevado.

—¿Está el *commissaire* Morbier al cargo?

Si el *flic* se sorprendió ante sus conocimientos, no mostró su sorpresa.

—El teniente Bellan está en la unidad antiatracos —dijo él—. Nosotros acabamos de llegar, *mademoiselle*. La cosa ha sido de la siguiente forma: hemos encontrado la puerta abierta de par en par, pero no había luces encendidas. Perdone por el susto.

Ella analizó al tipo y vio sus galones. Era más comunicativo que la mayoría, un humano en toda regla.

—Su cara me suena, sargento.

—Me llamo Helier. Trabajé brevemente a las órdenes de su padre, *mademoiselle* —dijo él—, antes de que se jubilara, y me siento orgulloso de haber tenido esa oportunidad.

Entonces se acordó.

—Claro, sargento, gracias por sus amables palabras. ¿No es usted de Quimper, en Bretaña?

Él asintió con la cabeza, al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa.

Su padre decía siempre que las mejores galletas eran de allí. Las compraba en Fauchon para darse un capricho.

—¡*Mademoiselle*, por aquí, por favor! —le indicó otro *flic* desde su cocina.

Cuando pasó junto al Sargento Helier, este se tapó la boca.

—Nunca me creí lo que decían —dijo él en voz muy baja—. Jamás. Era un buen hombre.

Antes de que tuviera tiempo de contestarle o preguntarle a qué se refería, se le aproximó un *flic* con Miles Davis retorciéndose y ladrando en sus brazos. El perro dio un aullido y saltó al suelo de madera.

—*Merci*. ¿Dónde estaba? —dijo ella, mientras abría los brazos y lo cogía.

El *flic* entornó los ojos.

—Encerrado en el cuarto de baño.

—¡*Tiens*, bola de pelo! —dijo ella, alborotando sus orejas y atusándole el pelo para quitárselo de los ojos. Al cachorro le goteaba el mentón—. ¿Has estado bebiendo del retrete? —Miles Davis gimoteaba—. Claro, tenías sed y alguien malo te había encerrado dentro.

—¿Cómo han entrado?

—Forzando la entrada, la puerta principal.

Ella esperaba encontrarse con los muebles patas arriba, los documentos desparramados y los artículos de lino rajados, pero aparte de los *flics* buscando huellas dactilares, todo parecía intacto. Entonces comprobó el salón, de techos altos, donde había convertido uno de sus rincones en un despacho casero. El ordenador, los discos zip y los disquetes parecían intactos. Inspeccionó rápidamente su dormitorio, la habitación de invitados, los cuartos de baño, el salón que no utilizaba, en el que se encontraban apilados los muebles que su abuelo había adquirido en subastas, el cuarto de estar y el antiguo dormitorio de su padre.

Incluso su gran bolso Fendi continuaba colgado de su gancho en la entrada. La brillante capa de polvo de las habitaciones que no utilizaba permanecía intacta... por una vez su falta de habilidad para las tareas domésticas había servido de algo.

Lo único extraño era que había caído azúcar al suelo de un bote que había en la cocina. Se podía ver el rastro de los terrones de azúcar moreno sobre las baldosas

azules.

—¿Sería un ladrón goloso? —preguntó una voz a sus espaldas—. ¿O le habrían asustado los vecinos?

Ella había pensado lo mismo, y, al girarse, se encontró con un sonriente teniente Bellan.

—Volvemos a encontrarnos, teniente Bellan —dijo ella—. ¿No es el segundo distrito su jurisdicción?

—*Oui, d'habitude* —dijo él, encogiéndose de hombros—. Es la programación de las vacaciones; estamos consolidando los servicios, lo que significa que la mayoría de los agentes de la unidad de atracos se encuentran en primera línea de playa en Biarritz, mientras nosotros sudamos la gota gorda en París.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya conoce los trámites —dijo él—. Nosotros elaboramos un informe, usted acude mañana al *commissariat* y lo firma, pero pase la noche en otro sitio.

Parecía completamente afable, aunque también cansado, pues tenía unas grandes ojeras, entonces consultó su reloj.

—Mi mujer se ha puesto de parto... nuestro tercer hijo, así que no debería tardar mucho. Si me disculpa.

—Una cosa, Bellan —dijo ella—. ¿Cuáles eran los cargos en contra de Christian Figeac?

—Las leyes de confidencialidad me prohíben proporcionarle ese tipo de información, *mademoiselle* Leduc —dijo él, antes de que el busca que llevaba sujeto al bolsillo de su arrugada chaqueta emitiera un pitido.

—¿Confidencialidad? —Ella se encogió de hombros—. A mí me parece más bien acoso.

Él consultó el busca.

—*Zut!* Será mejor que me apure —dijo el policía, antes de pasar a su lado y dirigirse al vestíbulo—. El bebé ya ha asomado la cabeza. —Bellan cerró la puerta tras él.

Ella sabía que se encontraba en peligro, y le temblaban las manos. La habían golpeado por detrás en el incendio, le habían pinchado el teléfono del despacho y ahora alguien había profanado e invadido su apartamento.

Después de prestar declaración a los *flics*, marcó el número de Martine.

—*Allô* —dijo Martine, con la voz entrecortada, tras el primer tono.

—¿Tienes un sofá en el que podamos dormir Miles Davis y yo esta noche?

—Me parece un final perfecto para una noche horrible —dijo Martine—. ¿Me lo pides por algún motivo? Aunque no es necesario que lo tengas.

Ella le contó a Martine lo del robo.

—*Tiens*, será mejor que te quedes aquí —dijo Martine—. Móntate en la Vespa ahora mismo.

Aimée se dirigió al apartamento de Martine, situado en el exclusivo distrito

decimosexto, el cual tenía vistas al bois de Boulogne.

Ella evitó pasar por el significativo tráfico de travestidos del *bois*, que sería muy activo en una noche de verano.

El portero del edificio donde vivía Martine, de estilo *belle époque*, bostezó y le indicó que aparcara la moto en el patio. Las luces de las vidrieras iluminaban la lujosa alfombra roja que cubría las escaleras del apartamento. Ella transportaba a Miles Davis en una cesta de mimbre que llevaba colgada al hombro, con la esperanza de que su amiga no se hubiera hecho con un gato desde la última vez que la visitó.

—*Entrez* —le dijo Martine con un vestido palabra de honor ajustado de color coral, mientras caminaba con torpeza sobre sus talones, con separadores de espuma azules colocados en cuña entre los dedos de los pies—. Me estoy haciendo la pedicura.

—¿Pero no te la hace alguien normalmente?

—No si estoy organizando una guerra nuclear con Jérôme y esperándote —dijo Martine, antes de conducir a Aimée al interior del salón, de techos altos, con adornos blancos y dorados, *boiserie* de madera tallada y cornisas doradas.

—¿Cómo se lo está tomando Miles Davis? —Ella le acarició la barbilla y le ofreció una galleta en la palma de la mano—. Os podéis quedar todo el tiempo que queráis.

—*Merci*, pero después de que arregle las cerraduras de casa, no habrá ningún problema.

Ese piso era lo suficientemente grande como para albergar a todo un *ejército*, pero Aimée pensaba que a Jérôme *no le gustaría su visita*. El había heredado el piso de su familia aristocrática, la cual tenía renombre, pero poco dinero; era su exmujer la que se lo proporcionaba, quien prefería vivir en un moderno rascacielos de La Défense.

—No seas tonta —le dijo Martine—. En este museo puedes disponer de tu propio espacio.

Ella señaló hacia un carrito de bebidas cargado de licoreras y botellas, y luego le entregó una copa de champán a Aimée.

Martine descorchó una botella de Pol Roget, y entonces sirvió la dorada y burbujeante bebida. Después de brindar, Aimée albergó la esperanza de no haber derramado nada sobre la alfombra de Aubusson de color verde jade, melocotón y blanco.

—¿Estamos celebrando algo? —preguntó Aimée—. ¿Ha ocurrido algo de lo que deba enterarme?

Martine negó ligeramente con la cabeza, mientras se soplaba los dedos de los pies.

—*Voilà*. ¿Se han llevado algo?

Aimée conocía a Martine demasiado bien como para notar sus evasivas.

—No está claro si lo han hecho —dijo ella—. Lo comprobaré mañana.

—Has estado ocupada —dijo Martine, mientras servía otra copa para cada una—.

¿Qué hay del tío bueno de la Bourse que conociste?

Dejemos que Martine se concentre en los hombres, pensó.

—Quedó conmigo en Rouge, pero llegué tarde.

Martine levantó la mirada, con cara de horror.

—Es un lugar muy exclusivo... ¿te invitó a ir allí?

—Da igual, se había marchado con una mujer, *c'est la vie*. Así que me fui a comprobar el apartamento calcinado de Romain Figeac.

—¡Pero él te había invitado a ti! —Martine brindó con Aimée—. ¿Por qué te fuiste a darle una batida al apartamento de Romain Figeac?

Ella le contó lo que había ocurrido hasta ese momento: el asesinato de Jutta, que Christian Figeac la había contratado y que Georges, el miembro de Action-Réaction, le había proporcionado una pista.

Martine la escuchaba con atención.

—Pero estás en peligro, Aimée. Creo que deberías dejarlo.

—Primero cuéntame lo que has averiguado, Martine.

—No mucho —dijo apartando la mirada—. Puede esperar a mañana.

—¿Es algo malo? —Aimée se puso de pie y agarró el champán—. Supongo que esto me ayudará a digerir mejor la noticia.

—Todo está muy exagerado. Es algo desagradable, ¿estás segura de que quieres oírlo?

—Es mejor que me entere por ti, a que lo haga mediante indirectas y rumores.

—He ahondado bastante —dijo Martine—. El servicio de atención nocturna me ha enviado por fax la copia impresa. —Martine encendió un cigarrillo y soltó un anillo de humo, antes de quitarse los separadores de espuma de los dedos de los pies y darse golpecitos al esmalte rosa coral para comprobar si se había secado—. No es algo que te vaya a gustar.

—¿Que mi madre transportaba drogas, que se relacionaba con terroristas y que escapó a África? —Ella no estaba segura de eso, pero Georges se lo había insinuado, y creía que se trataba de una conjetura acertada.

Martine abrió los ojos como platos, y luego parpadeó.

—¿Es peor que eso? ¿Era una mercenaria? —le preguntó Aimée.

—Bébetelo champán, hablaremos de esto mañana.

—¿Qué hizo? —Aimée le quitó el cigarrillo a Martine, dio una gran calada, soltó el humo y se apuró el champán de un trago—. Estoy preparada para asumirlo.

Martine suspiró.

—No hay nada definitivo, el artículo está plagado de conjeturas.

—Como te acabo de decir, puedo asumirlo.

—El artículo habla acerca de tu padre... lo siento.

Martine señaló hacia el sillón de directorio tapizado en seda que estaba situado junto a las alargadas ventanas, en cuyo brazo había algunos faxes. Más allá de la intensa oscuridad del bosque, se divisaba el distante brillo de Neuilly. Aimée cogió

una de las hojas y leyó el artículo por encima.

—Es una investigación acerca de mi padre... no lo entiendo.

—Corría el rumor de que los terroristas lo hicieron saltar por los aires. Aparentemente, hubo una *inspection de pólíce*, y asuntos internos lo estaba investigando.

—No tiene sentido —dijo Aimée, mientras le temblaba la mano—. La *pólíce judiciaire* nos contrató como patrulla de vigilancia en la place Vendôme. Un asunto de rutina, lo hacíamos continuamente.

—Debe de ser un error... seguro que cometieron un error, los informes son exagerados —dijo Martine, mirando hacia abajo—. Es tarde, vamos a buscarte una habitación.

Y entonces Aimée lo comprendió.

—¡Pensaban que mi padre era un *flic* corrupto y deshonesto!

Entonces recordó la sonrisa apenas insinuada de su padre, sus pacientes ojos y la forma en que se peinaba su escaso cabello por encima de la calva, cuando se lo encontraba dormido de uniforme en la incómoda silla que había junto a su cama, después de finalizar una operación de vigilancia durante toda la noche, y cuando la llamaba «su pequeña princesa».

—Decían que era corrupto, ¿no es cierto? —Aimée se puso de pie y volcó el champán, provocando que este burbujeara sobre la alfombra—. ¡Jamás! —gritó—. Mi padre trabajaba mucho, y sus hombres lo respetaban. ¡No era una persona deshonesto!

—Claro que no —dijo Martine, antes de encender otro cigarrillo y pasárselo a Aimée—. Observa cómo está escrito. Son solo habladurías, unas insinuaciones repugnantes.

—En todos los departamentos hay *flics* que mienten, que ocultan algo y que sobornan, ¡pero mi padre no era así!

Aimée leyó el artículo, mientras permanecía de pie junto a la ventana de la habitación de invitados de Martine, con vistas al *bois* de Boulogne. El año que había pasado como estudiante de intercambio en Nueva York había sido muy ajetreado para sus padres. De acuerdo con el artículo titulado «Un matrimonio conchabado», escrito por Jacques Caillot en *Le Figaro*, habían sometido a vigilancia a su padre en relación con el robo de unas obras de arte, y se mencionaba a su madre en la misma frase, relacionándola con dos atracos a bancos; uno de ellos involucraba a Haader-Rofmeim y el otro se le atribuía a Action-Réaction.

Ella recordó el secuestro de Paul Laborde y el robo de su colección de Modigliani, y que su madre había escrito el nombre del pintor en su cuaderno, cambiando el orden de las letras; pero el artículo de *Le Figaro* solo hacía conjeturas, y no proporcionaba prueba alguna.

Ella siempre había pensado que su padre había fundado junto a su abuelo la agencia Leduc Detective porque estaba harto de la burocracia, pero es probable que tuviera otros motivos.

De modo que esa era la razón por la que Morbier no hablaba nunca de su padre, su antiguo compañero desde sus tiempos en la academia de policía, porque sospechaba que era un policía corrupto.

Se sintió invadida por la desolación.

Por fin cayó dormida, con Miles Davis a su lado.

Sus sueños estuvieron plagados de iguanas de colores brillantes, con las escamas hinchadas y vibrantes, que pisoteaban la casa ocupada por los artistas. Entonces volvió a tener una pesadilla, en esta ocasión... su padre caminaba a cuatro patas sobre los adoquines, con el rostro destrozado, y ella tenía las manos ensangrentadas debido a la explosión. La única diferencia con otras pesadillas era que las puertas conducían a paredes tapiadas... sin salida. Algunas estaban manchadas de sangre y otras cubiertas por desgastados carteles de las personas buscadas por la policía.

Jueves, por la mañana

Aimée se despertó sobresaltada en la habitación de invitados de Martine. Las motas de polvo danzaban sobre su almohada bajo la luz de los inclinados rayos de sol. ¿Por qué no lo había pensado antes?... ¡Los antiguos carteles de los buscados por la Interpol! ¡Buscaría en ellos a ese tal Jules!

Pero antes de eso, tenía que hacerle algunas preguntas al periodista, Jacques Caillot, acerca del artículo que había escrito. Para ser más exactos, quería saber cómo había recabado esa información.

Se bebió de un trago un cuenco de *café au lait*. Tenía la mente confusa, así que, después de tomárselo, se tomó un expreso para espabilarse.

Entonces llamó por teléfono a la oficina que se encargaba de las visitas en Fresnes, con objeto de saber cuándo podía volver a ver a Liane Barolet.

—Se encuentra aislada —dijo el oficial—. No puede recibir visitas ni correo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Depende del estado de ánimo del director —dijo él—. Organizó una revuelta anoche, el período de aislamiento podría durar una semana.

Otra decepción. Aunque había dudado que Liane tuviera cartas de su madre, pues era demasiado mentirosa, había enviado al abogado de Liane los documentos que demostraban que había pagado, como había prometido.

Después de varias llamadas de teléfono, averiguó que Jacques Caillot había dejado de trabajar en *Le Figaro*, y que estaba a cargo de los ficheros de la agence France-Press.

—Lo siento —dijo la operadora de la centralita—. *Monsieur* Caillot solo acepta citas con el personal de prensa. Nuestro archivo se limita a periodistas, corresponsales y agencias de noticias por cable.

Alegando que era una documentalista, Aimée logró concertar una cita. Martine le entregó a Aimée la tarjeta de identificación plastificada de *Madame Figaro* para que se la pusiera y su tarjeta de *presse*, y se ofreció a llevar a Miles Davis al despacho de Leduc más tarde. Aimée le pidió a su amiga que le prestara el vestido negro de lino de Chanel y un sombrero de paja y, diez minutos más tarde, avanzaba a toda velocidad en su Vespa por el Sena.

—Su documento de identidad, *s'il vous plait* —dijo el enjuto y nervudo guardia jurado desde la cabina situada en la puerta de la agence France-Press. Su compañero observaba los monitores que mostraban las imágenes captadas por las cámaras de vigilancia que se movían lentamente por el pequeño vestíbulo acristalado de los años sesenta. En el exterior, la Bourse y una casa ocupada cubierta de grafiti que había enfrente brillaban en el calor de media mañana.

Aimée le mostró la identificación de Martine y una amplia sonrisa.

—Por favor, ¿dónde está la sección de archivos? —dijo ella.

El guardia jurado analizó la tarjeta y le dio la vuelta, mientras ella aguantaba la respiración con la esperanza de que no le pidiera otro documento identificativo.

—Por esas puertas, *mademoiselle*, baje la segunda escalera hasta llegar al sótano.

—*Merci* —dijo ella.

Comenzó a caminar apresuradamente.

—*Mademoiselle!*

Entonces se detuvo, temerosa.

—Firme aquí, por favor.

—*Bien sûr* —dijo ella, y escribió «Martine Sitbon» con una rúbrica.

El guardia jurado le abrió la puerta doble batiente, y ella la atravesó. Los fotógrafos se aferraban a sus carpetas, los ayudantes corrían de acá para allá, y el mundo de las noticias de última hora la asaltó.

A la izquierda, unas estrechas escaleras de baldosas de linóleo recorrían dos fríos y húmedos tramos descendentes. Las entrañas con forma de cisterna del edificio parecían mucho más antiguas que los modernizados suelos de la planta de arriba. Debe de ser del siglo XVIII, o incluso más antiguo, pensó.

En el escritorio de las microfichas, una mujer de tez pálida y vestida con un mono cogió su solicitud.

—*Attendez*, está al teléfono —dijo ella, con tono de indiferencia. Probablemente llevara demasiado tiempo trabajando allí abajo.

Cuando la mujer le hizo una señal con la cabeza para que pasara, Aimée ya había anotado sus preguntas.

—La primera puerta a la derecha.

Aimée aguantó la respiración mientras atravesaba una puerta arqueada. Las paredes abovedadas de ladrillo rosa y el suelo de piedra le recordaban a una abadía medieval, quizás lo hubiera sido originariamente.

Jacques Caillot se encontraba sentado frente a un escritorio de acero inoxidable, y los haces de la luz halógena iluminaban un antiguo fichero que estaba ordenando. Aimée vio en la pared recortes de periódico enmarcados de Saigón, Lagos y Kabul junto al nombre del autor. Había incluso premios de prensa extranjeros.

—Perdone que le moleste, *monsieur* Caillot —dijo ella—. Le agradezco que haya aceptado recibirme.

Él levantó la mirada.

—Siéntese —dijo él—. Termine en un momento.

La escasa iluminación y sus ojos de color azul verdoso hacían parecer que estuviera mirando el interior de un acuario. Ella cayó en la cuenta de que uno de los ojos de Caillot se movía a cámara lenta. Él cerró el fichero, y notó que lo estaba observando.

—Tengo un ojo de cristal veneciano. Es gracias a un atentado del IRA durante la ceremonia de los caídos en las guerras del año 1987 en Enniskillen —dijo él con una

sonrisa torcida—. Y yo fui uno de los afortunados. ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy llevando a cabo una investigación acerca del terrorismo europeo de los años setenta para una revista de Montreal —dijo ella—. Me topé con su artículo y sentí curiosidad.

Ella le pasó la copia a través del escritorio.

Caillot analizó el artículo, mientras asentía con la cabeza.

—Claro, lo recuerdo —dijo él—. ¿Continúa Lepic a cargo del servicio de atención nocturna de *Le Figaro*? —preguntó él sin levantar la mirada.

La había pillado. Ella solo conocía a Martine y a su ayudante, Roxane, en *Le Figaro*. Caillot la había puesto a prueba y había ganado la partida.

—Le diré una cosa —dijo ella, arriesgándose—. Puede echarme a patadas si quiere, pero he pedido prestada esta tarjeta de identificación a mi amiga Martine, la antigua editora de *Le Figaro*.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque, *monsieur* Caillot, parecía no haber otra forma de verlo. Verá, esta «pareja conchabada» de la que hablaba en el artículo son mis padres. —Se alzó—. Ninguna otra persona hablará conmigo. —Volvió a sentarse, colocó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante—. En los únicos ficheros disponibles se han eliminado datos, o al menos, eso deduzco de su artículo y, hasta ahora, su artículo ha sido el único que he podido encontrar.

—Ha mentido para verme —dijo Caillot, volviendo a mirarla. Su ojo de cristal permanecía fijo por debajo de un lunar que Aimée tenía en el cuello.

—*D'accord* —dijo ella—. Pero no sabía qué hacer. Necesito información acerca de los terroristas de Action-Réaction y Haader-Rofmeim que la Interpol continúa buscando, así como de Romain Figeac y de agit888.

—Impresionante —dijo él—. Ha estado documentándose.

Cuando él se inclinó hacia delante, las varas metálicas de detrás de su espalda captaron la luz, y ella cayó en la cuenta de que estaba en silla de ruedas.

—No lo suficiente —dijo ella—. Ayúdeme, por favor.

—¿Por qué cree que estoy aquí, *mademoiselle*...? ¿Cuál era su nombre?

—Aimée Leduc. —Ella sacó su placa de detective y la *carte d'identité*, en cuya foto no salía muy favorecida—. Es solo una suposición, pero después de lo ocurrido en Enniskillen, usted quiso dejar que pasara un tiempo para asimilarlo todo y escribir un libro.

—Se está imprimiendo mientras charlamos, es usted muy rápida. —Él le dirigió otra torcida sonrisa—. Y aunque estuviera en mi mano hacerlo, ¿por qué debería ayudarla?

—Usted no entró en el mundo de la información para mantenerse a salvo —dijo ella—. Todo es cuestión de arriesgarse. Buscar algo y seguir las corazonadas hasta dar con la acertada, igual que un detective.

El párpado de su *ojo* de cristal le temblaba.

—¿Qué pruebas encontró? —dijo ella, apoyándose en el escritorio.

—No me cuestione —dijo él—. Soy un profesional.

Ella quiso decir que también lo era, aunque no se sintiera como tal.

—Por favor, dígame dónde consiguió esa información —dijo ella—. Y entonces, lo dejaré en paz.

—¿Conoce a alguien en la DST?

La mente de Aimée iba a mil revoluciones.

—A nadie a quien le caiga bien.

Él juntó las yemas de sus dedos y comenzó a golpear los índices el uno contra el otro.

—Siento curiosidad por saber qué hará con la información —dijo él, reclinándose en su silla de ruedas—. Si es que tengo alguna que poder proporcionarle.

Ella tenía que hacérselo comprender, pero solo había una forma, algo que odiaba hacer, abrirse a un desconocido.

—*Monsieur* Caillot, un día, cuando yo tenía ocho años, llegué a casa de la escuela y mi madre se había marchado —dijo ella—. Mi padre quemó todas sus pertenencias y me dijo que se había cerrado un capítulo de nuestra vida para comenzar otro nuevo. No me hablaba de mi madre.

Aimée se frotó sus brazos con piel de gallina.

—Años después, durante una operación de vigilancia rutinaria, para la que la policía había contratado a nuestra agencia de detectives, nuestra furgoneta saltó por los aires y mi padre murió. Nadie me proporcionó respuestas ni motivo alguno. Llevo años intentando averiguar quiénes eran esos terroristas, pero solo he logrado llegar a callejones sin salida. Mi último cartucho, un informador de Berlín, no me proporcionó nada nuevo, pero, cuando regresé hace escasos días, una antigua terrorista, Jutta Hald, apareció en mi casa, justo después de que la pusieran en libertad tras cumplir una condena de veinte años, y me contó que había sido compañera de celda de mi madre en Fresnes.

Jacques Caillot continuaba uniendo las yemas de los dedos, sin apartar sus extraños ojos del rostro de Aimée.

—De alguna forma, el hecho de buscar pistas que me aclararan la muerte de mi padre desencadenó la llegada de esa terrorista que conocía a mi madre. Más tarde, asesinaron a esa mujer, pero eso fue solo el comienzo, *monsieur* Caillot —dijo ella—. Ahora le toca a usted contarme lo que sabe y cómo obtuvo esta información.

—Pero continúa sin decirme qué hará con la información.

—Lo único que quiero saber es quién estuvo detrás de la muerte de mi padre y si mi madre está enterrada en alguna fosa de cal en el campo o viva en África.

—¿En África?

—Es algo personal, *monsieur*... necesito saber si existe algún tipo de conexión entre ellos...

—¿Se refiere a...?

—Si ella fue la causante de que asesinaran a mi padre. —Hala, ya lo había dicho. Entonces bajó la cabeza y, al levantar la vista, él no se había movido.

—Supongo que soy testaruda, pero tengo que saberlo y no me iré hasta que me lo diga.

—Durante mi vida he aprendido algunas lecciones —dijo él—. Lecciones importantes: Si encuentra al amor de su vida, no lo dude, aférrese a él; cepille y limpie sus dientes con hilo dental todas las noches; y no se burle de la DST.

—Gracias por la advertencia —dijo ella—. Pensaba que los archivos de mi padre estaban en la *pólice judiciaire*.

—No llevará encima una grabadora, ¿verdad?

—¿Una grabadora? Solo un expreso —dijo ella, antes de ponerse de pie, quitarse el sombrero y abrir la mochila—. Pero puede comprobarlo.

Él permaneció en silencio, y luego negó con la cabeza.

—Si menciona algo fuera de este calabozo de gruesas paredes, lo negaré todo.

Calabozo era el término adecuado.

—Tiene mi palabra.

Caillot respiró profundamente.

—No crea que me siento orgulloso de la tarde que pasé en la *rue Nélaton* hace más de veinte años. —Él se encogió de hombros—. Aunque estaba comenzando, y era un periodista hambriento de fama y dispuesto a hincarle el diente a lo que hiciera falta. Le parecerá un tópico, pero hay que vivir para ver.

—*Rue Nélaton* —dijo Aimée—, ¿se refiere a la calle en la que la DST se ubicaba en el antiguo edificio de Elf Oil? —Había pasado mucho tiempo desde que Aimée entregara una solicitud para consultar los archivos de su padre en el Ministerio del Interior, que estaba ubicado en el camuflado edificio que había encima del Vel d’Hiver, el velódromo que albergó a los judíos antes de su traslado a Drancy y del largo trayecto en tren hasta Auschwitz.

—*Exactement* —dijo él—. Lo denominan *politesse* o cortesía. Es muy sencillo, muy civilizado. Con invitación, un periodista puede tener acceso a los archivos que los *flics* o la DST quieren que vea, pero la realidad es que se publica lo que los *flics* quieren.

—¿Una filtración selectiva de la información?

—A partir de los archivos seleccionados —dijo él—. Su padre, como *flic*, lo habría entendido. Tome como ejemplo el archivo de la agit888. Ellos le estuvieron siguiendo el rastro a Sartre durante años; pincharon su teléfono, llevaron un registro de las personas a las que veía y los lugares a los que iba. A primera vista parece sospechoso, ¿eh? Una enorme logística de vigilancia, rollos de cintas con conversaciones telefónicas, fotos a escondidas... ¿y qué probaron? Básicamente, que él y Simone de Beauvoir mantenían una relación de amor poco satisfactoria, y que Sartre tenía problemas con su editor, porque no cumplía los plazos.

Eso encajaba con lo que Morbier le había contado acerca de Sartre y agit888,

además tenía sentido.

—Pero es probable que mi madre tradujera la entrevista que le hizo Sartre en la cárcel a Haader, y eso forma parte del archivo de la agit888, ¿no es así?

—Fue otro revés para Sartre, pero ella no figuraba en el archivo, de no ser así lo habría escrito.

Así que el archivo de la agit888 no la llevaba a ninguna parte.

—¿Y qué hay acerca de mi padre?

—Se aplica la misma analogía —dijo Caillot—. Se sospechaba que su padre había participado en un atraco de obras de arte. Me dejaron en una habitación con su archivo y algunos artículos sobre Action-Réaction en los que se mencionaba a su madre. Yo pensaba que me estaban ayudando, y sabía que tendría que devolverles el favor algún día.

—Así que lo utilizaron —dijo Aimée.

—Eso lo tengo claro ahora, pero entonces... —Su voz se apagó.

—¿Les devolvió el favor?

Él reajustó una almohadilla de espuma de su silla de ruedas.

—Después de mis servicios en los lugares más candentes del mundo, volví a casa para desempeñar un trabajo seguro o, al menos, eso pensaba. Sin embargo me asignaron otra misión, «como en los viejos tiempos», me dijeron, pero fracasó y estaré postrado en una silla de ruedas de por vida.

Ella se abstuvo de preguntarle si ese era el motivo por el que se ocultaba allí abajo.

—¿Encontró alguna prueba de que mi padre hubiera participado en atracos?

—Con respecto a eso, *mademoiselle*, debería echar un vistazo a los archivos de la *pólice judiciaire*... Yo lo único que vi fueron las acusaciones de culpabilidad, y eso fue de lo que informé. Parece que hice el daño que buscaban. Perdóneme.

Él se alejó con la silla de ruedas del escritorio.

—Es algo que me ha perseguido durante años. Ante todo, soy periodista. Se decía que habían abandonado la investigación, pero si su padre era corrupto... —Caillot se encogió de hombros—. No lo sé, aunque se rumorea que un sesenta por ciento del cuerpo policial lo es. Sin embargo, luego supe que le fueron mejor las cosas y que regentaba una agencia de detectives. Le pido disculpas una vez más.

Caillot debía de haber tenido mucho tiempo para pensar en el pasado. Aimée se puso de pie.

—*Merci*.

—Un último consejo: Reduzca el cerco en África... pruebe en Senegal.

Ella se acordó de Idrissa, quien procedía de Senegal.

—¿Y por qué Senegal?

—La economía es más estable para los *intellos* que se convierten en mercenarios.

Ella trató de hacerle más preguntas, pero eso era todo lo que tenía que decir.

—Entiendo por qué escribió el artículo, es probable que yo hubiera hecho lo

mismo —dijo ella—. Pero no lo hice, y ellos eran mis padres, tome mi tarjeta, por si le apetece contarme algo más.

Tenía la impresión de que lo único que había estado haciendo era dar su tarjeta a personas; personas que sabían cosas, pero que le contaban muy poco.

Ella consultó el directorio de microfichas en el escritorio de los archivos situado en la siguiente planta, en busca de información de mercenarios, Senegal, terroristas y las conexiones entre los terroristas europeos.

Lo que descubrió la hizo alegrarse de haberlo intentado, porque de no haberlo hecho, nunca los habría encontrado. Y es que pocos de esos artículos figuraban en los archivos de Internet, solo se podían encontrar en oscuros sótanos como ese. Hizo copias de los más importantes.

Transcurridas unas horas, con las copias en la mano, salió del edificio, feliz de volver a sentir los rayos de sol. Le quitó la pata de cabra al escúter y comprobó que, mientras había estado dentro de las oficinas, habían pegado en él una pegatina fluorescente de color morado en la que se podía leer «¡El arte liante para la gente corriente!».

¡A René le encantaría!

En un café de la *rue des Colonnes*, un sombrío soportal con columnas como la *rue de Rivoli*, pidió un *café crème* doble.

—¿Por qué no una *grenade*? —le preguntó el hombre desde detrás de la barra, mientras ahuyentaba a una mosca con un paño no muy limpio.

—*Grenade*?

—Es lo que llamamos un expreso muy cargado —dijo él.

—*Parfait!* —exclamó ella, cuando el hombre logró dar un golpe a la lenta mosca de finales de verano.

Le apetecía un lugar tranquilo en el que poder leer los artículos, digerir las palabras de Caillot y ver las copias impresas de Modigliani.

Después de dejar veinte francos sobre la barra de cinc, condujo una corta distancia, aparcó el escúter en la place Louvois, que lindaba con el Sentier, y recorrió la calle en dirección a la Bibliothèque Nationale del siglo XVII.

Ella mostró su tarjeta de investigación amarilla, y luego tomó asiento en el número 32, el lugar que le habían asignado, a un asiento de distancia de las largas ventanas enmarcadas en madera de la sección de los manuscritos occidentales.

Se sentó a cuatro asientos del pasillo, en un lugar que daba al patio adoquinado. Las paredes estaban cubiertas de libros desde el suelo hasta el techo.

Respiró profundamente, inhalando el olor a musgo de los manuscritos que emanaba del papel antiguo. El aura del pasado, su quietud, la tranquilizaban en ese mundo en continuo cambio. Durante los años que pasó en la École de Médecine, había estudiado allí los jueves por la tarde y, en ese momento, los conocidos y apagados haces de luz limón y los descomunales y duros asientos de madera volvían a provocarle la sensación de que el tiempo se había detenido.

Frente a ella, las repisas verticales de madera para los libros y los manuscritos, así como los reservados con balaustres de roble estaban cubiertos de una pátina de color miel. Todo era del siglo XIX. Aimée toqueteó el lomo de un libro, cuyo extremo puntiagudo estaba desgastado y oscurecido, consciente del silencio total que solo rompía el sonido del paso de las páginas y las toses ocasionales de los presentes.

Junto a ella, un hombre leía atentamente un pergamino de color marrón té, rígido y aceitoso, que tenía un bulto rajado de lacre rojo debajo de una intrincada y florida caligrafía con fecha de 1424.

Se reclinó en su asiento, respiró profundamente y se puso manos a la obra. Leer las copias que había hecho de las microfichas le llevó toda la tarde y, antes del último llamamiento a filas del día, había terminado de tomar notas y de hacer una lista de los posibles miembros que quedaban de Action-Réaction y Haader-Rofmeim, de los cuales seis, contando con Jutta y Liane Barolet, habían cumplido condena o pasado a la clandestinidad. Si Jules Bourdon, de quien descubrió que procedía de una adinerada familia de intelectuales, y su madre habían huido a Senegal... ¿por qué habían asesinado a Jutta en ese momento? Las fechas eran importantes, pero no sabía por qué.

Aimée recogió sus documentos, recuperó su tarjeta en el mostrador de consulta y se encaminó penosamente a la sala de *estampes et photographie*. Allí, pudo encontrar un libro con ilustraciones del pasado siglo XX. Las fluidas y alargadas líneas y curvas de Modigliani irradiaban sensualidad, así como el inquietante amor de sus protagonistas, en su mayoría mujeres.

Un ensayo sobre las pinturas de Modigliani, que acompañaba una guía de exposiciones de 1987, le proporcionó cierta perspectiva. De repente algo le vino a la mente. ¿Laborde, un alsaciano, se habría identificado con Modigliani, también extranjero en Francia?

Ella se preguntaba cuál sería la conexión entre todo: Modigliani, el secuestro y muerte de Laborde y la audiencia policial de su padre.

Su progenitor no podía ser considerado un entendido en arte, aunque su abuelo era un aficionado. El dinero había sido escaso, pero su padre se preocupaba de que sus zapatos no tuvieran agujeros y de que sus libros fueran nuevos, además, los sábados por la mañana la *boulangerie* cumplía con un pedido fijo de *brioche*s después de su clase de piano, ya que él no podía estar allí para comprarlas.

Condujo hasta su oficina y aparcó el escúter abajo. Aimée caminó apresuradamente por el pavimento, pasó junto a la fachada verde de la tienda, en la que se podía leer «Paris-Rollerblade», subió las escaleras, abrió la puerta de su oscuro despacho, encendió la luz y luego su ordenador portátil.

«Preparar el sistema de Michel», ponía en una nota adhesiva pegada en la pantalla de René. Como se sentía culpable, le dedicó algo de tiempo y llevó a cabo una buena parte del trabajo que tenía acumulado en su escritorio. Un buen y lucrativo contrato con Media 9 les cubriría las espaldas, pero ellos tenían que aplicar medidas

preventivas para su configuración de seguridad.

La seguridad, como todo lo demás, tenía que mantenerse y actualizarse continuamente. Los *hackers*, los *crackers* y los piratas informáticos neófitos siempre encontraban una forma de entrar... al menos René y ella lo hacían a fin de poner a prueba la seguridad. Pero los piratas informáticos neófitos, llamados así por la falta de refinamiento de los *crackers*, se las apañaban para entrar en un sistema antes o después y causar estragos. A la larga, la parquedad, los atajos y un personal sin formación les costaba a las empresas más dinero, mucho más.

Lo había visto en demasiadas ocasiones. Las corporaciones que no estaban dispuestas a pagar una buena cerradura se echaban las manos a la cabeza luego, cuando ya era tarde para encontrar una solución. René y ella se negaban a asumir la responsabilidad de los daños e introducían cláusulas de no culpabilidad en todos los contratos.

Transcurrida una hora, había redactado las alternativas a las cuestionables cláusulas del cliente, hecho una copia para René y enviado las enmiendas a Media 9.

En la pared, pegó con chinchetas las copias de los antiguos carteles de las personas buscadas. En el verano de 1972, se habían impreso y distribuido más de un millón de ellos. Imaginó que el hecho de que hubiera el mismo número de mujeres que de hombres retratados, fortalecía la unión entre Alemania y Francia.

Probó a llamar a la DST para pedir un informe del estado de la solicitud del archivo de su padre, pero lo único que consiguió fue oír una grabación que decía que la serie de archivos era confidencial y que solo se encontraba disponible para aquellos con autorización de alta seguridad.

Por cortesía de su contrato de alto nivel con Equifax, encontró un historial de crédito actualizado y bastante pormenorizado y, con la contraseña que había robado el año anterior durante su puesto como asesora en un banco, se puso manos a la obra. Después de introducir el número, encontró la información que necesitaba.

Cogió el teléfono y marcó el número que se había aprendido de memoria, uno que nunca había anotado y al que había evitado llamar hasta ese momento, ya que hasta entonces no había dispuesto del material suficiente para pactar con el diablo.

—*Oui?*

—Quiero encontrar a alguien —dijo Aimée.

—Entonces tendrás que pagar —dijo Léo Frot al otro lado de la línea. Su voz nasal se mezclaba con el ocasional tintineo metálico de fondo.

—¿Cuánto?

—El precio sube cuando alguien desea que nadie lo encuentre.

—¿Y cómo sabes eso, Léo?

—¿Por qué ibas a llamarme si pudieras encontrar a la persona que buscas?

Léo no había cambiado. Le sacaría el veneno a una víbora y le cobraría a la serpiente por él.

Por desgracia, estaba en lo cierto.

Ella no podía extraer los datos de los archivos en la *police judiciaire* del *Quai* des Orfèvres, ya que ninguno de ellos estaba informatizado. Toda la información anterior a los noventa estaba escrita a mano y almacenada en carpetas y en ficheros policiales, los expedientes también. *Afróntalo, toda la información confidencial está escrita a pluma... probablemente de ave.*

—Alguien se ha ido de excursión, ¿eh? —le preguntó Léo.

—¿De excursión? —preguntó ella.

—Nosotros acabamos de volver de Australia —dijo él—. Allí lo llaman la excursión de un aborígen al bosque interior australiano.

Típico de Léo, debe de estar desesperado por alardear de su viaje con alguien, pensó ella. Lo conocía desde hacía años, habían ido juntos al *lycée* y el padre de él había sido su dentista.

—¿Y si a cambio te hago un escaneo de seguridad de los sistemas?

Se hizo un silencio.

—¿Por qué me da en la nariz que no es un pago justo? —Se oía de fondo cómo Léo arañaba algo.

—Haz lo que quieras —dijo ella—. Pero resulta más rentable que el dinero en metálico, créeme. No te puedes ni imaginar las cosas que he descubierto.

—¿Cómo cuáles?

Aimée sabía que picaría, ya que tenía en pantalla el historial de crédito de Léo, delante de ella.

—Como el importe que se debe en tu tarjeta Visa, la oro; y que están a punto de cancelarla.

—Pero me dijeron...

—Olvídalo —dijo ella—. El proceso comenzó hace seis horas... Te auguro un futuro negro, pero que muy negro.

—Cámbialo y te ayudaré —dijo él.

Aimée pensó que se había derrumbado demasiado rápido.

—Quiero los archivos de Action-Réaction y de la banda Haader-Rofmein —dijo ella—. Desde los años setenta en adelante. —Se detuvo, dubitativa—. Y el informe policial de mi padre.

Hubo un silencio.

—¿Y no puedes buscarlos tú? —le preguntó Léo.

—Si estuvieran en el sistema, lo haría —le contestó. Él también lo sabía—. Pero no me apetece entrar en la *préfecture* del *Quai* des Orfèvres. Me causa aprensión.

—¿Y entonces tengo que hacerlo yo?

—*Tiens*, Léo —dijo ella—. Es tu departamento.

Hubo un prolongado silencio.

—Lo haré si arreglas mi informe.

—Haré lo que pueda.

Ella pulsó varias teclas y el saldo bancario de Léo apareció en pantalla.

—¡Estás en números rojos, Léo!

—Arréglalo... —él respiró profundamente —y me tendrás a tu entera disposición.

—Mi socio no ha descifrado los algoritmos de codificación del Banque de France todavía —dijo ella.

Pero había mentido; René lo había hecho ese verano, incluso había ampliado su sistema de seguridad a un algoritmo más rápido y desarrollado llamado Blowfish. Como solía decir él, más vale ser paranoico que tener que lamentarse después.

—Todo está automatizado —dijo ella—. Programado para problemas técnicos... demasiado tarde...

Aimée le dio un tiempo para digerirlo.

—Pero si bloqueo el departamento de facturación mediante un problema de la máquina de franquear, dispondrás de un día más.

Hubo un silencio.

—¿Un día?

¡Qué *mec* más ansioso!

—Digamos el fin de semana —dijo ella, esforzándose por parecer paciente—. El lunes pagas la Visa y evitarás toda una vida de desagradables calificaciones de crédito que podrían complicar tu solicitud para que vuelvan a financiarte la casa de Neuilly.

—Es Chantal —dijo él, resoplando con despecho.

Aimée había conocido a su esposa, Chantal, una mujer con la cabeza hueca, pero que parecía agradable.

—Está ilusionada con pasar las vacaciones en un *bungalow* de Córcega —dijo Léo—. ¡Con *jacuzzi*!

—Estoy segura de que es difícil. —A Aimée le costaba fingir compasión por ese matrimonio. La gran mayoría de las familias parisinas tenía que esforzarse y tener dos trabajos, aunque recibieran el subsidio para las guarderías, si querían cubrir las necesidades básicas y pagar las altísimas rentas de sus pequeños apartamentos.

—Pero tienes que venir aquí para ver los registros; estoy demasiado ocupado —dijo él, con un tono malhumorado—. Cuando los encuentre, no irán más allá de los aseos.

En una ocasión, ella se había reunido con él en el aseo para hombres de estilo *art nouveau* del *Quai des Orfèvres*.

—Es posible que hayan trasladado algunos archivos a la DST —dijo ella—. ¿Podrías comprobarlo?

—¡La DST! —dijo Léo quejándose—. ¿La división de la novena planta en la *rue Nélaton*?

—Un buen sitio para empezar.

—Allí, todo lo que uno dice o hace se clasifica, los documentos deben estar guardados bajo llave en cajas fuertes y hasta cuando vas a hacer un pis, tienes que cerrar con llave tu despacho.

—Apuesto a que te sabes las combinaciones de algunas cajas fuertes. Ella oyó su leve risita.

—O que conoces a alguien que las sepa.

—¿Qué has dicho que ibas a hacer con lo de mi Visa? —preguntó él.

—Ya veré lo que puedo hacer.

Jueves, por la tarde

Marius Teynard pasó junto a la recepcionista, *madame* Goroux, quien estaba ocupada tecleando.

—Anote que he terminado por esta tarde —dijo él.

—*Monsieur* Teynard, tiene una cita a última hora de la tarde...

—Dígale al chico que se encargue —dijo él. El chico, como llamaba a su sobrino, tenía cincuenta y cinco años. Teynard se puso su chaqueta de lino de color avena, se alborotó el cabello de las sienes y le dirigió una leve sonrisa—. Sabe cómo tratarlo.

Teynard sabía que *madame* Goroux pensaría que iba a visitar a su amante, que vivía en la siguiente manzana en la *rue* de Turbigo. Ella lo encubría a menudo, así que, que pensara lo que quisiera.

Fuera del edificio, en el bochorno de la calle cubierta de niebla, cercada por los altos edificios de Haussmann, Teynard giró en dirección contraria hacia la *préfecture de police* del *Quai* des Orfèvres.

A través de la parte más ancha de la *rue* de Turbigo que bordeaba el Sentier, pasó por la *boutique* Kookai, en cuyos escalones exteriores las dependientas estaban fumando, y el rótulo de neón rosa y naranja con la palabra «Tatouage» parpadeaba al atardecer. Era un refugio de drogas donde los haya, aunque los *flics* permitían que siguiera abierto siempre que sus soplones continuaran proporcionándoles información, pero se recordó a sí mismo que eso no era asunto suyo.

Ya no.

En la distancia, divisó la *tour* Jean-Sans-Peur, que estaba enclavada detrás de la escuela de color de arenisca. La escoria había estado justo en ese lugar... a tiro de piedra desde su oficina. *Merde!*

Tenía que admitir que ya no era tan rápido ni estaba al día, aunque eso solo lo decía él, quien había aprendido a ser su único y más severo crítico; de esa forma nadie más podría serlo.

Sin embargo, todo estaba a punto de cambiar. Había entrado en acción, era el momento de acabar con el degenerado canalla de una vez por todas, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

La caza, la persecución, era lo único que le hacía sentir vivo y le provocaba un escalofriante hormigueo en el interior de los brazos... Era el motivo por el que vivía, y debía afrontar que era para lo que había vivido siempre.

Se había engañado a sí mismo cuando se retiró de su puesto en la *préfecture*, montó la agencia y continuó trabajando a media jornada. Ni siquiera el contrato de trabajo con la DST cubría sus necesidades. Mantener a una amante joven se había convertido en algo difícil, que además le consumía demasiado tiempo. Su verdadera amante era su trabajo.

Tenía que obtener esa información frente a frente, sin el riesgo de las comprometidas conversaciones telefónicas, subordinados cotillas ni sus antiguos amigos del *Quai* des Orfèvres. Había llegado el momento de sacar provecho del amiguismo.

Jueves por la tarde

La afiebrada frente de Ousmane Sada estaba salpicada de sudor. Se sentía peor que antes de su visita al derviche. Se detuvo en un café del Sentier, enfrente de la fábrica de costura en la que trabajaba.

Algunos ancianos se encontraban jugando al *backgammon* en una mesa de formica, y el propietario tardó un tiempo en disculparse y en preguntar a Ousmane, con un enérgico tono de voz, qué quería tomar. Apoyándose en la barra de cinc, sediento y tembloroso, Ousmane se permitió un pequeño lujo, y pidió una humeante taza de cristal de té dulce con sabor a menta. Era tan relajante y reconfortante... Más tarde, buscaría su jergón y dormiría hasta que la fiebre remitiera. Se había prometido a sí mismo que probaría el consejo que su madre le daba constantemente: «No hay nada mejor para sudar la fiebre que un té de menta caliente».

Idrissa lo necesitaba dentro de algunas horas... pero ya se encontraba mejor. «Los mandingas nunca dejan crecer la hierba debajo de un baobab», recordó que decía su padre. Pagó el té y el propietario agradeció su propina con un movimiento de cabeza.

Ousmane se dirigió hacia la planta baja de la fábrica de costura situada en el angosto passage Sainte-Foy. La oscura iluminación del pasaje procedía de las parpadeantes bombillas fluorescentes de una oficina de la planta de arriba. El senegalés vio el fetiche de plumas amarillas, un mal presagio, justo antes de pisarlo aunque fue demasiado tarde, porque crujió bajo su rozado zapato. Horrorizado, se agarró a la pared de piedra. Sabía que no había marcha atrás, había sido maldecido por segunda vez en esa semana.

Jueves por la tarde

Aimée se encargó de la cuenta de Léo en línea, a fin de concederle un período de gracia de tres días, y entonces activó el virus que ella y René habían descubierto y neutralizado en el sitio web de Media 9. Introdujo un nuevo código, y programó el virus para que se autodestruyera en veinticuatro horas y anulara todos sus comandos. Después de volverlo a comprobar y llevar a cabo una prueba, envió el virus al sistema de la máquina de franquear de la Visa. La mitad de los franceses le estarían agradecidos si averiguaran que les había concedido un período de gracia, pero no lo harían.

Entonces llamaron a la puerta con panel de vidrio de su despacho con los nudillos. Ella pulsó la tecla «Guardar», a continuación, «Salir» y cerró su ordenador portátil.

Le abrió la puerta a una mujer de ojos de color gris pizarra que llevaba unas gafas de montura negra sobre un rostro anguloso y de tez pálida.

—*Fräulein* Leduc? —preguntó la mujer. Su pañuelo de lunares de seda era mecido por el aire que se colaba a través de la ventana del vestíbulo, un aire cálido y cargado del humo de los tubos de escape del callejón.

—*Oui*?

—Me llamo Gisela. Tenemos que hablar.

—¿Acerca de qué?

—De mi madre y de la suya.

Desconcertada, Aimée permaneció agarrada con fuerza al pomo.

—¿A qué se refiere? ¿Quién era su madre?

—Hablar en pasado parece la clave —dijo la mujer—. Ulrike Rofmein.

Aimée continuaba agarrada con fuerza al picaporte.

—Será mejor que pase.

—Somos las nietas de Hitler, ya sabe —dijo la mujer—. La generación perdida.

Aimée se estremeció. Hable por usted, quiso decir, eso no tenía nada que ver con ella.

—Y eso le afecta —dijo Gisela, como si le estuviera leyendo la mente.

A Aimée se le erizó el vello del cuello.

Gisela entró al despacho a grandes zancadas y se detuvo junto a una silla. Recorrió con la mirada las rejas del balcón de hierro con filigranas, el bodegón del siglo XVIII que estaba colgado por encima de los escáneres digitales, los antiguos pósteres de los buscados por la Interpol y los viejos mapas de color sepia.

—¿Me permite?

—Siéntese —dijo Aimée, que necesitaba tomar algo de beber—. ¿Le apetece

tomar un expreso?

—*Grazie* —dijo Gisela esbozando una sonrisa—. Crecimos en Italia.

—¿Crecimos? —Aimée desenroscó el brazo metálico de color negro de la máquina de café Lavazza.

—Tengo una hermana gemela, Marthe —dijo Gisela—. Mi padre nos cambió luego el nombre. Más tarde, cuando estaba en la *Universität* —se inclinó hacia adelante—, lo comprendí.

—¿Comprendió qué?

Gisela bajó el tono de voz, como si quisiera resaltar la importancia de sus palabras.

—Yo no tengo por qué esconderme, ninguna de nosotras —dijo ella—. No éramos nosotras las delincuentes, sino ellas. Nosotras solo éramos las víctimas.

—¿Qué sabe acerca de mi madre?

Gisela frotó sus largos dedos por el escritorio de Aimée.

—¿Quién conoce a quién realmente? Esa es la cuestión.

Aimée no sabía qué contestar, pero había algo en esa mujer que no le cuadraba.

Tiró el café usado al cubo de la basura.

Gisela no parpadeaba, y no le quitaba a Aimée la vista de encima.

—La revolución fue la hija de ambas —dijo Gisela—. No nosotras.

Era probable que eso fuera cierto.

Aimée presionó el botón negro de la máquina, y se oyó un ruido, seguido de un lento silbido.

—No entiendo cómo me ha encontrado, Gisela, ni el motivo de su visita —dijo Aimée.

—Hemos heredado el legado —dijo esta—. Una vergonzosa medalla a la que yo le di la vuelta.

Aimée dejó que el humeante expreso cayera en una taza pequeña. Cuando le pasó a Gisela el cuenco de azúcar de *faience*, sus dedos se tocaron, temblaron y permanecieron agarrados, era una sensación íntima y desconcertante al mismo tiempo.

Aimée retiró la mano. Entonces ambas bebieron y permanecieron en silencio durante un momento.

Ella se preguntaba cuál sería el punto de vista de Gisela y por qué le resultaba extrañamente familiar.

—¿A qué se refiere con «darle la vuelta», Gisela?

—Vamos a cambiar Europa —dijo ella— a mejor.

—¿Cómo?

—Haciendo algo que haga a la gente entender —comentó Gisela.

La mujer tenía su mirada puesta en la lista de clientes de la agencia Leduc Detective que estaba clavada con chinchetas en un tablón de corcho.

—Seguridad informática, *ja?* —No esperó una respuesta—. Cuando llega a su

casa y su novio le pregunta qué tal le ha ido el día, lo único que puede contestar es «No puedo contártelo», ¿no es así?

En caso de que lo tenga, estuvo a punto de decir Aimée antes de lograr morderse la lengua.

—Gisela, ¿por qué no me contesta a lo que le pregunto? ¿Por qué ha acudido a mí?

La alemana se reclinó en su asiento, se subió las gafas por la nariz y asintió con la cabeza, como si hubiera tomado una decisión.

—Cuando iba a la *Universität* de Wiesbaden, vivía con mi tía —le contó, en un monótono tono de voz—. Todas las semanas, me encargaba de lavarle el coche, de encerarlo y de llenar el depósito. El propietario del lavadero de coches no me quitaba los ojos de encima, pero yo pensaba que era un viejo verde. Después de haber vivido en Italia, estaba acostumbrada a ese tipo de cosas. Pero un sábado al pagarle, se rió por lo bajo y me preguntó si no iba a atracarlo. Yo le pregunté por qué me decía algo así, y él me contestó que se acordaba de mi madre y de que le gustaban los rápidos BMW, me dijo también que mantendría la boca cerrada si yo ponía una bomba en la tienda de ultramarinos turca que estaba abierta por la noche.

»Mi padre nunca nos hablaba de nuestra madre. —Gisela dio un prolongado trago—. Así que no le hice ni caso.

Extrajo un cigarrillo sin filtro de su bolso, pero no lo encendió, sino que comenzó a jugar con las hebras de tabaco de la punta, sacándolas con el dedo pulgar y el anular.

—*Aber*, él hablaba en serio. Algunos días después, de camino a mis clases, el conductor del tranvía rechazó mi billete de *Bahn* y me dijo que debería ir a robar un coche, al igual que hacía mi madre, Ulrike Rofmein. ¡Otro fascista! Más tarde, un pasajero se puso de pie, me señaló con el dedo y dijo: «Mi hermano tiene cristales en la cadera debido a vuestro atentado, y nunca ha vuelto a andar como antes». Yo quise decirle que solo era una niña, que no había hecho nada malo y que ni siquiera estaba en ese momento en el país, que mi madre era la forajida que había huido, pero su mirada mostraba desprecio, un odio glacial, así que salí corriendo, y llevo años haciéndolo.

—¿Y qué hay de su hermana?

—Marthe se casó con un italiano, se cargó de niños y ni siquiera volvió a hablar en alemán. Entonces, conocí a alguien —dijo Gisela, con una expresión de nostalgia en la mirada—. Un grave error, porque resultó ser un periodista que escribía cosas como «¿Dónde se encuentran ahora los hijos terroristas de Haader-Rofmein? ¿Viviendo al margen de la sociedad al igual que los padres que los abandonaron? ¿Atacarán de nuevo?». ... La misma *scheisse* de siempre. Vivir para ver, ¿eh?

«Vivir para ver»... Jacques Caillot había dicho lo mismo.

—¿Cómo se llamaba?

—Martin.

Un suspiro de hastío escapó de los labios de Gisela, quien continuaba jugueteando con el tabaco con el dedo meñique, antes de ofrecerle un cigarrillo a Aimée.

Haciendo un enorme esfuerzo, Aimée lo rechazó.

Gisela encendió su cigarrillo y dio una profunda calada.

Aimée sintió el deseo de aspirar la espiral de humo gris que subía lentamente hacia el alto techo, pero en su lugar se toqueteó el bolsillo en busca de un chicle Nicorette, aunque lo único que encontró fue un envoltorio arrugado.

—Conocí a periodistas, antiguos colegas de mi madre —dijo Gisela—. Hubo un tiempo en el que la respetaban, incluso ahora hay quien piensa que la *polizei* le tendió una trampa y que un torpe *Bundeswehr* la asesinó en prisión, fingiendo un suicidio.

A Aimée le parecía que la naturalidad con la que hablaba Gisela no se correspondía con su trágico relato.

—Supongo que caí en la cuenta de que teníamos cosas en común, y de que ella no era tan mala.

Aimée se preguntó qué tendría en común con su madre. Guardaba un vago recuerdo de una manifestación nocturna iluminada por velas en el *boulevard* Saint Michel, en medio de un frío cortante. Aimée se preguntó si su padre habría estado al otro lado de los manifestantes, defendiendo otra postura política. ¿Qué tipo de matrimonio era? No recordaba haberlos visto discutir. ¿Lo habría borrado de su memoria?

Ella se miró los dedos, y comenzó a tamborilear con ellos sobre el escritorio.

—Pero odia a su madre, ¿no es cierto, Gisela? A todos ellos.

La alemana aplastó el cigarrillo encendido en los posos de su expreso.

—¿Y usted no? —le contestó.

Aimée se bebió el café de un trago.

—Gisela, ¿no le resulta difícil odiar a alguien a quien no conoce?

Los ojos de la mujer brillaron y sus labios se fruncieron.

—Mi madre traicionó a la causa, al igual que hicieron los demás —dijo ella.

Aimée fue consciente del humeante vapor que escapaba de la máquina de café y del leve zumbido de la máquina de fax. Debajo, en la *rue* du Louvre, se oía el insistente estruendo de una sirena.

—Dígame qué pinta mi madre en todo esto, Gisela —dijo Aimée—, si quiere que le sea de utilidad.

—Se unió a Jean-Paul Sartre para entrevistar a Haader en la cárcel, fue entonces cuando se conocieron.

—Cuénteme algo nuevo —dijo Aimée. Alain Vigot, el editor de Romain Figeac, ya se lo había insinuado.

—Su madre robó el alijo de Laborde —dijo Gisela.

Cautelosa, Aimée se puso en pie. Laborde, el industrial. ¿Habrían guardado el alijo en el ataúd de la madre de Liane Barolet?

—Trabaje conmigo —dijo Gisela—, conozco a personas que pueden mover hilos

sin hacer preguntas.

—Yo no sé nada.

Gisela se inclinó hacia adelante, con dureza y hostilidad.

—Sin embargo, ella le envió algo... que solo usted podía entender.

Aimée sintió un hormigueo en la columna. ¿Se referiría al nombre de Modigliani que aparecía en el libro de Emil?

Ella cayó en la cuenta de las raíces oscuras e irregulares del cabello de la mujer, llevaba un tinte muy mal aplicado. Gisela era como una mezcla entre elegante y desaliñada, como el Sentier, como todo ese asunto. Deseaba que Gisela se marchara.

—Bueno, deme solo las gracias por el café, ya que no sabe nada acerca de mi madre... —Ella permaneció dubitativa antes de continuar hablando—. Entiendo que tenga que marcharse, además tengo trabajo...

Gisela no se movió.

—Podemos compartirlo.

Jutta le había dicho lo mismo.

Aimée se alborotó su cabello de punta. Era probable que estuviera cansada y que por eso todo le sonara igual. Había tratado de ser educada, pero no había funcionado, y esta mujer comenzaba a molestarla.

—Deme una pista o márchese.

—La torre —dijo Gisela.

¿Se estaría refiriendo a la *tour Jean-Sans-Peur* del Sentier?

Se sintió invadida por una horrible sensación que provocó que el estómago le diera un vuelco. ¿Sería ese el motivo por el que Jutta la había citado allí?

—Usted vio a Jutta Hald —dijo Aimée, respirando más lentamente.

—No la he visto en mi vida —dijo Gisela.

—Por supuesto que sí, pensaba que el alijo de Laborde se encontraba en la torre, pero no pudo dar con él y, como Jutta no le diría nada, la asesinó.

—No fui yo —dijo Gisela—. Probablemente lo hiciera su madre.

¿Mi madre?

No podía respirar. ¿Le habría enviado su madre el cuaderno?

El conocido silbido de la máquina de café y el estruendo de un autobús que pasaba por la calle de abajo se trasladaron a otro plano, un lugar en el que residía la familiaridad. Ella vagaba a la deriva en un tenebroso mundo de personas disfrazadas. Igual que en la antigua pesadilla de su infancia... puertas que se abrían, personas que se quitaban las máscaras para revelar otra debajo, y así sucesivamente. En ausencia de una imagen real o tangible.

El sudor salpicó sus labios.

Entonces vio un bulto en el bolso abierto de Gisela. Algo brillaba ligeramente. Qué estúpida había sido... Gisela llevaba un arma, pese al férreo control francés. ¿Y si había acudido allí dispuesta a emplearla?

Aimée se agarró a su escritorio. Su Beretta compacta 9 mm se encontraba en el

cajón. Enganchó los dedos alrededor del tirador del cajón.

Gisela metió la mano en su bolso.

—Comience a hablar o me alteraré mucho —dijo Aimée, levantando la Beretta lentamente—. Pero que mucho. Entrégueme su arma.

—Ten un arma cerca en todo momento. —Gisela asintió con la cabeza. La expresión de sus ojos no mostraba miedo—. A Marcus Haader le gustaba soltar eso, era su frase preferida.

Aimée mantenía su mano firme.

—Lo llevamos en la sangre —dijo Gisela, con brillo en los ojos, antes de dejar su arma paralizante sobre el escritorio de Aimée—. Nos merecemos el botín.

¡Se trataba de una simple pistola paralizante! Detente, se dijo Aimée a sí misma, recupera el control. Esa mujer la ponía nerviosa.

Aimée bajó su Beretta, ignorando el temblor de su otra mano.

—¿Tiene licencia para esa arma?

Gisela comenzó a reírse burlescamente.

—¿Y usted?

—Soy detective —dijo Aimée. Por desgracia, la Beretta no estaba registrada, pero Gisela no se enteraría de eso.

—¿Qué le ha pasado en la mano? —le preguntó la mujer.

—¿Se refiere a la cicatriz? Los terroristas hicieron saltar a mi padre por los aires, y yo me encontraba cerca.

—Una auténtica hija de la revolución. —Los ojos de Gisela centellearon—. Verá, nuestro destino es seguir adelante. Su madre ocultó el contenido de la caja fuerte del industrial, y ahora necesitamos ese dinero para financiar nuestro movimiento.

Así que de eso se trataba todo.

—Si eso fuera cierto, ¿por qué cree que después de veinte años puede quedar algo?

—Seguiremos adelante. Nos lo merecemos. No todos los bonos fueron canjeados. Vuelven a aparecer cada cierto tiempo.

—¿Bonos?

—Además de escrituras de propiedad de minas y tierras en África.

—¿Por qué acude a mí ahora?

Se hizo un silencio.

—Así que eso era lo que Jutta Hald buscaba —dijo Aimée—. ¿Pensaba que mi madre lo había escondido? Entonces, ¿mi madre sigue con vida?

Gisela no dijo nada.

Aimée volvió a guardar su arma en el cajón, antes de amontonar las hebras de tabaco y tirarlas al cubo de la basura.

—¿Qué edad tiene, Gisela?

La alemana permaneció dubitativa por primera vez, sorprendida por la pregunta.

—¿Se ha olvidado de cuándo nació? —le preguntó Aimée.

—En 1962 —dijo Gisela.

La mujer era una impostora, porque de acuerdo con los recortes de periódico, Aimée sabía que Ulrike Rofmein había tenido gemelas en 1963. Esa mujer estaba mintiendo.

—Demasiado tarde... error. —Ella le indicó la puerta—. Le deseo más suerte con el siguiente de su lista. Lo siento, pero no simpatizo con los recuerdos que comparten los terroristas ni con la solidaridad entre mujeres. No me trago su historia.

—Quizás no le guste lo que voy a decirle. —Gisela se encogió de hombros, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Su madre no era ninguna santa —dijo ella—. Vaya haciéndose a la idea.

A Aimée le dieron ganas de lanzarle la máquina de café.

—Si no coopera, las cosas se pueden poner... ¿cómo se dice? —Gisela se detuvo—. ¿Difíciles para usted?

—¿A qué se refiere?

—En primer lugar, a su estado de salud y al de su socio.

Aimée se quedó petrificada.

—Él no tiene nada que ver en esto.

—No se preocupe, seguiremos en contacto —dijo Gisela con una ligera sonrisa—. Soy buena en eso.

Para cuando Aimée pudo volver a moverse, la impostora ya había salido por la puerta y sus pisadas se oían débilmente en la distancia.

Aimée se chocó con la máquina de café, lo que provocó que se volcara, y los sucios y calientes posos, los fragmentos rotos de plástico negro y la tela metálica destrozada cubrieron el suelo de parqué. Un fino chorro de color chocolate en forma de arco salpicó el póster del concierto de Miles Davis en el Olympia, como si fuera sangre reseca.

Aimée se sentía decaída y se deslizó por la pata de su escritorio hasta llegar al suelo, mientras trataba de reprimir las lágrimas, y allí permaneció sentada, en medio del húmedo desorden.

Sabía que los *indicateurs* de Renseignements Généraux (los informantes) estaban entrenados para reaccionar de esa forma. La primera lección en el sótano subterráneo cercano a la place Beauvau era: Si te apuntan con una pistola en la cabeza, mantén siempre el mismo argumento, persevera, muestra sinceridad y no reveles ninguna información. Era el típico entrenamiento del RG que no aparecía en ningún libro de texto.

Las dudas la asaltaban; algo no le cuadraba. ¿Podía una alemana entrenada por los franceses ser una informante secreta? Aimée recuperó el aliento.

Sin embargo, el RG reclutaba personas de todos los estratos de la sociedad... ¿por qué no reclutar a la hija de una conocida terrorista que odiaba la causa a la que su madre se había abrazado, en lugar de haberlo hecho con ella? A finales de los años setenta, el RG se infiltró en grupos de izquierdas, creó expedientes a partir de

escuchas telefónicas, correos interceptados e informantes infiltrados en escuelas y universidades, por lo que era probable que Gisela fuera la hija de Ulrike Rofmein, y también una agente del RG, pero entonces ¿cómo había podido confundir su propia fecha de nacimiento?

René la encontró de la siguiente forma, aturdida y húmeda, y ahogada en sus propios sollozos.

—Era una máquina barata —dijo él, mientras le daba una patada a la carcasa con la punta del zapato—. Nunca me gustó, necesitamos otra. —Él colocó en el suelo a Miles Davis, que se dirigió directamente al regazo de Aimée—. Martine lo dejó aquí de camino a su trabajo; me ha contado que anoche entraron en tu apartamento.

Aimée asintió con la cabeza, antes de abrazar a Miles Davis y enterrar la cabeza en su pelaje.

—Los grandes almacenes Bazar Hôtel de Ville están en rebajas —dijo René—. Compraremos una nueva en el BHV.

Él encendió su ordenador y sacó la escoba.

—Eres como de mi familia, René —dijo ella, mientras se limpiaba el rostro con la manga—. Esta mujer me ha amenazado... me ha dicho que correrías peligro si no coopero.

—Que vengan, estoy preparado, me entreno en la academia de artes marciales a diario —dijo él—. Dame la oportunidad de anotar los nombres para patearles el culo.

—Si te ocurriera algo...

—Ya lo sé —dijo él—. A mí me pasa lo mismo, socia.

Entonces Aimée le habló de Gisela y le contó lo que había ocurrido. Ella alborotó el pelo del estómago a Miles Davis, entonces se irguió lentamente y le quitó la escoba a René.

—¿No hubo suerte con Etienne anoche? —le preguntó René.

Ella negó con la cabeza.

—Llegó Michel y quedamos con algunos artistas de *performance* con sus propios *ateliers* —dijo él—. ¡Estuvimos charlando hasta el amanecer!

Ella se alegró por él.

—Había algunas cosas preocupantes con respecto a las cartas de crédito de su tío Nessim —dijo ella—, pensaba enseñártelo.

René asintió con la cabeza.

—Siempre con «trapicheos». El padre de Michel era así, al igual que su abuelo. Su bisabuelo trasladó una máquina de coser desde el gueto de Lodz. Con seis bocas que alimentar, montó la máquina en la entrada situada frente a la única habitación que la familia tenía alquilada en un edificio en ruinas del Sentier.

—¿El mismo edificio en el que se encuentra ahora Michel? —preguntó Aimée.

René asintió con la cabeza.

—Su bisabuelo cosía para los comerciantes de ropa que pasaban por allí, luego se lanzó al mundo de la compra y confección de prendas de vestir y, tiempo después,

vendía su género a los florecientes grandes almacenes de Samaritaine y Bon Marché. Más tarde, compró el antiguo *hôtel particulier*, barato y en ruinas, pero con enormes espacios para trabajar. Lo arregló un poco, montó más máquinas de coser y contrató a inmigrantes más recientes que él.

»Su familia, junto a otros judíos askenazíes, se reunieron durante la ocupación —prosiguió René—. Después del éxodo argelino, los judíos sefardíes, refugiados en el norte de África, se trasladaron a vivir allí, pero la familia continuaba siendo propietaria del edificio y del negocio, una de las pocas que había vuelto para quedarse. Esos “nuevos judíos” eran extranjeros, no tenían formación y eran demasiado “árabes”, además de más arteros. El padre de Michel vendió el negocio a su cuñado, Nessim.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Aimée.

—Michel dice que su padre comparaba a Nessim con un mafioso; que ofrecía dinero y protección, presentaba peticiones de quiebra y provocaba incendios para cobrar el seguro. El padre de Michel odiaba el dicho: «*Une mauvaise saison qui termine bien*», una mala temporada que acaba bien.

Pero antes de que Aimée tuviera tiempo de recopilar la información relativa a Nessim en su terminal, desde la pantalla de René se oyó un fuerte pitido. Él negó con la cabeza, se sentó y, bajo la luz halógena, su frente comenzó a brillar con un ligero sudor.

—¡Qué sinvergüenzas de programadores! —dijo él, tecleando a toda prisa—. Inventan nuevos virus, corrompen los datos, acceden a redes privadas, dejan irritantes mensajes en las pantallas de los ordenadores y suben pornografía al sitio web. Lo normal.

—Nuestro pan de cada día, René —dijo ella.

—Tenemos que ponernos con el sistema de Michel antes del ensayo general en el Palais Royal. Tenemos trabajo, diosa de la cibernética.

Reprimiendo una sonrisa, ella dijo:

—Prefiero que me llames diva de la cibernética. —Se abrió la sandalia de tacón con los dedos del pie. Buscó los resúmenes criptográficos de los archivos del sistema y los comparó con la copia de seguridad válida para determinar si se había modificado algún archivo.

Después de algunas horas y varios expresos del café de abajo, encontraron una grieta en el cortafuego de seguridad, y René la reparó.

Entonces llegó la parte divertida: volver a recomponer el puzle. A René le encantaba reconstruir la ruta de los *crackers*. En compañía de una botella de agua mineral, identificaron las vulnerabilidades de las que un *cracker* se podría beneficiar y actualizaron el sistema de Michel.

Ella no le contó nada de Léo Frot, pues no había ningún motivo por el que él tuviera que enterarse de nada.

Jueves, a última hora de la tarde

Stefan se despertó en su coche, que estaba aparcado junto al cementerio, sin un franco y hambriento. De repente, cayó en la cuenta de que había reaccionado de manera exagerada la noche anterior al salir huyendo. ¿Por qué no le había preguntado al portero lo que le había ocurrido a Romain Figeac?

En ese momento, al llegar a la *loge* del portero, esta se encontraba a oscuras. Dubitativo, se debatía entre volver a subir las escaleras y no hacerlo... ¿advertiría algún vecino su presencia?

Solo había un modo de averiguarlo.

En la calcinada puerta, Stefan comprobó que el precinto amarillo de la policía colgaba sobre el húmedo suelo. Pulsó el interruptor de la luz con temporizador y el corazón le dio un vuelco. Justo en el lugar en el que había permanecido de pie la noche anterior, habían perforado un orificio, además había una abolladura, a la altura de los ojos, en la columna situada a su derecha. Se trataba de un rasguño importante, como la marca del roce de una bala.

Su instinto no le había fallado, pero lo único que tenía claro es que debía salir de allí y no comportarse como un estúpido dos veces. Entonces oyó un chirrido desde el hueco de la escalera.

Y comenzó a correr escaleras arriba en dirección a la azotea.

A Stefan le ardían los pulmones, su pulso se aceleró y le costaba seguir moviendo las piernas. Mientras corría, se quitó el impermeable y lo lanzó por encima del tejado. El sudor le caía por los omóplatos.

¿Por qué no había buscado una salida y planeado su vía de escape como hacía normalmente siempre que entraba a un edificio desconocido? Qué poco cuidadoso, se había convertido en una persona demasiado inconsciente y despreocupada. ¡Y mira lo que había ocurrido!

Huía para salvar la vida y le suplicaba a Dios que pudiera trepar por las resbaladizas tejas y descender a ese balcón de hierro forjado repleto de grandes geranios de color rosa. Con suerte, se colaría a través de la puerta del balcón, atravesaría pitando el apartamento y luego se iría volando a la siguiente calle.

Al menos se mantenía en forma, ya que levantaba pesas y hacía abdominales al amanecer, todas las mañanas.

¡Malditos geranios!... Aterrizó lanzando tierra en todas direcciones.

Stefan se levantó y atravesó apresuradamente la puerta de cristal entreabierta. Un anciano, que llevaba una redecilla en el pelo, estaba sentado leyendo junto a una tenue luz verde, y el gato que tenía en su regazo soltó un bufido.

—¿Quién es usted? ¡Fuera de aquí! —dijo el hombre con un bramido, mientras se subía las gafas por la nariz y trataba de protegerse frente al golpe que esperaba.

Pero el intruso ya había desaparecido.

Stefan redujo el ritmo, mientras maldecía al sentirse incapaz de ver nada en la oscuridad. Avanzó a tientas a lo largo de la Lincrusta Walton con relieves que cubría la pared. Con suerte, se trataría de un apartamento típico del Sentier, con un dormitorio que se abría al pasillo, y desde allí al vestíbulo y a la puerta de entrada.

Entonces tocó el suave pomo de una puerta, trató de girarlo, pero no se movía.

La puerta estaba cerrada con llave.

La intensa luz lo cegaba. El anciano, que andaba patizambo con unos calzoncillos largos y demasiado ajustados, y que llevaba un cuchillo de carnicero oxidado, apareció de pie en el vestíbulo.

—Luché contra los *boches*, y puedo hacerlo contigo —dijo él, dando un paso hacia delante.

Stefan trató de tirar del pomo metálico, pero estaba atascado.

—*Scheisse!*

—¡Eres un *boche!* —dijo el anciano, sobresaltado.

—¡Vuelve aquí, viejo!

Por detrás de ellos, se oyó un ruido sordo que procedía del dormitorio.

Stefan giró el pestillo hasta que los dedos le dolieron, y consiguió abrirlo; luego tiró del cerrojo de seguridad, salió corriendo y cerró la puerta de un portazo.

Se agarró al pasamanos metálico y se guió por las empinadas y serpenteantes escaleras, con cuidado de no pulsar el interruptor de la luz. No te pares, se dijo a sí mismo.

Una vez en la calle, se ocultaría entre los viandantes o en el *métro*. Más tarde volvería sobre sus pasos hasta el Mercedes, cogería del maletero su maleta llena de los disfraces que había conservado durante años, por si las moscas.

Stefan abrió la pesada puerta de estilo *art nouveau*, cuyo vidrio estaba sujeto por barras metálicas curvadas. Los destellos de luz roja, que se reflejaban en el cristal, procedían de un coche de *flic* que estaba aparcado frente a él.

Jueves, por la noche

Cuando salió del despacho, en compañía de René, Aimée llevaba a Miles Davis en su cesta de mimbre.

—Tengo huesos de canillas en el frigorífico —dijo René.

Miles Davis levantó sus orejas para prestar atención.

—Si tienes que encargarte del apartamento, me hace ilusión quedármelo esta noche. —René se rió abiertamente.

—*Merci* —dijo ella—. Acepto tu oferta.

La agradable brisa del Sena soplabá por la *rue* du Louvre, haciendo crujir las hojas de los plataneros. Ella se despidió con la mano cuando René, que llevaba a Miles Davis en la cesta, se subía de un salto al autobús en el *boulevard* de Sébastopol que lo dejaría al lado de su apartamento, el cual estaba situado cerca del Centro Pompidou.

Aimée llamó a la policía para que le proporcionaran información acerca del robo, pero, por el momento, no tenían noticias. Antes de volver a casa, tenía que pensar, y se dirigió hacia el Sentier.

Vio a las avejentadas mujeres que se exhibían como mercancía en la *rue* Saint Denis. Cuando los proxenetas se deshacían de ellas, las que tenían suerte compartían con otras una furgoneta, que dejaban aparcada en el bois de Vincennes, y se colocaban a la sombra, a fin de ocultar su edad.

Era una vida muy dura y sin las ventajas de la jubilación, en otras palabras, sin *sécurité sociale*.

Aimée se acordó de Huguette, o *madame* Huguette, como su padre insistía en que la llamara. Habían residido en la vivienda que estaba frente a la suya, antes de que se mudaran a vivir con su abuelo. Huguette había cuidado de ella, después de que su madre los abandonara.

Huguette solía untar con mantequilla gruesas *tartines* en la mesa de su cocina, permitía que Aimée cepillara a su pequinés de color caramelo y la obligaba a hacer los deberes. Esbelta, estilosa y de carnes prietas, Huguette se sabía más chistes que su padre, además de cómo elaborar una sidra de manzana *à la Bretonne*.

—Hago la mejor —solía decir, mientras permitía que Aimée removiera la mezcla —, es una vieja receta de mi *belle-mère* de Saint-Brieuc.

Todas las noches, Huguette, quien disimulaba sus grandes orejas con mechones de pelo al estilo *pixie*, se aplicaba maquillaje y luego se colocaba trajes de noche brillantes. ¡Qué trabajo tan glamuroso!, pensaba Aimée con ocho años, ¡es como ir a un cóctel!

—Bistro Gavroche... Soy una chica de alterne que se encarga de dar la bienvenida a los clientes y de llevarlos a sus mesas —decía Huguette—. Cerca del

métro Strasbourg-Saint Denis, junto a la gran *porte*.

Los ojos de Aimée habían centelleado. Conocía el enorme arco, la antigua entrada al norte de París desde el siglo XIV.

Una noche, Aimée oyó hablar a su padre y a su abuelo por casualidad, después de haberse ido a la cama.

—¿Qué clase de opción es esa?... dejar a una niña pequeña con Huguette o llevarla contigo al *commissariati* —había comentado su abuelo—. Métela en un internado.

—¿Acaso me ha hecho algún daño estar entre *putes* y *flics*? —había oído preguntar a su padre—. Estar con Huguette es bueno para ella, necesita a alguien que pueda hacer las cosas que yo no puedo. —Su abuelo había permanecido en silencio.

Sin embargo, su padre estuvo con ella la mayor parte del tiempo, hasta que se hizo más mayor y la enviaron al internado.

Años más tarde, mientras trabajaba, se encontró atravesando su antiguo vecindario. Había caminado por la angosta calle y, en el que fuera su edificio, los buzones parecían nuevos. No recordaba el apellido de Huguette, si es que lo había sabido alguna vez.

Sin embargo, en ese momento la curiosidad la superó y se dirigió al callejón situado por detrás de su antiguo edificio. Los frondosos arbustos de un terreno sin construir proyectaban su sombra en el callejón sin salida. Anteriormente, en ese lugar hubo un chalé de estilo *art nouveau* con soportes de madera curvados y una terraza de cristal con un armazón de hierro. Huguette y ella solían especular acerca de quién habría vivido allí, e inventaban historias sobre su propietario, un tal *monsieur* Roulard que trabajaba en la *gare* Saint-Lazare y que tenía el título del oficio de *chef d'opérations* pintado en la puerta.

En ese momento, las bolsas de plástico volaban por encima de la suciedad y los escombros, mecidas por el viento, y las espirales de alambre oxidado se enrollaban alrededor del único árbol que había en el lugar en el que antiguamente un jardín había florecido. En la ventana de Huguette, vio a una anciana que acariciaba enanitos de cerámica en el alféizar de la ventana trasera.

Aimée se detuvo. Cada enanito se posaba en una base de color verde, llevaba un sombrero de punta rojo y mostraba una pose diferente. La señora les daba golpecitos y los volvía a colocar en orden, entonces advirtió la presencia de la chica y, en su estropeado rostro, se dibujó una media sonrisa. Aimée reconoció sus largas orejas y permaneció mirándola boquiabierta, antes de levantar la mano para saludarla, pero la anciana estaba agachada, limpiando a los enanitos con un paño. Había pasado el tiempo, las sombras cubrían las botas de Aimée, pero la señora continuaba dando lustre a sus figuritas de cerámica y no volvió a levantar la mirada.

Aimée se dio media vuelta y se alejó a través de los agrietados adoquines, bajo un cielo nocturno tachonado de estrellas.

Jueves, por la noche

—¿*Monsieur*... se encuentra bien? —le preguntó el *flic* a Stefan.

Sus piernas se paralizaron, y cayó en la cuenta de que estaba jadeando y de que tenía los pulmones a punto de estallar.

—Perfectamente, *merci* —logró decir, antes de despedirse con la mano del hombre, así como de su propio miedo.

Pero el *flic*, a quien pudo ver levantando las cejas en la parpadeante luz del coche patrulla, permanecía observándolo.

Stefan deseaba controlar su respiración, lo intentaba, pero no lo lograba, y se agarró con fuerza al marco de la puerta.

—No hay ningún problema, de verdad —dijo Stefan.

Otro *flic* se bajó del asiento del conductor. Su placa brillaba bajo la luz de la farola y sus labios dibujaban una fina línea.

—¿Es este su lugar de residencia, *monsieur*?

—Me he parado a tomar algo en casa de unos amigos, oficial —dijo Stefan, con una respiración más controlada.

—Aaaah. —El *flic* asintió con la cabeza—. ¿Entonces vive en el *quartier*?

Stefan se acordó de su carné de identidad, no podía mentir.

—No, estoy visitando a unos amigos que sí viven aquí, oficial —dijo él, mientras movía una pierna y mantenía la cabeza agachada.

—*Bon*. Parece una persona muy social —dijo el *flic*—. Le agradeceríamos que nos ayudara con nuestras pesquisas.

—¿Pesquisas? —A Stefan le dio un vuelco el corazón, y pensaba que se le iba a salir del pecho—. Como ya le he dicho, no resido en París.

—En realidad, no lo ha dicho, *monsieur* —dijo el *flic* que tenía los labios apretados—. Si no le importa, nos gustaría que nos acompañara al *commissariat*.

—Pero estoy de visita...

—Y probablemente su vista sea más de lince que la nuestra, que conocemos el escenario de toda la vida, ¿eh?

Stefan se preguntó si le habrían pegado un tiro a alguien en el edificio.

—¿Ha ocurrido algo?

El *flic* lo agarró del brazo, como si estuviera preocupado por su salud.

—Un homicidio, *monsieur* —dijo él, mientras lo escoltaba hasta el coche.

Jueves, por la noche

El teléfono móvil de Aimée vibró en sus caderas.

—*Allô?*

—¿Has encontrado ya a Idrissa? —le preguntó Christian.

¡*Por fin!*

—¿Dónde te habías metido, Christian? No acudiste a tu cita con Etienne ni apareciste en el banco. Te he estado llamando —dijo ella—. El editor de tu padre, Vigot, sabe más de lo que contó...

—Ya lo sé —dijo Christian interrumpiéndola, y arrastrando las palabras—. Olvídate de eso... Idrissa tiene problemas.

—¿Que me olvide? —preguntó enfadada al sentirse ignorada—. ¿Sabes si Vigot tiene el manuscrito de tu padre?

—No, pero Vigot dijo...

Ella oyó un sonido amortiguado, como si Christian hubiera tapado el auricular con la mano.

Y entonces Christian colgó.

Preocupada, pulso la tecla de devolución de llamada, pero comunicaba. ¿Estaría drogado y tendría también problemas?

Continuó intentando llamarle, mientras se dirigía al apartamento de Mala en busca de Idrissa.

Llamó al timbre, pero nadie abrió la puerta. El club Exe se encontraba a una manzana de distancia, y pensó que quizás pudiera encontrar a Mala allí.

La estrecha entrada del club de la *rue Poissonnière* olía a desinfectante. Un claro indicio de una inspección sanitaria o del rumor de la llegada de una, pensó Aimée. Los clubes también se acicalaban cuando se ponían nerviosos ante la visita de las autoridades de inmigración.

—Me gustaría hablar con Mala —dijo Aimée.

—No trabaja esta noche.

¡*Genial!*

—¿Ha visto a Idrissa Diaffa?

—No ha vuelto a asomar por aquí —dijo la voz. Solo se veía el alargado cuello moreno de un tipo por encima de una camiseta sin magas roja, amarilla y verde al estilo rastafari, pues su rostro estaba bajo la sombra de la taquilla. Una machacona música electrónica se oía desde el interior del local.

—Pero en el anuncio pone que sigue trabajando aquí. —Aimée señaló hacia el cartel. El club Exe anunciaba de martes a jueves «noches acústicas con Idrissa, acompañada por Ousmane a la *kora*».

—Ese cartel es antiguo, pero hay música en la planta de arriba —dijo la voz—. Y

versiones mezcladas en la de abajo. En cualquier caso, la entrada cuesta treinta francos.

—*Pas de problème* —dijo ella. Genial, comprobaría si alguien conocía el paradero de Idrissa o si Ousmane tenía alguna pista de dónde podría encontrarse.

Ella le pasó los francos por encima de la desgastada madera. Una mano morena le cogió la suya y le estampó en la muñeca un sello con la imagen de una llave maestra roja. En el interior del club, los ritmos electrónicos amplificadas le perforaban los oídos. Varios hombres con rastas se encontraban apoyados en la barra, fabricada a partir de una vieja tabla de cinc. Ellos la saludaron con la cabeza, mientras bebían un ponche de color naranja llamado *gingembre*, una bebida senegalesa con ron que pegaba muy fuerte.

Encontró las escaleras de servicio. Junto a la cocina de la parte trasera, olió y oyó el chisporroteo del aceite de palma en una sartén. El cocinero, quien se encontraba de espaldas a ella, estaba de pie probando un Thiébou Dieune, una receta de arroz y pescado.

En el siguiente pasillo, después del teléfono público, había una habitación con un pequeño escenario al fondo, en la que los clientes estaban sentados en banquetas alrededor de mesas, bajo los espejos ahumados que cubrían las paredes. Algunos estaban comiendo, aunque la mayoría estaba tomando copas. Se trataba de un grupo muy variopinto: viejos y jóvenes, blancos y negros que escuchaban los acordes de una música inspirada en el griot africano. Un anciano, que llevaba puesta una larga túnica a rayas de color naranja y lo que parecía un sombrero pastillero de terciopelo rojo, estaba tocando la *kora*, pero no guardaba parecido alguno con la foto en la que aparecía Ousmane con Idrissa.

Cantaba y punteaba la suave calabaza con fondo de piel de animal. Las cuerdas, que estaban sujetas por tachuelas metálicas, subían a lo largo del alargado mástil del instrumento.

Aimée no veía ni rastro de Idrissa. Recorrió el pasillo lateral y miró entre bastidores. Una joven con cortas trenzas amontonaba rollos de servilletas y artículos de papel sobre una chimenea tapiada.

—*Bonsoir*, estoy buscando a Idrissa —dijo ella.

La chica se encogió de hombros, y entonces comenzó a mover las manos, y Aimée imaginó que estaba empleando un lenguaje de signos.

—*Muette?*

La joven asintió con la cabeza, era muda.

—¿Ousmane Sada? —La chica cogió un folleto y señaló el nombre de Mbouela, un intérprete de *kora* «venido directamente de Côte d'Ivoire»—. Entonces, ¿Ousmane se ha marchado? —preguntó Aimée.

La joven asintió con la cabeza.

—¿Qué hay de Idrissa? —preguntó Aimée, señalando hacia un camerino. Es posible que hubiera alguien allí dentro que la conociera.

La mujer se encogió de hombros.

—*Merci* —dijo Aimée esbozando una sonrisa—. Echaré un vistazo.

La joven se puso de nuevo a amontonar los artículos de papel.

El camerino rectangular estaba vacío, con la excepción de un disfraz de payaso blanco y negro, un Pierrot. Las grandes ventanas tenían vistas a los picos de un tejado de cristal y hierro forjado y, más allá, se divisaban los tejados del Sentier.

—La zorra... —Oyó Aimée mascullar a alguien—. ¿Dónde estará?

Oyó que algo caía al suelo. No le apetecía esperar para comprobar a quién estaban buscando. Se asomó por la ventana abierta y, debajo de ella, se extendía el largo techo cubierto de cristal del passage du Caire, el pasaje más antiguo de París.

A su izquierda, había una escalera de caracol al aire libre, lo que quedaba de un antiguo conducto que conducía a las habitaciones situadas encima del pasaje, en las que vivían los propietarios de las tiendas. Ella salió por la ventana y se aproximó a la escalera metálica exterior, tomó impulso agarrándose a la barandilla y saltó por encima. Cuando había bajado las escaleras y llegado al pasaje, hacía tiempo que los propietarios de las tiendas habían finalizado su jornada laboral y cerrado las puertas con llave. Logró llegar a la pequeña y rectangular place Sainte-Foy.

Aimée miró hacia atrás, pero nadie la había seguido, entonces se detuvo en el callejón sin salida de la *rue Saint Spire*. ¿Adónde se habría marchado Idrissa? No había encontrado respuestas en el club ni cuando trató de telefonar al apartamento de su amiga. Si Idrissa estaba en peligro, Aimée no sabía cómo ayudarla ni adonde ir a buscarla.

Pero ¿qué quería decir Christian con su comentario acerca de Vigot? Pulsó la tecla de devolución de llamada; el teléfono sonaba y sonaba, pero nadie lo cogía.

Sintiéndose confusa, Aimée se sentó en un banco de color verde, con el passage du Caire a sus espaldas, y sacó su bloc de notas. Su madre continuaba siendo un misterio, al igual que todo lo demás.

La place Sainte-Foy estaba en silencio: los cafés y las tiendas de ropa al por mayor estaban cerrados, las bolsas de plástico llenas a reventar de retales y los rebosantes cubos de basura verdes apoyados bajo los árboles. El único rastro de vida era un niño que daba patadas a una pelota de fútbol, ante la atenta mirada de una señora mayor que llevaba un pañuelo en la cabeza. Aimée se preguntó qué hacía un niño levantado a esas horas. ¿Tendría demasiado calor para conciliar el sueño?

—*Attention*, Vanya —dijo la señora mayor cuando la pelota rebotó contra los muros de piedra de un edificio ocupado—. Lanza el balón en otra dirección.

Un ciclomotor pasó por allí, y el sonido metálico del motor retumbó en la plaza. Aimée pudo oír su ronroneo a medida que avanzaba a toda velocidad en la distancia. De vez en cuando, una prostituta con su cliente giraba en dirección al antiguo passage Sainte-Foy, bajo el rótulo de la marca de ropa Roseline.

Por encima de ella, las tenues luces de los estrechos apartamentos tachonaban la noche. Entonces pensó que Atget, quien había fotografiado el lugar a principios del

siglo xx, reconocería la plaza. En un *quartier* sin más zona verde que esos escuálidos árboles, Aimée cayó en la cuenta de que ese cálido agujero constituía un espacio natural y un parque para un *titi* como Vanya.

En la página del cuaderno de hojas cuadriculadas, escribió tres nombres: Christian, Romain e Idrissa, y colocó signos de interrogación junto a ellos. Después del nombre de Christian, escribió «drogas» y «culpabilidad», y entonces dirigió las flechas hacia Romain. Christian se había sentido responsable del suicidio de su padre, pero a este lo habían asesinado.

Conectó a Jutta y a su madre y escribió «Alijo de Laborde —¿Los cuadros de Modigliani?»—. Nada de eso tenía sentido. Cansada, pensó que más le valdría consultarlo con la almohada. Aimée se colgó la mochila del hombro y se puso de pie. En ese momento, el tono de la señora mayor era de enfado. El niño le había dado con la pelota a un cubo de basura, haciendo que este volcara, y los desechos y la basura se arremolinaron en el aire, cubriendo la desértica plaza. Los retales cayeron volando junto a las sandalias de Aimée, que se giró para mirar. Al principio, creyó ver el torso de un maniquí, pero continuó observando.

Un maniquí negro.

Algo no cuadraba.

Aimée echó a correr en su dirección, mientras la señora del pañuelo en la cabeza gritaba y le tapaba al niño los ojos con la mano. Aimée trató de bloquearles la escena.

Las rastas, las conchas africanas y las cuentas de color amarillo y rojo le resultaron familiares. Muy familiares. ¡Idrissa!

Aimée dio un grito ahogado. Se veían unos ojos entreabiertos y las pupilas tenían una tira de *tache noire*, una mancha oscura. No era una imagen muy agradable; era un síntoma de deshidratación que recordaba de su curso previo a los estudios de medicina.

Debían de haberla asesinado hacía horas. Su rostro estaba distorsionado, el cuello ladeado en un ángulo imposible. Pobre Idrissa, qué lástima.

Ella se puso de rodillas, y algo le pareció extraño.

Al abrir más la bolsa, comprobó que había charquitos de sangre reseca y que el cadáver no era el de Idrissa.

Se trataba del hombre que aparecía en la fotografía junto a Idrissa en el club Exe, Ousmane, el intérprete de *kora*.

No te involucres, se dijo a sí misma.

Más adelante, en la *rue Sainte-Foy*, oyó el ruido del camión que recogía la basura a última hora de la noche y, antes de que el camión llegara a la plaza, observó con detenimiento al hombre. El liguero y el sujetador rosa que llevaba eran demasiado grandes. Habría sido una idea de última hora, pensó Aimée, para hacerlo parecer un tipo de Saint Denis en el caso remoto de que alguien abriera la bolsa, destinada al camión de la basura, y encontrara el cuerpo.

—Tenemos que avisar a los *flics* —dijo ella, tratando aún de bloquearle la vista al

niño.

Los ojos de la señora mostraron terror, quien negaba con la cabeza, mientras agarraba al niño con fuerza. No sabía o no quería saber, probablemente no tuviera papeles.

—*S'il vous plait*, ¡antes de que lleguen los basureros!

Aimée no quería hacerlo, no deseaba involucrarse en eso.

Pero la mujer retrocedió, tirando del niño. ¿Qué podía hacer Aimée? La mujer se marchó renqueando en dirección al *passage du Caire*, no había tiempo de seguirlos.

Había estado buscando a Idrissa y había encontrado a su acompañante.

¿Por qué había sido asesinado el compañero de Idrissa? ¿Habría cometido el asesino algún error?

Aimée entró taconeando el suelo del *commissariat* del distrito segundo, se sentó en el interior de un minúsculo y sucio despacho acristalado y con las paredes llenas de grietas, y apoyó las manos en el escritorio de madera. Vasos de papel aplastados y notas llenaban la papelera metálica. Sobre el archivador, había una nota escrita a mano: «¡No te olvides de las diez reglas del procedimiento!».

—¿Dónde está el sargento Mand? —preguntó Aimée—. Me gustaría hablar con él.

—*En vacances* —dijo el *flic* que estaba de servicio.

Qué mala suerte. Había hecho la primera comunión con su hija y conocía bien a su familia. Incluso había perdido una muela de leche en el sumidero de su baño.

—A ver si me aclaro —dijo el *flic* de la unidad de *découvertes de cadavres*, deteniéndose con dos dedos sobre el teclado—. ¿Encontró el cuerpo y la reconoció?

Lo que en realidad quería decir era que cómo había podido reconocer a una persona africana, *un noir*.

—Lo reconocí, era un hombre. —Aimée no quería admitir que estaba buscando a Idrissa ni quería explicar el motivo.

—*Voilà*, un hombre —dijo el *flic*—. Bueno, ¿y cómo lo reconoció?

—Era muy conocido en el mundo de la música *nouvelle griot* —dijo ella—. Lo oí tocar junto a su compañera en el club Exe. —El aire viciado y el humo de los cigarrillos le causaban picor en la nariz y el deseo de fumar.

—Veamos, ha dicho que su dirección es el número 17 de *quai d'Anjou* en la isla Saint Louis. —Él tecleaba sin levantar la vista—. ¿Qué estaba haciendo entonces en el Sentier?

Ella sintió el deseo de decirle que no era asunto suyo, aunque en realidad sí que lo era. Los *flics* te podían parar en cualquier lugar y momento, exigirte la documentación y retenerte como sospechoso de cualquier cosa.

—Había ido a que me pintaran las uñas —dijo ella, antes de mostrarle sus uñas rojas descascarilladas—. Un desastre, ¿eh? Una amiga mía tiene un salón de

manicura.

—No quedan muchos locales abiertos a esas horas en el Sentier.

Eso era cierto, y lo reflexionó rápidamente.

—Pero en la *rue Saint Denis*, las chicas prestan sus servicios de día y de noche, ¿no es así? ¿Quién está investigando el caso?

—En este preciso momento, yo, *mademoiselle Leduc* —dijo él, con tono de aburrimiento—. Como estoy seguro de que sabrá, la *police judiciaire* se hace cargo y luego lo consulta con *le proc*^[4], cuando viene aquí.

—¿*Le proc* acude aquí? Pero eso es algo inusual —dijo ella. Por lo general, los *flics* enviaban el dossier de las pruebas al Palais de Justice a fin de que el fiscal lo recibiera.

—Inusual... buena palabra —dijo el *flic*, mientras asentía con la cabeza en señal de estar de acuerdo con ella, antes de rascarse la nuca—. Hoy en día la vida es inusual. ¡Sobre todo cuando todo el mundo está de vacaciones!

—La víctima no es una *pute* —dijo ella—. Ni tampoco un travesti. ¡Era un músico!

—Me alegra que contemos con su palabra —dijo él, aún más aburrido que antes.

Transcurridos diez minutos, el *flic* le entregó una declaración escrita para que la leyera, la cual estaba plagada de faltas de ortografía y errores gramaticales, pero, después de pensarlo bien, decidió no mostrárselos.

Se disponía a firmar cuando desde el pasillo oyó los fuertes ruidos de alguien que caminaba arrastrando los pies. Era un hombre de mediana edad al que escoltaron hasta el otro escritorio del diminuto despacho.

Él se agarró al raído apoyabrazos de plástico y luego se sentó con gran lentitud. Su extrema palidez contrastaba con sus dedos ennegrecidos y manchados de grasa.

—Bueno, si firma esto —dijo el *flic*, con tono de enfadado—, habrá cumplido con su deber como ciudadana y yo podré finalizar mi turno, *mademoiselle Leduc*.

Por el rabillo del ojo, Aimée vio cómo el cuerpo del hombre se sacudía. Después de firmar, levantó la vista y comprobó que el hombre la estaba mirando, como si no se pudiera creer lo que veían sus ojos.

Al igual que hicieron Georges y Frédo en Action-Réaction.

Una vez más, un escalofrío le recorrió la columna.

—*Monsieur Pascal Ourdours*, que reside en Conflans, en la Préfecture de Cergy —dijo el *flic* con uniforme azul, mientras leía su documento de identidad—. Un poco tarde para ir en coche tan lejos de su casa, ¿eh?

—En realidad no —dijo el hombre.

—¿Puede explicarme el motivo por el que se encontraba en la *rue des Jeûners*?

Él se sentó, tieso como un palo.

—Como ya le he dicho al oficial, estaba visitando a unos amigos.

—¿Vio a alguien corriendo en las inmediaciones?

Pero Aimée nunca oyó la respuesta. El *flic* le tiró del brazo, para indicarle que

tenía que ceder su asiento a una mujer de mediana edad, vestida con minifalda y con sombra de ojos de color azul, que taconeaba con sus desgastadas sandalias.

—*Vite, chérie* —dijo la mujer—. Me duelen los pies.

Mientras salía del edificio, Aimée buscó rostros conocidos, entonces oyó cómo en la recepción de la comisaría, el *flic* que estaba de servicio decía por radio: «Ha sido una noche tranquila, con la excepción de un homicidio, dos testigos y las prostitutas de siempre. Eso es todo, *patrón*».

Así que Pascal Ourdours era el otro testigo.

Reconoció a Edith Mésard, la nueva *procureur de la République*, quien entraba a grandes zancadas al *commissariat*. En calidad de «la» *proc*, Mésard tenía mucho que demostrar en un sistema dominado por hombres. Aimée quería reanudar su antigua relación y obtener información.

—*Madame Mésard* —dijo ella—. Enhorabuena por su nombramiento.

Edith Mésard se detuvo.

—*Merci* —dijo ella, con la voz temblorosa.

Aimée sabía que se había operado de la garganta. La mujer parecía débil, pero a juzgar por el registro de sus condenas se trataba de una persona fuerte, la más fuerte de los tribunales.

Ella se fijó en el atuendo de Aimée.

—Los investigadores me están esperando, si me disculpa...

—*Bien sûr* —dijo Aimée—. Quizás nos veamos más tarde, me gustaría hablar con usted.

—Lo que va a decirme será de mi interés, *mademoiselle*... Leduc, ¿no es así? Lo siento, pero a partir de las ocho de la mañana tengo el día ocupado. Reservo mi tiempo para las víctimas, los agentes del orden público y las causas pendientes.

Bajo su traje de Rodier, su elegancia, su débil voz y sus modales de aristócrata se escondía puro hierro, en una palabra, se trataba de una persona imponente.

—La información de la que dispongo está relacionada con la víctima del homicidio —dijo Aimée.

—Por favor, preste declaración —dijo Edith Mésard, señalando con su pulcro dedo el diminuto despacho.

—Pero si ya lo he hecho. Digamos que existe un trasfondo confidencial —dijo Aimée.

Un buen *proc* mantenía abiertas las líneas de comunicación para aquellos que deseaban transmitir información (prostitutas, miembros de la comunidad gay y trabajadores ilegales), pero que se sentían intimidados por los *flics*.

—No modifico la información, *mademoiselle*, si es eso lo que está insinuando. En mi trabajo, estoy obligada a revelar mis fuentes, si afectan a las acciones legales. — Introdujo la mano en su maletín y le entregó a Aimée una tarjeta—. Pero puede tener acceso a mi línea directa únicamente entre las siete y las ocho de la mañana.

Y tras decir eso, Edith Mésard se marchó.

Fuera del *commissariat*, en la place Goldoni, Aimée sacó su teléfono móvil y volvió a marcar el número de Christian.

Continuaba sin contestar.

Tampoco Etienne Mabry contestó a su llamada. En la oscura calle parisina, vio que llegaba el teniente Bellan y, detrás de él, un coche de la policía se detuvo en el aparcamiento del *commissariat*.

El teniente la miró de arriba abajo. Su aliento con olor a vino le pegó a Aimée en toda la cara.

—¿Otra vez usted? —dijo él, con los ojos empañados—. Tenemos que dejar de encontrarnos así.

Guárdese sus manidos clichés para el bar, tuvo ganas de decirle. Debía de haber estado de celebración.

—¿Ha sido niño o niña?

—¿Cómo?

—Que si ha sido padre de un niño o de una niña —dijo ella—. Su esposa estaba de parto cuando entraron en mi apartamento.

Su rostro acusó su derrumbe, y tropezó con los adoquines.

¿Qué había ocurrido?, se preguntaba Aimée.

Los demás policías se habían unido a ellos, e intercambiaron sus miradas.

—Teniente Bellan, no está de servicio —le dijo uno de ellos—. Lo llevaremos a su casa en coche.

—Síndrome de Down, lo llamó el doctor —escupió Bellan, arrastrando las palabras—. En el lugar de donde procedo, los llaman mongoloides... imbéciles.

Ay, Dios, no era de extrañar que se sintiera destrozado.

—Perdóneme, lo siento muchísimo —dijo ella.

—¿Quiere saber cuál es la buena noticia? —Bellan parpadeó para enjugarse las lágrimas—. ¡Va a vivir!

Varios de los policías de uniforme cambiaron de posición sobre los adoquines y apartaron su mirada. Uno de los oficiales cogió a Bellan por el brazo, pero este se soltó y se dirigió entre tambaleos hacia Aimée.

¿Por qué no estaba con su esposa?, ¿por qué no estaban consolándose el uno al otro?

—Por favor, señor, no es necesario que vuelva al *commissariat* —dijo el *flic*.

—Alguien tiene que pagar las facturas —dijo Bellan, levantando el tono de voz—. Trabajar horas extras. Ese soy yo. Interrogar a esta mujer —dijo Bellan con un bramido, antes de señalar con el dedo a Aimée.

Su voz retumbaba en los adoquines.

—*Allez*, Bellan —dijo uno de los hombres—. Tómese un respiro.

—¡Precisamente ahora! Ella ha sido la causante de todo... desde el principio.

Una ventana se abrió por encima de ellos.

—No hagan tanto ruido —gritó una señora mayor.

Aimée se enfureció.

—¿A qué se refiere? —preguntó mirando al teniente y al grupo.

Ninguno de ellos la miraba. Bellan escupió, jugueteó torpemente con un mechero y se las arregló para encenderse un cigarrillo.

—De tal palo tal astilla. ¡Ladrona y corrupta!

Por suerte, los *flics* agarraron a Bellan y se lo llevaron a empujones, antes de que Aimée pudiera asestarle un puñetazo en la mejilla.

—Mi padre no era corrupto —dijo ella—. ¡Jamás lo fue! ¿Es que tengo que demostrárselo a todo el cuerpo de policía?

Quizás debiera hacerlo, porque el artículo de Caillot insinuaba que sí lo era. Solo los archivos policiales ocultaban la verdad. Los archivos que Léo Frot le debía.

—Yo conocía a su padre —dijo un *flic* de mediana edad, mientras se aproximaba a ella. Se quitó su gorra azul, dejando al descubierto su cabello gris cortado al rape, y se frotó la frente—. Trate de no hacerle caso a Bellan, ¿de acuerdo? Se le está yendo la cabeza con lo de su bebé. Bellan idolatraba a su padre, y le dolió mucho el hecho de que abandonara el cuerpo.

Sorprendida, Aimée retrocedió unos pasos.

—Pero no se pudo probar nada. Nada. Lo único que hay es un artículo insustancial con acusaciones... eso es todo. Mi padre era una persona intachable a la que le concedieron una condecoración póstuma.

—Existen algunos asuntos del departamento, bueno, que los que ostentan el poder sencillamente dejaron pasar.

—¿A qué se refiere?

—Nadie habla acerca de eso —dijo él—. Debería conocer el código, usted es la hija de un *flic*. Nos mantenemos unidos, no nos denunciamos entre nosotros. Y usted pertenece a nuestro grupo.

¿Así que eso era lo que pensaban de ella?

—Permítame que se lo aclare, soy detective privado, no policía —dijo la joven.

—Pero está llamando mucho la atención últimamente.

—Entonces vóteme para alcaldesa —dijo ella, tratando de ocultar su nerviosismo—. ¿Qué intenta decirme?

Varios *flics* se aproximaron a ellos.

—Quítese de en medio, es por su bien —le aconsejó, antes de unirse al resto del grupo y entrar en el *commissariat* junto a los demás.

Sintiéndose todavía más confusa que antes, se apoyó en el muro de piedra. Las dudas la asaltaban. ¿Se habría marchado su madre porque pensaba que su marido era un poli corrupto? ¿Habría sido ese el motivo que la animó a abandonarlos?

En lo más profundo de su ser, Aimée sabía que su padre no era corrupto. Sentía lástima de Bellan, pero al mismo tiempo sentía ganas de patearlo.

Trató de olvidarse del asunto y dirigió su mirada al *salón de thé* situado en el passage Grand Cerf, pero el restaurado pasaje de techo de cristal y alambre se

encontraba cerrado con llave por esa noche, así que se conformó con un vaso de vino tinto en la barra de cinc del café de la esquina, mientras escuchaba el parte meteorológico: el calor y la humedad iban a continuar.

En el largo espejo del interior del café, volvió a aplicarse su pintalabios rojo de Chanel, se pellizó las mejillas para darles color y se alborotó el cabello con los dedos.

Transcurridos algunos minutos, cuando Pascal Ourdours salía del *commissariat*, se aproximó a él por detrás.

—*Monsieur* Ourdours, tenemos que hablar.

Él se tensó.

—Por favor, no soy policía —dijo ella—. ¿Le apetece tomar una copa? Ahí hay un taxi —dijo ella, señalando uno que pasaba—. Vayamos a algún sitio para conocernos mejor.

—*Non...* tengo que ir a por mi coche.

Ella percibió la rara pronunciación de sus palabras. *Seguirá asustado*, pensó ella. Estaba tan conmocionado que no podía ocultar su acento. Bajo la luz parpadeante de la farola, percibió en su rostro que se sentía perseguido.

Desprendía un olor a miedo.

—Hay un café muy tranquilo por aquí cerca —dijo ella—. Charlamos un rato y luego podrá marcharse. Lo prometo... solo será una copa rápida, ¿de acuerdo? Me da la impresión de que no le vendría mal un trago, y a mí estoy segura de que tampoco.

Él dio un paso y luego se detuvo. Confuso.

—Vamos —dijo ella, abanicándose con la mano—, sigue habiendo mucha humedad. Estoy sedienta, y prefiero tomar algo acompañada.

Ella notó que parte de la desconfianza del tipo se había disipado.

—Trabajo por aquí cerca —continuó ella, pensando a toda prisa en cómo lograr que la situación no resultara amenazante—. Hay un precioso y antiguo salón de té, en el que las noches de los jueves inauguran una pequeña exposición de arte a última hora. Probemos allí.

—Ya que me lo pinta así —dijo él—, ¿por qué no? —Él parecía sorprendido, pero continuó caminando. Ella percibió que tenía ganas de hablar y lo llevó a Ventilo, la tienda de ropa que albergaba un elegante *salón de thé* en un edificio de la época de Haussmann con forma de cuña de pastel. Dos angostas calles flanqueaban el edificio de varias plantas, cuyos balcones de hierro forjado con forma de espiral estaban repletos de geranios. Desde las ventanas iluminadas de la tercera planta se oían conversaciones y el tintineo de los vasos.

Él se detuvo, dubitativo y con el ceño fruncido.

Delante de ellos, una pareja que se abrazaba, bajaba las escaleras riéndose de camino a la calle.

Aimée señaló el cartel de la exposición.

—¡Genial! —dijo riéndose abiertamente—. Llevo tiempo deseando ver esta

exposición. Es de fotografías antiguas en blanco y negro de las noches parisinas.

Ella notó que él observaba sus labios.

—Y lo mejor es que no tenemos que comprar obras de arte para que nos sirvan una copa.

Él dejó de fruncir el ceño.

—Pase usted primero —dijo él.

En el interior del salón de té con altos techos de estilo *art déco*, personas con bebidas en las manos se arremolinaban alrededor de las fotos. Aimée y él aceptaron los vasos de vino blanco que les habían ofrecido y comenzaron a observar diligentemente el material expuesto.

—¿Le importa que nos sentemos? —dijo ella, en cuanto creyó que podían hacerlo sin parecer maleducados. Se sentaron en un banco situado junto a las ventanas arqueadas con vistas a la estrecha calle.

A medida que Aimée comentaba las fotografías, los hombros de Stefan se fueron relajando y, poco a poco, ella empezó a formular preguntas.

—¿Le recuerdo a alguien, Pascal? —preguntó ella, acercando su rostro al suyo—. Me lo he preguntado por su forma de mirarme.

—Conocí a una mujer —dijo él—, hace mucho tiempo, que se parecía a usted.

El hecho de que hablara en pasado hizo que sus esperanzas se tambalearan.

—¿Cómo era?

Él abrió la boca, pero luego la cerró.

—Veinte años es mucho tiempo. Sencillamente me ha impactado porque el parecido es sorprendente.

—Es cierto, la vida puede dar extraños giros —dijo Aimée—. Mi madre se marchó cuando yo tenía ocho años. Al parecer, se unió a algunos radicales de izquierda... ¿quién sabe? —Aimée dejó sus palabras suspendidas en el aire.

—¿Qué edad tiene?

Ella se lo dijo.

Él se inclinó hacia delante y se dio golpecitos en el oído derecho.

—Tengo problemas con este oído, dígamelo en este otro.

—Mi madre era americana, quizás se topara con ella.

Ya le resultaba menos extraño decir «mi madre».

Él negó con la cabeza, mientras bajaba su mirada hacia las antiguas baldosas del suelo, pero antes ella pudo ver cómo sus ojos parpadeaban en señal de haberla reconocido.

Ella se acordó del sobre de Fresnes que Jutta le había mostrado, en el que aparecía escrito B. de Chambly.

—Se llamaba Sydney Leduc, pero creo que utilizaba un pseudónimo que empezaba por B.

Ella no pudo interpretar su expresión, porque continuaba con la cabeza agachada.

El hombre sabía algo, y ella dio un gran trago, mientras rogaba porque se

sincerara con ella.

—He oído que los años setenta parisinos fueron una época muy emocionante —dijo ella, hablándole al oído bueno—. Los radicales estaban rodeados de una buena dosis de romanticismo, algunos tomaron la senda de la violencia y otros la de la protesta. —Ella continuaba tratando de encontrar el botón que lo impulsara a hablar—. Mi generación parece bastante dócil, ¿verdad? Incluso en las manifestaciones en contra de la Organización Mundial del Comercio.

Hubo un silencio.

Ella se preguntaba si parte de su temor era producto de la pérdida de audición o de los ruidos que lo rodeaban.

—Hablando de lo pequeño que es el mundo —dijo ella—. Action-Réaction continúa teniendo una base aquí en el Sentier. Conocí a algunos de sus miembros, son de su edad.

Él levantó la mirada y comprobó que el vaso de Aimée estaba vacío.

—¿Quiere más vino? —le preguntó él.

—*Merci bien* —contestó ella con una sonrisa.

Él no se la devolvió, solo la honró con una intensa mirada.

Era un hueso duro de roer, ¡incluso más que el antiguo colaborador nazi del Marais! ¿Habría malinterpretado al hombre completamente?

¿Se trataría simplemente de un tipo mayor de las afueras que se encontraba en el lugar y el momento equivocados? ¿Lo habrían retenido simplemente porque se había cometido un homicidio a solo una manzana de distancia del lugar en el que se hallaba? Después de todo, pensó ella, los *flics* lo habían soltado muy pronto.

Él regresó y le entregó el vaso. Lo intentaría una vez más.

—Es muy amable —dijo ella, mientras aceptaba el vaso de vino—. No es mi intención agobiarlo demasiado, pero he estado pensando en acudir a una terapia por eso... a fin de encontrar la forma de sobrellevarlo.

Él asentía con la cabeza en señal de acuerdo.

—Yo mismo estoy en terapia. ¿Sabe que es maravilloso poder hablar con alguien de tus cosas?

Sus ojos brillaban, y él se inclinó hacia adelante. Sus palabras comenzaron a salir a borbotones, como si se hubiera soltado la ataguía de un dique, permitiendo que el agua fluyera. Aimée había pulsado el botón correcto. Él le habló de su pueblo y de su trabajo, antes de que ella le hiciera recordar su juventud.

—Mi hermano fue el listo, pero a mí me encantaban los coches. He tenido siempre la cabeza debajo de un capó, y la continúo teniendo. En mi opinión, Mercedes fabrica los mejores motores del mundo.

Aimée asintió con la cabeza. No era de sorprender que tuviera las manos manchadas de grasa.

La multitud había abandonado la galería y el personal comenzó a lanzar miradas en su dirección.

—Será mejor que nos marchemos, Pascal —dijo ella.

Él levantó la ceja.

—Llámame Stefan.

El hombre era una caja de sorpresas.

Ya en la calle, él le hizo señas para que se dirigiera a la oscura entrada de un apartamento. Él permanecía de pie, con el rostro parcialmente ensombrecido por los buzones que había en la pared, mientras movía las manos con preocupación, como si mantuviera una lucha interna.

—Conocí a tu madre en una ocasión —comentó por fin.

—¿Cómo era?

—Dulce, como tú —dijo él—. Sabía escuchar.

Aimée recordaba también ese rasgo de su personalidad, sabía escuchar atentamente en silencio.

—Me contaron que se marchó a África con Jules —dijo ella.

Él se encogió de hombros, pero sabía que ella había notado algo.

—Quería preguntarle a Romain Figeac, pero está muerto —dijo ella—. Lo han asesinado.

Stefan apartó su mirada.

—No sé nada de eso —dijo él—. Bueno, tengo que irme.

—Stefan, sigamos charlando en otra ocasión. —Ella le colocó su tarjeta en la húmeda palma—. Lo agradecería. Nunca me había hablado nadie de mi madre, nadie.

Él asintió con la cabeza, al tiempo que sus hundidos ojos mostraban comprensión.

—Resulta peligroso fisgonear —dijo él—. Sobre todo ahora... —Permaneció dubitativo, antes de hacerle señas a un taxi que pasaba por allí.

—¿A qué te refieres? —Ella lo sujetó del brazo.

El taxi se detuvo.

Stefan negó con la cabeza.

—Significa tanto para mí poder hablar con alguien. Hablar de verdad, pero no quiero hacerte daño.

Se metió en el taxi, cerró la puerta y se alejó a toda velocidad.

¡Genial! Le había puesto la miel en los labios para luego marcharse, pero no sin que antes Aimée anotara el número 2173 de la compañía Taxi Bleu.

Aimée recorrió la *rue du Louvre* en dirección a su oficina. El nombre de Stefan se repetía en su cabeza, ¿dónde lo había visto? *Piensa*, se dijo a sí misma, pero no lograba recordarlo.

Los taxis pasaban con las luces azules encendidas para indicar que estaban libres, pero ella continuó caminando. ¿Quién habría asesinado al que acompañaba a Idrissa tocando la *kora* y por qué?

¿Podría estar involucrado Stefan? *Piensa, piensa.*

Christian le había dicho que Idrissa se encontraba en peligro. ¿Habrían asesinado al músico para advertir a Idrissa o habría sido por error? Y eso le hizo pensar en el hecho de que Idrissa desapareciera después de que le hubiera preguntado por Romain Figeac. Las personas se ocultaban o desaparecían para eludir facturas, cónyuges, amantes celosos y venganzas, o para guardar secretos.

Aimée subió las escaleras en dirección a su despacho, encendió la luz, abrió la ventana que daba a la *rue du Louvre* y oyó los sonidos de la noche: pisadas, el ruido de una sirena en la distancia y los fragmentos musicales que procedían de la ventanilla abierta de algún coche.

Llamó por teléfono a Taxi Bleu, pero la operadora se negó a darle la dirección a la que se había dirigido el taxi, hasta que le proporcionó el número de identificación policial que utilizaba en ocasiones como esta, el de Morbier. El cementerio de Montmartre, le dijo por fin la operadora.

Ella había acudido allí para pagar la cripta de la madre de Liane Barolet. ¿Se trataría de una coincidencia o...? Había algo ahí que fallaba, pero ¿qué era? *¡Piensa!* Tenía la sensación de que se trataba de algo que saltaba a la vista.

La fresca brisa entraba por la ventana, transportando el aroma del Sena.

Ella fijó su mirada en una fotografía en la que aparecía junto a su padre, la que hicieron el día antes de que ella se marchara a Nueva York como estudiante de intercambio. Su padre la había invitado al salón de té Angelina, en la *rue Rivoli*, a tomar una taza de su famoso chocolate caliente, el cual era tan espeso que había que tomarlo con cuchara.

Entonces, Aimée dirigió su mirada a los antiguos pósteres de la Interpol que ondeaban en la pared de su despacho, y una de las fotografías en blanco y negro atrajo su atención. Se acercó para mirarla con mayor detenimiento, y se desplomó en su asiento, después de caer en la cuenta de que la fotografía era de Stefan.

Un Stefan más joven, sin gafas y con el cabello gris. Un aspecto muy de los años setenta y bastante dulce.

La leyenda decía: «Stefan Rohl: buscado por secuestro y complicidad en el asesinato de un policía». No existía ninguna ley de prescripción para los casos de asesinato, así que todavía lo continuaban buscando.

Jueves, por la noche

Stefan se sentía aliviado, como si los últimos años se hubieran desvanecido y estuviera flotando. Todo había salido a la superficie, y había sido una sensación muy agradable y liberadora. No se lo había contado todo a Aimée, pero sí una buena parte, y ella lo había querido escuchar, al igual que lo había hecho su madre. Sus años de vivir como un espía habían terminado.

Sin embargo, el asesino de Jutta estaba tratando de sacarlo de su escondite. Tenía que idear un plan.

—¿Adónde lo llevo, *monsieur*? —le preguntó el taxista.

—A Montmartre —contestó él.

El taxista le dirigió una mirada de complicidad.

—A las chicas, ¿eh?

—Al cementerio.

—Pero a estas horas de la noche está cerrado.

Stefan bajó la ventanilla, mientras las luces de los cafés que continuaban abiertos por la noche en Les Halles y los fragmentos de las conversaciones pasaban a toda prisa.

—Eso es cierto.

El taxista tomaría nota del destino como el cementerio de Montmartre, pero Stefan siempre aparcaba su coche a algunas manzanas de distancia.

El chorro de la fuente situada frente a la descomunal iglesia de Sainte Eustache y los carteles del circo provocaron que sus recuerdos se remontaran veinte años atrás, cuando planearon el atraco y el secuestro.

Aquel día, el sol brillaba en el cielo azul. En el zoológico, la banda se había mezclado entre aburguesadas familias y parejas mayores, en un típico día de domingo en el parque Vincennes. Él se preguntaba a menudo cómo habría reaccionado la gente si hubieran sabido que terroristas buscados por la policía se paseaban tranquilamente entre ellos, mientras comían *barbes à papas* de caramelo hilado en el deteriorado zoo. Marcus, quien rodeaba con sus brazos a Ingrid, había insistido en dar de comer a los monos, los cuales parecían muy tristes. El viento transportaba el barrito de un elefante junto al intenso olor a almizcle de los animales.

Había comprado billetes para los coches de choque en el cutre parque de atracciones. Él había notado que Ulrike se había quedado rezagada, mientras observaba cómo unos niños suplicaban una última vuelta a unos padres reacios. Ella le puso un rollo de billetes en la mano a una madre perpleja y se alejó.

Los ánades reales avanzaban en forma de uve desde las zonas de hierba en dirección a la pequeña isla artificial de Bercy. Se acordaba muy bien de la isla. En la dársena, Marcus pagó el alquiler de dos botes de remos y fueron remando hacia la

isla, donde se encontraron con Jules y Beate, junto a otros miembros de Action-Réaction, los cuales estaban sentados debajo de un frondoso sauce. El grupo los recibió con un pollo asado y unas botellas de vino encima de un mantel a cuadros rojos y blancos, típico de las comidas al aire libre.

—Bienvenidos a un domingo campestre —había dicho Jules con una abierta sonrisa. La tarde era luminosa, tenía un parpadeante brillo del que se seguía acordando. Probablemente fuera la única ocasión en la que habían sido felices juntos, en ausencia de peleas ni rivalidades, eso llegaría más tarde.

—Tu idea nos ha servido de inspiración, Stefan —le había comentado Jules para su sorpresa—. Ese hombre rico de tu pueblo natal, Laborde, el industrial del que nos hablaste, se ha convertido en nuestro objetivo. No solo es un asqueroso fabricante de munición, sino que además está podrido de dinero.

Alarmado, Stefan recordó que en una ocasión había estado hablando de su niñez en Mulhouse, después de haber fumado demasiado hachís. Les había contado que la única piscina que quedó después de la guerra había estado en el *château*. Sin duda, se trataba de una modesta casa señorial, pero para Mulhouse constituía un gran orgullo.

Durante una batalla por el Rin, los aliados habían bombardeado el *château*, lo que provocó un cráter en el jardín que el conde había convertido en piscina. Cuando era niño, Stefan solía colarse por encima del muro, cuando el conde estaba ausente, y se bañaba con sus amigos; pero cuando Laborde adquirió la propiedad, colocó alambres en la valla y perros en el interior de la propiedad. Se rumoreaba que el tipo tenía minas en África.

Cuando terminaron de comer, Jules le dio a Jutta una libreta para que hiciera en ella anotaciones. Junto al agua, Beate e Ingrid daban de comer pan de una baguete a los patos.

—Laborde tiene un secreto que intenta mantener oculto —dijo Jules—. Colaboró con las SS. Se rumoreaba que era miembro de la milicia que estuvo involucrada en el gobierno de Vichy, por no mencionar que envía armamento a África, recibiendo a cambio diamantes.

—¡La revolución se aproxima! —Los ojos de Ulrike centelleaban—. El capitalismo fascista debe ser derribado, el proletariado merece el trofeo, ¡no al mercader de la muerte!

—Convertiremos el dinero en las herramientas necesarias para financiar nuestra causa y podremos ayudar así a nuestros hermanos y hermanas que están oprimidos en prisión y en las casas de nuestros vecinos —dijo Ingrid. Beate, con una larga melena que le llegaba hasta la cintura, se unió a ella y asintió con la cabeza.

Jules realizó un dibujo del plano de la casa en el suelo de tierra.

—Lo secuestramos, abrimos la caja fuerte y luego nos reencontramos en la granja —explicó Jules—. Jutta se está encargando de los pasaportes y los carnés de identidad nuevos, aparte de los coches, y Action-Réaction nos facilitará la forma de escapar.

Marcus se sentó con las piernas cruzadas y sacó un papel que reflejaba los movimientos de Laborde.

—Su mujer y sus hijos pasan el verano en Niza —dijo él—. Los fines de semana, va en coche a Mulhouse, donde tiene contratado muy poco personal. —Marcus levantó la mirada y comenzó a reírse burlonamente—. Le preparamos una emboscada aquí en la N66, la pequeña carretera que toma siempre.

Jutta tomaba notas, y Stefan se preguntaba cómo habrían obtenido toda esa información.

—Dado que tú conoces el terreno, nos podrás guiar hacia el interior del *château*, Stefan, y luego puedes darte tu baño, ¿eh? —dijo Jules, cerrando los ojos de risa.

Stefan sintió un escalofrío en la columna.

—¡Pero si yo nunca he estado dentro!

Verrucht! ¡Estaban locos! Él no quería tener nada que ver con eso, aunque su parte irracional deseaba nadar en esa piscina, esa extensión de aguas turquesas con forma de riñón situada bajo las palmeras de importación, aquella de la cual todo el mundo hablaba, hace tiempo, en Mulhouse.

—Laborde nos mostrará la entrada y abrirá la caja fuerte —dijo Jules—. No le quedará otra, porque le irá la vida en ello.

—Todo el mundo tendrá un cometido que cumplir —comentó Jutta, antes de levantar un papel en el que aparecía el nombre de cada persona con flechas que indicaban las misiones asignadas.

En teoría, el plan parecía perfecto, aunque los acontecimientos demostraron lo contrario.

Tendieron una emboscada al Mercedes de Laborde, el cual conducía su chófer, en la carretera forestal de las afueras de Mulhouse. Laborde, un tipo bajito y fornido con un despeinado bisoné, había estado bebiendo y se mostró beligerante al darle una patada a Jules y morderle la mano. Por fin, con la ayuda de Stefan, Jules le esposó al industrial las muñecas por detrás de la espalda, amordazaron al chófer y lo introdujeron en el maletero, y luego Stefan se puso su uniforme. Ulrike, Marcus, Ingrid, Beate y Jutta iban detrás en el camión de la *blanchisserie* local que habían robado.

En la puerta del *château*, Laborde fue instigado por el arma de Jules apuntándole a las costillas, quien ordenó al guardia que abriera las puertas y se tomara el fin de semana libre. El Mercedes y el camión de la lavandería recorrieron el camino en forma de media luna que conducía al edificio de piedra de color gris, y aparcaron junto a un castaño.

El personal de servicio, un ama de llaves de cabello gris con un delantal y un mayordomo vestido con pantalones informales y una rebeca de punto, permanecía de pie sonriente en las escaleras.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Stefan paralizado.

Oyó una refriega en la parte de atrás, pero lo único que pudo ver fueron los

hombros de Jules en el espejo retrovisor, aunque se oía un tumulto acompañado de gruñidos.

—Jules, ¿qué hacemos ahora?

El mayordomo comenzó a caminar en dirección al coche.

—¿Qué hago?

Jules levantó un rostro enrojecido.

—Está enfermo, díles que está enfermo y que lo vamos a llevar directamente a su habitación.

Tenía que actuar, hacer algo, pues notarían que no se trataba de su chófer habitual.

Él salió del coche y la gravilla comenzó a crujir y a desplazarse por debajo de sus pies. Entonces se quitó la gorra, pero permaneció mirando hacia abajo.

—Soy el nuevo chófer. *Monsieur* Laborde no se encuentra bien, su colega lo acompañará a su habitación.

Sus rostros mostraron sorpresa.

—*Monsieur* Laborde quiere que se tomen el fin de semana libre.

El mayordomo se aproximó a la puerta del vehículo.

—Pero *monsieur* Laborde nos ha pedido expresamente que nos quedemos, sobre todo hoy. El resto del personal volverá para la cena de esta noche, además ha llamado al ministro para decir que llegará a las siete de la tarde.

Scheisse! Estaban perdidos.

Quienquiera que fuera el idiota que había planeado todo eso no había tenido en cuenta la vida social de Laborde.

Las palabras le salían a trompicones.

—Se ha suspendido todo. La salud de *monsieur* Laborde es lo principal, ya tomará una decisión más tarde.

—Pero esta mañana parecía estar perfectamente...

—Tiene una gripe estomacal —dijo Stefan, lo primero que se le ocurrió—. Le ha sobrevenido de repente, he tenido que parar el coche varias veces para que pudiera vomitar.

—Eso es sorprendentemente extraño —comentó el mayordomo, entrecerrando los ojos ante sus sospechas—. A *monsieur* Laborde le gusta ultimar los detalles conmigo.

El ama de llaves se encogió de hombros.

—Al menos ha ocurrido algo bueno, gracias a Dios, la lavandería ha traído la ropa limpia.

Entonces se dirigió al camión de la lavandería. En ese momento, Marcus salió bruscamente del camión y agarró al ama de llaves, quien comenzó a gritar. Jules salió a toda prisa del coche y forcejeó con el mayordomo para conducirlo hasta las escaleras. Marcus le puso un arma en la cabeza a la mujer y le ordenó que no se moviera.

En medio de los gritos y la refriega, Ulrike y Jutta llevaron a Laborde al interior de la casa. Habían acordado no herir a nadie, pero en las escaleras de piedra se podían

ver gotas de la sangre de Laborde.

Para cuando habían atado a los sirvientes en la despensa de la cocina, el sol ya había descendido medio camino por detrás del castaño. Stefan se percató de que la piscina, agrietada y reseca, había sido vaciada.

—Ha llegado el momento de cambiar de planes —había dicho Jutta. Todos se reunieron brevemente en el interior del grande y tenebroso vestíbulo. En un principio, había planeado pasar el fin de semana y desvalijar la casa y la caja fuerte minuciosamente.

—Lo haremos ahora, cogemos lo que podamos y nos largamos.

—Ella tiene razón, en cualquier momento llegarán más criados —dijo Ulrike—. Luego lo resolvemos todo.

—Yo vigilaré —dijo Beate, antes de recorrer el camino de entrada.

Sin embargo, Laborde, con su bisoñé tirado sobre la gravilla, había perdido el conocimiento y yacía sangrando en el estudio al que lo habían llevado. Habían contado con él para que les indicara la ubicación de la caja fuerte y la abriera. Marcus tuvo un ataque de ira ante la estupidez de su plan y comenzó a tirar muebles y a destrozar las habitaciones. Para cuando Jutta encontró la caja fuerte debajo de un falso suelo de la biblioteca, Laborde había vuelto en sí y estaba grogui.

—Ábrela —le dijo Marcus.

—¿Estás de broma... para unos vándalos como vosotros? —dijo Laborde entre jadeos, mientras cada vez se le hacía más difícil respirar—. ¡Bajo el gobierno de Vichy no hubierais durado más de diez minutos! No tenéis ni idea de lo que es tener problemas... sois un puñado de niños malcriados...

—¡Cerdo capitalista, cierra el pico! —dijo Marcus interrumpiéndolo, antes de fulminar a Laborde con la mirada y clavarle el dedo en el rostro—. ¡Muéstranos la caja fuerte y ábrela ahora mismo!

¿Era Laborde un tipo arrogante o simplemente un estúpido a secas? Los terroristas lo apuntaban con sus armas, pero él continuaba sin soltar prenda.

—Sois unos idiotas, el jefe de policía viene a cenar esta noche...

Marcus le dio una patada a Laborde en el estómago, y continuó haciéndolo sin detenerse.

—Déjalo ya, Marcus... tenemos que salir de aquí mientras podamos. —Stefan permanecía de pie titubeante en el comedor, junto a las cortinas que Marcus había arrancado.

—Prepara el coche, Stefan —le ordenó Jules, al tiempo que lo empujaba para que se fuera.

Stefan no pudo mirar a Laborde y se marchó apresuradamente.

Fuera de la casa, en el camino de entrada, se encontró con Beate, quien se agarraba con fuerza a su falda india de *patchwork*. Se sentía tan perdida y asustada como él.

—¿Por qué están tardando tanto? —preguntó ella.

—Laborde no está cooperando —dijo él—. Deberíamos marcharnos y olvidarnos de la caja fuerte.

Él había deseado diversión y emoción, pero no se había esperado algo así y, según su impresión, lo mismo le ocurría a ella. No había duda de que todos creían en la causa, sobre todo Ulrike, pero Beate parecía estar hechizada por Jules; es probable que su debilidad fueran los hombres poderosos.

—Stefan, tú no eres como los demás —dijo ella.

A él le sorprendió el hecho de que se hubiera dado cuenta.

—Ya sabes... —Ella permaneció dubitativa.

Desde el vestíbulo, se oían gritos.

—Voy a por el Mercedes —le dijo él a ella.

Lo que en realidad quería decir era: «Si no salen en cinco minutos, nos largamos». Beate le dirigió una mirada de complicidad, como si le hubiera leído el pensamiento, pero se limitó a asentir con la cabeza. Ella subió las escaleras en dirección a las grandes puertas y entró en la casa.

La puerta del camión de la lavandería estaba abierta a la espera de que llegaran, él colocó el Mercedes delante del camión y comprobó el asiento trasero, pero el olor metálico de la sangre de Laborde le provocó náuseas. ¿Qué había hecho Jules?

Tenía ganas de vomitar, pero el resto lo vería. Abrió el capó, deseaba hacer lo que fuera por mantenerse ocupado y, cuando se disponía a arreglar una válvula que fallaba, oyó pisadas en la gravilla y levantó la mirada.

—*Salut!* —Dos mujeres le hicieron señas, mientras recorrían el camino de entrada y se abanicaban para combatir el calor.

El corazón le dio un vuelco. ¡Se suponía que Beate debía vigilar la entrada, pero habían entrado en la casa!

A juzgar por sus tacones de aguja, minifaldas, peinados provocativos y rostros maquillados, no parecían ser miembros del servicio doméstico que tenía que llegar, sino más bien prostitutas de servicio.

—El mayordomo nos dijo que llegaríamos pronto, la puerta estaba abierta —dijo la más alta, esbozando una amplia sonrisa—. Para refrescarnos un poco, ya sabes. Me llamo Lisette y esta es Tina.

¿Qué podía hacer? Cuanto menos supieran, mejor. Si las enviaba al interior de la casa, se convertirían también en rehenes, así que les indicó lo que pensó que era la caseta del jardinero.

—Refrescaos allí y esperad hasta que el mayordomo os llame.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Eres una muy buena oferta, con tipos como tú prestamos nuestros servicios gratis.

Años más tarde, Stefan supo que Lisette había escrito un libro, *Me enamoré de un terrorista*, que ocupó la lista de los más vendidos, y siempre se preguntó qué historia se habría inventado.

Él cerró el capó del coche, subió las escaleras corriendo y se topó con Beate y Jutta, quienes arrastraban bolsas de plástico llenas por la entrada de baldosas blancas y negras. Ingrid pasó dando saltitos junto a ellas, con una Uzi colgada del hombro y pinturas al óleo debajo del brazo, las cuales le recordaron a las que había visto en un museo.

—*Schnell*, rápido —dijo Jutta—, abre el maletero.

Entonces oyó cómo Laborde le suplicaba a Marcus que se detuviera, seguido del sonido de cristales rotos y los estruendos de muebles cayendo al suelo.

—¡Marcus, Jules... olvidaos de eso, vayámonos ya!

—Ahora. —Jutta le tiró del brazo—. Se reunirán con nosotros más tarde, ¡vayámonos ahora mismo!

No era necesario que le metieran más prisa si querían marcharse antes de que los criados los descubrieran robando.

Después de cargar el maletero, Jutta, Beate y él se metieron en el coche, y los demás fueron corriendo en dirección al camión de la lavandería. Ingrid arrancó el camión, él aceleró el motor del coche y recorrieron a toda prisa el camino de gravilla de la entrada. Entonces Stefan salió de un salto del vehículo para abrir las puertas que no estaban cerradas con llave. En ese momento, unas personas se bajaron de un autobús en la parada de la carretera y comenzaron a caminar en su dirección. Él miró hacia atrás, pero el camión de la lavandería no se había movido del sitio.

—¿Qué pasa con los demás? —No estaba dispuesto a esperarlos, pero sintió la necesidad de preguntarlo.

—Cuando lleguemos a París, nos reuniremos con ellos en el piso franco.

Él recorrió a toda prisa la carretera forestal, con la esperanza de llegar pronto a la siguiente localidad. Una vez allí, detuvo el coche detrás de una gasolinera, salió y rápidamente cambió las placas de la matrícula. Más tarde, pintaría el Mercedes, pero por el momento tenía que llevarlos a París como estaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él—. ¿Ha abierto Laborde la caja fuerte?

Jutta negó con la cabeza pero, por el espejo retrovisor, vio cómo su mirada y la de Beate se cruzaban, con una extraña complicidad.

—¿Qué hay en las bolsas?

—Hemos encontrado otra caja fuerte en su escritorio —dijo Jutta, mientras le dirigía una burlona sonrisa a Beate. De repente, comenzaron a reírse a carcajadas—. ¡No hemos podido abrirla, así que nos hemos traído todos los cajones!

Entonces, en una fracción de segundo, su mente volvió de un salto al presente... ¿sería ese el motivo por el que habían asesinado a Jutta... por el botín de Laborde? ¿Sería esa la razón por la que alguien lo había seguido desde el apartamento de Romain Figeac?

Jueves, por la noche

Aimée permitió que Stefan se marchara, pero le había dado su número. Pensaba que volvería a verlo, porque parecía muy solo y con una enorme carga encima.

Idrissa Diaffa era el vínculo que le faltaba, y en ese momento Aimée se sintió convencida de ello: Idrissa sabía lo que Romain Figeac había estado escribiendo, y tenía que ver con su madre, Jutta y el alijo de Laborde. Idrissa había desaparecido después de que Aimée se lo hubiera preguntado; más tarde, Ousmane, su compañero, había sido asesinado. ¿Habría sido Idrissa la víctima deseada o se trataba de una advertencia dirigida a ella?

En cualquiera de los casos, tenía que encontrar a Idrissa a fin de hallar la respuesta.

Si Aimée volvía de nuevo al club Exe, la recibirían con los mismos encogimientos de hombros y evasivas. Localizar a la senegalesa en el Sentier sería como buscar una aguja en un pajar.

Aunque quizás el club pudiera encontrarla. Aimée marcó el número del club Exe en el teléfono de su despacho.

—Club Exe... —El resto de las palabras no pudieron oírse debido al estruendoso ritmo de los bajos.

—¡Idrissa Diaffa, por favor! —gritó Aimée—. Tengo que hablar con ella.

—Ha dejado el trabajo —dijo la voz.

Lo que imaginaba.

—Es importante —dijo ella—. El que la acompañaba tocando la *kora* ha sido asesinado.

—¿Ousmane... Ousmane Sada de Dakar?

Ese era su nombre, pero no estaba segura de su procedencia.

—Era su socio, y tocaba la *kora*.

Ella oyó cómo hablaban entre dientes en su idioma, el wolof, que le sonaba como si le dieran la vuelta a las palabras.

De repente, se sintió inspirada.

—Tengo que dar con ella, porque necesitan a Idrissa para que identifique el cadáver.

—¿Quién es usted? —En ese momento, el ruido de fondo era menos intenso, probablemente porque el tipo se había trasladado a otra habitación.

—Esta noche he ido para allá a buscarla —dijo ella—. Por favor, alguien tiene que encontrarla.

—¿Y cómo se ha enterado?

—*Tiens*, ¡me afecta directamente! —Ella dejó que su tono de voz mostrara su rabia—. Me han llevado a comisaría para interrogarme, porque encontré su cuerpo en

la place Sainte-Foy. Pobre *mec*, lo habían metido en una bolsa de basura y el camión ha estado a punto de llevárselo.

Se hizo un silencio.

—Alguien dijo que trabajaba allí, así que, si no aparece, van a ir al club a buscarla con la brigada de inmigración.

Ella mintió, pero pensó que eso los obligaría a buscar a Idrissa, pues imaginó que la mayoría de los trabajadores que recordaba de su última visita (los empleados de la cocina, los músicos y la limpiadora sordomuda) serían *sans-papiers*, ilegales.

—¿Adónde tiene que ir?

Había acertado.

—A place Mazas, al depósito de cadáveres —dijo ella—. Dígale que se presente allí mañana a las diez, que es la hora a la que abren.

El hombre colgó.

Aimée llamaría a Serge al depósito y esperaría a Idrissa en la puerta.

Se planteó dormir en la oficina, pues no estaba preparada para volver a su apartamento después del robo, pero tenía que cambiarse de ropa.

Guardó el móvil en su bolso, se colgó la funda del portátil al hombro y se dirigió a la planta de abajo. Esa noche le tocaba caminar. Recorrió el muelle, pasó junto a las parejas de enamorados que estaban sentados a la orilla del Sena y, por el camino, se iba preguntando si estaría siempre sola.

Jueves, por la noche

Marius Teynard se reunió con Alphonse Dray, su antiguo colega del cuerpo de policía, en compañía de una botella de Sancerre frío. A pesar de lo tarde que era, la *brasserie* estaba llena, y los focos que iluminaban la *préfecture* situada en el *Quai des Orfèvres* brillaban de fondo.

—Entonces, ¿cómo está Jules Bourdon?

—Me vienen a la mente los adjetivos «chulo» y «arrogante» —dijo Dray.

—Así que no ha cambiado —dijo Marius Teynard esbozando una sonrisa—. Bien, esta vez no se me escapará.

—¿Existe alguna otra razón por la que quieras conocer sus movimientos desde que abandonó Senegal?

—¿No te parece suficiente poder atraparlo? —Teynard le sirvió más vino blanco a su compañero.

—¿No te preguntas por qué se ha marchado?

—Porque sentía nostalgia, o estaba sin blanca, o ambas cosas —dijo Teynard, antes de dar un gran trago—. Es probable que los trabajos de mercenario se hayan agotado.

—No está solo.

Teynard se detuvo y dirigió su mirada a la mujer que tenían enfrente, quien se había cruzado de piernas.

—¿Está ella con él?

—Digamos que cuando tienes dinero, puedes comprar flores.

Viernes, por la mañana

Aimée se levantó y preparó café. Había limpiado el azúcar vertido en la cocina la noche anterior y uno de los azulejos azules de detrás del grifo se había soltado, así que lo tendría que volver a pegar más tarde.

—*Bonjour*, Serge —dijo ella, cuando lo localizó en el laboratorio.

—El otro día tenías un buen fragmento de hueso occipital con biselado interno provocado por un impacto de bala —comentó él.

Serge siempre era escabroso, pero eso es lo que tiene ser forense.

—Hay un detective que quiere discutir las pruebas de Figeac —dijo él.

¡Por fin!

—En conjunción con el asesinato de Jutta, espero —dijo ella.

—Oficialmente, es el detective quien debe requerirlo —expuso Serge—, pero le he enviado un fax con lo que he descubierto acerca de la herida de Jutta. El biselado del hueso coincide, pero ahora la pelota está en su tejado.

—Te llamo para ver un cadáver, probablemente un Franck, si lo han limpiado. Un hombre con ropa interior rosa.

Un Franck era un cadáver masculino sin identificar; en el caso de las mujeres, los llamaban Yvettes. De media, permanecían en los refrigeradores del depósito de cadáveres dieciséis meses, algunos incluso se quedaban allí durante años, por lo que el personal siempre estaba ansioso cuando surgía la posibilidad de una identificación.

Ella oyó el crujir de papeles.

—¿El *noir* que encontraron anoche en el Sentier? —le preguntó Serge—. ¿Tiene esto algo que ver con Romain Figeac?

—Están relacionados, pero aún no sé cómo. Por ahora, necesitamos una identificación, Serge, eso es todo —dijo ella—. De otra forma, podría permanecer allí sin que nadie lo reclamara durante mucho tiempo.

Por fin, aceptó su petición.

René la llamó cuando estaba saliendo.

—El ensayo general de Michel comienza en menos de una hora, pero tenemos un problema con el sistema operativo y tenemos que ponerlo en marcha hoy.

—Dame la dirección en el Palais Royal.

—La entrada del lado de la Galerie de Beaujolais. En el número 38, cerca del antiguo apartamento de Colette.

—No está nada mal —dijo ella, sin añadir que primero tenía una cita en el depósito de cadáveres.

Mientras conducía su escúter por el muelle, telefoneó a Christian.

No hubo respuesta.

—Mírelo usted mismo —dijo Aimée, mientras le pasaba al detective la bolsa de plástico con la muestra del papel de la pared y la del hueso por encima del escritorio—. El arma de calibre 25 de Romain Figeac no provocó eso.

El detective Tolbiac, un hombre con pecho fuerte y grueso de cuarenta y tantos años, negó con la cabeza. Desde el otro lado de la plaza, se oía el estruendo de una radio que anunciaba las rebajas de verano a través de las ventanas abiertas del *commissariat*.

—Dice que su hijo la ha contratado para que encuentre a los fantasmas, pero usted tiene el presentimiento de que Romain Figeac ha sido asesinado. ¿No es eso asunto de su hijo?

—¿Por qué no lo contrasta con su informe? —preguntó Aimée.

—Si la memoria no me falla —dijo Tolbiac, reclinándose en su asiento—, recuerdo una nota en la que explicaba el motivo del suicidio, que el tipo estaba mamado, como de costumbre, y que luego lo incineraron. Una especie de trato cerrado.

—¿No cree que la fragmentación del hueso occipital parece atípica para un calibre 25? —preguntó Aimée—. ¿No podría comprobarlo?

—Bueno, en primer lugar necesitaríamos una prueba de ADN para establecer una equivalencia, ¿no cree?, para comprobar si el hueso pertenecía a Romain Figeac. Podría haber cogido este fragmento de la basura, vaya usted a saber.

Aimée se levantó. Parecía que para Tolbiac todo era un gran problema.

—Su hijo fue el causante de tanta premura —dijo Tolbiac—. Que venga a hablar conmigo.

Genial. Le había puesto en bandeja la pista de los asesinatos de una terrorista y un escritor a ese detective, pero parecía no tener hambre. Estaba claro que nadie la ayudaría a encontrar la conexión con su madre.

En el exterior del depósito de cadáveres, un hombre alto y negro como el ébano, que iba vestido con un mono verde de barrendero, permanecía de pie en el lugar en el que esperaba encontrarse con Idrissa y, sintiendo curiosidad, se aproximó a él.

—Me llamo Aimée Leduc.

—Yo me llamo Khalifa, soy el primo de Ousmane Sada —dijo él, con una expresión de dolor en su alargado rostro—. Nuestro parentesco es por parte de su madre. ¿Por qué no me ha llamado?

—Créame, *monsieur* Khalifa, si hubiera sabido de su existencia, lo habría hecho —dijo ella—. Lo siento. ¿Va a venir Idrissa Diaffa?

—Me ha llamado el jefe de Ousmane.

—¿Se refiere a su jefe en el club Exe?

—No, Nessim Mamou, el jefe de la fábrica de tejidos en la que trabajaba. Ousmane deseaba volver a casa, ya sabe —dijo Khalifa—. A su pueblo en las afueras de Dakar, junto con su prometida.

¿Nessim Mamou... el tío de Michel?

En el interior del edificio del Institut Médico-Légal, Serge se reunió con ellos.

—La autopsia acaba de concluir —les contó. Ellos lo siguieron hasta el sótano de azulejos verdes. Aimée odiaba el olor a formaldehído y el hedor a desinfectante de pino, le recordaba a la vez que tuvo que ir allí a identificar los restos de su padre después de la explosión.

Serge se registró en el escritorio y los llevó a la sala de espera, cuyo mobiliario se componía de un sofá Naugahyde y sillas de plástico naranjas. Había una ventana rectangular cubierta por cortinas de ducha de plástico.

—Acercaré el cuerpo a la ventana.

Cuando las cortinas se abrieron, Serge dio con los nudillos al cristal.

Khalifa se dirigió a la ventana, pero era tan alto que tuvo que agacharse para poder ver el cadáver, entonces asintió con la cabeza.

—Nunca imaginé que fuera a verlo así.

Aimée lo miró también. Los ojos de Ousmane Sada estaban cerrados, gracias a Dios, pero en su esternón se podía ver la primera de una serie de puntadas en hilo negro.

Entonces las cortinas se cerraron y, a los pocos minutos, Serge volvió a reunirse con ellos. Llevaba una bolsa de plástico en la mano.

—Por favor, firme aquí para confirmar que lo ha identificado, y aquí abajo para poder llevarse sus efectos personales.

Cuando Khalifa abrió la bolsa, se desparramaron sobre el sofá de escay la liga y el sujetador rosa manchados de sangre, y se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué clase de error es este?

Sin embargo, los ojos de Aimée se fijaron en el fragmento de pluma bordada con cuentas de color amarillo que estaba clavado en la sangre reseca del elástico rosa.

—Es un talismán, ¿no es así? —preguntó señalando con el dedo—. ¿Qué significado tiene?

—Se trata de una estúpida superstición —contestó él en tono despectivo—. Yo no creo en esas cosas, pero él sí lo hacía. A Ousmane le gustaban las mujeres, no vestirse como ellas... No lo entiendo.

—*Monsieur*, la autopsia ha revelado que padecía una virulenta tuberculosis —dijo Serge, mientras consultaba el informe de la autopsia.

Khalifa asintió con la cabeza.

—Era planchador en una fábrica de prendas de vestir, es una enfermedad típica de ese trabajo.

—Estaba muy enfermo. Padecía de esa afección pulmonar debido a la prolongada exposición al polvo de las máquinas y al gas tóxico de las planchas y las máquinas prensadoras. Lo he visto con demasiada frecuencia en el Sentier. Sin tratamiento, no hubiera vivido mucho. Sé que esto no le servirá de consuelo, pero...

—¿Por qué lo han asesinado?

Las mejillas de Serge enrojecieron.

—Lo siento.

En el exterior del depósito, en la place Mazas, donde el *metro* pasaba con un ruido sordo, Aimée apartó a Khalifa hacia un lado.

—Creo que el objetivo era Idrissa. Ella se ha escondido, y es probable que los asesinos quisieran que Ousmane les informara de su paradero.

Los ojos de Khalifa brillaban de terror.

—Nada de esto tiene sentido.

—Lo ayudaré —dijo Aimée, mientras le entregaba su tarjeta—. Soy detective, pero primero tengo que encontrar a Idrissa.

—Nadie hablará con usted, hace demasiadas preguntas.

Estaba claro que para ellos era una intrusa, una mujer blanca que irrumpía en lugares privados, haciendo llamar la atención sobre aquellos que preferían permanecer ocultos en el Sentier, en especial los *sans-papiers* que se escondían de las autoridades.

—Entonces ayúdeme usted, Khalifa —dijo ella—. Romain Figeac, el hombre para el que trabajaba Idrissa, fue asesinado, y ahora Ousmane.

—¿Y qué tiene que ver usted en todo esto?

—Como podrá leer en mi tarjeta, soy detective —dijo ella, omitiendo que pensaba que Idrissa tenía información acerca de su madre sin ser consciente de ello.

Khalifa negó con la cabeza.

—Para mi primo supone una vergüenza una muerte así. —Él bajó la cabeza—. Se suponía que Ousmane estaba bajo mi cuidado, mi tío no entenderá un asesinato como este.

¿Quién podría entenderlo?

—Lo siento muchísimo.

—Está muerto. —Khalifa comenzó a alejarse—. Así que, ¿qué más da?

—Idrissa es la siguiente —dijo Aimée—. Quiero advertirla, eso es todo. Por favor, acepte mi número de teléfono.

Ella le colocó una tarjeta en su gran y callosa mano.

—Yo no entrego a la gente a la policía.

A grandes zancadas, Khalifa se alejó por los adoquines.

El móvil de Aimée vibró en su cadera.

—Allô?

—Nos vemos a la hora del almuerzo —le dijo Léo Frot con su característico tono nasal—. Muestra tu *carte d'identité* en el número 36 del *Quai des Orfèvres* y te permitirán la entrada, luego ya sabes adonde debes dirigirte.

Aimée aparcó el escúter en uno de los oscuros pasajes situados detrás del Palais Royal. Este, antiguamente morada de reyes, era una plaza bordeada por soportales

que fue diseñada por el duque de Chartres, y que en la actualidad albergaba cafés, tiendas, apartamentos y el teatro Comédie-Française.

Aimée cruzó el sendero de gravilla, haciendo crujir los lechos de delfinios azules que bordeaban el largo oasis de un jardín. Bajo las dobles filas de frondosos plataneros que proyectaban sombra, los niños se echaban la siesta en sus carritos, mientras las madres hablaban por sus móviles o leían.

Del agua de la fuente, una fina rociada le salpicó el brazo, fría y refrescante. Entonces, vio la caja de arena más allá de los árboles, justo como la recordaba, lo que provocó que su dolor resurgiera.

Ella sacó el arrugado anuncio que Jutta le había dado y comenzó a observarlo. Su madre no pertenecía al grupo de las pijas tradicionales y estilosas que llevaban perlas y un jersey anudado por encima de los hombros, había sido una terrorista, vinculada con el atentado con bomba que había asesinado a su padre, una drogata que se había fugado con otro hombre a África, o que quizás estuviera muerta.

Y por enésima vez, Aimée se volvió a preguntar por qué, aunque, en lo más profundo de su alma, sentía que su madre seguía con vida y que tenía que encontrarla.

Después de entrar en la exclusiva ala de apartamentos, subió las enormes escaleras de roble, las cuales estaban coronadas por una balaustrada de columnas dóricas. En el número 38, un Michel estresado abrió una puerta biselada con paneles de vidrio y, tras ella, se veía una lámpara de araña de cristal.

—*Nom de Dieu*, ¡por fin! —Michel salió disparado por el suelo de madera con dibujos de espigas, con un alfiletero atado a la muñeca—. El programa para los ordenadores portátiles tiene problemas técnicos, la cantante se está retrasando y la modelo ha engordado un kilo.

—No te preocupes, Michel —dijo ella esbozando una leve sonrisa—, todo va a salir bien.

Aimée deseaba que su apartamento tuviera el mismo aspecto que ese y, si invertía varios millones de francos, podría conseguirlo. Su apartamento del siglo XVII tenía una buena estructura con techos altos, salas y salones espaciosos y aireados y detalles de época, pero todo era original y no se había vuelto a pintar desde hacía un siglo, puede que dos, nunca lograba recordarlo.

Ella entró en un salón, de paneles blancos y dorados, que tenía molduras de madera, pilastras y guirnaldas talladas, aparte de una gran chimenea de mármol vetado. Unas elegantes sillas doradas estaban colocadas en filas.

Una modelo, parcialmente maquillada, vestida con unos vaqueros y con los rulos puestos, se dirigió sigilosamente hacia ella al estilo de las pasarelas. Todas tenían caderas huesudas y mejillas hundidas. El otro diseñador, un hombre con un atuendo gótico, las uñas y los labios pintados de negro y maquillaje blanco, caminaba a gatas por el suelo de parqué, pegando la cinta que demarcaba la ruta de las modelos.

Murales y techos artesonados y pintados decoraban el salón colindante con un estilo del siglo XVIII. La *enfilade* de impresionantes y lujosas salas estaban

redecoradas con una mezcla de estilos que evocaban distintas épocas.

La sala de música, adornada con damasco de seda de color verde, hacía las veces de vestuario, donde los conjuntos colgaban de percheros de aluminio como mustias marionetas con números clavados con alfileres.

René permanecía de pie en un salón de recepciones, con paneles de arabescos tallados, ajustando un portátil con carcasa de titanio plateado al pecho de una mujer. Por encima de él, colgaba una ornamentada lámpara de araña de cristal veneciano. En las hornacinas de las paredes, había floreros de inspiración china del siglo XIX y antiguos bustos.

Él le hizo un gesto con la cabeza a Aimée, señalando hacia los portátiles situados sobre un sofá de estilo Luis XV, al que llamaban *l'indiscret* por razones obvias.

—He leído los registros de la aplicación y del sistema. —Él se encogió de hombros—. Por ahora, no hay ningún problema, pero...

Ella dirigió su mirada a la última línea del código que aparecía en pantalla y vio almohadillas sospechosas.

—*Voilà*, ahora hay un pequeño hijo de puta. —Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y comenzó a trabajar en el programa. En el cuarto de baño contiguo con ónices y azulejos, las modelos estaban de pie maquillándose.

Michel, con unas tijeras en la mano y una cinta medidora saliendo de su bolsillo, asomó la cabeza por detrás de una columna.

Aimée pulsó «Guardar» y levantó el pulgar.

—Ya me he librado de los traviesos y neófitos piratas informáticos.

—Está en marcha —dijo René—. La red se establece de forma que las medidas y las órdenes de cada cliente formen parte de tu base de datos.

Entre las modelos, la actividad era frenética.

—¡Es la hora del desfile! Se trata de *haute couture contre couture* —dijo el diseñador gótico, pronunciándolo «ot cutur contra cutur».

—¿Pero esto no era un ensayo general?

—Eso fue hace una hora —dijo René, y ella percibió su tono de desaprobación—. Te lo has perdido.

Aimée había estado en el depósito de cadáveres identificando al que tocaba la *kora* con Idrissa y sufriendo la cólera y sospechas de su primo, aunque ella habría reaccionado de la misma forma.

Mejor dejar que René descargara su ira. Ella se dirigió lentamente hacia el salón, pasó junto a las modelos que se estaban poniendo sus respectivos trajes y zapatos.

—Aimée, ayúdame. —Michel la agarró del brazo, agitando sus blancas pestañas—. Estoy desesperado.

—Pero si el sistema está en marcha y funcionando.

—No es por eso. Mi modelo Annika se ha desmayado —dijo él, empujando a Aimée hacia el interior del cuarto de baño de ónices y azulejos.

Con esas mejillas hundidas, Annika había parecido estar a punto de desplomarse.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Levanta los brazos. —Él comenzó a quitarle su camiseta blanca.

—Michel, ¿qué estás haciendo?

—No te preocupes por tu peso, es fácil de disimular —dijo con la boca llena de alfileres, o al menos eso era lo que ella creyó entender—. Quítate la falda y ponte esto.

—Ni lo sueñes —dijo ella, sorprendida, ¡no se había afeitado las piernas desde hacía dos semanas!

—Veamos, hago unos pliegues en el tejido y pongo por aquí una pinza con alfileres.

Ella comenzó a sentir los pinchazos de las afiladas agujas.

—Soy una forofa de la informática, no una modelo.

—Pues ahora eres modelo —dijo René, mientras le entregaba una variedad de sombras y coloretos—. ¡La peluquería y el maquillaje es también algo nuevo para mí!

—Si lo haces, me salvarás la vida —dijo Michel—. Mi tío vaticinó que sería un fracaso, así que esta es mi oportunidad de demostrar que un *titi* del Sentier puede organizar un desfile de moda. Los comerciantes de tejidos llevan años riéndose de mí, llamándome raro y soñador, y diciendo: «¡Jamás nadie ha pasado de la venta al por mayor a la alta costura!».

Ella no podía decepcionarlo.

—¿Y qué hago?

—Actitud —dijo Michel, mientras colocaba los alfileres y cosía el tejido—. Demuestra actitud. —Akiva, el primo de Michel, había aparecido y estaba de rodillas metiéndole el dobladillo a la seda.

—Y no respire.

—¿Que no respire?

—No profundamente. Son puntadas provisionales.

Así que le estaban haciendo un traje a medida, como a Marilyn Monroe. Michel, con la gorra por detrás de la cabeza y bajando sus blancas cejas totalmente concentrado, la vistió en una sinfonía de grises: un corpiño de un cuero, suave como la mantequilla, de color gris metalizado, con unas tiras con vuelo de seda en gris marengo a modo de falda. Michel completó el conjunto con unos zapatos de salón de piel de cocodrilo y gruesos collares de perlas negras tahitianas alrededor del cuello. El efecto era una vanguardista mezcla entre lo clásico y lo informal, algo sorprendente.

—Sigue a la modelo gótica —dijo él, antes de hacer un gesto en dirección a una chica con la piel tan blanca como el alabastro y con los labios y las ojeras maquillados de negro, que iba vestida con un vestido de red—. Haz lo mismo que ella.

Harry, su otro ayudante, tenía en las manos dos grandes brochas de maquillaje y estaba empolvando su rostro y hundiendo sus ojos con sombra de color gris marengo.

—¿Qué pasa con mi cabello?

René, que estaba subido en una silla de patas largas y finas, esparció en su cabello unos destellos plateados.

—Despéinate el cabello con las manos... ¡Perfecto, ese *look* lunar y alborotado!

Desde la otra habitación, se oían voces y el abrir y cerrar de puertas.

—Espero que sea la cantante —dijo Michel, antes de salir disparado.

—¿Cuántos conjuntos voy a lucir?

—Tenemos la esperanza de que Annika vuelva en sí y podamos darle algo de beber —Akiva sonrió burlonamente—. Luego podrá terminar ella el desfile.

Otra modelo llegó corriendo, se quitó la gabardina y se colocó el traje que quedaba.

—Lo siento, hoy he tenido tres desfiles, he venido del de Zaza todo lo rápido que he podido.

Al menos había tres chicas que podían hacer de modelo para Michel, y las prendas del resto de las modelos habían sido diseñadas para ellas.

Los clientes habían comenzado a llegar. Aimée dio unos pasos, tratando de no respirar profundamente, y comprobó lo fácil que podía ser perder el conocimiento. Akiva la condujo a una puerta con cortinas.

—Echa las caderas hacia adelante, no separes las rodillas y mira hacia adelante. Hagas lo que hagas, ¡no sonrías!

—Ve delante de mí, porque yo me suelo tropezar —le dijo Aimée a la patinadora que chupaba un chupachús e iba peinada con una trenza y llevaba un portátil sujetado con tiras. Ese ecléctico desfile era definitivamente *haute couture contra couture*.

—Recuérdalo, no sonrías —dijo Akiva—. ¡Haz pucheros!

Michel le plantó un beso en la mejilla, y luego la empujó a través de la cortina de terciopelo hacia el brillante foco. Durante un momento, la intensa luz la cegó. De su derecha, procedían fragmentos de música griot. Ella dio un paso adelante y comenzó a avanzar a trompicones sobre los zapatos de salón de piel de cocodrilo con tacones de diez centímetros. Mientras apretaba los dientes y trataba de hacer pucheros, se enderezó, inclinó las caderas y rezó para que sus rodillas no chocaran.

Las pequeñas sillas doradas estaban ocupadas por una variedad de personas. Los fiases estaban prohibidos, pero varios hombres que estaban sentados en la primera fila llevaban blocs de dibujo. La mayoría de las mujeres eran pijas elegantes que, vestidas con sus trajes de marca, parecían poder permitirse la alta costura. Había algunas señoras mayores vestidas de Yves Saint Laurent, pero la mayoría eran menores de cuarenta a las que se les iluminó la mirada, como si se tratara de depredadoras hartas del mismo festín, siempre en busca de lo más moderno y exclusivo. La modelo gótica fue recibida por una oleada de aplausos.

Cuando Aimée llegó a la primera hilera de sillas, la patinadora avanzó a toda prisa junto a ella y se abrió paso entre la multitud, mientras indicaba los números de los trajes en su portátil. La audiencia comenzó a reírse y a aplaudir con entusiasmo.

Ella continuaba detrás de la modelo gótica. Caminar con las piernas rectas y sacando las caderas le hacía daño en los muslos y, para colmo, tenía ganas de hacer pis. Maldita sea, ¿por qué no habría ido antes al servicio?

Fueron acogidas por calurosos aplausos.

El foco la seguía y ella tenía la esperanza de que no estuviera sudando con el traje. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que las pesadas cortinas cubrían las ventanas que daban al jardín del Palais Royal, y oyó el conocido sonido de una *kora* acompañando una lastimera canción, la cual era interpretada en una mezcla de francés y wolof. Parecía una triste canción de amor.

En cierta forma, todo había salido bien: las lujosas salas, la mezcla entre lo escandaloso y lo ultrafemenino y la zigzagueante patinadora con su sistema de pedidos de alta tecnología.

La audiencia parecía petrificada, y entonces Aimée vio el rostro de la intérprete por detrás de la pantalla del biombo de palmas secas, reflejado en el alargado espejo.

Idrissa.

Viernes, a mediodía

Stefan entró en un *hôtel* de mala muerte, el típico que se reservaba por horas. Llevaba años sin quedarse en un *hôtel*, pero dudaba que la policía comprobara allí los registros.

Además estaba situado en un lugar ideal, erigido a las afueras del Sentier, aunque inclinado sería un término más apropiado. Stefan imaginó que no habría cambiado mucho desde el siglo xv, con la excepción del pladur pintado en ocre y el inexplicable adorno de color rosa fluorescente que se encontraba en el interior del vestíbulo. En la diminuta recepción del *hôtel*, iluminada solo por una tenue luz azul, las llaves de las habitaciones colgaban de unos clavos en la grasienta pared del fondo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó él.

De fondo, se oía una incesante conversación en turco.

Él se apoyó en el delgado tablón que hacía las veces de mostrador.

—El servicio, *s'il vous plait!* —dijo él, subiendo el tono de voz.

La conversación se detuvo, se abrió una puerta y apareció un hombre bajito y con aspecto de topo, que llevaba una botella de vinagre en una mano y una linterna en la otra, y Stefan se preguntó para qué querría el vinagre.

—Firme aquí —dijo él sin mirar a Stefan, mientras iluminaba el libro de reservas con la linterna.

Stefan garabateó algo ilegible debajo del resto de firmas ilegibles.

—¿Para cuántos días? —preguntó el hombre.

—Le pagaré por una noche. —Stefan colocó cien francos en la ansiosa mano del tipo—. Preferiría una habitación exterior, con vistas a la calle.

El hombre descolgó una llave de uno de los clavos.

—La número 49, está en la última planta. —Sus pequeños ojos de topo lo escudriñaron por primera vez—. Disfrute de su estancia.

A Stefan le llevó algo de tiempo subir las chirriantes escaleras de madera. Se detuvo para escuchar y, al comprobar que nadie lo había seguido, siguió caminando. En el rellano de la última planta había un montón de sábanas sucias.

Stefan abrió la puerta con la llave. Los anteriores ocupantes no habían abandonado la habitación hacía mucho, pues percibió el olor a perfume barato mezclado con el moho del húmedo cuarto de baño. Corrió las cortinas y abrió la ventana, con la esperanza de evitar más olores penetrantes.

La descolorida colcha de felpilla rosa, arrugada y rajada por la parte inferior, apenas cubría el colchón. Se sentía cansado y se dejó caer en la silla de madera.

Más allá de las ventanas de las bochornosas habitaciones, la *rue* Beauregard resonaba con el estruendo de la alarma de un coche y una conversación en voz alta

que alguien mantenía en la angosta calle. Stefan atenuó la única lamparita de noche, envolviendo una toalla alrededor de la amarillenta y remendada tulipa, y esta comenzó a proyectar una débil luz en color cacao por la habitación.

Él trasladó la silla coja de madera a la ventana y enfocó su mirada hacia las ventanas encendidas de la sede de Action-Réaction. Llevaba en la clandestinidad tanto tiempo que se sentía como la criatura urbana asilvestrada en la que se había convertido, sobresaltándose con cada ruido que su limitado oído podía percibir y sin fiarse de las miradas ni de los comentarios.

Resultaba curioso. Veinte años más tarde, se encontraba de nuevo prácticamente en el mismo lugar, una vez más en el Sentier, cerca del alijo, o al menos eso creía.

Sus recuerdos se remontaron al trayecto desde el *château* en compañía de Jutta y Beate. Habían tardado varias horas en conducir desde la localidad de Mulhouse, situada junto a la frontera alemana, hasta París.

En el espejo retrovisor, Stefan había observado cómo las dos clasificaban y hurgaban en los documentos. Al menos, habían logrado salir de Mulhouse sin que nadie los siguiera, pero él continuaba en estado de alerta.

—Figeac apoya la causa, al igual que su esposa. Le dejamos a él los documentos y algo de dinero, y que lo deposite todo en una caja fuerte —dijo Jutta—. Luego, poco a poco, según lo vayamos necesitando, él nos lo enviará. No se enterará nadie.

—Mira todo esto —había dicho Beate, al tiempo que sacaba dosieres y fajos de documentos de una bolsa de basura, con los ojos abiertos como platos—. Tiene propiedades y minas en África. Es más canalla de lo que pensábamos.

Todos los documentos salieron volando, ya que habían abierto las ventanillas para librarse del olor a la sangre de Laborde.

—No podemos hacer nada con las escrituras de las tierras en África —dijo Beate.

—Ahora no —dijo Jutta—, pero más adelante, ¿quién sabe?

Jutta levantó varios montones de apretados fajos de documentos, y esbozó una sonrisa.

—Son bonos al portador, con esto sí podemos hacer mucho dinero.

—¿Es que no pueden seguirles la pista? —preguntó Stefan.

—No a bonos al portador como estos. —Ella tiró a las rodillas de Stefan uno de los fajos por encima del asiento—. ¡Dios mío, hay más! ¡Otra caja! Debía de ser su intención pagar a la gente con los bonos, para que nadie pudiera seguirles el rastro.

Sin embargo, al volver la vista atrás, Stefan cayó en la cuenta de que en aquel momento, tanto para él como para Beate y Jutta, la revolución había cambiado.

—¿Cómo vamos a depositar todo esto en una caja fuerte? —preguntó Beate.

—Solo necesitamos encontrar un lugar seguro e ir echando mano de vez en cuando.

Eran fugitivos en un Mercedes que iba a toda velocidad rumbo a París, con montones de bonos al portador, imposibles de rastrear, y con Pink Floyd sonando a todo volumen en la radio.

Stefan no se había sentido tan contento en toda su vida.

Al llegar a París, aparcó en un garaje situado a la vuelta de la esquina del apartamento de Romain Figeac quien, a pesar de todas sus tendencias liberales, una vez que llegaron a su puerta, parecía nervioso, y se negó rotundamente a ayudarlos y luego les dijo que se marcharan.

Sin embargo, cuando su esposa los vio, los recibió con los brazos abiertos. Ella se unió a la lucha, alegando que sería la primera cosa que verdaderamente valdría la pena en la vida de Figeac. El resto del tiempo, lo estuvo ridiculizando de tal forma que al final accedió a esconderlos y a participar en «el suceso más crucial y emocionante que les hubiera ocurrido nunca».

Stefan cayó en la cuenta de que los acontecimientos le dieron la razón.

Liane Barolet, una seguidora de Action-Réaction vestida de negro, pasó por allí de camino al funeral de su madre, y fue en ese momento cuando, sentados en el suelo y con una botella magnum de champán metida en hielo en el cubo de playa del hijo de Figeac, se les ocurrió la idea.

—Hay criptas vacías en el mausoleo de mi familia —había comentado Liane—. ¿Quién va a buscar allí?

Al volver la vista atrás, después del paso de los años, Stefan recordó que había pensado que Liane no habría querido ser la única persona presente en el funeral de su madre, en un estado de tal tristeza, y que no tuvo otro motivo más profundo ni revolucionario que ese para acudir allí, pero estuvieron bebiendo toda la tarde, lo que probablemente le sirviera de ayuda.

Liane, Jutta y Beate se repartieron el contenido de las bolsas de plástico en el dormitorio del hijo de Romain. Reinaba un ambiente festivo.

Dejaron los artículos que no se podían canjear en el arcón de juguetes del pequeño para que Romain los depositara en el banco.

Él había estallado más tarde, después de encontrar a los radicales jugando con su hijo. Stefan sintió lástima de ese niño pequeño de grandes ojos que ansiaba la atención de una madre piripi que lo ignoraba por completo, para luego colmarlo de besos, después de que el niño se quedara ensimismado con el rompecabezas. Era una mujer imprevisible e inmadura, pero también una rubia que quitaba el hipo.

Ella hizo el paripé de vestirlos con toda la ropa de color negro que tenía en sus armarios, y luego alquiló una limusina para que los llevara al funeral. Figeac se había negado a asistir.

Veinte años más tarde, el funeral le seguía pareciendo algo confuso, debido a la borrachera. Tremendamente confuso. La sencilla ceremonia estuvo compuesta por el enterrador quien, al verlos llegar, anunció que vendría más tarde a sellar la cripta.

Stefan se había quedado fuera bajo los rayos de sol junto al niño, quien perseguía mariposas entre las tumbas. Él nunca supo qué ocurrió para que al final la madre de Liane acabara en otra cripta, mientras los bonos y la mayoría del contenido restante de las bolsas de plástico fueron sepultados en el húmedo ataúd que llevaba su

nombre, Emilie Barolet.

Durante el camino de vuelta, la limusina se quedó atrapada en un atasco: un control policial de rutina a los conductores. Sin embargo, entraron en pánico, Jutta salió del vehículo de un salto junto a Beate, arrastrando una bolsa entre las dos. Se escondieron detrás de unas obras del *métro*. Lo único que él recordaba era una torre medieval de arenisca.

De vuelta en el apartamento, Romain Figeac había recibido a Stefan con un ultimátum:

«Marchaos».

La policía había identificado el Mercedes en el garaje situado a la vuelta de la esquina, y no solo eso, tenían burdos retratos robot de ellos, a partir de las descripciones del personal de Laborde. Cuando Jutta y Beate aparecieron en el apartamento, Figeac insistió en llevarlos a todos a un barrio residencial de las afueras de París para que se las arreglaran por sí solos, allí cogerían un autobús que los llevaría al piso franco a fin de reunirse con el resto de los terroristas.

Su esposa, que era actriz, les guiñó un ojo cuando se marchaban, lo que quería decir que se ocuparía de su marido y de la caja fuerte. Mas, de camino, cuando Jutta le contó a Figeac que habían guardado el alijo en el arcón de juguetes de su hijo, se detuvo en el arcén y comenzó a aporrear el volante.

—Una cosa es que mi mujer se preste a este tipo de locuras —afirmó él—, pero no pienso permitir que involucréis a mi hijo.

—Mira, hemos arriesgado nuestras vidas por la revolución —dijo Jutta—. Hemos defendido al proletariado frente a un cerdo colaborador de los nazis que estaba robando diamantes a nuestros hermanos africanos.

Stefan nunca había visto a Jutta tan política, tan apasionada o tan borracha.

—¡La causa necesita tu ayuda para seguir adelante!

Tiempo después, cuando Romain Figeac averiguó que su esposa estaba embarazada de uno de ellos, Jules Bourdon, decidió cooperar.

Pero Stefan sabía que lo hacía con un corazón plagado de odio y, después del suicidio de su mujer por perder al bebé, con deseos de venganza en su mente.

Durante los primeros cinco años, Stefan se mantuvo en la más absoluta clandestinidad, cambiando de sitio continuamente. Se sentía aterrorizado, pero durante los últimos quince años, había estado echando mano del ataúd con moderación, dejando siempre un montón de dinero en efectivo para Jutta, Liane o Beate. Los fajos de bonos estaban siempre igual, hasta ese momento, que no había ni rastro de ellos.

Viernes, por la tarde

Impresionada por ver por fin a Idrissa, Aimée tuvo que concentrarse para no tropezar. Ella analizó a la chica a través de las ramas de las palmas y, al observarla con mayor detenimiento, vio que Idrissa llevaba puesto un colorido pañuelo africano en la cabeza mientras que, mediante rápidos movimientos, punteaba las cuerdas del alargado mástil de la *kora*.

Al menos, la suerte había sonreído a Aimée. La senegalesa estaba sentada en la parte posterior, detrás de un biombo de palmas, adaptando un micrófono y un pequeño amplificador, por lo que no se movería del sitio durante algún tiempo. Aimée se acercó sigilosamente a ella.

—No siga evitándome, Idrissa —dijo ella—. Esta vez vamos a hablar. Acabo de ayudar a Khalifa a identificar a Ousmane en el depósito de cadáveres.

Los ojos de la chica mostraron su miedo. Un terror abismal.

—Usted era el objetivo, y no Ousmane, ¿no es así?

—No es el momento oportuno, ahora no podemos hablar —susurró la chica.

—¿En qué estaba trabajando Romain Figeac? Tengo que saberlo.

Idrissa dijo entre jadeos:

—Estaba loco, no entendía lo que escribía.

—¿Por qué me da en la nariz que me está mintiendo? —Aimée acercó su rostro al de Idrissa—. Se encuentra en peligro, al igual que yo.

Michel le hizo una señal frenéticamente, indicándole un conjunto plagado de brillos. Se sentía frustrada y tuvo el deseo de esposar a Idrissa a la columna dórica o al clavicémbalo del siglo XVIII situados detrás de ella a fin de retenerla.

—¡Por favor, tiene que esperarme, Idrissa!

Esta asintió con la cabeza.

Si la chica volvía a huir, en esta ocasión la perseguiría con perros lobo.

Aimée se puso una elegante y urbana túnica de seda negra decorada con azucenas bordadas y antiguos botones de la marca Lanvin. El pálido maquillaje en polvo del diseñador gótico y el empalagoso perfume la hicieron estornudar.

Michel levantó la mirada horrorizado.

—No vuelvas a estornudar.

Ella se pellizcó la nariz.

—Intentaré no hacerlo. ¿Alguna otra orden?

Michel tenía la cabeza inclinada, y las manos y la boca llenas de alfileres, mientras le ajustaba el atuendo.

—Has iniciado una nueva carrera, Aimée —le dijo René con una sonrisa burlona—. Pero si te lo quieres tomar en serio, tendrás que dejar de comer y volver a fumar

de nuevo.

No era mala idea, pensó. ¿Podría tomar chocolate?

Mientras desfilaba, Aimée no le quitaba la vista de encima a Idrissa. La patinadora parecía estar muy ocupada con los clientes, y ella se alegró por Michel.

Su último conjunto se componía de una minifalda de tela metálica fina de color plateado, que recordaba a una cota de malla de los antiguos caballeros, acompañada de una blusa de gasa y encaje que le dejaba los hombros al descubierto. Michel dejó caer el encaje alrededor del lagarto tatuado.

—*Parfait!* —dijo el diseñador gótico, mientras admiraba su espalda—. El lagarto de las islas Marquesas simboliza el cambio... el complemento perfecto.

Aimée se preguntaba si su vida iba a cambiar, a medida que desfilaba por delante del biombo de palmas.

Annika, la principal modelo de Michel, había vuelto en sí y, en ese momento, apareció vestida con el último conjunto, la versión de Michel del tradicional vestido de novia. Una creación en color hueso, con cuentas nacaradas bordadas en una antigua túnica de encajes, al estilo de los años veinte, y una hilera de diminutas plumas de avestruz de color marfil que caían por la espalda. La marcada reverencia de Michel fue recibida con sonoros aplausos.

Aimée le hizo una señal a Idrissa, indicándole un pasillo con espejos, situado detrás de la puerta del salón.

—Finalicemos nuestra conversación.

Los ojos de Idrissa estaban abiertos de terror, pero colocó la *kora* en su funda y se levantó.

—Ahí fuera, lejos de la multitud —dijo ella.

Después de los focos y el murmullo de los presentes, Aimée agradeció el aire viciado y el chirriante suelo de madera. Ella se apoyó en la pared, aproximadamente a la misma altura que Idrissa, con sus zapatos de salón de piel de cocodrilo. Sus reflejos, el de Idrissa con su vistoso pañuelo africano en la cabeza, y el de Aimée con la minifalda de tela metálica, se proyectaban como un caleidoscopio en los semiplateados espejos veteados.

—Hable conmigo, Idrissa, cuénteme por qué está en peligro. No le haré ningún daño.

Los ojos de la chica se llenaron de lágrimas.

—¡Ousmane ha sido asesinado por su culpa!

Aimée pestañeó sorprendida.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Porque no dejaba de buscarme —dijo Idrissa.

Hablando de transferencia de la culpa.

—Escuche, Idrissa, Christian contrató mis servicios para que investigara a los «fantasmas», pero averigüé que su padre no se había suicidado —dijo Aimée, haciendo un esfuerzo por mantener un tono de voz paciente—. Su padre fue

asesinado. Usted había trabajado con Romain, pero no estaba dispuesta a hablar conmigo y huyó. Traté de llamarla, pero no pude localizarla, entonces decidí acudir al club Exe, pero nadie la había visto y, en la plaza que hay más adelante, un *titi* dio un balonazo a una bolsa de basura por error y allí estaba el pobre de Ousmane.

Aimée bajó la mirada y la imagen reapareció en su mente, la piel de ébano y la sangre reseca de su cuello.

—Ousmane era supersticioso —dijo Idrissa—. Había hecho caso al derviche.

Desde el salón, Aimée oyó las risas de Michel, y cómo lo felicitaban.

—*Tiens*, ¿ocurrió algo en Senegal? ¿Algo que tenga que ver con Romain Figeac y los terroristas?

—No sé a qué se refiere —dijo la senegalesa, pero su temblor involuntario la delataba.

—Miente muy mal, Idrissa —dijo Aimée—. Lo sé, porque yo sí que sé mentir.

Idrissa analizó el pasillo con espejos. Movía los labios, pero no pronunciaba ni una sola palabra.

—Es lógico que esté asustada —le dijo Aimée—. Quédese en mi casa, la ayudaré. Por favor, confíe en mí.

—Mi padre era médico en Dakar. —Ella le hizo señas a Aimée para que avanzaran por el pasillo, a fin de alejarse de la multitud—. Él atendía a *monsieur* Figeac cuando pasaban allí los veranos. —Hablaban muy lentamente, como si estuviera midiendo cada una de sus palabras—. Yo sabía que era obsesivo y temperamental. Entonces, me pidió que le ayudara con sus memorias, pero también quiso que lo acompañara al mercado y al puerto, para que le tradujera los chismorreos en wolof. Sabía que estaba buscando a alguien, pero nunca me lo dijo, a un tipo francés.

Tomó aire dos veces.

—Cuando me trasladé aquí para estudiar en la Sorbona, mi música no me proporcionaba el suficiente dinero, por lo que tuve que ponerme a trabajar; así que *monsieur* Figeac me contrató para que transcribiera sus memorias. Verá, la mayoría de ellas estaban escritas a mano, en tinta azul marino de la marca Waterman, pero la última parte la había grabado en una cinta, aunque yo no lo había acabado todo.

Aimée recordó la clásica Olivetti roja que se encontraba sobre su escritorio.

—Pero tenía una máquina de escribir.

—Nunca la utilizaba.

—¿Por qué?

—Había pertenecido a algún escritor famoso, creo que a Hemingway. La historia que llegó a mis oídos es que la había encontrado en una subasta, y que la consideraba como un amuleto de buena suerte —dijo Idrissa—. Decía que nunca se atrevería a utilizarla; además, odiaba los ordenadores.

Eso encajaba con el arma de calibre 25 que Hemingway le había regalado, y que guardaba en una vitrina de cristal.

—Entonces, ¿encontró al francés?

Hubo una pausa, antes de que Idrissa mirara a su alrededor.

—El día que Figeac murió, vino una mujer. —Ella permanecía dubitativa—. Luego vino un hombre, eso ocurrió justo antes.

¿Sería Jutta? Pero no podía ser ella, ya que había sido puesta en libertad después de que Romain Figeac fuera asesinado.

—¿Qué aspecto tenía la mujer?

Se hizo un silencio.

—Llevaba gafas oscuras —dijo Idrissa—, un pañuelo alrededor de la cabeza y un abrigo largo, algo extraño con el calor que hacía.

¿Sería su madre? Las palabras de Idrissa resonaban en la mente de Aimée como un diapasón. ¿Seguiría su madre con vida?

—¿Qué voz tenía? —A Aimée le sorprendió su propia pregunta. De todas las cosas que deseaba saber, ¿por qué había preguntado eso?

—No pronunció ni una sola palabra. Al menos, yo no la oí decir nada.

—¿Durante cuánto tiempo la vio?

—Durante unos cuantos minutos. Entonces me marché, y no volví a ver a Figeac con vida.

¿Sería su madre la asesina de Romain Figeac?... Pero ¿por qué? No sabía si tener la esperanza de que esa desconocida fuera su madre o temerlo.

—Pero... espere... me ha dicho que había un hombre.

—Fuera, subiendo las escaleras —dijo Idrissa—. Un francés. Luego entró en el apartamento de Figeac, cuando yo estaba bajando las escaleras, pero me vio.

—¿La vio? —le preguntó Aimée, pero no esperó a que le respondiera. En ese momento, lo vio todo con claridad—. Así que, ¿ese es el motivo por el que cree que alguien está tratando de asesinarla?

Idrissa asintió ligeramente.

—Él me juró en wolof que lo haría. —Sus ojos se inundaron de terror.

Tenía sentido, e Idrissa estaba aterrorizada.

—Pero ¿por qué no le contó nada a Christian?

—Me había marchado a Fontainebleau para asistir a las clases del seminario de gestión de empresas —dijo Idrissa—. Cuatro días más tarde, a mi regreso, Christian me contó que se había encontrado a su padre muerto, que se había suicidado, y entonces me mostró la nota en la que explicaba los motivos. Una nota escrita a máquina. Él me dijo que había ocurrido la misma tarde en la que yo me había marchado; tuve mis sospechas, pero Christian ya había incinerado a su padre. Después del suicidio de su madre, le tenía horror a la prensa. Más tarde, oímos los ruidos y vi el fetiche que auguraba muerte.

—¿Las plumas amarillas?

Idrissa asintió con la cabeza.

—Pero Christian estaba tomando anfetaminas y tranquilizantes, y lo que decía no

tenía sentido. Yo seguí intentando hacerle preguntas, pero, con respecto a los posibles errores de su padre, estaba ciego. Por loco que estuviera su padre, quería a Christian.

—¿Por qué han asesinado a Ousmane?

—Él no se encontraba bien, pero me lo ocultaba. —Volvió a parpadear para enjugarse las lágrimas—. Quizás se tratara de una advertencia... no lo sé. Entonces, un día, al volver allí, vi que el hombre estaba sentado en el café de enfrente, así que salí corriendo.

—¿Podría describirlo? —le preguntó Aimée, mientras hacía un esfuerzo para que la mano no le temblara.

Idrissa se puso tensa.

Detrás de ellas, en el salón, la gente se arremolinaba y conversaba.

—¿Qué ocurre?

Idrissa comenzó a alejarse de ella.

Aimée se dio media vuelta y vio que la multitud se dirigía hacia la puerta para entrar en el pasillo, e Idrissa echó a correr.

¿A quién habría visto?

—¡Espere!

Aimée echó también a correr, pasó junto a los espejos que distorsionaban sus movimientos, pero ella llevaba tacones e Idrissa no. La cantante dobló la esquina del vestíbulo cuando Aimée estaba a punto de agarrarla, pero se le enganchó el tacón en una grieta del parqué, perdió el equilibrio y fue a caer en los brazos del diseñador gótico, que estaban llenos de sus conjuntos.

—Lo siento —dijo ella, tratando de levantarse.

Michel se aproximó a ella, con un rostro sonriente.

—Aimée, vamos a celebrarlo —dijo él, tirándole del brazo.

—Tengo que encontrar a Idrissa —dijo ella, para sorpresa de Michel. Cuando se hubo levantado, quitado los tacones y corrido a la planta de abajo, la entrada ya estaba vacía.

Aimée abrió las pesadas puertas de vidrio de un empujón y recorrió a toda prisa los adoquines del estrecho passage Montpensier.

No vio a nadie.

Entonces corrió en dirección opuesta, hacia el Comédie-Française, para ver si oía pisadas, pero lo único con lo que se encontró fue con sombras inclinadas, los sonidos de sus pies golpeando los adoquines y el maullido de un gato. Pasó corriendo al lado del restaurante Grand Vefour y entró en los jardines del Palais Roy al, donde se tapó los ojos al sentirse cegada por el sol.

Había algunas madres sentadas en los bancos a la sombra cuidando de sus pequeños. Una libélula zumbaba por encima del cajón de arena, mientras descendía en picado perezosamente bajo el sol de la tarde con sus brillantes alas de color azul verdoso. Aimée se sentó y tocó con los pies la cálida y gruesa arena, al igual que solía hacer de niña.

Y entonces tuvo una extraña sensación, como si alguien la estuviera observando.

—¿Ha visto a alguna mujer corriendo? —le preguntó a una de las madres que estaba sentada ocupándose de su hijo.

—Solo a usted —dijo la madre, al tiempo que negaba con la cabeza—. ¡Qué conjunto tan bonito!

Algunas de las madres habían levantado la mirada, y observaban detenidamente sus pies descalzos y elegante aspecto.

—*Tiens*, si algún día recupero mi figura —dijo ella—. Me gustaría tener ese conjunto.

—Es un diseño de Michel Mamou —dijo Aimée—. Recuerden su nombre, *haute couture contre couture*.

Ella se puso de pie y comenzó a alejarse. Sentía el deseo de que los años corriesen hacia atrás y se encontrara jugando en la arena ante la atenta mirada de su madre.

Después de volver a subir las escaleras, se dirigió apresuradamente hacia la multitud.

Michel estaba de pie, rodeado por un grupo de admiradores. Ella observó los rostros con detenimiento, pero no reconoció a ninguno. ¿Quién habría asustado a Idrissa?

Entonces se encontró con René, que estaba en el salón trabajando en un ordenador portátil.

—Veintidós pedidos, no está nada mal para un chico que acaba de empezar.

—Y que ha ganado un prestigioso galardón —dijo ella interrumpiéndolo—, y que además tiene un sentido del diseño surrealista y mágico. ¡Bastante impresionante!

—Ahí estás —dijo una densa voz desde las grandes puertas dobles—. Con los pies sucios y todo.

Sorprendida, se miró los dedos de los pies, antes de ver a Etienne esbozando una sonrisa burlona desde la entrada. Junto a él, se encontraba un señor mayor, bronceado y con el cabello canoso y peinado hacia atrás, que fumaba un puro y cuyo aspecto le resultó familiar.

—Me gustaría poder decir que me lo han hecho a medida —dijo ella con una sonrisa—, pero Michel me lo ha tenido que ajustar.

Etienne se había cambiado el traje de raya diplomática por un traje de lino en color verde oliva. *Parece un modelo*, pensó ella. Y le hubiera gustado que le ofreciera un desfile en privado, pero era probable que hubiera asistido acompañado de su novia, o por ese señor que podría ser su suegro.

Y de repente, un extraño pensamiento la perturbó. ¿Habría estado allí cuando Idrissa salió corriendo? La sospecha recorrió sus pensamientos. Ese señor mayor, ¿dónde lo había visto antes? Entonces, lo recordó.

—Así que, ¿pertenece al mundo de la alta costura, Etienne?

—¿No te ha dicho René que venía? —le preguntó él, sorprendido—. El número que me escribiste con el perfilador de labios se me borró, ya sabes. Por fin, encontré a

René en tu oficina y me dijo que te encontraría aquí.

René se encogió de hombros con una sonrisa socarrona.

—Permíteme que te presente a mi tío, Jean Buisson —dijo Etienne—. Ha venido a visitarme por mi cumpleaños, una especie de tradición familiar.

¿Por qué de repente se sentía atraída por tipos bondadosos?

—Pero si ya nos conocemos —dijo Aimée, mientras le estrechaba la mano, siendo una vez más la receptora de la embriagadora sonrisa de ese atractivo señor—. Nos encontramos en la sala de recepción de la Bourse.

—Claro, pero nunca vino a tomarse conmigo un buen champán en la sala de enfrente del vestíbulo. —El tío de Etienne avanzó unos pasos—. Permítame que lo arregle. Abajo en el Grand Vefour, ¿os invito a los dos!

Se trataba de una oferta muy seductora.

Pero llegaba tarde a la cita con Léo Frot.

—*Désolée* —dijo ella, sintiéndolo de verdad—. Me encantaría, pero tengo una cita en el *Quai des Orfèvres*.

René entornó los ojos, mostrando su desaprobación.

Estúpida, se estaba comportando como una estúpida, pero no se podía entretener con ese hombre, no tenía tiempo. Tenía que ver los archivos acerca de su padre y volver a encontrar a Idrissa de alguna forma.

—¿Podríamos vernos más tarde? —preguntó ella.

—¿Os apetece cenar en mi casa? —sugirió Etienne.

Ella asintió con la cabeza, preguntándose si estaría hablando en serio. Hasta tenía una Harley.

—Arriéguese con el chef —dijo su tío—, pero yo llevaré el champán.

Y tras decir eso, se marcharon; dejando tras de sí el tufillo del puro.

—No lo estropees, Aimée —le dijo René—. Hasta yo puedo ver que es un buen partido, además está interesado por ti.

—Ya has estado hablando con Martine.

—A veces tiene mucha razón —dijo René—. Este no se pasa la vida dando la vuelta al mundo y haciendo breves descansos en París como Yves.

Los chicos malos habían sido siempre su perdición, pero este tal Etienne era diferente.

—Será mejor que me cambie de ropa.

Y que recupere mis zapatos, pensó Aimée.

—Michel ha dicho que te lo quedas —dijo René—. Que es un regalo.

—Non, no puedo aceptarlo.

Era demasiado.

—Pero gracias a ti, se han vendido diez conjuntos como ese —dijo René—. Michel me ha dicho que es tuyo.

Ella arrancó el escúter y recorrió la *rue* Saint Honoré en dirección al *Quai* des Orfèvres. En el *pont* Neuf, atravesó el Sena, que brillaba bajo el sol, y giró a la izquierda en la isla de la Cité.

Aparcó el escúter y mostró su *carte d'identité* a los *flics* de uniforme azul. Una vez en el interior del patio adoquinado, giró hacia la izquierda, pasó por debajo de la puerta que tenía la inscripción «Direction de la police judiciaire» y subió los quinientos escalones hasta llegar a la insignia de color azul de la Brigade Criminelle.

A pesar de que había pasado mucho tiempo, recordaba bien el camino.

Después de volver a mostrar su carné de identidad, le permitieron la entrada. Encontró las puertas de madera abovedadas con el rótulo de «*toilettes*», el cual era ahora unisex, ya que el antiguo aseo para mujeres se había convertido en parte integrante de la sala de control de los sistemas de comunicación.

No se trataba del típico agujero en el suelo ni de un urinario pestilente como los muchos que había en el edificio, sino de un elegante servicio de estilo *art nouveau*, compuesto por baños de madera individuales con vitrales y un friso de cerámica vidriada junto a un elegante puesto de limpiabotas de alrededor del año 1905.

La habitual encargada de los servicios estaba ausente, era probable que se hubiera ido a almorzar. Sobre una repisa, había una caja con cinco francos de propina. De repente, se abrió ligeramente la puerta de uno de los baños y Léo le hizo señas con el dedo para que entrara.

—La puntualidad es lo principal —dijo él en voz muy baja mientras ella se unía a él.

Ella le puso en sus pecosas manos el informe de crédito enmendado, con prueba de la avería de la máquina de franquear y del período de gracia de tres días para su cuenta en línea.

Sus pequeños y afilados dientes, su nariz aguileña y su cabeza llena de rizos morenos le daban un cierto aire de académico, aunque el término «idiota marrullero» se ajustaba mejor a su descripción y, aun así, pensaba que se estaba quedando corta. Teniendo en cuenta su tendencia a burlarse y chantajear a sus compañeros de clase en el *lycée*, sus habilidades estaban siendo desaprovechadas en el departamento de registros de la *préfecture*.

—Veinte minutos —susurró él, mientras le entregaba un sobre manila—, luego vendré a por ellos. Los archivos de la DST están más escondidos que las piernas de una monja.

—¡Léo, ese no era el trato! —Ella tiró del archivo que le había entregado.

Él se tapó los labios con el dedo.

—Pero tengo esto. La asistente de mi casa se acuesta con el empleado del responsable...

—Mira —dijo, haciendo un mohín de desagrado—, no quiero saber.

—Nada de fotos.

Ella asintió con la cabeza, y puso el móvil en modo de vibración.

—Llámame cuando vuelvas.

Él tiró de la cisterna metálica, y el estruendo del agua retumbó en el baño cuando salió por la puerta.

Aimée cerró la tapa del váter de color caoba y se apoyó en el brillante pomo cromado. De su mochila de cuero sacó su escáner portátil y lo conectó al organizador Palm inalámbrico al que René le había aumentado la memoria. Pulsó el número de fax de su despacho, para que el organizador le enviara allí simultáneamente las páginas escaneadas. Escanear no era lo mismo que fotografiar, ¿no? Sintióse inquieta, respiró profundamente. Entonces un horrible pensamiento le vino a la cabeza... ¿y si René no había pagado la factura de France Télécom? A continuación, vio en la diminuta pantalla la conocida señal de apretón de manos que indicaba el establecimiento de la conexión. ¡Gracias a Dios!

Con la fingida calma que no sentía, Aimée abrió con el pulgar la carpeta del IGPN, la rama disciplinaria de la policía. En su interior, se encontraba una hoja con borde amarillo y notas escritas en una caligrafía angular.

Con la máquina, comenzó a escanear las notas, que tenían fecha del año 1976. La primera página tenía una mancha de café y contenía información acerca de la operación de vigilancia en la *rue* de Cléry. Ella reconoció la dirección, era la del apartamento de Romain Figeac.

El sudor salpicaba su frente. El aire en el servicio era sofocante y la velocidad del escáner era solo de cinco páginas por minuto aproximadamente.

El informe de la operación de vigilancia mostraba las entradas y salidas del apartamento de una mujer sospechosa. El informe de las escuchas telefónicas afirmaba que la mujer había empleado el teléfono de Figeac para efectuar y recibir llamadas del propietario de una galería situada en la margen izquierda del Sena, quien era conocido en la policía por ocultar cuadros robados. De acuerdo con la información que Aimée pudo reunir, el propietario de la galería estuvo suministrando información a la policía. Había varias fotos borrosas en blanco y negro de una mujer que llevaba puesto lo que parecía una larga peluca rubia y unas gafas de sol, y que transportaba una bolsa de la compra, en la que se suponía que estaban los cuadros de Modigliani. La mujer a la que habían pillado con las manos en la masa se llamaba Sydney Leduc.

Su propia madre había sido sorprendida en un golpe policial (¿por su padre?).

Aimée se sentó en el reducido cubículo, y el mundo que ella conocía se derrumbó.

Su madre había sido encarcelada y llevada a juicio, pero no por terrorismo, sino por el robo de los cuadros de Laborde. No había prueba alguna de su participación en el secuestro y asesinato de Laborde. Así que, ese era el motivo por el que solo había permanecido un año en prisión.

Pero ¿por qué Aimée no se había enterado de nada de eso? Comprobó la fecha... ¡Era el año en el que, con dieciséis años, había estado en un instituto neoyorquino como estudiante de intercambio!

Aimée continuó leyendo y descubrió que, tras haberle ofrecido la oportunidad de rebajarle la condena a cambio de facilitar información acerca de la banda, Sydney había acordado averiguar la ubicación de los terroristas, así como de su alijo, pero Aimée leyó entre líneas, y su padre * había hecho un trato para que le rebajaran la pena.

Sin embargo, al final del informe, se decía que habían sometido a su padre a audiencias disciplinarias. ¿Por qué? Eso no tenía sentido.

No tenía explicación alguna, a menos que a su padre lo hubieran sorprendido en posesión de los valiosos cuadros el 15 de julio durante la operación de vigilancia.

En otra hoja, en la que aparecía «Unidad de vigilancia» escrito en la parte superior, figuraban varios nombres:

Szlovak

Dray

Teynard

Leduc

Reconoció el nombre de Szlovak, un hombre de mediana edad que pertenecía al equipo del *commissariat* de su padre y que se había jubilado anticipadamente; a Dray lo habían enviado a la planta de arriba de la *préfecture* del *Quai* des Orfèvres, hacía aproximadamente diez años; y a Teynard lo habían trasladado al STUP, la sección de narcóticos de la Brigade Criminelle.

Le dolía la muñeca, pero logró escanear los archivos de Action-Réaction antes de que su móvil vibrara y, en dos minutos, había terminado, por lo que desconectó el escáner del organizador Palm, y se aplicó de nuevo el pintalabios rojo de Chanel frente al antiguo espejo con borde plateado.

La encargada de los aseos, una señora mayor de cabello cano, peinada con un moño y con una copia de *Télé—Journal* debajo del brazo, apareció al mismo tiempo que Léo volvía. Aimée lo observó, mientras entraba en el aseo, pero no sin antes guiñarle un ojo a la señora y poner diez francos en el cuenco.

Media hora más tarde, de vuelta en su despacho, encontró el número de teléfono de Szlovak en el Minitel, le dejó un mensaje y buscó a Dray en la *préfecture*, pero no tuvo suerte a la hora de encontrar a Teynard en la Brigade.

En la *préfecture*, el recepcionista le dijo que Dray se había ido de *vacances* el día anterior. Aimée se sentó para releer las páginas que había enviado por fax y leer aquellas que no había tenido tiempo de ver.

Algo no cuadraba, había un error.

No sabía qué era, pero... Entonces levantó la mirada. Las fechas eran erróneas,

tenían que serlo.

Ella volvió a leer el archivo. En la pared de su despacho, se encontraba su foto favorita de ella con su padre, tomada el día siguiente a la conmemoración de la toma de la Bastilla del año 1976. Habían pasado el día juntos, antes de su vuelo a Nueva York. Entonces, consultó con mayor detenimiento el registro de la brigada de vigilancia con fecha del 15 de julio de 1976, que incluía el nombre de su padre. Fecha en la que se recuperaron los cuadros.

Pero el día de la toma de la Bastilla siempre se celebraba el 14 de julio.

Así que su padre había estado con ella el 15 de julio, y no en una operación de vigilancia policial.

Le habían tendido una trampa a su padre y ella era la prueba fehaciente.

Aimée cogió la fotografía de la pared y la guardó en su mochila, junto con la información acerca de Modigliani que había copiado de la agence France Presse.

Tras seguir investigando, comprobó que Teynard se había jubilado y que regentaba una empresa de detectives con su sobrino en la *rue* de Turbigo.

No estaba lejos, en las afueras del Sentier, a escasas manzanas de distancia.

Se olvidó del escúter, pues tenía que caminar a fin de liberar la energía negativa y no llegar al despacho de Teynard con ganas de liarse a puñetazos, al menos no al principio.

—¡*Désolée, mademoiselle* Leduc! —dijo la secretaria, *madame* Goroux—. Parece que *monsieur* Teynard tiene la tarde totalmente ocupada.

—Por favor, ¿no podría encontrarme un huequito? —preguntó Aimée, en tono de queja—. Ha surgido algo importante.

—Se encarga de los casos junto con su sobrino —dijo *madame* Goroux—. Déjeme ver si está disponible.

—*Merci* —dijo Aimée. Era probable que el sobrino pudiera ayudarla a reunirse con su tío.

Un repartidor de correo urgente traía un paquete en una carretilla.

—*Bonjour, madame* Goroux, *necesito* la *firma del jefe*.

—Puedo firmar yo misma, Cédric —dijo ella.

—Lo siento, pero el remitente me ha exigido específicamente la firma de *monsieur* Teynard.

—Vuelve dentro de un rato —le dijo *madame* Goroux, mientras revisaba su agenda—. Estará ausente hasta la cita que tiene a las tres en punto.

Aimée consultó su reloj de Tintín.

Tendría que esperar veinte minutos, si era puntual.

Se marchó y bajó las desgastadas escaleras. En el tranquilo vestíbulo de baldosas de mosaico del edificio, la mente le iba a mil revoluciones. Mascaba un chicle Nicorette frenéticamente, ya que se moría por un cigarro. Transcurridos diez minutos,

un atildado señor de cabello blanco, de sesenta y tantos años y vestido con un traje de lino de color trigo, entró en el vestíbulo.

—¿*Monsieur* Teynard? —le preguntó ella, que se encontraba de pie y parcialmente oculta detrás de una columna.

Él se quitó las gafas de sol y parpadeó, mientras trataba de acostumbrar sus ojos del brillo de la calle al oscuro vestíbulo.

—*Mademoiselle*, ¿nos conocemos? —le preguntó él, esbozando una amplia sonrisa. Despedía un tufillo al perfume de la loción para después del afeitado; era probable que se tuviera por un conquistador.

—No directamente —dijo ella, mientras caminaba en su dirección—. De eso precisamente me gustaría hablar con usted.

Él entornó los ojos.

Aimée pulsó el interruptor de la luz, y el vestíbulo se iluminó.

Teynard fruncía el ceño, mientras la observaba.

—Si no supiera que es imposible —dijo él en voz baja—, me atrevería a decir que el pasado ha vuelto...

—¿A atormentarle? —ella terminó la frase por él—. Vayamos a hablar a algún sitio.

Aimée le indicó el café del passage du Bourg-l'Abbé, situado justo enfrente del despacho de Teynard.

Con aspecto de no fiarse, Teynard la observaba, mientras colocaba dos expresos sobre la mesa del café. Luego, Aimée le pasó el azucarero redondo de aluminio. El joven propietario, que llevaba una camiseta sin mangas de los Lakers y un rosario alrededor de la muñeca, se encontraba sentado detrás de la barra leyendo un periódico turco.

Aparte de Aimée y Teynard, no había nadie más en el estrecho café, el cual tenía las paredes amarillentas por el humo, una barra de estaño repujado y sillas marrones de escay. Los rincones despedían el olor casi almizclado de una decadencia constante y refinada. Las ventanas enmarcadas en madera daban al pasaje situado bajo un techo de vidrio y hierro que había permanecido intacto desde los tiempos de Napoleón.

—*Monsieur* Teynard —dijo ella—, usted formó parte de la operación de vigilancia de la Galerie Arte el día 15 de julio de 1976, ¿no es así?

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Teynard, mientras se atusaba el cabello hacia atrás. Sus gélidos ojos azules escudriñaron rápidamente el café.

—Estoy interesada en su versión de los hechos.

—¿Mi versión?

—Estuvo allí junto a mi padre, Dray y Szlovak.

—No lo recuerdo.

Aimée asintió con la cabeza, mientras le quitaba el envoltorio al terrón de azúcar.

—Buen argumento, es probable que usted tampoco estuviera allí, de lo que estoy segura es de que mi padre no estaba.

—¿De qué va todo esto?

—¿No debería decírmelo usted, *monsieur* Teynard? —Ella removió el azúcar.

—Tengo citas... —Él se arregló sus pantalones de lino y comenzó a levantarse.

—Le he dicho a *madame* Goroux que ha cambiado de planes.

Por primera vez, pareció sorprendido.

—Quizás esto le refresque la memoria —dijo ella, mientras limpiaba la pegajosa mesa con una servilleta y desplegaba el archivo frente a él—. Soy una persona visual. Ver las cosas en blanco y negro me lo aclara todo. Es probable que usted lo sea también. Mire, ahí está su nombre.

A Teynard se le hundió la barbilla.

Ella señaló con el dedo.

—Aquí tiene otra fotografía. —Ella sacó la foto que tenía con su padre—. Hay una fecha. Mire el periódico *Le Figaro* del *tabac* que tenemos detrás, 15 de julio de 1976. He comprobado incluso que la antigua edición de mediodía salía a las once de la mañana. No coincide con el registro de la operación de vigilancia, ¿verdad? Mi padre estuvo conmigo el 15 de julio, y no en la misión de vigilancia como muestra este documento.

—Está hablando de una historia muy antigua —dijo Teynard.

—A mi padre le tendieron una trampa para incriminarle —dijo ella—, por algo que no hizo.

—Los hechos hablan por sí solos.

—*Fas du tout*, mienten —dijo ella—. Pero los rumores de que era un policía corrupto nos siguen persiguiendo, incluso ahora.

—Eso forma parte del pasado —dijo él—. Si hubiera seguido adelante con su vida, no se habría quedado anclada en el pasado.

Qué hombre más grosero. Es probable que tuviera razón, pero no era asunto suyo.

—Siga adelante, jovencita —dijo esbozando una sonrisa—. Viva la vida. ¿No se dice así?

A Teynard no le gustaban las mujeres, o quizás solo fuera ella. Sin embargo, había algo en su pulcra imagen que no concordaba con su férrea mirada.

—Buen consejo, *monsieur* Teynard —dijo ella—. Seguiré adelante hasta llegar a la fiscal, Edith Mésard.

Ella vio un atisbo de interés en sus ojos.

—Y a *monsieur* Szlovak —dijo mintiendo—. Tiene mejor memoria que usted.

—Hable con Dray —dijo él—, antes de que siga quedando en ridículo.

Y entonces, lo comprendió. Dray y Teynard estaban muy unidos, vamos, que eran uña y carne.

—Fueron ustedes dos, ¿no es así?

A Teynard se le atragantaron las palabras.

—¿Qué está...?

—No vuelva a mentirme —dijo ella—. Lleva más de veinte años temiendo que alguien le acusara de eso, ¿no es cierto? Sin embargo, fue mi padre quien pagó los platos rotos. Quizás mi padre fuera la persona más conveniente, teniendo en cuenta que su esposa era terrorista y todo eso.

Teynard negó con la cabeza.

—Lo que dice no tiene ningún sentido —dijo él, en un tranquilo tono de voz—. Tengo que volver a mi despacho.

—Pero claro que tiene sentido —dijo ella—. Sobre todo si tenemos en cuenta que mi padre hizo que mi madre proporcionara información y llegó a un acuerdo para que recibiera una condena más leve. Además, mi padre abandonó el cuerpo con honores, pero algo así no ocurre muy a menudo, sobre todo si a un oficial de policía le han sometido a una audiencia disciplinaria, ¿no es cierto?

Teynard apartó la mirada.

—¡Esto es típico de la hija de un *flic*!

—De hecho... —ella se inclinó hacia delante y apuró rápidamente el expreso— en el *commissariat*, ¡hasta es posible que me hubiese sentado sobre sus rodillas!

Eso debería hacerle sentir viejo y fracasado, su verdadero aspecto oculto bajo su bronceado y sus intentos por vestir como los modelos de la revista *Gentleman's Quarterly*.

—¿Qué es lo que quiere?

—La vindicación de mi padre —dijo ella—, y que me diga lo que sabe acerca de mi madre.

Él se encogió de hombros.

—Estoy jubilado. ¿Qué le hace pensar que dispongo de información?

Ella se había guardado lo mejor para el final, con la esperanza de que picara el anzuelo, bueno, por decirlo de alguna forma.

—Pero sé lo de los cuadros de Modigliani, mire esto —dijo ella, al tiempo que sacaba el artículo de *Le Figaro*—. No se perdieron. Usted firmó para que fueran enviados al depósito policial. Sin embargo, aquí aparecen en una exposición en Londres del año 1984.

Él se levantó.

—Yo no soy el malo de la película —dijo Teynard.

—Quizás desde su punto de vista... ¿Qué hicieron Dray y usted con el dinero?

—No tengo por qué escuchar esto.

—Pues el fiscal sí que lo hará —replicó ella—. Sobre todo, cuando vuelva a abrir la investigación. Está en un grave aprieto, Teynard, en un turbio y grave aprieto.

—¿Cómo voy a estarlo? No existe ninguna prueba —dijo él, aunque por primera vez su mirada era de inseguridad.

—A mí me parece una prueba evidente —dijo ella—. Los cuadros robados de Laborde fueron confiscados de la galería por usted, para luego aparecer en Londres...

y ser vendidos a los ávidos compradores. Una de las obras fue adquirida por un valor de 379.000 francos^[5] en una subasta en París celebrada en junio de 1985 y la otra fue comprada por un valor de 1.737.000 francos^[6] en marzo de 1991, también en una subasta.

Los hombros de Teynard se hundieron.

—Mal negocio, Teynard... ahora valdrían mucho más —dijo ella—. Debería haberlos conservado.

Él se sentó, parecía mucho más mayor.

—¿Qué ha hecho con el dinero? —le preguntó ella.

—Llevo años siguiéndole el rastro a Jules Bourdon —dijo él, en un monótono tono de voz—. Ahora se encuentra aquí, pero tengo el mal presentimiento de que usted va a intentar joderlo todo.

—¿Joder qué?

—No es asunto suyo.

¿Sería ese el motivo por el que Stefan había reaparecido?

—Mi madre se marchó con él a África, ¿no es cierto?

—¡Eso es una estupidez! —dijo Teynard, antes de dar un empujón al expreso—. Hay más, mucho más.

—¿Más?

—Diamantes. Una inversión en diamantes de calidad en África.

Diamantes... ¿Tal vez era eso lo que estaban buscando Jutta y Gisela? ¿Eran los diamantes el quid de la cuestión? ¿Serían los diamantes lo que se había guardado en el ataúd de la madre de Liane Barolet?

—Cuando los terroristas secuestraron a Laborde, estaba podrido de diamantes —dijo Teynard—. Lo habían planificado a la perfección, o quizás fuera un maldito golpe de suerte, quién sabe, pero el ministro y los camaradas de la antigua milicia de Laborde iban a recoger su parte. Laborde había sobornado a sus amigos en el Gobierno para recibir concesiones. Estaban felices de emplear el antiguo sistema colonial y de repartirse el botín entre los amigotes.

Pero sin dar nada a los africanos que vivían allí, pensó Aimée.

—Ese es el motivo por el que Bourdon se encuentra aquí poniendo en riesgo su vida —dijo Teynard.

Y ella lo vio en sus ojos, unos ojos vivos y depredadores.

—Bourdon es la persona que busca, ¿no es así? —le preguntó ella—. ¿Una especie de *vendetta*?

—Digamos que ha llegado el momento de la venganza. —Teynard se levantó el dobladillo del pantalón hasta la mitad de la pantorrilla y, por encima del calcetín, ella vio una prótesis de color carne—. Me hizo trizas la rótula de un disparo. Me amputaron la pierna a la altura del muslo y consideraron que tuve mucha suerte, así que ahora es el momento de que sea él el afortunado.

—Lo entiendo —dijo ella.

—¿En serio? —Los ánimos de Teynard se habían calentado—. Son unos canallas, unos villanos que consideran una declaración política el hecho de hacer saltar por los aires a seres humanos o de arrojar el dinero robado en los bancos por las ventanas del *métro*, denominándolo el capitalismo de las masas. Sin embargo, Jules Bourdon era un *arnaqueur* inteligente, un embaucador que utilizaba a los idiotas, y que nunca ha dejado de hacerlo.

—Entonces Jules Bourdon huyó a Senegal... ¿por qué?

—Uno no cuenta con demasiadas opciones cuando se halla en busca y captura en varios continentes —dijo Teynard—. Allí trabajaba como mercenario.

—¿Y qué pinta Romain Figeac en todo esto?

—Figeac también tenía que ajustar cuentas. Al parecer, el bebé de su esposa era de Bourdon, y no suyo. Figeac deseaba que el mundo entero se enterara de la clase de estafador que era Bourdon realmente.

—¿Así que Jules Bourdon asesinó a Figeac, antes de que este pudiera sacarlo a la luz? ¿Y Ousmane fue asesinado por esconder a Idrissa?

Teynard entrecerró los ojos.

—Algo así. Cuando la vi, hubiera jurado que el tiempo se había detenido —dijo Teynard. Su tono de voz había cambiado, en ese instante era más alto y estaba plagado de algo. Como si un oscuro sentimiento estuviera a punto de aflorar a la superficie.

—¿Por qué? —Pero ella ya lo sabía.

—Ella me dejó sin aliento —dijo él.

A Aimée comenzó a temblarle la mano. La forma en que Teynard lo había dicho la puso enferma, era como si le estuviera reclamando algo.

Él percibió la reacción de Aimée.

—¿Ha mantenido su madre contacto con usted?

Así que estaba buscando también a su madre.

Aimée negó con la cabeza.

—De todas formas, no me lo diría —dijo Teynard.

Stefan se frotó los ojos. Le dolía la espalda de dormir en una silla tan rígida. Había pedido comida en el café de enfrente para que se la llevaran. Llevaba toda la noche y el día observando. Una mujer había entrado en el edificio, pero lo único que veía en ese momento eran las siluetas de la ventana de Action-Réaction.

Stefan deseaba tener compañía, pero se encontraba solo, mientras que el anaranjado atardecer teñía los tejados rojos. Le apetecía conversar, hablar del pasado, de sus sentimientos, de sus planes para el futuro, como el de convertirse en propietario de un taller especializado en la reparación de vehículos Mercedes.

Entonces comenzó a manosear la tarjeta que Aimée le había entregado. Le dio la vuelta sobre la palma de su mano cubierta de grasa, recordó su agradable silencio y el

hecho de ser la viva imagen de su madre.
Cogió su anticuado teléfono negro.

Viernes, por la tarde

—*Oui* —dijo Aimée en su teléfono móvil, al tiempo que se alejaba de Teynard. Entonces le guiñó un ojo al propietario del café, para indicarle que sirviera dos expresos más.

Se hizo un silencio. ¿Sería Etienne?

—*Allô?*

—¿Tiene tiempo para charlar? —le preguntó Stefan.

—Dígame cuándo y dónde. —Ella se levantó y se dirigió hacia la barra, lejos de Teynard.

Hubo otro silencio.

Ella repitió su frase; era probable que no la hubiera oído bien.

—Mi terapeuta me ha recomendado que lo saque todo.

Aimée se mordió la lengua para no mostrar su sorpresa.

—Por favor, hágalo, le escucho.

—Llevo años queriendo hablar con alguien —dijo él—. Tengo que compartir esta carga.

Parecía destrozado y mayor de lo que era, y ella cayó en la cuenta de que tenía que protegerlo.

—Me están persiguiendo.

—¿Quiénes? —Ella se preguntó quién más, aparte de la Europol y la DST, podría estar tras él. ¿Sería Teynard?

—Hable conmigo, Stefan —dijo ella—. ¿Ha visto a mi madre?

—Jules ha vuelto. Más tarde o más temprano, aparecerá por Action-Réaction —dijo él—. Existen posibilidades de que ella esté con él.

A Aimée se le cayó el alma a los pies. ¿Acaso su madre no quería verla? ¿O habría estado observándola y siguiéndola, a pesar de saber que Aimée la estaba buscando, evitando deliberadamente contactar con ella como René le había advertido?

—¿Dónde está? Lo ayudaré.

El tono de voz de Stefan comenzó a decaer.

—¿Ayudarme? Dudo que lo haga cuando sepa lo que he hecho.

—¿No era usted un pez pequeño que fue sorprendido mientras nadaba con los gordos? —dijo ella—. ¿O acaso se convirtió también en uno de ellos?

—El viejo cazador —dijo él, su tono de voz dejaba ver su arrepentimiento—. He enterrado sus cosas debajo de un árbol. Su familia debería saber lo que le ha ocurrido.

Ella asintió con la cabeza.

—Enmendar los errores le servirá de ayuda. —Ella reprimió los interrogantes acerca de su madre, al ser consciente de que Stefan tenía que desahogarse a su

manera.

Entonces se oyó lo que parecía el ruido de cristales haciéndose añicos.

—*Ça va?*

—Luego la llamo —dijo él, antes de que ella oyera el tono de marcar.

Stefan había querido hablar, pero le había ocurrido algo. Ella dio un golpetazo sobre la barra... ¡después de estar tan cerca, volvía a estar fuera de su alcance!

Entonces pulsó la tecla de devolución de llamada.

Pero el teléfono sonaba y sonaba sin que lo cogieran. Estaba preocupada. Los humeantes expresos estaban sobre la barra y ella los cogió.

Pero Teynard ya había abierto la puerta y caminaba por el pasaje, comportándose nuevamente como un grosero.

Aimée agarró el primer billete que llevaba en el bolsillo, uno de cien francos, lo dejó sobre la barra y salió corriendo tras él. Los transeúntes atestaban la ajetreada esquina de la *rue* de Turbigo. Ella corrió para alcanzar a Teynard, quien se encontraba de pie en el bordillo de la acera, frente al paso de cebra, de espaldas a ella. Su cabello blanco brillaba bajo los últimos rayos del sol de la tarde.

—Mire, *monsieur* Teynard, tiene que detenerse... —le dijo ella gritando.

Él se dio la vuelta, pero el resto de las palabras de Aimée fueron amortiguadas por el ruido del motor de una motocicleta.

Ella levantó la mano para protegerse los ojos del sol.

—No hemos acabado nuestra conversación.

Continuaban a varios metros de distancia.

—Deje de seguirme —dijo él.

Teynard pasó de la indignación a la sorpresa y agitó los hombros repetidas veces.

Y entonces, Aimée supo que había ocurrido algo.

Él se agarraba el costado, haciendo gestos de dolor.

Aimée se abrió paso entre la multitud de acalorados y cansados parisinos, de entre los cuales algunos exclamaban irritados. Teynard comenzó a tambalearse en su dirección, y entonces cayó de rodillas, mientras la multitud que se encontraba a su alrededor se alejaba de él como podía. Una mujer comenzó a gritar cuando él trató de agarrarse al asa del carrito de su bebé. Tenía tres enormes orificios de color negro rojizo en la chaqueta de lino. Teynard continuó tambaleándose hasta caer de bruces en el cálido pavimento.

Aimée, perpleja, levantó la mirada y vio que un escúter conducido por alguien con un casco negro se alejaba. Era un escúter verde abollado, pero no pudo ver más, ya que un autobús que se detuvo y la multitud de peatones que cruzaban la calle obstruyeron su campo de visión.

Todo había ocurrido en cuestión de segundos.

—¡Que alguien llame a un médico! —gritó uno de los presentes.

Y entonces cayó en la cuenta de que el escúter verde era el que René le había prestado. Un hormigueo le recorrió la columna. Alguien lo había robado. A Teynard

le había disparado alguien que conducía su escúter y, si estaba en lo cierto, ese alguien era Jules Bourdon.

Así que Jules estaba vigilándola, o Gisela, ¿o sería su madre? ¿La estarían esperando para que los condujera hasta los diamantes?

Asustada, Aimée se alejó y, entre la multitud, oyó cómo murmuraban... «Ella levantó el brazo»... «Lo estaba siguiendo». ¿Estarían hablando de ella? La pareja que se encontraba de pie junto a ella le lanzó una mirada de desconfianza.

Se oía el ruido de la sirena de una ambulancia que se aproximaba. Intentó mezclarse con la multitud, desaparecer. No tenía ganas de dar explicaciones ni tiempo que perder en el *commissariat*. A ella la estaban persiguiendo también.

Casi logra llegar al pasaje, cuando la mujer que llevaba el carrito la miró y la señaló con el dedo.

—¡Ella... ella... ha sido ella... ella le ha disparado!

Cuando Aimée se giró, se le rompió un tacón.

Se quitó los zapatos y comenzó a correr.

—¡Detenedla... que no escape! —chilló la mujer.

Aimée pasó corriendo junto a las esculturas de piedra blanca del Ministerio de Comercio e Industria que flanqueaban el *passage du Bourg-l'Abbé*.

El propietario del café salió agitando un billete de cincuenta francos en su dirección.

—¡Quédese con la vuelta! —gritó. Tras ella, se oyeron pisadas, y luego un sonoro quejido cuando el propietario chocó con la persona que la estaba siguiendo, tirándola al suelo. Cuando Aimée se dio la vuelta, vio cómo el propietario le hacía un gesto con la mano y le dirigía una amplia sonrisa.

Ella salió corriendo del pasaje y giró hacia la derecha para tomar la *rue Saint Denis*. Tiendas de productos eróticos y establecimientos de ropa al por mayor bordeaban la calle. Aimée entró en una de las primeras y colocó quinientos francos en el mugriento mostrador de cristal, con cuidado de no tocarlo.

—Quiero eso —dijo ella, mientras jadeaba y señalaba con el dedo una peluca rosa de paje—. Y eso también. —El hombre le entregó un collar sadomasoquista similar a una gargantilla. Ella miró a su alrededor. La mayoría de los atuendos tenían demasiados orificios como para llevarlos por la calle, así que eligió el que más la cubría—. Esto también. —El dependiente le entregó las prendas por encima del mostrador, y se oyó el ruido de la sirena en la distancia, tenía que apresurarse.

—Tengo que cambiarme.

El tendero hizo un gesto con la cabeza en dirección al probador del fondo, y ella se dirigió hacia él, sin mirar a su alrededor ni a lo que estaba ocurriendo en el exterior de la tienda.

Aimée trató de aguantar la respiración durante el tiempo que tardó en quitarse la minifalda de Michel y ponerse la ajustada malla negra de vinilo, pero no pudo. Se abrochó la gargantilla, se ajustó la peluca, se puso la versión sexi de los zapatos de

tacón de la ratoncita Minnie de Manolo Blahnik, y luego guardó la ropa que llevaba en su mochila.

Si no tenía que correr, todo iría bien, porque el plástico negro podría convertirse en una sauna con esa humedad.

Para cuando hubo recorrido varias manzanas, un hombre de mediana edad ya le había ofrecido quinientos francos, pero ella los rechazó; en realidad, no estaba en sus planes recuperar lo que había invertido en su atuendo. Un coche de la policía pasó por allí, pero ella se mezcló con el ajeteo de la calle a la perfección. La prostitución era legal, aunque no la incitación a ella y, desde la Edad Media, la *rue Saint Denis* había sido la ronda de las prostitutas.

Aimée se detuvo en la esquina de la *rue Blondel* con la *rue Saint Denis*. El crepúsculo inundaba la calle, y los primeros haces de neón proyectaban su brillante reflejo en los parabrisas de los coches salpicados por la lluvia. El viento soplaba. Un burdel de triste fama había florecido en esa calle antes y durante la guerra, al que algunos hacían referencia de forma cariñosa como *le trente-deux*, el treinta y dos. Hasta Picasso y Brassai habían hablado acerca de «las flores de la *rue Blondel*».

—*Chérie*, ¿está trabajando o solicitando algún servicio? —le preguntó una mujer, de la que solo se veían sus relucientes botas negras y camiseta sin espalda y sin mangas en la oscura entrada del pasaje que tenía delante—. Tienes que consultarlo primero conmigo, ¿eh? Estás en mi esquina.

Uy. Metedura de pata. No quería líos ni con esa mujer ni con su chulo. ¿Adónde podía ir? Era probable que Jules conociera las casas de todos sus amigos... incluida la de René, pero el apartamento de Etienne Mabry se encontraba cerca, en el patio del fondo, o al menos eso decía su tarjeta.

Aimée esbozó una amplia sonrisa.

—*Pardon*, estoy buscando a alguien ahí arriba, pero mi socio ha olvidado decirme en qué planta.

—¿Esos *cretins* de los ordenadores? —La mujer dio un taconazo en los adoquines con su bota, que retumbó en el pasaje.

Otra prostituta pasó por allí, vio las botas y continuó su camino.

—Les gusta masturbarse con los vídeos que encuentran en Internet. ¿En qué mundo vivimos, eh, si un *mec* se excita con un ordenador?

Ganarse la vida debía de resultarles difícil a esas prostitutas... sobre todo cuando llegaban a cierta edad.

Aimée asintió con la cabeza.

—Me acuerdo de cuando venía aquí después de salir de la escuela. La madre de una amiga tenía una fábrica de cremalleras cerca de aquí, pero ahora todo ha cambiado.

En ese momento, Aimée pudo ver el rostro extremadamente maquillado de la mujer y la flácida piel de sus brazos, con la piel de gallina por el frío del pasaje.

Una sombra ocultó la mano de la mujer, que estaba cubierta por un guante

ribeteado con una red de encaje rojo. Había llegado un cliente, y ella lo condujo a la planta de arriba.

Aimée dirigió su mirada a las brillantes luces del tráfico del *boulevard* de Sébastopol, a través de los patios cuádruples. Las balaustradas de piedra caliza con mugre incrustada no ocultaban el encanto del histórico *hôtel* Saint Chaumont, los ornamentados adornos escultóricos tallados, la elegante cubierta en mansarda inclinada ni las ventanas abuhardilladas.

La clásica fachada, que una vez fuera elegante, estaba abandonada y prácticamente escondida detrás de los rótulos de plástico de las tiendas. En el patio adoquinado contiguo, había percheros con ruedas aparcados, que habían abandonado allí como si fueran juguetes rotos.

Aimée se detuvo para recobrar el aliento. Esos adoquines plagados de hoyos eran un martirio llevando tacones. Frente a ella, un hombre de tez de color caoba, que estaba apoyado en un perchero, hablaba en hindi por su móvil, mientras consultaba una hoja de pedidos. Ella sintió el deseo de unirse a él para descansar un poco, pero tenía que idear algún plan, y necesitaba un lugar seguro en el que poder hacerlo.

Tras reunir fuerzas, entró en el antiguo aunque reformado edificio. La jaula de alambre del ascensor estaba cerrada con un candado y, en el sinuoso pasamanos había un carrito apoyado. El chirriante sonido de las escalas de un violín llegó a sus oídos. Para cuando llegó al tercer *étage*, la mochila le parecía más pesada que el granito.

La fría extensión del vestíbulo daba paso a una serie de puertas dobles y, más allá de estas, vio un par de puertas de madera tallada que iban desde el suelo de baldosas hasta el alto techo.

Ella llamó con los nudillos, pero las puertas eran tan gruesas que no logró hacer ruido; entonces vio un timbre.

Etienne Mabry abrió la puerta, y sus ojos se abrieron como platos.

—*Entrez.*

—¿Está ya lista la cena?

—Solo si tú eres el postre —dijo esbozando una sonrisa, al tiempo que trataba de asimilar su atuendo.

—Me gusta disfrazarme.

Como quien no quiere la cosa, Aimée entró y, en un descuido, se resbaló por el suelo de madera encerado.

Él la agarró del codo y sonrió abiertamente.

—Hablando de personas escurridizas, pensé que no vendrías, pero...

—Pero he llegado antes de tiempo.

Él le dio dos besos, y continuó dirigiéndole una cálida mirada. Estaba para comérselo con unos vaqueros raídos y una camiseta desgastada de la gira mundial de los Rolling Stones.

Después de que él le colocara el brazo por encima del hombro, la condujo a una espaciosa y limpia habitación de color blanco, similar a un *loft* y con techos altos.

Unos antiguos biombos japoneses lacados en negro y dorado eran lo único que daba un toque de color. Aimée se quitó la peluca y se ahuecó el cabello. Tenía húmedo el cuero cabelludo.

—Parece que necesitas una copa. ¿Te apetece un kir royal?

Ella asintió con la cabeza.

—*Merci*.

La chimenea de mármol blanco estaba cubierta de fotografías de unos niños pequeños y una elegante mujer rubia, enmarcadas en plata.

Obviamente, su esposa no se encontraba en casa o, todavía peor, volvería pronto y él pondría alguna excusa para cancelar la cena.

Él seguía su mirada.

—Son mi exmujer y mis hijos. Viven en Rouen, pero los veo los fines de semana.

Él le ofreció una copa del burbujeante y rosáceo cóctel, y se sentó junto a ella en el pulcro y blanco sofá.

—*Santé*. —Los dos brindaron.

—¿Y tú?

Deseaba contarle el miedo que tenía y la pérdida que se sentía después del asesinato de Teynard, por no hablar de que no tenía pista alguna de los presuntos diamantes ni de su madre, quien continuaba siendo verdaderamente difícil de localizar.

—¿Yo? —Se puso nerviosa, aunque había algo en él que le agradaba mucho. ¿Por qué no podía relajarse? Ella le dio otro trago al kir. ¿Qué demonios le pasaba?

Allí estaba ella, vestida con una ajustada malla de vinilo, arrojándose a sus brazos; aunque le daba el mismo pavor una relación íntima que el asesino de Teynard.

—¿Estás comprometida?

—No tengo tiempo para eso. —¿Por qué tenía que sentarse tan cerca de ella?—. Ya sabes, mi vida se reduce al trabajo, al sueño y a los trayectos en el *métro*. Trabajo demasiado, como todo el mundo.

Era evidente que, en ese preciso momento, no parecía como el resto del mundo con el vinilo negro y el collar de perro.

—¿Cómo puedo ayudarte? —Él le acarició el cabello, y recorrió su cuello hasta llegar a su hombro—. Estás plagada de contradicciones, pero me resulta interesante, y me gustas.

—Imagino que me sería difícil mantener una relación —dijo ella—. Al menos en este momento.

Etienne retiró la mano de su hombro, dejando en él una distintiva y persistente calidez.

—Eres como una corriente alterna —dijo él—. Pasas del calor al frío.

¿Qué más da que fuera verdad?... Las palabras de Etienne la hirieron.

—¿Qué hay de tus hijos y tu exmujer? Es una carga emocional mayor de la que podría soportar.

—¿Te da miedo arriesgarte? —le preguntó él—. ¿Temes el esfuerzo? —Él se encogió de hombros, mientras le acariciaba el pómulo con el dedo pulgar. Su cabello pelirrojo parduzco le caía alrededor de las orejas, y su camisa despedía un ligero aroma a cítricos—. ¿Qué puedo hacer? Me gustaría intentarlo..., pero supongo que a ti no.

René y Martine la iban a matar. ¿Por qué no se dejaba llevar? *Merde!* ¿Por qué tenía que ser tan difícil? La cabeza le daba vueltas, pero de lo único que estaba segura era de que se había metido en camisa de once varas.

—Mira, Etienne, soy un desastre para las relaciones. Al igual que me ocurría con el latín en el *lycée*, esos antiguos y complicados tiempos verbales escapan a mi comprensión. Pues lo mismo me pasa con las relaciones: es algo complicado que puedo observar, pero no imitar. —Negó con la cabeza, era una verdadera fracasada—. Perdona mis ñoñerías.

—A mí me parecen más bien excusas —dijo él. El aroma de su perfume había impregnado la piel de Aimée, mal asunto, aunque ella no quería frotarse para que desapareciera.

Y entonces se preguntó si realmente importaba de qué forma lo iba a fastidiar todo esa vez... era evidente que él caminaba con los ojos bien abiertos, *tiens*, no era ningún niño, era ya mayor de edad.

—¡Eres una mujer divertida... salvaje e inocente al mismo tiempo! Georges había descrito a su madre de la misma forma.

Ella le colocó el cabello por detrás de las orejas, consciente de que se estaba metiendo en un callejón sin salida.

—*Tempus fugit* —le susurró él al oído.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que el tiempo vuela... Esta ha sido tu primera lección de latín. —Ella percibió su aliento en el cabello, mientras la acercaba más a él—. No es difícil, ¿no?

Viernes, a última hora de la tarde

Stefan permanecía de pie en el sombrío patio que daba a la ventana de Action-Réaction. Había visto a Jules Bourdon merodeando por el edificio hacía una hora, antes de que entrara en él. Después de todos estos años, sus movimientos seguían siendo los mismos de siempre. ¿Debería enfrentarse a Jules? ¿Preguntarle por qué había asesinado a Jutta y a Romain Figeac, e intentado dispararle a él?

Madura, se dijo a sí mismo. Resiste por una vez.

Después de todos estos años en la clandestinidad, en ese momento lo perseguía el estafador que lo había reclutado, el gran orador, el cerebro del desastroso secuestro de Laborde.

Por extraño que parezca, la Brigade Criminelle y los *gendarmes* habían sido los responsables de la muerte de Laborde, hecho que comprobó más tarde en los periódicos. Todas las heridas de bala habían sido causadas por los disparos de los rifles de la policía en la granja, antes de que le prendieran fuego con bombas incendiarias.

¿Estaría Jules saqueando la oficina, buscando un botín con veinte años de antigüedad? No podía ser tan estúpido, sobre todo teniendo en cuenta que había sobrevivido como mercenario en África. Jules tenía buen olfato para el dinero, así que llevaba tiempo tratando de encontrar lo que pensaba que Beate y Jutta habían escondido.

Todo estaba en silencio. Él miró dentro, con la cabeza contra la amarillenta cortina de encaje, pero no había nadie. De repente, se abrió una puerta, la que conducía al sótano.

Stefan entró sigilosamente en la oficina de Action-Réaction, y los haces de luz de una linterna brillaron en la oscuridad que tenía debajo. Se dirigió al sótano, y entonces se detuvo. El suelo de madera crujía a su paso, y un tufillo a pachuli venía en su dirección; el olor de la comuna, el de Ulrike.

Stefan se giró, vio la pistola y se quedó rígido. Su mirada de sorpresa se tornó en una de terror.

Viernes, por la noche

Algo sonó junto al oído de Aimée. Atontada, estiró los brazos para percibir una cálida piel y unas sábanas limpias y almidonadas. Entonces, parpadeó en la oscuridad.

De repente, recordó dónde se encontraba, lo radiante que se había sentido después, y seguía sintiéndose.

Ella alargó la mano para coger su teléfono móvil, y la piel de su mano despidió el aroma a cítricos de Etienne. Había llegado demasiado tarde para responder a la llamada, pero tenía un mensaje de voz. Según su reloj de Tintín, eran las diez en punto.

Se deslizó para salir de la cama, caminó de puntillas por la alfombra de sisal y recorrió el largo vestíbulo en dirección a la cocina. Después de todo, nunca llegaron a entrar en ella para cenar.

Estaba muerta de hambre y de sed. ¿Dónde estaba su ropa? Encontró su malla tirada en el suelo, y su bolso y sus zapatos debajo de una silla. Comprobaría sus mensajes y bebería un poco de agua, antes de llevarle también a Etienne y volver a acurrucarse a su lado.

No pudo encontrar ningún vaso ni agua mineral en la oscura cocina, pero encontró una botella de champán. Un agradable y helado Veuve Clicquot. Después de dejarlo en la encimera, se puso a buscar los vasos. Atravesó a trompicones las puertas abatibles de lamas, las cuales eran similares a las de un café, y entró en una despensa.

La encimera de la despensa estaba cargada de montones de platos, un pulido juego de café de plata y un contestador automático. Encontró vasos en un armario y, junto a ella, el contestador emitió un clic, sin haberse oído antes el tono de llamada, algo extraño, aunque ella sabía que se pueden evitar los tonos de llamada, si lo único que se desea es dejar un mensaje.

—¡Te estás retrasando, Jules! —dijo alguien en un áspero tono de voz.

Ella se quedó petrificada.

¿Se trataría de Jules? ¿Jules Bourdon?

—Acude al café que hay cerca de la place Sainte-Foy. Lleva al hijo de Figeac contigo, y date prisa... Nessim está conmigo.

Se oyó otro clic.

Oyó unas pisadas que procedían de la cocina. ¿Estaría Christian allí?

—*Tonton?* —preguntó Etienne—. ¿Has vuelto?

Ella estuvo a punto de contestar.

Pero se quedó paralizada por el miedo, al tener la desagradable certeza de quién era el *tonton* de Etienne: su tío era Jules.

Ella se agachó en la oscura despensa, puso un dedo en el botón de borrar y, con un rápido zas, el mensaje había desaparecido. Luego se colocó medio encogida junto

a las puertas abatibles.

Entonces vio la silueta del alborotado cabello de Etienne, perfilada contra la luz de fondo del hornillo, y el brillo de la botella de champán en su mano.

¿Lo habría malinterpretado todo? ¿Estaría equivocada, completamente?

Cuando estaba preparada para correr a sus brazos, divisó el cañón de un arma de calibre 357 reflejado en la superficie de plata de la cafetera.

A través de los listones de los postigos, vio cómo Etienne observaba sus pies descalzos y le apuntaba con el arma, mientras trataba de abrir la puerta de un empujón.

Ella cerró la puerta de golpe y le pilló la mano. Él dio un grito mientras se le escapaba el arma y la botella de champán caía al suelo con un gran estruendo.

Ella salió corriendo de allí.

—*Salope!* —gritó él, mientras recuperaba el arma con la otra mano.

Ella lo acertó con la botella y, tras un sonoro golpe, Etienne cayó al suelo. Aimée oyó un grito cercano, entonces él la agarró por el tobillo y comenzó a retorcérselo hasta que perdió el equilibrio y se estrelló contra el armario.

Pero se puso de pie y le asestó una patada en la cabeza.

Jadeando y con miedo de que Jules regresara antes de que ella pudiera encontrar a Christian, cogió unos paños de cocina y le ató con ellos las muñecas y los tobillos a Etienne, antes de retroceder unos pasos, mientras se preguntaba cómo había podido acostarse con él. Sin embargo, lo había hecho.

¡Otro de sus acertados fichajes! Ella lo cogió por los tobillos, lo arrastró hasta el lavadero, lo empujó dentro y cerró la puerta con llave.

Mientras recogía del suelo el arma de calibre 357, se preguntó si sería la que había asesinado a Jutta y a Romain Figeac. Se puso la malla de plástico con gran esfuerzo y, en el vestíbulo, encontró una chaqueta roja de cuero con cremallera. Se la puso, guardó el arma en su mochila y se calzó sus zapatos.

Entonces se dispuso a buscar a Christian.

El alargado vestíbulo conducía a una serie de antiguos despachos, cuya entrada estaba bloqueada por mamparas de vidrio.

Oyó un leve gemido procedente del cuarto.

Vio una aguja en una bandeja de aluminio con forma de riñón y a Christian de pie junto a ella. Tenía los ojos en blanco, y ella llegó justo a tiempo para cogerlo, antes de que se cayera al suelo.

¡Vaya suerte la suya! Lo habían estado drogando, y era muy probable que Etienne lo hubiera retenido allí desde la última vez que Aimée lo había visto, qué embustero.

Christian era alto y sus huesos demasiado pesados para ser una persona tan delgada.

—No estires la pata encima de mí, Christian. Muévete, debes caminar.

Ella colocó su brazo por debajo del de él y trató de ayudarlo, mientras que al mismo tiempo sacaba su móvil y marcaba el número uno ocho de los *pompier*s con

formación paramédica.

—Mi amigo ha sufrido una sobredosis, ¿qué hago? —preguntó ella.

—Haga que camine hasta que lleguemos.

Ella les facilitó la dirección.

—Nos encontraremos en el *boulevard* de Sébastopol.

Aimée rezaba para que Christian pudiera resistir y lograran salir de la casa, antes de que Jules fuera a buscarlo. Aimée lo hizo caminar, pero él continuaba dando cabezadas, al tiempo que su respiración se detenía y se reanudaba lentamente.

En el descansillo, Aimée se detuvo a escuchar y, por si acaso, decidió bajar por las oxidadas escaleras de servicio, las cuales eran zigzagueantes y estrechas, sin dejar de hablar con Christian, haciendo que siguiera adelante y dándole bofetadas para que se espabilara.

Para cuando llegaron los *pompieri*, habían logrado llegar al bulevar y los párpados de Christian se agitaban con fuerza. La cuadrilla uniformada de azul se hizo cargo de él, lo ataron en su ambulancia y le administraron una dosis de Narcan, el medicamento de salvamento de los yonquis. Él luchaba por sentarse erguido y casi le pone un ojo morado a uno de los miembros de la cuadrilla.

—¿Dónde estoy? —preguntó él.

—Christian, estás a salvo —le calmó ella.

—Lo estabilizaremos en el *hôpital* —dijo el paramédico, mientras le ponía una inyección intravenosa en el brazo. Entonces, la ambulancia se alejó.

En los espejos de la pared del café, faltos de lustre, Aimée observaba a los dos hombres que se encontraban conversando. No sabía quién era Nessim, el tío de Michel, aunque recordaba lo que habían descubierto René y ella acerca del blanqueo de dinero y las falsas declaraciones de quiebra.

¿Dónde estaba Jules?

Por desgracia, no veía sus bocas con la suficiente claridad como para poder leerles los labios. El más corpulento, que llevaba unas gafas con montura de alambre y una tonsura en el cabello canoso y crespo, dibujaba algo en la mesa con el dedo, mientras que el hombre que tenía enfrente, quien estaba completamente calvo, asentía con la cabeza de vez en cuando.

Entre la multitud de última hora de la tarde, de la cual la mayoría eran los *habitués* del *quartier*, se evidenciaba una cierta urgencia. En la atestada barra de cinc, se oía el murmullo de las conversaciones, mientras que la cajera, con minifalda y un peinado a lo B-52, daba el cambio y gritaba los pedidos a la cocina a través de la densa cortina del humo de los cigarros.

Un apurado camarero se inclinó sobre su mesa, apartó las migas y limpió la cubierta de mármol con un paño azul.

—*Un café noir* —dijo Aimée.

El camarero inclinó la cabeza, antes de desaparecer.

Fuera del café, en la angosta calle, Aimée vio cómo las gotas de agua caían sobre las carretillas que estaban aparcadas en la agrietada acera. Una intermitente lluvia de julio danzaba y bordeaba las fachadas, fastidiando a los parisinos ansiosos por la llegada de un tibio agosto que continuaba pareciendo demasiado lejano. Unos camiones bloqueaban el acceso a la pequeña plaza.

Aimée inspeccionó el pequeño *bar tabac*. Un asiático, con su móvil sobre la mesa, tomaba nota de los pedidos de un catálogo de tejidos; dos dependientas picaban de una ensalada Auvergnat; una prostituta mayor, que había visto en Saint Denis, comía *choucroute*, parte del menú especial de salchichas alsacianas del día, con un ojo puesto en los rápidos resultados que aparecían en la pantalla de la *télé* que estaba colocada por encima de la barra.

Aimée cayó en la cuenta de que el lugar se extendía desde una calle a la otra; el lado de la barra daba a la ajetreada *rue d'Aboukir*, mientras que las mesas del restaurante comunicaban con la estrecha *rue Sainte-Foy*. Las mujeres, junto a sus clientes, desaparecían en el interior del *passage Sainte-Foy*, una travesía cubierta y apretujada entre edificios desconchados, la cual estaba situada justo enfrente de su mesa. Una perfecta vía de escape, pensó Aimée.

Ella continuó observando a los dos hombres. El calvo negó con la cabeza, se sacó un cuaderno del bolsillo y escribió algo, pero Aimée no pudo ver la reacción del otro, ya que había aparecido el camarero con su *café noir* y le había tapado el espejo.

Cuando pudo volver a verlos, se habían puesto de pie, provocando un chirrido de las sillas sobre el suelo de linóleo, y a continuación salieron por las puertas de vidrio. Aimée dio un sorbo a su expreso y dejó algunos francos sobre la mesa.

Los dos hombres se detuvieron frente al antiguo portalón de piedra del pasaje situado junto al cartel de Roseline. Ella no podía verles el rostro, solo alcanzó a ver sus chaquetas de traje negras, salpicadas de lluvia, y cómo el tipo de cabello crespo se daba golpes en la palma con el puño, antes de que el otro agitara violentamente el suyo.

Aimée se levantó el cuello de la chaqueta para protegerse de la lluvia y se giró para inspeccionar la ventana del café. Había grupos de hombres en las entradas, apoyados en sus carritos fumando. Ella trataba de parecer despreocupada, a medida que la lluvia caía con fuerza, mientras esquivaba a una mujer alta africana con unos pantalones cortos de cuero azules que entraba pavoneándose en el pasaje.

Y entonces, se marcharon. Uno de ellos se dirigió a pie hacia la plaza y el otro desapareció en el interior del pasaje.

¿A quién debía seguir?

El tipo corpulento se alejó por la calle en un Peugeot negro que lo estaba esperando.

Ella se coló en el pasaje de piedra lleno de grafitis, cuyas húmedas y ennegrecidas paredes estaban cubiertas de una capa de mugre. Las bajantes estaban inclinadas y

torcidas, y los cables eléctricos caían sueltos del techo. El pasaje se abría a una zona sin techar que estaba bordeada de contenedores verdes de basura, la cual, a continuación, se bifurcaba hacia unas escaleras que conducían a los vestigios de las antiguas murallas.

A su izquierda, había una entrada a la destartada y astillada escalera. Aimée sintió un frío húmedo. Las escaleras se hundían y crujían a medida que las subía. Ella percibía gemidos detrás de las puertas y, por encima del tejado del pasaje se oía el ruido de las máquinas de coser.

Desde una ventana calada del pequeño rellano, vio la brillante coronilla calva del hombre en el apartamento de enfrente. En el lugar en el que se unían los edificios, en vez de un ligero hueco había un espacio abierto, e imaginó a los vecinos del medievo conversando entre ellos al otro lado o a los hombres del rey asomándose y estrangulando a los enemigos.

El hombre calvo se giró y, antes de que Aimée tuviera tiempo de agacharse, la sorprendió mirándolo. Esta se apartó a un lado.

Frente a ella, se abrió una puerta. En el interior de la habitación, un hombre se atusaba su grasiento cabello con los dedos frente a un agrietado espejo, y su dentadura postiza, colocada sobre el barato aparador, captó la luz.

—*Adieu, chéri* —dijo la *pute*, mientras se guardaba unos billetes en el diminuto bolsillo de sus pantalones cortos de cuero azules. Cerró la puerta, sin sorprenderse al ver a Aimée en el rellano.

—Mi horóscopo decía hoy que sería rápido y sencillo. —Ella entornó los ojos—. ¡No lento y duro!

Aimée controló su temblor al pensar en el viejo.

—¿Lo conoce? —Aimée señaló al calvo a través de la ventana—. Al calvo de allí.

—No como cliente, pero... —dijo la *pute*, antes de que su voz se fuera apagando.

Aimée tenía la esperanza de que le contara alguna confidencia, así que arrugó un billete de cien francos y lo introdujo en el ya repleto bolsillo de la mujer.

—Como casero —prosiguió la mujer, como si no hubiera habido ningún silencio previo—. El *salaud* nos sube el alquiler, pero ni siquiera quiere arreglar las luces del vestíbulo, y por las noches, cuando vengo con mis clientes, tengo que usar una linterna.

—¿Cómo se llama su casero?

—¿Es una *flic*?

Ahora le tocaba a Aimée entornar los ojos.

—¿Cree que perseguiría a un tipo de tan poca monta como ese?

—Pensaba que no, pero entonces podría ser un nuevo tipo de secreta —dijo la mujer.

—La gente contrata mis servicios —dijo Aimée—. Es algo parecido a lo que hace usted. Ningún trabajo resulta ideal ni fácil de desempeñar, pero me entretiene. —Ella

esbozó una sonrisa—. Me aburro con facilidad.

—¿Está organizando un golpe?

Debía de ser un pez más gordo de lo que había pensado. Aimée bajó la mirada para ocultar su sorpresa. Los tacones de plataforma turquesas de la mujer estaban desgastados por los lados, no había duda alguna de que se pateaba las calles.

—Aunque quisiera contestarle a eso, no podría —respondió Aimée.

La *pute* comenzó a reírse abiertamente.

—Meta solo a Nessim Mamou en agua caliente... quizás así se convierta en una persona menos fría.

Así que ese era Nessim, el sospechoso tío de Michel.

—Estoy buscando a Jules, su socio.

La prostituta negó con la cabeza.

—Es un *mec* distinguido, de cabello canoso y muy bronceado.

La mujer asintió con la cabeza.

—Está por aquí.

Vio cómo Nessim se alejaba a toda prisa por el pasaje. Aimée bajó las escaleras y pasó junto a los rebosantes contenedores verdes de basura, en los que se podía leer: «*Propriété de Paris*».

Avanzó a grandes zancadas por los adoquines plagados de hoyos en dirección al ruido de las máquinas que procedía del patio posterior, como si supiera hacia dónde se dirigía, pero no lo sabía. Le dolían los dientes de tanto apretarlos, aunque la actitud era lo más importante, sobre todo en el Sentier.

Pero lo había perdido de vista.

Tras llegar al último patio, el que tenía un desgastado cartel que decía: «Wasnard», giró hacia la izquierda, subió las curvadas escaleras de madera, cuyos peldaños estaban agrietados y desgastados. La boca le sabía a algodón reseco e insípido. ¿Y si alguien le preguntaba qué estaba haciendo allí? Tenía que pensar en alguna excusa, y rápido, además debía averiguar adonde se había marchado Nessim Mamou.

Por encima de su cabeza, el taladrante ruido de las máquinas había aumentado de volumen y unas voces, en lo que parecía chino, se oían desde una ventana abierta. Ella observó con mayor detenimiento y, al otro lado del hueco, las ventanas abiertas subían en espiral a lo largo del tramo de escaleras. Una de las que tenía enfrente estaba entreabierta y, tras ella, pudo ver a un hombre de cabello oscuro y con el pelo recogido por detrás, que introducía tejido en una máquina de coser industrial y, a sus espaldas, se veían colchones apilados contra las paredes.

¿Dormían allí esos trabajadores? ¿Desparramados por el suelo en edificios que apenas habían cambiado desde el siglo xv?

La sólida puerta se abrió frente a ella y, antes de que tuviera tiempo de moverse, oyó que espetaban una palabrota. Varios de los trabajadores levantaron sus miradas de las máquinas de coser.

—¿Qué está haciendo ahí, eh? —le preguntó Nessim. Con su alargado rostro y carrillos caídos, parecía un basset, un perro de caza. Su chaqueta de ante marrón aumenta su similitud con el perro, pensó ella.

—*Monsieur*, estoy buscando...

—La sala de exposiciones está en la planta de abajo —le dijo él interrumpiéndola, mientras la conducía hacia las escaleras.

—Claro, usted manda —dijo ella, forzando una sonrisa, antes de ampliarla y guiñar un ojo—. *C'est dur*. Usted es muy difícil de localizar.

—Como le acabo de decir... —Él entrecerraba los ojos, mientras la miraba de arriba a abajo, analizándola minuciosamente. Por suerte, llevaba puesta la chaqueta de cuero.

—Estoy buscando escenarios para una película de Canal Plus —dijo ella, improvisando.

—¿Para el cine?

—Se trata de una producción histórica, un drama adaptado para la televisión —dijo ella, inyectando un tono de hastío en su voz—. Ya sabe, una del siglo XVI para lucimiento de Depardieu, lo que más le gusta. Por suerte, interpreta al rey, porque se ha puesto inmenso.

En la tenue luz, ella vio cómo el hombre se reía abiertamente, antes de fruncir el ceño. Tenía una tez aceitunada y llevaba cadenas de oro alrededor del cuello.

—¿Y por qué aquí? —le preguntó el hombre.

Buena observación, pensó ella, mientras permanecía de pie en esa desconchada y arqueada entrada, en la que el yeso se desmoronaba sobre las curtidas baldosas y las cagadas de las palomas cubrían los opacos cristales. Los trabajadores del taller clandestino los observaban.

—Para ahorrarnos trabajo y costes en un rodaje con un presupuesto bastante justo —dijo ella, con un tono de voz más bajo—. Pretendemos usar partes del Sentier, y filmar por las noches y los fines de semana, cuando está vacío. París puede ser una ubicación muy económica para un equipo local.

El hombre asintió con la cabeza, al entender que sería algo barato y rápido. Ella miró a su alrededor.

—Después de todo, la antigua muralla de París recorría esta zona, ¿no es así?

Se iba inventando las cosas sobre la marcha, pero recordaba, de sus años en la escuela, que Carlos V había construido almenas que cruzaban el Sentier actual.

Ella notó que a él le gustó eso, era probable que acabara de hacer un amigo.

—Venga conmigo a mi despacho.

Él cerró la puerta con una llave fina y alargada, antes de hacerle una señal a Aimée para que siguiera adelante. En ese momento, nadie podía verlos.

Entonces Aimée le clavó el arma de Etienne en las costillas.

—En lugar de eso, encontrémonos con Jules. —Él trató de salir corriendo, pero ella le puso la zancadilla, provocando que tropezara y se estrellara contra la pared de

piedra, entonces Aimée le puso el arma en la sien y la amartilló—. ¿Dónde está Jules?

La respiración de Nessim era entrecortada.

—No ha aparecido.

—¿Por qué?

Nessim trató de retorcerse para escapar, pero ella le pellizcó un nervio del cuello, provocando que se pusiera rígido por el dolor.

—Esto es solo un aperitivo. —Ella lo pellizcó con más fuerza.

—No lo sé —dijo entre jadeos.

—Eres el tío Nessim de Michel, ¿no es cierto?

El rostro de Nessim mostró su sorpresa, y entonces asintió con la cabeza.

—Ese es otro de los motivos por lo que no me gustas —dijo ella—, pero muy pronto vas a ser legal, al igual que todos tus pequeños talleres clandestinos, esos con equipamiento venenoso que provocan tuberculosis a los trabajadores.

—¿De qué está hablando?

—No me gustaron esas garantías de crédito falsas, proporcionadas por la compañía Kookie Mode, que sirvieron de tapadera para las provisiones de Michel, ni el pedido de mercancía que nunca fue abonado, y después, para colmo, se declara en bancarrota. Se enfrenta a una condena de siete años en Fresnes.

—Seré un desgraciado...

—Pero un desgraciado legal —dijo ella—. ¿Dónde está Jules?

Él negó con la cabeza.

—Se ha retrasado. Antes de nuestra cita, había quedado con esos antiguos radicales.

—¿Los de Action-Réaction?

Él asintió con la cabeza, mostrando terror en sus ojos.

—Quédate aquí un momento. —Ella lo empujó hacia un oscuro hueco y, después de coger una tira de plástico rosa de las cajas que había en el vestíbulo, se la enrolló alrededor de las muñecas y los tobillos, al igual que había hecho con Etienne, con fuerza. Estaba mejorando a la hora de hacerlo con un arma en la mano—. Piensa en lo bien que te vas a sentir al comenzar una nueva vida, después de regalarle a Michel ese edificio con todo el cableado eléctrico renovado.

Ella volvió a guardar el arma de Etienne en su mochila. A Nessim los ojos se le salían de las órbitas y comenzó a gritar, entonces ella le quitó un zapato, luego su sucio calcetín gris y se lo metió en la boca.

Aimée se dirigió a toda prisa hacia Action-Réaction, tomando un atajo a través de otro pasaje.

Desde el otro lado del desierto y oscuro pasaje, se oían los ruidos habituales a la hora del cierre de las tiendas: el vaciado de las basuras y los ruidos de las cerraduras.

De repente, un zumbido cortó el aire junto a su oído, antes de que el alargado espejo semiplateado que tenía enfrente se hiciera añicos.

Una bala... ella se agachó, tropezó con un cubo de basura y comenzó a avanzar a gatas por el suelo. Un agudo dolor le recorrió la pantorrilla, antes de subirle a toda velocidad por el muslo: se había cortado con uno de los fragmentos de cristal. Los tejidos y los materiales textiles estaban esparcidos por las irregulares baldosas, y le cayeron encima plumas y fragmentos de relleno de fibras, como una nieve de julio. Ella se abrió paso como pudo entre el húmedo material y se apoyó en la pared del pasaje.

No había tiempo para recobrar el aliento. Frente a ella, ¡la reja metálica situada por encima de la salida del pasaje estaba cerrada con llave!

Oía pisadas en la distancia.

Aimée se levantó, agarrándose a una tubería saliente que serpenteaba por la pared de piedra. Iba metiendo los dedos de los pies en las juntas de las tuberías y se agarraba a los oxidados soportes metálicos; hubiera preferido llevar sus Converse en lugar de los tacones de Manolo Blahnik. Le dolían todos los dedos del pie, pero la única forma de salir era por encima del techado de vidrio del pasaje.

El coloreado vidrio enmarcado en metal se alzaba sobre el pasaje cerrado con llave. Una luz azul grisácea salpicaba los oscuros escaparates, creando un dibujo en forma de red sobre el suelo de baldosas. La oxidada escalera de incendios, situada al fondo, estaba rota; no le quedaba otra opción.

Se agarró a la mampostería, sintiendo el peligroso balanceo de la tubería por debajo de la ventana ovalada del entresuelo que daba al pasaje a modo de balcón. Dos pisos se alzaban por encima de ella. Desde la penumbra que tenía debajo, oyó el clic metálico de una puerta.

Aimée comenzó a trepar por la piedra, y logró subir hasta el alféizar de la siguiente ventana, que era cortante y estaba lleno de polvo. Se oyó un siniestro chasquido en la tubería y comenzó a trepar a mayor velocidad en busca de puntos de apoyo, entre jadeos y rezos. Ella trataba de no mirar hacia abajo, pero, cada pocos metros, se le resbalaba la mano y clavaba los ojos en las sucias baldosas que tenía debajo.

Herramientas eléctricas, rectángulos de vidrio y barras metálicas inundaban la pasarela que bordeaba el techo de cristal. Saltó a ella, cayendo junto a un cubo de yeso, martillos y sierras, entonces se puso de pie y comenzó a manipular el picaporte de la ventana, pero estaba oxidado y no pudo abrirla, no había forma de salir de allí.

Golpes y aporreos hicieron vibrar la puerta manchada de humedad situada a su derecha.

Quienquiera que fuera la persona que había logrado subir allí arriba lo había hecho por las escaleras, mientras a ella le había tocado hacerlo de la forma más difícil.

Entonces sacó el arma de calibre 357 de su mochila y la empleó a modo de

martillo para golpear uno de los paneles del pesado techado de vidrio; pero el cristal, que tenía un grosor de varios milímetros, ni siquiera se agrietó. Aimée no quería malgastar las balas, así que volvió a guardar el arma, cogió una pistola de clavos que tenía a los pies, le quitó el seguro y comenzó a disparar clavos contra el cristal, el cual se convirtió en una red de diminutas grietas que brillaban en la penumbra. Los paneles comenzaron a temblar, antes de hacerse añicos.

Ella se agachó para protegerse y estaba a punto de atravesar gateando el orificio que acababa de abrir, cuando un brazo la agarró, provocando que se diera la vuelta.

El rostro de Gisela brilló.

—Como te había dicho, soy buena a la hora de seguir una pista —dijo ella, apuntándola con una Beretta, como la que llevaba Aimée—. Me pertenecen, mi madre dio la vida por ellos.

—¿Los diamantes? Tu madre se suicidó porque sus convicciones políticas se vinieron abajo y no podía seguir soportando la prisión —le dijo Aimée—. Pero dondequiera que estén, son tuyos. Pregúntale a Jules.

—Estás mintiendo acerca de mi madre —dijo ella—. Se suponía que Jules estaba en Action-Réaction, pero no se encuentra allí.

Entonces, ¿estaban Gisela y Jules juntos en esto?

—Tú asesinaste a Teynard —le dijo Aimée acusándola—. ¿Por qué?

—Jules dijo que se había metido por medio —le contestó Gisela.

Así que sus sospechas eran ciertas. ¡Gisela y Jules estaban conchabados!

—¿Dónde está Stefan? —le preguntó Aimée.

—En el lugar al que voy a llevarte.

¿Estaba también Stefan metido en eso?

—Gisela, te crees más lista que dos terroristas a los que no han podido capturar durante veinte años...

—Stefan se ha ablandado —dijo Gisela.

Entonces, solo tendría dos personas en su contra, en lugar de tres.

Aimée golpeó la Beretta que Gisela llevaba en la mano, haciendo que cayera a un saco de yeso. Esta agarró una gran llave inglesa, y Aimée siguió su movimiento a cámara lenta a medida que avanzaba en dirección a su cabeza. Ella se agachó, levantó la pistola de clavos y la vació en el muslo de Gisela, cuyos gritos retumbaron en sus oídos.

Cuando Aimée logró comprender las intenciones de Gisela, supo que tenía que apresurarse o Stefan sería el siguiente en morir.

Tour Jean-Sans-Peur... ¿por qué no lo había pensado antes?... ¡Debió pensar en Jutta y en la restauración de la *tour* Jean-Sans-Peur! Aimée se obligó a correr. La angosta *rue* Sentier se encontraba desierta, ella trataba de ignorar el dolor que sentía en la pierna y la pegajosa sensación de su propia sangre a cada paso que daba.

La luz de una luna creciente se reflejaba en los adoquines del patio de la torre. Ella trepó por encima de la puerta cerrada con llave. La torre estaba oscura y

silenciosa, como una pieza de ajedrez. Más allá de la entrada a la torre, se encontraban las obras de la escuela contigua. Según se iba aproximando iba oyendo en la distancia unos ruidos que procedían de debajo de la parcialmente destruida torre: se trataba de un chirrido acompasado, como si estuvieran cavando. Tras colocarse detrás de una pequeña hormigonera y un montón de arena, apartó a un lado una barrera de contrachapado.

En el interior, una luz de trabajo incandescente, de la que colgaban alambre y cable amarillo, iluminaba un suelo de piedra. Una máquina soldadora con arco eléctrico y unas carretillas elevadoras estaban aparcadas junto a un conducto de ventilación acordonado. Varios orificios del suelo estaban tapados con cinta adhesiva, y atravesados por fragmentos de barras de refuerzo, de las que apenas había sido consciente la última vez que estuvo allí. Las profundidades subterráneas emitían un frío glacial. Se ciñó la chaqueta roja de cuero sobre la malla y se dirigió hacia las escaleras de piedra. El olor a piedra antigua y a yeso en polvo inundaba el hueco de las escaleras. En los peldaños había montones de discos de succión, de los que utilizan los cristaleros para retirar los vidrios.

Ella sacó el arma de calibre 357 de Etienne de su mochila y siguió el chirriante ruido por las escaleras. Oxidadas barras de refuerzo de todos los tamaños sobresalían de las paredes de cemento de la siguiente planta. Un enorme orificio en la pared daba paso a un túnel escasamente iluminado. En ese momento, el ruido había cobrado intensidad, y entonces entró en el sinuoso túnel atestado de tierra.

Varias bombillas iluminaban la escena que tenía delante. Montones de gruesos paneles de vidrio, apuntalados por una simple viga de madera, cubrían los abovedados muros de piedra. Más adelante, se encontraba lo que parecía ser parte de una plataforma del *métro* abandonada, junto a una cabina de control de cemento.

De repente, un ruido ensordecedor hizo vibrar las paredes. Con un olor a goma quemada, un tren iluminado pasó a toda velocidad. Ella dio un salto hacia atrás, mientras el chirrido de los frenos provocó que se tapara los oídos, y entonces fue cuando vio a Stefan, desportillando con una pala el muro de azulejos.

Una mano le arrebató a Aimée el arma que llevaba en la mano, la tiró de brucea a las frías baldosas y la retuvo allí.

—Ha sido muy amable por tu parte que me devuelvas esto —le dijo Jules, el tío de Etienne, quien la agarró por los brazos y le apuntó con el cañón a la sien. Despedía un olor a tabaco de puro—. Tu madre era también muy considerada.

—¿Estás haciendo alarde de tus técnicas mercenarias? —le preguntó Aimée, apretando los dientes, y sintiendo repugnancia ante el hecho de haberlo encontrado ligeramente atractivo cuando se topó con él en la Bourse, así como de haberse acostado con su sobrino. La de estupideces que hago, pensó ella.

—¿Está mi madre aquí?

—La echas de menos, ¿verdad? —le preguntó Jules, mientras la empujaba en dirección a Stefan. Jules toqueteó el bolsillo de Aimée y le quitó la Beretta, la de

Gisela.

En ese momento, Jules tenía las dos armas.

No solo había sido estúpida, sino imbécil de remate.

Los nudillos de Stefan sangraban sobre el mango de la pala, y parecía cansado y vencido.

—Aimée, ¿por qué no te has dado media vuelta? —le preguntó él.

De la densa tierra emanaba un aire frío, y sobre el agrietado cemento había montones de envoltorios arrugados de terrones de azúcar Béghin Say. Entonces recordó el azúcar derramado en su encimera: se trataba de un goloso.

—Entraste en mi apartamento, pero no encontraste nada —dijo ella.

Aimée levantó su mirada hacia los curvados arcos, la plataforma, la pequeña cabina de control, y vio la intersección de las líneas.

—Si mi madre estuviera aquí contigo, sabrías dónde buscar los diamantes —le dijo Aimée—. Ella los cambió de sitio para que Jutta no los encontrara, ¿no es así?

Aimée continuó hablando, sin esperar a que Jules le contestara.

—Sin embargo, sé dónde están ahora, me enviaste el mapa.

Jules comenzó a reírse burlonamente.

—Entonces, explícamelo.

—Primero dime dónde está mi madre.

—Si lo supiera, no habría esperado veinte años para volver —dijo él.

—Ese no es el motivo... fue Romain Figeac quien te hizo venir a París. Él difundió en Dakar la noticia de que te había encontrado y que te haría salir a la luz.

Se trataba de una suposición acertada, porque Jules le propinó a Aimée un golpe en la cabeza, con tal fuerza que se estrelló contra un bidón de acero. Le escocía todo el cuerpo.

—¿Por qué crees que los diamantes continúan aquí? —le preguntó Aimée, entre jadeos—. ¿No se los habría llevado ella hace mucho tiempo?

—Tu madre hizo un trato con los *flics* y entregó nuestro grupo a la policía —le dijo Jules—. Stefan y yo logramos escapar, pero cuando ella salió de Fresnes, corrió el rumor de que nunca volvió a entrar en prisión.

Los ojos de Jules brillaban con una frialdad calculadora.

—Estás cavando en el lugar equivocado —dijo ella, señalando hacia la zona próxima al lugar en el que estaba amontonado el cristal, junto a los oxidados armarios metálicos.

—Demuéstralo —le dijo Jules.

—Mira en mi mochila.

—Vacíala, Stefan —le ordenó Jules, mientras le propinaba una patada a Aimée, haciendo que chocara contra el muro de azulejos. Jules sacó el cuaderno—. Enséñamelo.

Ella pasó la página para llegar a la que mostraba a Emil y las plataformas.

—Ves, las líneas abovedadas son iguales —dijo ella—. Además, está el cofre del

tesoro que ella dibujó. ¿Ves lo que parece una flecha? Pues apunta en la dirección opuesta.

Jules la empujó hacia adelante y le arrojó una piqueta a los pies.

—Ponte a trabajar —le mandó. Había activado la pequeña hormigonera, la cual provocaba un ruido chirriante.

Y con horror, Aimée cayó en la cuenta de que Jules los obligaría a hacer el trabajo sucio, luego cogería los diamantes y cubriría sus cuerpos con cemento en algún agujero.

—Después de veinte años, ¿crees que queda algún diamante? Eso es una locura —dijo ella.

—Cuéntaselo, Stefan —dijo Jules, antes de golpear a Stefan con el arma.

—Ella me contó... de camino al piso franco —dijo Stefan, con la voz ronca—. Pensábamos que los *flics* estaban siguiéndonos desde el cementerio. Había un atasco, además de todas esas obras del *métro*. Jutta y Beate salieron del coche de un salto y escondieron aquí los diamantes, enterrándolos junto a la torre, en el muro. Tenían pensado volver para cambiarlos de sitio, pero entonces se produjo un tiroteo.

—¿Y por qué no los escondieron también en el ataúd? —le preguntó Aimée.

Stefan negó con la cabeza.

—En el cementerio, Jana las convenció de que tenía un contacto que podría comerciar con los diamantes, así que solo escondieron allí los bonos. A mí esos bonos me bastaban, pero Jutta se había convertido en una persona muy codiciosa.

»Tras el tiroteo, tu madre estaba asustada, e imagino que debió de cambiar los diamantes de sitio. Jutta pasó veinte años conspirando para encontrarlos cuando saliera de la cárcel y, al ver las obras, supuso que tú sabrías adonde los había trasladado.

La piqueta de Aimée golpeó algo duro y, al abrir más el agujero, vio la caja metálica.

—Dejaste el fetiche que presagiaba muerte, las plumas amarillas, para asustar a Idrissa, ¿no es cierto? —dijo Aimée.

—Aprendí algunas cosas cuando estuve viviendo en Senegal —le dijo Jules.

—Etienne cuidaba de Christian... y se convirtió en su agente —dijo ella—. Pero ¿por qué?

—Etienne es un buen chico, es hijo de mi hermana. —Jules comenzó a reírse burlonamente—. Es inteligente. Él me envió un pasaporte nuevo y ya tenía prácticamente un trato para los diamantes.

—Por desgracia, no podrá acompañarnos.

Ella volvió a dar un golpe con la piqueta, provocando en esta ocasión un ruido sordo y apagado.

—¿Por qué? —preguntó Jules, entrecerrando los ojos.

Quería entretenerlo.

—Lo he atado.

Jules se giró y le disparó a Stefan en el hombro, quien dio un grito y cayó al suelo.

—Saca la caja lentamente —le ordenó Jules a Aimée.

Ella empezó a moverla de atrás hacia delante y logró extraerla del agujero, pero le extrañó porque era muy ligera.

Ella sería la siguiente en recibir un tiro.

Jules abrió la cerradura de un disparo, se agachó y abrió la caja.

Estaba vacía.

Aimée golpeó a Jules con el hombro y se tiró al suelo. Su pierna golpeó la viga de madera y esta se soltó. Ella avanzó con dificultad apoyándose en los codos y trató de esconderse detrás del montón de gruesos paneles que tenían una altura de unos tres metros. Imaginó que cada uno de ellos debía pesar varios cientos de kilos, por lo que desviarían las balas.

Pero el montón de cristal comenzó a bambolearse, y uno de los paneles se inclinó y cayó encima de Jules, provocando un estruendoso y escalofriante ruido sordo.

—¡Quítame esto de... encima! —dijo Jules entre jadeos. El cristal brillaba, mientras lo inmovilizaba con el estómago contra el suelo. Había quedado atrapado bajo el cristal hasta la altura de los hombros. Falto de aliento, Jules agitaba los brazos —. ¡Ayuda!

Y de repente, el siguiente panel de cristal comenzó a tambalearse y cayó con un chirriante estrépito. Su pecho se comprimía cada vez más, a medida que las planchas de cristal le caían encima, como si fueran resplandecientes fichas de dominó, haciendo que la tierra y los montones de armarios metálicos saltaran.

Stefan trató de alejarse a gatas, pero cayó sangrando sobre las baldosas.

Aimée mantuvo la cabeza agachada y se hizo un ovillo en el lugar en el que el montón de cristal había estado apoyado en la pared.

Entonces, los armarios metálicos cayeron, bloqueándole el camino y dejándola atrapada por detrás de ellos. Lo único que podía oír eran quejidos, a medida que Jules se moría lentamente por asfixia.

Aimée no podía moverse, estaba atrapada.

Detrás de los viejos armarios había un agujero en la desmoronada pared de cemento, en la que sobresalía una barra de refuerzo. Ella trató de abrirse paso muy despacio alrededor de ellos y, de repente, cayó en la cuenta de algo: la flecha hacia atrás del cofre del tesoro indicaba ese lugar.

Con sumo cuidado, introdujo la mano, y sintió algo húmedo y suave. Entonces lo sacó. El olor a moho de la bolsa de Neufarama provocó que comenzara a respirar de forma entrecortada, aunque no tanto como lo que encontró en su interior.

Sábado, a primera hora de la mañana

Después de que la ambulancia se llevara a Stefan y de que los *pompieri* de la brigada de emergencia y las carretillas elevadoras hubieran despejado la zona, Aimée hizo dedo para que la acercaran al *commissariat* de la place Goldoni. Tras tomarse un expreso en el café cercano, le preguntó al somnoliento empleado del servicio nocturno por el teniente Bellan.

—No ha llegado todavía —le contestó el empleado.

—Entréguele esto, ¿de acuerdo? —dijo ella, mientras dejaba sobre el escritorio varias bolsas de Neufarama, pesadas y con olor a humedad.

El empleado arrugó la nariz.

—Por favor, asegúrese de que vayan directamente a la unidad antiatracos y al teniente Bellan —le dijo Aimée—. Pero antes quiero un recibo firmado y sellado.

Ella salió a la calle y vio cómo el alba se extendía como una yema de huevo dorada por encima del Sena. Cuando su reloj de Tintín mostró las siete de la mañana, marcó el número de Edith Mésard en su móvil.

—*Bonjour, madame* Mésard —dijo ella—. Refrésqueme la memoria, pero ¿se muestra el Estado indulgente, si un fugitivo buscado durante veinte años se entrega?

Para cuando Aimée llegó a su apartamento, Edith Mésard había llegado a un acuerdo con respecto a Stefan.

Sábado, a primera hora de la tarde

—¿Cómo has podido entregar todos esos diamantes? —René se sentó en su escritorio, mientras negaba con la cabeza, totalmente sorprendido—. ¡Tenemos que pagar el alquiler, los equipos que necesitamos y la nueva prima del seguro!...

—No me gusta la idea de que los *flics* recuerden a mi padre como un poli corrupto —dijo ella—. Ni a mí. Lo siento, pero tenía que demostrar que no lo éramos.

Ella arrancó de la pared del despacho los pósteres de los buscados por la policía, hizo una bola con ellos y los tiró a la basura. La brisa transportaba el aroma del Sena a través de la ventana y las luces titilaban sobre el lejano muelle.

—Lo entiendo. —Él asintió con la cabeza—. *Désolé*, Aimée, siento lo de tu madre. —Lo sentía de verdad, porque había tenido razón. Su madre continuaba siendo un enigma, y probablemente lo fuera siempre.

—Gracias, René —dijo ella, sin levantar la mirada y tratando de evitar que su dolor aflorara de nuevo—. Parece que es mi destino no saber nada de ella. Además te debo un escúter nuevo.

—No te preocupes, ese destartalado cacharro...

Ella se metió la mano en el bolsillo y esparció un puñado de diamantes sin pulir sobre el teclado de René.

—¿Crees que con esto bastará?

Él cogió uno, lo giró entre sus dedos pequeños y regordetes, mientras los ojos se le salían de las órbitas.

—Llévalos a pulir antes de que te los pesen. Aquí tienes un billete para Amberes. —Ella sonrió burlescamente, mientras le entregaba un billete de tren—. ¡Los belgas hacen las *moules-frites* y el chocolate mejor que nadie en el mundo!

Aimée se sintió atraída por la suave brisa de la tarde y comenzó a caminar lentamente en dirección al Sentier, tratando de ignorar los tres puntos de sutura que tenía en la pierna.

Curiosamente, para ella la vida y el ajetreo de esa indómita zona de París se habían convertido en algo agradable. Pasó junto a la sombría Bibliothèque Nationale. En una *crêperie*, pidió una *crêpe* de Nutella, y comenzó a deambular por las calles. Transcurrido algo de tiempo, levantó la mirada y vio el antiguo edificio en el que una vez viviera con su familia. Aimée subió las desgastadas escaleras y permaneció de pie en su antiguo rellano.

Aimée llamó a la puerta con los nudillos, y hubo un silencio antes de que la mirilla se moviera.

La gruesa puerta de madera se abrió, y una señora bajita y encorvada la miró con ojos de miope.

—*Bonsoir*, Huguette —dijo ella—. Soy Aimée, ¿se acuerda de mí? Vivía al otro

lado del vestíbulo.

—*Mais oui!* —dijo Huguette esbozando una sonrisa, lo que provocó que su rostro se llenara de finas arrugas—. Cuánto tiempo, pasa.

Aimée atravesó el vestíbulo hasta llegar a la sala de estar, en la que gnomos de cerámica cubrían las repisas.

—Ven a la cocina, estaba preparando un poco de té —dijo ella, cogiendo a Aimée del brazo. Le temblaba la mano, y las manchas típicas de la vejez cubrían su piel.

—Recuerdo que me enseñaste a hacer sidra de manzana —dijo Aimée, mientras tomaba asiento en la misma mesa en la que se solía sentar cuando tenía ocho años.

—No permitas que nadie te tome el pelo —dijo Huguette—. Nosotros, los bretones, elaboramos la mejor ¿eh? Te lo demostré.

Estuvieron charlando hasta que salió la luna por detrás de la ventana de Huguette y comenzó a recorrer el cielo, una charla que solo era interrumpida por las ocasionales caricias de Huguette a sus gnomos o por su necesidad de quitarlos de la ventana para guardarlos dentro, cuando se hizo tarde.

Aimée se levantó, con la esperanza de que no pasara mucho tiempo antes de volver a verla. A medida que Huguette caminaba con gran esfuerzo en dirección a la puerta, se iba apoyando cada vez más en el brazo de Aimée, y entonces se detuvo.

—*Tiens* —dijo ella—. Llegó algo para ti, casi se me olvida, pero fue hace mucho tiempo. —Huguette esbozó una ligera sonrisa—. Lo siento, pero tu padre no era muy bueno a la hora de mantener el contacto.

La mujer abrió el pequeño escritorio de la entrada, hurgó por debajo de algunos papeles y le entregó a Aimée un sobre atado con un desgastado lazo de color rosa.

—¿Ves? Le puse el lazo para poder encontrarlo cuando vinieras —dijo Huguette, esbozando una sonrisa.

El sobre iba dirigido a Amy Leduc, a través de Huguette Loisir.

El desgastado matasellos era ilegible, lo único que pudo leer fue «EE.UU.». La fecha estaba demasiado emborronada como para poder descifrarla.

—*Merci*, Huguette —dijo Aimée, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas; entonces le dio dos besos.

Comenzó a recorrer el laberinto de calles, sujetando el sobre contra su corazón.

Querida Amy:

Quiero que sepas que me acuerdo de ti en todo momento. Sigues siendo mi niña, y siempre lo serás, pero ahora te corresponde vivir con tu padre, pues mi vida está en otro lugar. Te harás grande y fuerte, y sabrás cuidar de ti misma, porque sé que puedes hacerlo... y lo harás.

Emil también te echa de menos.

Te quiere,
Mamá

Bajo la luminosa luna parisina, unas cálidas y abundantes lágrimas cayeron sobre la tinta, emborronándola, pero eran lágrimas de felicidad.

Notas

[1] Direction de la Surveillance du Territoire. <<

[2] Service de Police du Quartier. <<

[3] Compagnies Républicaines de Sécurité. <<

[4] Procureur de la République, en España es el fiscal del Estado. <<

[5] 57.780 euros. <<

[6] 264.800 euros. <<